UNA NOVELA DE LA INSPECTORA
ERIN BUTLER



VENDRÉ A POR TI

SONIA FLORES

Sonia Flores

Vendré a por ti

Copyright © 2026 by Sonia Flores

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida toda distribución, reproducción, comunicación pública y transformación, ya sea total o parcial de esta publicación, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Copyright © 2026 Sonia Flores

Título: Vendré a por ti

Edición publicada en julio 2026

Corrección: Ana Vacarasu

Edición: Cruce de Caminos

Los hechos y los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

A todos los Logans del mundo

«Todas las verdades son fáciles de entender, una vez descubiertas. El caso es descubrirlas».

—Galileo Galilei

Contents

Lo que opinan los lectores sobre Sonia Flores

Suscripción a mi lista de correo

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
EPÍLOGO
¡Tu opinión es el mejor regalo! 🌟
¿Buscas tu próxima lectura?
Sobre la autora

¿Cómo seguirme?

Lo que opinan los lectores sobre Sonia Flores

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Hace unos meses sufrí una crisis lectora que esta historia solucionó. Thriller recomendable!”

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Hacía tiempo que no disfrutaba tanto leyendo una novela. Quería leer en todo momento. He estado enganchada y disfrutando con cada ratito que podía leer”.

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Me ha cautivado desde el principio hasta el fin. Una historia maravillosa y muy diferente a otras de ese género. El final… precioso”.

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Una gran obra que te engancha, te mantiene en vilo, con giros inesperados y un final que no esperas. He disfrutado muchísimo con la lectura”.

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Este libro te mantiene con las ganas de leerlo constantemente, como todos los libros de la autora. Sabe muy bien cómo crear ese deseo de querer leer un capítulo más, y uno más”.

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”El estilo de la autora se va dejando ver en cada novela de la autora —las he leído todas. Es muy personal y alejado de lo marcado por las tendencias”.

Suscripción a mi lista de correo

Una de las mejores formas de estar en contacto conmigo es suscribiéndote a mi lista de correo. Allí estarás al día de mis publicaciones, pero también compartiré un trocito de mí.

Además, como regalo de bienvenida, podrás conseguir una de mis publicaciones. Haz clic en el enlace o escanea el código QR.

Lista de correo de Sonia Flores



Prólogo

El río Aniel siempre ha guardado secretos. Los vecinos de Genar suelen decir que aquel cauce tiene memoria. Que devuelve lo que quiere y se traga para siempre lo demás. Los viejos lo atribuyen a las corrientes. Los supersticiosos, a algo más oscuro.

Genís Serra, un pescador genense de toda la vida, nunca había creído en esas historias. Hasta aquel sábado.

—Te digo que ahí abajo hay algo grande —gruñe su amigo Ovidi, señalando la pantalla del sonar.

La pequeña embarcación oscila suavemente sobre el agua negra. Aún no ha amanecido del todo. Una neblina tenue flota sobre el río y el aire húmedo se pega a la piel.

Genís entrecierra los ojos para verlo mejor. En la pantalla aparece una silueta irregular apoyada en el fondo. Muy grande para ser un tronco y demasiado geométrica para ser una roca.

—Será chatarra —sentencia—. O una lavadora. Este río está lleno de porquería.

Una chispa traviesa asoma en el rostro de Ovidi. Llevan compitiendo desde antes de aprender a andar.

Nacieron el mismo día, con apenas unas horas de diferencia. Crecieron juntos, se casaron el mismo año, tuvieron dos hijos cada uno y han envejecido comparando quién pesca más, quién juega mejor al ajedrez o quién tiene menos barriga.

Su amistad es una guerra civil disfrazada de cariño.

—Cinco euros a que bajo y averiguo qué es antes que tú.

—Diez a que sales diciendo que es un neumático.

—Ve preparando el dinero.

Ovidi se quita la camiseta. A sus sesenta y ocho años sigue lanzándose al agua con la testarudez de un adolescente.

—¡Ten cuidado con la corriente! —advierte Genís—. Esta zona tiene mala fama.

—La corriente me tiene más miedo a mí.

Se coloca las gafas de buceo con un pequeño foco LED acoplado en el lateral y se deja caer al río. El agua fría y espesa lo envuelve al instante.

Desciende despacio siguiendo la forma detectada por el sonar. A medida que se acerca, el contorno comienza a definirse. Es un coche. No hay duda.

La carrocería está cubierta de limo y vegetación acuática. Parece llevar muchos años allí abajo.

Siente un estremecimiento, pero no por el frío. Por otra cosa. El maletero está entreabierto, tan solo unos centímetros.

La curiosidad es una enfermedad antigua, y pocas veces trae algo bueno.

Ovidi asciende rápidamente a la superficie. Emerge jadeando.

—¿Qué has visto? —pregunta Genís.

—Un coche.

Genís suelta una carcajada incrédula.

—¿Un coche? ¿Aquí?

—Y el maletero está medio abierto.

—Déjalo estar…

—No pienso dejarlo estar.

La sonrisa de Genís desaparece.

—Ovidi…

Pero ya es tarde.

—Pásame la palanca.

—¿Para qué demonios quieres una palanca?

—Para abrirlo.

Genís vacila unos segundos. Luego se la tiende.

A veces, las peores decisiones se toman por costumbre. Y ellos dos llevan toda la vida compitiendo el uno con el otro en esto.

Ovidi vuelve a sumergirse. La luz del amanecer atraviesa con dificultad el agua turbia. Desciende hasta el coche, introduce la palanca en la rendija del

maletero y empuja. Al principio no pasa nada, pero después el metal cede con un crujido sordo.

El portón se abre lentamente. Y entonces lo ve. Durante un momento se olvida de respirar. Hay un cadáver dentro. O lo que queda de él. La piel grisácea flota alrededor del rostro. Una mano huesuda asoma entre los restos de ropa descompuesta. Los ojos —o los huecos donde habían estado— parecen mirar directamente hacia él desde la oscuridad del maletero.

El horror le atraviesa el pecho. Intenta gritar. Solo consigue tragar agua. Y, mientras sube desesperadamente hacia la superficie, a través de él, el río Aniel devuelve al mundo un secreto que había permanecido enterrado demasiado tiempo.

1

Noviembre de 2025. Comisaría de Genar.

Al cruzar las puertas de la Comisaría de Genar siente una extraña familiaridad. Los mismos tablones cubiertos de avisos, las mismas discusiones sobre por qué no funciona la máquina del café y los mismos agentes caminando con expresión concentrada.

Puertas que se abren y cierran sin descanso y conversaciones entrecortadas que flotan por los pasillos. Cada despacho tiene sobre la mesa una historia a medio resolver y cada agente camina con la sensación de llegar tarde a alguna parte. Las pantallas iluminan rostros cansados. Sobre los archivadores se acumulan carpetas, notas adhesivas y fotografías olvidadas. Nada resulta especialmente ordenado, pero dentro de aquel caos existe una lógica que sólo entienden quienes trabajaban allí.

Erin está sentada frente a su mesa, con la mirada fija en el teléfono negro que ocupa el extremo derecho.

Lleva un suéter azul sencillo que le favorece el rostro y resalta el contraste con su piel pálida. Para trabajar suele llevar ropa cómoda, sin pretensiones. Prefiere pasar desapercibida, incluso para sí misma.

El teléfono ni suena, ni vibra, pero aun así, Erin lo observa con una intensidad perturbadora. Tiene los brazos cruzados y el cuerpo encorvado hacia delante, en una postura defensiva.

Lleva más de un mes de vuelta al trabajo y noviembre se anuncia intenso, cargado de casos sin cerrar y de una inquietud que no consigue sacudirse. No es cansancio físico, es otra cosa. Algo que se le ha quedado adherido por dentro.

Sobre la mesa hay informes que no ha hojeado aún, una libreta abierta por la mitad y una taza de café olvidada desde hace rato. La inspectora no recuerda haberle dado ni un sorbo.

A su lado, Moisés Vázquez, subinspector y compañero desde hace demasiados años como para contarlos, está recostado en la silla, con los pies apoyados sobre la mesa. Mastica despacio un *donette*, con la bolsa abierta entre las manos.

Vázquez ronda los cuarenta y tantos. Tiene ese aspecto bonachón de quien te hace pensar que es inofensivo, hasta que abre la boca en el momento menos oportuno. El pelo empieza a clarearle en las sienes y el cuerpo acusa ya las comidas rápidas y el estrés. Está algo dejado; hace tiempo que decidió que ya no tiene nada que demostrarle a nadie.

Se casó muy joven, según él. Tiene una hija de catorce años y un niño de ocho, y habla de ellos como de la única forma de estabilidad que le queda. En la comisaría es conocido por su calma irritante y la capacidad para parecer tranquilo, incluso cuando el mundo se está cayendo a pedazos.

—Si sigues mirando así al teléfono, al final se va a asustar y no va a sonar —comenta, con la boca medio llena.

Erin no responde. Ni siquiera lo mira.

—Oye —insiste él—, cuando todo esto acabe, te invito a desayunar como Dios manda. Nada de máquinas, ni cafés que saben a arrepentimiento.

—Cuando todo esto acabe —replica ella—, tú ya te habrás comido media pastelería.

Vázquez sonríe, satisfecho.

—¿Se puede saber qué hacéis los dos ahí sentados como dos mequetrefes? —truena una voz desde el fondo de la sala.

El comisario Lizarraga se aproxima a ellos con paso cansino. La barba canosa mal recortada y los kilos de más le endurecen los rasgos. Camina arrastrando los pies, cargando un cansancio profundo… o el implante de la cadera, que intenta disimular sin mucho éxito.

Vázquez baja de golpe los pies de la mesa, casi atragantándose.

—Esperando —resopla Erin, sin mirarlo.

—¿Esperando qué? ¿Un milagro?

—Esperando a que llame el equipo de buceo —responde ella—. Prefiero estar aquí que pasarme una hora viendo cómo intentan sacar un coche del río.

Lizarraga tensa los labios para contener su enfado. Suelta el aire lentamente antes de hablar, contando hasta diez.

—¡Erin, a mi despacho! ¡Ahora!

—¡Y tú —dice señalando a Vázquez—, habla con los dos pescadores! Quiero saber por qué demonios estaban ahí y desde cuándo.

El despacho del comisario es pequeño y funcional. No hay fotos familiares, ni diplomas a la vista. Solo archivadores, una mesa llena en exceso y una silla que cruje cuando Lizarraga se deja caer en ella.

—¿Qué narices te pasa? —pregunta sin rodeos—. ¿Dónde está la Erin de siempre?

—Aquí —responde ella cruzándose de brazos—. Soy la de siempre.

—No —niega él—. Desde que volviste de Escocia estás apática. Más de lo normal.

Erin hace una mueca, algo molesta.

—Y estás desganada —continúa Lizarraga—. La Erin que yo conozco estaría ahora mismo en el río, metida hasta las rodillas en el barro, intentando entender qué demonios hace un coche en el agua.

Ella no responde, aunque su cara desencantada la delata.

—¿No te interesa saber qué hacía ahí? ¿Y si hay algo más dentro? —insiste el comisario.

Erin sabe de sobras que tiene razón, pero no consigue volver a conectar con el presente.

Escocia aún le afecta demasiado en el cuerpo. Neil le viene a la cabeza a cada rato: su voz al otro lado del teléfono, las llamadas casi diarias, la sensación persistente de haber dejado algo a medias.

Pero, por encima de todo, está él. Jameson Harris. No saber dónde se esconde o cuándo aparecerá la exaspera. Sabe que lo hará, que tarde o temprano, vendrá a por ella. Erin odia las cuentas pendientes, y aquella es la peor de todas.

—Solo estoy cansada —miente.

El hombre la observa más de lo necesario, sin terminar de creérselo.

—¡Vuelve ahí fuera! —le ordena al final—. ¡Y espabila!

Cuando sale del despacho, el sonido del teléfono rompe el murmullo constante de la comisaría. Vázquez es el primero en reaccionar. Se adelanta y descuelga antes de que suene por segunda vez.

—Genar —dice, apoyando un codo en la mesa.

Erin lo observa desde unos pasos más atrás. No oye la voz al otro lado de la línea, pero sí ve cómo la expresión de Vázquez cambia poco a poco. La desgana se diluye y la mandíbula se le tensa.

—¿Estás seguro? —pregunta a su interlocutor—. ¿Dentro del vehículo?

Hace una pausa larga, escuchando.

—De acuerdo —añade al final—. Vamos para allá.

Cuelga despacio. Erin no le quita la vista de encima.

—Han llamado los del equipo de buceo —explica Vázquez, bajando la voz —. Han encontrado restos humanos en el interior del coche.

Erin siente ese viejo cosquilleo en la nuca, la señal inequívoca de que su cerebro se pone en marcha.

—¿En el maletero? —pregunta.

Vázquez asiente.

La inspectora coge su chaqueta sin decir una palabra. Su corazón arranca de nuevo, con una brizna de motivación. El caso acababa de empezar.

2

El camino hasta el río Aniel discurre entre árboles desnudos y márgenes embarrados. La carretera se estrecha a medida que se acercan al cauce, obligándolos a bajar la velocidad y a prestar más atención. Erin observa por la ventanilla sin decir nada. El cielo está gris, anunciando una lluvia inminente.

—No es un río bonito —comenta Vázquez, al volante—. Nunca lo ha sido.

—No necesita serlo —contesta ella.

El Aniel le recuerda vagamente a ciertos ríos del norte de los Estados Unidos, que ha visto en informes y documentales: cursos de agua anchos, lentos en apariencia, pero con una fuerza subterránea que no admite descuidos. Donde otros ríos serpentean casi con timidez, el Aniel impone respeto. Sus aguas son oscuras incluso en verano, y en invierno adquieren ese tono opaco que impide adivinar la profundidad real. Las corrientes no siempre se ven, pero están ahí, ocultas, traicioneras, esperando a que alguien se confíe más de la cuenta.

Aparcan junto a un camino de tierra ya lleno de vehículos policiales. Al abrir la puerta, una bocanada de aire la golpea de inmediato. Erin inspira con fuerza.

No es el ambiente de Escocia. Allí el frío era constante, puro, casi honesto. Te envolvía sin engaños. En Genar, en cambio, el frío es irregular, húmedo. Se cuela por la ropa, pegándose a la piel, buscando asentarse en los huesos. Es un otoño que, en vez de despertar, te desgasta.

—Te lo dije, esa gabardina no te abriga —le riñe Vázquez, frotándose las manos—. Este frío es de los que te hacen mala persona.

Ella se ajusta los botones de la chaqueta y sigue avanzando. A unos metros del río, la zona está acordonada con cinta policial y conos naranjas. Hay un par de vehículos oficiales y un camión de apoyo técnico. Un equipo de rescate

subacuático termina de recoger material. Son especialistas en escenarios acuáticos complejos, entrenados para trabajar donde el agua se empeña en borrar pruebas.

El coche ha sido ya extraído y reposa apoyado sobre un lateral, parcialmente cubierto por una lona gruesa, para evitar las miradas indiscretas de los periodistas. Aun así, su silueta se adivina con claridad.

Vázquez se desvía hacia la izquierda.

—Voy a hablar con los pescadores —dice—. No han querido esperar a la cita de esta tarde.

Erin los ve a unos metros de distancia. Dos hombres mayores, nerviosos, incapaces de quedarse quietos. Desde el día anterior, cuando se encontraron con aquella desagradable sorpresa mientras pescaban, no han dormido. Se les nota en la mirada, en la forma de hablar atropellada, en la necesidad casi física de explicar lo sucedido una y otra vez.

Ella, a su vez, se acerca al responsable del equipo subacuático. El hombre se quita el regulador y ajusta la capucha antes de hablar. Tiene la piel curtida, las manos inflamadas por las temperaturas y la mirada de quien ha visto demasiadas cosas bajo el agua.

—Inspectora —saluda—. Hemos terminado la extracción primaria.

—Cuénteme qué han encontrado.

—El vehículo estaba a unos siete metros de profundidad. No presentaba signos de arrastre recientes. Llevaba ahí mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Erin.

El buzo se toma un segundo, antes de responder:

—Años, seguramente. No sabría concretar todavía, pero no hablamos de meses. Ni de uno o dos inviernos.

—¿En qué estado está? —pregunta mientras se fija en el coche.

—Sorprendentemente entero. Un turismo de principios de los dos mil. Un Ford Mondeo de segunda generación. Muy común en su momento. En una de las puertas hay restos de un adhesivo —explica él inclinándose un poco hacia el coche, señalando la luneta trasera—. Parece un logo, pero el agua y el sedimento lo han borrado casi por completo. No se aprecia ni el símbolo, ni la tipografía. Por el tamaño y la ubicación, podría tratarse de un coche de alquiler.

—El coche tiene aspecto de estar casi intacto —señala ella.

—Para los años que lleva bajo el agua, sí. No se ha desarmado ninguna pieza estructural durante la extracción. Ni puertas, ni chasis. Eso no es lo habitual.

—¿Y el interior?

—El habitáculo estaba limpio de restos orgánicos visibles —dice bajando la voz—. El maletero no.

—¿Hay restos humanos?

—Sí. En estado avanzado de deterioro.

—¿Alguna estimación de la causa de la muerte?

El buzo niega con la cabeza.

—En mi opinión, ya estaba muerto antes de que lo metieran en el maletero. Tiene un buen golpe en la cabeza, pero la información completa os la dirá la forense. El agua borra muchas cosas… pero no a todas.

—¿Han podido comprobar la matrícula?

—No es legible. Está cubierta por sedimentos y corrosión. El número de identificación vehicular tampoco es nítido a simple vista. Pero ya hemos documentado todo antes de moverlo. Con laboratorio y paciencia, probablemente se podrá recuperar.

—De acuerdo, infórmenme si saben algo más.

—Como diga, inspectora. Pero hay algo más —añade el buzo antes de alejarse, pareciendo recordar de repente algo.

—¿Qué?

—El freno de mano estaba puesto.

No hace falta añadir nada más. El coche con un cadáver dentro no fue a parar por accidente en un río.

Erin vuelve la vista hacia el agua. Durante un instante tiene la sensación de que algo la observa desde la otra orilla. No árboles esta vez, sino el perfil irregular de unas antiguas construcciones de piedra semiderruidas, restos de un viejo embarcadero que el tiempo y el agua han ido devorando poco a poco.

—Inspectora.

Se gira al oír la voz. Lizarraga acaba de llegar, con el gesto tenso y las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. A su lado camina Simón Molina, el comisario principal de la región, que tiene autoridad sobre todas las comisarías

de la zona y no acostumbra a ejercerla en persona. Es el tipo de hombre que no necesita levantar la voz para que todo el mundo obedezca.

A ella le extraña verlo allí. Lo reconoce al instante; muy alto, con el bigote espeso y con el rostro cansado de quien lleva mucho tiempo mandando y, aun así, conserva una cierta calidez en la mirada, una educación de tipo antiguo que lo hace parecer más cercano de lo que realmente es.

Lizarraga carraspea antes de hablar. Erin lo nota. Siempre lo hace cuando Molina está cerca.

—El comisario principal está de paso por la zona —anuncia Lizarraga—. Ha querido acercarse a ver el escenario.

—Inspectora Butler —saluda esbozando una sonrisa moderada—. Me alegra verla de nuevo en activo. Hablan muy bien de usted por aquí.

—¡Gracias, señor! —responde ella, algo avergonzada. No es fan de los halagos.

—¿Qué tenemos? —pregunta él, sin rodeos.

—Un coche sumergido y restos humanos en el maletero.

Lizarraga aprieta la mandíbula.

—¿Antigüedad?

—Diría que muchos años. Aún no podemos concretar más.

—¿Alguna idea de quién puede ser?

—Todavía no.

Molina la escudriña de arriba abajo Su mirada es evaluadora, sí, pero también atenta, casi comprensiva, como la de alguien que sabe que las respuestas no siempre llegan rápido.

—¡Manténganme informado! —anuncia al final.

Ella sabe que aquella frase no es una sugerencia.

Vázquez se acerca después de un rato.

—Los pescadores están muy alterados —cuenta—. Dicen que llevan pescando aquí más de treinta años y que nunca habían visto nada igual.

Molina ya se aleja junto a Lizarraga.

—Todo el mundo dice lo mismo cuando aparece un cadáver —murmura ella.

Horas después, ya en su casa, Erin deja las llaves en el recibidor. De pronto, siente que el silencio es tan abrumador que le da una sacudida. Entonces oye un ruido desde el fondo del pasillo. Enciende la luz. El corazón se le acelera. Saca su arma con delicadeza y se desplaza despacio hacia el salón, conteniendo la respiración.

Logan, su gato blanco de ojos azules, la mira desde el suelo, junto a una maceta caída.

—Genial —bisbisea—. Ya empiezo a ver fantasmas.

Acto seguido el móvil vibra en su bolsillo. Un mensaje de Neil:

Puede que consiga venir por Navidad. Aún no es seguro.

Erin sonríe por primera vez en todo el día. Se pone algo de música, pero tarda varios minutos en recuperar la calma. Después de cenar algo ligero intenta cerrar los ojos, para reponer un poco las fuerzas.

Y mientras tanto, esa noche, el río Aniel sigue fluyendo en la penumbra, tragándose cualquier rastro.

3

El Instituto Forense de Genar se levanta a las afueras del pueblo. Es un edificio bajo y funcional de hormigón claro, rodeado por un aparcamiento casi siempre medio vacío. No hay rótulos llamativos, ni ventanales amplios. No es un lugar pensado para ser visto, sino para que lo que ocurre dentro no trascienda más de lo necesario.

Erin siempre ha pensado que todos los institutos forenses son parecidos entre sí: el mismo tufo a desinfectante y químicos, la misma temperatura excesivamente fría y la misma sensación de que el tiempo allí dentro se vuelve más lento. Al otro lado de la puerta, el mundo exterior se desvanece.

—Nunca me acostumbraré a este sitio —refunfuña Vázquez mientras atraviesan el vestíbulo—. Ni viniendo diez veces al mes.

—Nadie debería acostumbrarse a esto —responde Erin.

Un auxiliar los dirige por un pasillo estrecho de paredes claras y puertas metálicas numeradas. Las luces blancas no proyectan ninguna sombra, pero tampoco consuelo. Todo está diseñado para que la emoción no interfiera con el procedimiento.

—La doctora Sáez está esperando a que lleguéis —informa el auxiliar, frente a una puerta que se abre antes de que la inspectora llame.

—Erin.

La voz es cálida y familiar. Ángela Sáez se presenta con su bata impecable, gafas rectangulares y la melena corta teñida de caoba, que suaviza sus facciones. Tiene cincuenta y siete años, pero la energía con la que se mueve la hace parecer más joven. Su expresión combina inteligencia, ironía y una ternura inesperada en alguien que trabaja cada día con la muerte.

Se conocen desde hace muchos años, cuando Erin se hizo inspectora y se instaló en Genar. Ángela es una mujer de la que ha ido aprendiendo y de la que

recibió apoyo. Es una buena amiga y la tiene siempre cerca, para explicarle sus temores y para compartir su ocio, cuando es posible.

—Me alegra verte —dice, sin sonar protocolario.

—A mí también.

Ángela la observa un segundo más de lo habitual.

—Estás más delgada. ¿Estás comiendo bien o sigues sobreviviendo a base de café?

—Prometo que no solo tomo café.

—Eso quiero verlo. Y a ver cuándo me das la receta de esos macarrones de Cecilia que me prometiste. Aún sigo esperando…

—Cuando tú me invites a algo que no apeste a formol —le rebate, con una sonrisa traviesa.

Ese tipo de comentarios siempre la desarma.

—Trato hecho.

—Moisés, ¡cuánto tiempo! —dice Ángela volviéndose hacia el subinspector —. ¿Cómo están tus hijas? ¿Ya te ganan en discusiones?

—Me superan en esto —refunfuña.

—Es una buena señal —replica ella—. Significa que piensan.

La relación no es tan cercana como con Erin, pero hay respeto. Esa complicidad de quien lleva años compartiendo escenarios difíciles.

—Vamos —anuncia finalmente Ángela, volviendo al tono profesional—. Os enseño lo que tenemos.

La sala de autopsias está preparada, pero el cuerpo permanece cubierto. En una pantalla iluminada se proyectan radiografías y fotografías preliminares.

—Lo que vais a escuchar es preliminar —advierte Ángela ajustándose las gafas—. Muy preliminar. El sexo probable es masculino —sigue ella con la explicación—. La morfología pélvica y craneana son bastante claras.

Cambia la imagen y continua:

—La altura estimada es entre uno setenta y cinco y uno ochenta, de complexión media.

—¿Y edad aproximada? —pregunta Vázquez.

—Aquí tenemos una amplia horquilla; entre cuarenta y sesenta en el momento de la muerte. Los años bajo el agua distorsionan demasiado los parámetros.

—¿Causa de la muerte estimada? —pregunta Erin acercándose a la pantalla.

Ángela la mira por encima de las gafas.

—Todavía no puedo establecerla. No hay traumatismos evidentes en el cráneo, ni en los huesos largos.

—El buzo dijo que tenía un impacto en la cabeza.

—Ese hombre no es forense…

—Ya…

—Pero sí hay fracturas.

Amplía una imagen.

—Esta costilla. La línea de fractura no encaja del todo con la degradación postmortem. Pero no puedo afirmarlo aún.

—¿Podría ser anterior al hundimiento? —pregunta Erin.

—Podría.

—¿Hay signos de defensa?

—No están claros. Hemos encontrado fibras en ambas muñecas. Podrían indicar ataduras o podrían ser restos arrastrados por la corriente.

Erin se queda pensativa.

—¿Crees que murió en el agua o ya estaba muerto?

Ángela ladea la cabeza.

—Probablemente murió ahogado.

—Pues no lo creo —afirma Erin, casi en un murmullo.

Vázquez la mira.

—¿Por?

Erin señala la radiografía iluminada.

—Si lo hubieran arrojado vivo dentro del coche y este se hubiese hundido, ¿no habría señales más evidentes en las vías respiratorias? ¿Microfracturas por espasmos? ¿Algún tipo de posición defensiva más clara?

Ángela frunce un poco el ceño, pero no con desaprobación, sino con una mezcla de sorpresa y algo que roza el orgullo.

—Vaya, Erin… —confiesa con una media sonrisa—. Me dejas de piedra. ¿Desde cuándo sabes tanto?

Erin se encoge de hombros.

—Supongo que después de tantos años viendo cadáveres en el agua, con Ray y contigo, algo se me habrá pegado.

—Espero que solo lo útil —replica Ángela con suavidad. Luego vuelve los ojos hacia la imagen y admite—: Tu planteamiento es lógico. En casos de sumersión con vida suele haber indicios más claros: restos de agua en las vías respiratorias, reacción muscular, incluso lesiones en manos si ha intentado salir. Pero el agua altera muchos procesos. Y tantos años en el agua… son demasiados para hablar con seguridad.

Se quita las gafas un instante.

—Ahora mismo, lo que veo encaja tanto con un ahogamiento, como con una muerte previa al hundimiento. No tengo un signo inequívoco que me permita descartar ninguna de estas hipótesis.

Erin no aparta la vista de la pantalla.

El silencio que sigue a continuación no es incómodo, sino profesional. Dos mujeres que se respetan midiendo la misma brecha desde distintos ángulos.

—Siempre fuiste buena hilando hipótesis —constata suavemente—. Pero las hipótesis necesitan pruebas.

—Lo sé.

—Seguiremos analizando las vías respiratorias y la médula. Quizá podamos determinar si hubo inhalación de agua.

—¿Y los objetos personales? —pregunta Vázquez.

—Nada identificable. Ni reloj, ni anillos, ni documentación. Solo un cuaderno con las hojas arrancadas y desgastadas, conservadas gracias al resguardo de una pequeña bolsa de plástico. En una de ellas apenas se distingue un dibujo hecho con garabatos.

Erin arquea un poco la ceja.

—Solicitaremos el ADN…

—Ya está solicitado —responde Ángela—. Pero no será inmediato.

La escena queda en pausa unos segundos. Entonces Ángela se acerca un poco más a Erin y le pregunta en voz baja:

—¿Cómo está tu madre?

La pregunta descoloca a Erin, porque no concuerda en este escenario clínico.

—Bien —responde, incómoda—. Nos llamamos de vez en cuando.

—Me alegro de que esté bien —le dice acariciándole un hombro—. A ver cuando ponemos fecha a esa quedada.

Erin asiente. Hay algo casi maternal y protector en Ángela.

Al salir, aprovechan para pasar por un edificio anexo donde un técnico de la científica trabaja con imágenes ampliadas del vehículo.

—Estamos aplicando filtros de contraste —explica el técnico sin apartar la vista de la pantalla—. La matrícula está muy deteriorada, pero seguramente podremos recuperar algún carácter.

—¿Sí? —pregunta Erin.

—No lo descarto. Hemos tenido casos peores.

—¿Y el adhesivo?

El técnico amplía la imagen de la luneta trasera.

—Aquí. En el ángulo inferior derecho. Parece un logotipo rectangular. Hay restos de pigmento azul. No puedo afirmar que sea de alquiler, pero la ubicación es compatible.

—Avisadnos en cuanto tengáis algo concreto.

—Por supuesto.

Cuando regresan al pasillo, Vázquez le habla en voz baja.

—¿Qué crees que pudo pasarle?

—¿Al cuerpo sin nombre te refieres?

—Sí, o a lo que queda de ello…

—Pues aún es pronto…

—Erin… no te hagas la tonta. Seguro que ya tienes una teoría maquinando por tu cabecita.

—No es verdad —se ríe ella—. Está bien, pero solo son indagaciones…

—Sí, estamos jugando… Dime qué teoría tienes.

—Así a bote pronto, creo que se trata de alguien de fuera de Genar.

—¿Extranjero?

—No tiene por qué… Pero ese no es su coche, seguro.

—¿Qué más?

—Le quitaron algo, quizás dinero, algún documento importante…

—Y lo mataron y lo metieron en un maletero —concluye él.

—Pues eso creo —confirma ella, aunque por su tono no parece convencida.

Caminan hacia la salida y Erin se detiene un instante antes de subir al coche. Sabe que el cuerpo encontrado tiene nombre. Lo siente con la misma certeza que sabe que Jameson Harris no ha desaparecido del todo de su mundo.

Y cuando ese nombre aparezca, algo se abrirá y no será fácil volver a cerrarlo.

4

El sol de noviembre entra en diagonal por la ventana del salón, dibujando una línea dorada sobre el suelo de madera. Desde el sofá, Erin puede ver el puente de piedra que cruza el río Ocar, sus arcos reflejados en el agua verde, como una fotografía antigua movida por la corriente. Genar se ve tranquilo desde allí arriba.

Logan está enroscado sobre el respaldo del sofá, vigilando la calle con esa solemnidad felina que parece decir que nada ocurre sin su consentimiento. Su pelaje brilla bajo la luz de la mañana y sus ojos siguen movimientos que Erin no alcanza a percibir.

Termina el café y deja la taza sobre la mesa. Se calza las bambas y sale a correr. Al bajar las escaleras del edificio se encuentra con Cecilia, su vecina y su segunda madre.

—*Bon dia*, Erin —saluda con una sonrisa agradable—. ¿Vas a correr un poco?

Cecilia tiene el cabello gris recogido en un moño bajo y no se desprende nunca de su abrigo bien planchado, aunque solo baje a tirar la basura. Siempre cuenta que le quedan cinco años para jubilarse. Lo repite a menudo atravesándolos con la paciencia de quien cuenta estaciones. Es viuda desde hace más de una década, trabaja en correos y ha viajado más que la mayoría de la gente del pueblo. Lee novelas históricas y biografías, con la misma pasión con la que habla de Italia o de Lisboa.

—Sí —responde Erin—. Voy a correr.

—¿Vienes a comer hoy o te preparo un táper?

—Vendré. Trabajo de tarde…

—Perfecto. Hoy viene mi amiga Elena. Haré lentejas…

—Genial.

La relación entre ellas es sencilla. No se deben nada. No se exigen nada. Cecilia cuida de Erin sin invadir su espacio y de manera natural. Erin escucha a Cecilia sin prisa. Es un vínculo que se ha construido en instantes compartidos y platos calientes al otro lado del rellano.

Erin corre junto al río, siguiendo el paseo que bordea el Ocar. Siente el frío clavándose en su cara. En Genar el tiempo es traicionero. Un día aprieta y al siguiente retrocede, como un invierno dudoso, antes de instalarse definitivamente.

Escucha su respiración, el golpe rítmico de las zapatillas contra el suelo, el murmullo del agua. Intenta vaciar la cabeza, pero el coche sigue allí en el fondo. Esperando…

A la una en punto llama a la puerta de Cecilia. El piso huele a sofrito y laurel.

—Pasa, pasa —la recibe ella, secándose las manos en el delantal.

La mesa ya está puesta. Pan cortado, vino servido en tres copas pequeñas. En el comedor la espera con una sonrisa Elena, que de vez en cuando se deja caer por casa de Cecilia.

—Tienes mala cara —le advierte Elena.

—Trabajo.

—Siempre trabajo —le reprocha Cecilia mientras sirve las lentejas.

Erin sonríe, con la cuchara en la mano.

—Ha aparecido un coche en el río.

—¿En el Ocar? —pregunta Cecilia.

—No, el Aniel. Con restos humanos dentro…

—¡Virgen santa! —exclama Elena—. Eso no es normal aquí.

—No.

—Ay, vamos a dejar de hablar de cadáveres… que estamos comiendo —refunfuña Cecilia.

Se sientan a comer en silencio, pero Erin no puede apartar el tema de su cabeza.

—¿Recordáis alguna desaparición de hace años? Algún hombre…

—¿Una desaparición? —responde Cecilia con una suave arruga entre las cejas—. En Genar jamás ha habido nada igual. Es un pueblo la mar de tranquilo.

—Pues yo creo recordar que sí desapareció un hombre… —comenta Elena, pensativa y despacio.

—¿Quién?

—No sé, fue hace diez años… Se comentó algo en el barrio. Un señor que no era de aquí. Creo que durante una temporada vivió en un hotel. ¿No te acuerdas Cecilia?

—No me acuerdo a veces ni de qué día es hoy.

Erin deja la cuchara.

—¿Estás segura? —pregunta alzando las cejas.

—No del todo. Pero recuerdo que la gente hablaba. Decían que había venido por trabajo. Luego desapareció.

—¿Sabes su nombre?

—Elena, no le metas pájaros en la cabeza… Que esto no es *Crimen en el paraíso*.

—No —responde ignorando a su amiga—. No, no era español, eso seguro.

—Si fue hace diez años, yo ya trabajaba en comisaría —suelta ella clavando la vista en un punto fijo.

—Quizá no fue una denuncia oficial —opina Cecilia, con calma—. A veces la gente desaparece y nadie pregunta demasiado.

Erin la mira. Esa frase se queda flotando en la sala.

Cecilia nota que el ambiente se ha enrarecido y cambia de tema. Habla de un libro que está leyendo, de una amiga que se va a vivir a Valencia, de lo que van a hacer por la tarde Elena y ella… Erin escucha y responde de forma automática, pero su cabeza ya no está allí con ellas.

Si hubo un extranjero desaparecido… Si fue hace diez años… ¿Por qué ella no lo recuerda?

Cuando regresa a su piso, el teléfono vibra sobre la mesa. Es Neil. Ella sonríe sin querer.

Al final me han dado permiso para coger vacaciones por Navidad. Así que podré ir unos días. Te debo una cena.

Erin sostiene el móvil unos segundos antes de responder.

No. Te debo yo una.

Por un momento, el mundo discurre normal. Solo por un momento. Luego mira hacia el puente de piedra. Y el coche vuelve a brotar en su mente: oscuro,

en la profundidad. Esperando que alguien lo recuerde.

* * *

En comisaría, la rutina es casi asfixiante. Vázquez está frente al ordenador, sumergido en la pantalla. Le gusta cuando consigue concentrarse de esa manera y dejar a un lado su faceta más payasa, como si convivieran en él dos versiones distintas de sí mismo.

Erin deja la chaqueta sobre el respaldo de la silla.

—La amiga de mi vecina me ha dicho algo curioso —explica.

—¿Sí? —pregunta Vásquez, sin levantar la vista del ordenador.

—Recuerda a un extranjero que desapareció hace unos diez años. No hubo denuncia formal, sólo comentarios en el barrio.

Eso hace que él se detenga un segundo. Lo suficiente para que Erin lo note.

—La memoria de los vecinos no es una fuente fiable —responde al fin, volviendo a la pantalla.

—A veces es la única fuente…

Vázquez aporrea las teclas, enfadado.

—¿Qué te pasa?

—Que llevo media hora buscando datos y no hay nada… Es como buscar un fantasma.

—Algunos fantasmas dejan rastro…

—Pues este no.

El teléfono suena. Vázquez lo mira, pero no se mueve. Erin lo coge antes del segundo timbrazo.

—Butler.

La voz al otro lado es joven e insegura.

—Inspectora Butler, soy Morales, de la científica —habla en un tono poco técnico e inquieto—. Necesito que suban un momento.

Erin intercambia una mirada con Vázquez.

—Vamos —dice ella.

La sala técnica está más fría que la última vez. El coche continúa desmontado en varias secciones, como un cuerpo abierto en una mesa de autopsias. Cada pieza está separada, etiquetada y fotografiada. La puerta trasera descansa sobre un soporte metálico. La luneta posterior está apoyada contra la pared, opaca por el sedimento que aún no han logrado eliminar por completo.

Morales los espera junto a una mesa. Está pálido. Sus manos permanecen inmóviles a ambos lados del cuerpo, como si temiera tocarlas entre ellas.

—No está.

—¿El qué que no está? —le inquiere ella frunciendo el ceño.

—El fragmento del adhesivo. El que recogimos de la luneta trasera. El que fotografiamos y etiquetamos.

Señala una bandeja numerada, vacía. Un rectángulo limpio marca el lugar exacto donde debería estar la bolsa.

—Lo guardé aquí. La bolsa estaba sellada y el registro firmado. Igual que siempre.

Erin siente cómo su cuerpo se tensa.

—Pero tenéis las imágenes, ¿no? —dice Vázquez.

Morales duda si responder o no.

—No, no las tenemos.

El silencio cae como un objeto pesado en la sala.

—¿Cómo que no? —espeta ella.

—Han desaparecido también.

—¿Quién ha entrado aquí desde ayer? —pregunta Erin.

—Solo personal autorizado.

—Enséñame las cámaras.

Revisan las grabaciones en una pequeña sala contigua. Las imágenes parecen demasiado normales, sin movimientos.

—Habrá que hablar con todos los técnicos —ordena Erin.

Morales asiente sin convicción.

—¿Puede ser un error informático? —pregunta Vázquez.

—Aunque lo fuera —responde Morales—, el fragmento físico también ha desaparecido.

—¿Y de la matrícula? ¿Hay algún avance? —pregunta la inspectora, resignada.

—Lo hemos estado mirando esta mañana y todo sugiere que no va a recuperarse nada —informa el muchacho, con cara de circunstancia.

La cara de Erin cambia por completo.

—Pero si ayer me dijisteis que era probable que se pudieran recuperar caracteres —protesta enfadada Erin.

El muchacho se encoge suavemente de hombros.

—El compañero que habló contigo quizá fue más optimista que yo. Pero, siendo realistas… es prácticamente irrecuperable.

Erin vuelve a mirar la bandeja vacía y luego a la matrícula. Aquello no es un error, es una intervención, una eliminación deliberada. Alguien sabía exactamente qué debía desaparecer y cómo hacerlo sin dejar rastro.

—Quiero hablar con tu compañero, ahora.

—¿Con Víctor? No está.

—¿Cómo que no está?

—Justo hoy empezaba sus vacaciones.

—Qué oportuna coincidencia —suelta Vázquez con risa irónica.

Erin no sonríe, ni siquiera parpadea. Ambos miran fijamente al chico que intenta hacerse cada vez más pequeño, sin éxito.

Cuando salen al pasillo, el sonido de sus pasos cargados de amargura y frustración resuenan más fuerte de lo habitual.

—¿Qué opinas? —pregunta el subinspector.

—Opino que han manipulado las cámaras.

—Si lo han hecho… son profesionales.

—Sí. Alguien no quiere que sepamos de dónde venía ese coche o quién es el muerto.

Erin lo observa. La cara de Vázquez es inexpresiva.

—No te muestras muy sorprendido.

—En este trabajo, sorprenderse demasiado es peligroso —contesta él, con los ojos clavados en los suyos.

Regresan al despacho pensativos. La comisaría sigue funcionando a su alrededor con una normalidad ajena a lo que acaba de suceder.

Erin se sienta frente a su ordenador, pero no enciende la pantalla. Se queda quieta, escuchando y sintiendo algo desplazándose en algún lugar que no puede ver. Minutos después, se levanta para ir a por café. Cuando regresa, hay algo distinto en su mesa. Se detiene. No sabe quién lo ha dejado. Es un sobre dirigido a ella. Pequeño, blanco, sin sello y sin remitente. Mira a su alrededor. No da la impresión de que nadie le esté prestando atención. Vázquez sigue frente a su ordenador. Un agente pasa por el pasillo sin mirarla. Todo sigue igual, pero no lo está.

—Eh, Moisés —le llama la atención—, ¿me has dejado tú este sobre?

Él niega con la cabeza.

—¿Has visto quién lo ha dejado?

—No, ¿por qué? ¿Qué pasa?

Erin abre el sobre ignorando la pregunta. El papel es fino. Dentro hay unas fotografías. Las saca lentamente. En una de ellas se ve el puente de piedra, el que cruza el río Ocar, justo delante de su casa. Parece una foto tomada desde su ventana, por la noche. Erin sabe que ella no ha hecho esa foto, que alguien ha entrado en su casa. Siente como se le eriza la piel al pensarlo. Su propio balcón surge en el encuadre.

La otra imagen es a plena luz del día. Esta vez, la foto está hecha desde el otro lado del río. Ella está de pie, mirando a través de la ventana hacia el agua. Por la ropa que lleva puesta es de esta misma mañana. En el reverso, solo hay una frase, escrita a mano: DEJA EL CASO. Erin siente cómo el pulso le golpea en las sienes. Levanta la vista lentamente. Se acaba de dar cuenta que alguien la está espiando y que el cadáver hallado es más importante de lo que parece.

5

El sobre sigue sobre la mesa entre ellos. Erin no lo ha vuelto a tocar desde que se lo enseñó a su compañero.

Las fotografías permanecen dentro, pero ambos conocen ya cada detalle. El encuadre, los ángulos, la distancia. La convicción de que quien la tomó sabía exactamente dónde estaba ella.

Vázquez se apoya en el borde del escritorio, con los brazos cruzados. No ha hecho ninguna broma. No ha intentado rebajar la tensión. Eso, en él, es inusual.

—Tenemos que decírselo a Lizarraga —anuncia al fin.

—No —responde Erin negando lentamente.

—Erin…

—No sabemos quién la ha dejado.

—Precisamente por eso.

—¿Y si ha sido alguien de aquí? ¿O el propio Lizarraga?

—¿Alguien del Cuerpo? —pregunta Vázquez perplejo.

—Alguien con acceso. Alguien que sabe dónde trabajo y dónde vivo.

El compañero no responde al instante. Mira el sobre, luego la fotografía.

—¿Y si es… Harris?

—¿Jameson Harris? No…

—Pero dijiste que te envió una postal a tu casa amenazándote…

—Ya, pero esto es diferente. No es él.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque no es su letra.

—Han pasado dos meses. ¿Cómo puedes acordarte de cómo es su letra?

—Si hubieran pasado años también la reconocería —responde—. Además, ¿por qué iba a decirme que deje el caso?

Vázquez no tiene respuesta para eso.

—Sea quien sea —añade él finalmente—, quiere asustarte.

—No. Quiere que me detenga —niega, casi imperceptiblemente.

Los dos entienden lo que eso significa. Hay alguien que cree que ella es una amenaza y no quiere que siga hurgando en ese asunto.

—Aun así —insiste Vázquez—, Lizarraga tiene que saberlo.

Erin observa el sobre unos segundos más. Luego lo guarda en el cajón.

—Primero quiero ver cómo reacciona con lo otro, y luego ya veremos.

El despacho del comisario está casi a oscuras cuando entran. La persiana está medio bajada y la luz del exterior se filtra en franjas oblicuas que atraviesan la estancia como barrotes. El comisario está sentado tras la mesa, tranquilo, con las manos entrelazadas frente a él. Levanta la vista cuando entran. No sonríe ni se muestra asombrado.

—¿Qué ocurre?

Los agentes intercambian una mirada fugaz.

—Nos han comunicado que la matrícula del coche es prácticamente irrecuperable —explica ella.

Lizarraga baja la vista hacia los papeles que tiene delante.

—Bueno… Es normal. Llevaba muchos años bajo el agua.

—No es eso —insiste ella—. Hace solo dos días nos dijeron que era posible recuperar algunos caracteres… y ahora es como si alguien la hubiera manipulado.

El comisario alza la vista de nuevo, esta vez con un gesto de impaciencia poco disimulado, observando como la conversación se desvía hacia un terreno resbaladizo.

—Erin, tenemos que confiar en que la científica hace todo lo que puede. ¿Qué estás insinuando? ¿Que te están mintiendo?

La inspectora arruga levemente la nariz y exhala por la boca con brusquedad. Siempre hace eso cuando intenta contener algo que preferiría decir en voz alta.

—También ha desaparecido una prueba —añade finalmente.

—¿Cuál?

—El fragmento de adhesivo y las imágenes asociadas.

El comisario los observa en silencio unos segundos que se estiran más de lo natural.

—¿Estáis seguros de que no ha sido un error de catalogación?

—No —responde ella con firmeza.

—No hay registro, ni traslado, ni eliminación autorizada —añade Vázquez —. Simplemente ha desaparecido.

Lizarraga apoya la espalda en la silla. La madera cruje suavemente.

—Cada día entran y salen decenas de pruebas —dice con una voz medida —. Los sistemas fallan y las personas también.

—Esto no es un fallo —replica Erin—. Es una desaparición selectiva.

Las palabras quedan flotando en el despacho. Lizarraga balancea la silla sobre las patas traseras.

—No convirtamos esto en una teoría conspirativa —responde, al fin—. Si aparece, avisadme.

Una forma elegante de cerrar la conversación.

Ella siente cómo la frustración se transforma en una calma peligrosa. A su lado, Vázquez guarda silencio. Observa al comisario con una intensidad discreta, casi imperceptible, intentando descubrir si la indiferencia es real… o ensayada.

Cuando salen del despacho, Erin sabe una cosa con absoluta claridad: no puede confiar en él. Por eso no le ha dicho nada de la carta.

Esa tarde, el despacho se llena del sonido constante de teclas: Bases de datos abiertas, archivos antiguos, registros que se desplazan por la pantalla igual que si pertenecieran a otra época.

—Denuncias, desaparición, vehículo, Ford Mondeo —murmura Vázquez, mientras escribe, sin apartar la vista de la pantalla.

La base de datos responde con una lista vacía. Prueba de nuevo. Cinco años atrás. Nada.

El subinspector ajusta el filtro temporal. Sus dedos se mueven con rapidez mecánica, repitiendo un gesto aprendido demasiadas veces. Seis años. Nada. Siete. Nada.

El cursor parpadea en el centro de la pantalla, indiferente. Diez años. Nada.

Erin se aproxima hacia la pantalla, apoyando una mano en el borde de la mesa.

—Amplía a toda la provincia. Y quita el filtro por municipio.

Vázquez asiente a duras penas y modifica los parámetros. Añade coincidencias parciales en el modelo. Búsqueda por rango de años. Matrículas similares. Bastidores incompletos.

El sistema procesa. Tarda unos segundos. El resultado: vacío. Ni una denuncia por sustracción. Ninguna comunicación de desaparición. Ningún expediente cerrado por «vehículo localizado». Ninguna baja por exportación. Ni una reclamación de seguro asociada al modelo en esa franja temporal. Nada.

El policía se reclina hacia atrás lentamente. La silla chirría bajo su peso, un sonido estridente que parece más alto de lo que debería.

—Esto no cuadra.

Ella sigue mirando la pantalla, confiando en que termine mostrando algo revelador.

—Espera —indica él, impaciente.

Abre otra ventana y accede al registro de actividad del sistema.

—¿Qué haces? —pregunta Erin.

—Si no hay resultados, quiero ver si alguien tocó la base de datos.

Teclea su clave y al momento emerge el historial de accesos. Es una lista breve. Él se queda quieto.

—¿Qué? —insiste Erin.

Él amplía una línea. Fecha: hace tres días. Hora: 02:17 de la madrugada. Tipo de acción: actualización masiva de registros. Categoría: vehículos sustraídos.

Amplía el campo de usuario. En la pantalla aparece un identificador.

—¿Quién es? —pregunta ella impaciente.

Vázquez, después de un momento le responde:

—Eres tú.

—Eso es imposible —refunfuña Erin, sintiendo una ligera presión en el pecho.

Vázquez la mira, pero no con sospecha, sino con desconcierto.

—Es tu usuario: BUTLER.E

—Yo no estaba aquí a las dos de la madrugada hace tres días.

—Alguien podría haber accedido de forma remota.

Ella sigue mirando a la pantalla, perpleja.

—Aunque la acción fue manual —continúa él—. No es una re-indexación automática del sistema, es una modificación lanzada desde una sesión activa.

—¿Desde dónde accedieron al archivo?

Vázquez amplía un poco más el detalle.

—Edificio central, segunda planta, ordenador 3B.

Erin siente un vuelco en el estómago. Su despacho está en esa misma planta, a escasos metros del puesto señalado.

—Eso está en nuestro pasillo —murmura ella—. ¿De quién es el ordenador?

—De nadie. Precisamente por eso me preocupa. Es un ordenador de uso común.

—Entonces, cualquiera pudo acceder.

—Exacto. Si alguien encontró una sesión tuya abierta o consiguió tus credenciales, pudo entrar en el sistema haciéndose pasar por ti.

—Siempre cierro la sesión —dice ella y niega con la cabeza.

Pero de pronto no está completamente segura. Recuerda aquellas tardes largas de estrés, cafés e interrupciones.

—Si han usado tu usuario, han querido que parezca cosa tuya.

Erin vuelve a mirar la pantalla. Su usuario sigue allí. BUTLER.E. Su nombre está asociado a una limpieza masiva de registros.

—Alguien quiere incriminarme, que parezca que tengo las manos manchadas en este caso —concluye, con la rabia recorriéndole todo el cuerpo.

—O te retiras del juego, o lo usan contra ti… —resopla él, visiblemente afectado.

Erin aparta la vista de la pantalla. Empieza a tomar conciencia de que la amenaza no está en el río, está dentro del edificio. Y lleva su contraseña.

Erin escudriña, en estado de alerta, toda la comisaría. Luego examina a su compañero. Lo observa unos segundos más de lo necesario. Busca algo en su expresión. Alguna grieta. Un gesto que desentone. Una vacilación o cualquier señal que confirme o destruya la sospecha que acaba de nacer en su interior.

¿Y si todo el mundo miente? ¿Y si ya no puede confiar en nadie nunca más?

La desconfianza ha empezado a extenderse dentro de ella como una mancha de tinta en el agua. Ya no solo desconfía del comisario, de la científica… La sospecha está cruzando una frontera más peligrosa. Ha llegado hasta él. Hasta Moisés. Su amigo y compañero. Lo estudia con atención. La forma en que respira. La quietud de sus hombros. La naturalidad con la que sostiene su mirada. Pero no encuentra nada. Solo ese rostro cansado, familiar, humano y transparente.

No. Vázquez no. Erin lo descarta. Lo rechaza al instante, pero aun así, la duda ya ha existido y eso es suficiente. Por primera vez desde que llegó a Genar, no está completamente segura de quién tiene delante.

Vuelve a su mesa y se deja caer en la silla. El cursor sigue parpadeando en la pantalla del sistema. Abre el correo interno. Todavía no tiene ninguna notificación del laboratorio, ni aviso o mensaje.

Cierra la bandeja de entrada. Entonces su pantalla parpadea un segundo. Casi imperceptible, como un fallo eléctrico.

Ella entorna los ojos con recelo. En la esquina inferior derecha sale una notificación del sistema. Por un instante, la pantalla se oscurece sutilmente. Hay una débil intermitencia. Podría ser un fallo del monitor. O no.

En la esquina inferior derecha aparece una línea breve: Sesión actualizada correctamente.

Erin no ha tocado nada. Se queda paralizada. El mensaje se esfuma solo.

Al otro lado del pasillo, una puerta se cierra con un clic casi inaudible. Ella no sabe cuál y no está segura de querer saberlo.

6

Son las cinco de la mañana y Erin está estirada boca arriba, mirando el techo. La habitación está en la penumbra, teñida de un gris azulado que anuncia el amanecer. El despertador sonará en veinte minutos, pero no lo necesita. Lleva horas despierta.

Logan salta sobre la cama con la naturalidad de quien sabe que el mundo le pertenece. Camina despacio sobre el edredón y se acomoda sobre su vientre, enroscándose con delicadeza. Ella le acaricia el lomo distraídamente.

—¿Qué crees que tengo que hacer, Logan?

El gato responde con un ronroneo grave y se frota contra su mano.

—¿Debería hablar con algún superior? ¿Con Lizarraga?

Al pronunciar ese nombre, algo en su interior se tensa. Hasta hace unos días, Frank Lizarraga era una figura estable. Un referente. Un superior firme, quizá distante, pero coherente.

Ahora, cada vez que piensa en él, siente una ligera disonancia. Algo no concuerda. Detrás del gesto contenido parece haber una segunda capa, que ella no alcanza a ver.

—Siento que es un impostor —musita.

Logan levanta la cabeza y la observa con esa serenidad animal que no juzga.

—No estoy segura de en quién puedo confiar.

El despertador suena. El ruido la atraviesa como un rayo.

Se levanta sin energía. Va directamente a la ducha. El agua caliente cae sobre sus hombros, pero no consigue aflojar la tensión que le oprime el pecho. Hoy no habrá sesión de correr. No tiene fuerzas para fingir normalidad.

Mientras se seca frente al espejo, se examina atentamente. Los ojos inflamados, la mandíbula rígida… Algo ha cambiado en ella.

No sabe si es peor la amenaza de Jameson Harris acechándola, o la amenaza interna en su propio trabajo.

Cuando camina por el pasillo de la comisaría, siente las miradas como pequeñas agujas clavándose en la espalda. Quizá no la miran y solo sea su imaginación, pero su cuerpo reacciona igual.

Observa cada puerta, cada pantalla y cada conversación que se interrumpe cuando pasa cerca.

Su miedo irracional crece por momentos, incluso el aire se le hace insuficiente.

—¿Estás bien?

La voz de Moisés la saca de ese estado. Él está frente a su mesa, con dos cafés en la mano y una bolsa de papel.

Ella parpadea.

—¿A ti qué te parece? —responde, forzando una sonrisa.

Moisés la estudia con atención.

—Pues por tu cara diría que no has dormido ni gota. Así que he pensado que esto podría ayudar.

Le deja un café delante y un cruasán recién hecho. El olor a mantequilla caliente le resulta reconfortante.

Siente una punzada de vergüenza por la sospecha que la atravesó la noche anterior. Había dudado de él.

Recoge el café. El calor de la bebida le reconforta las manos. Deja el dulce en la mesa.

—Come —dice Moisés.

—Luego.

—Insisto.

Hay algo en su tono que la hace mirarlo. Abre el cruasán por la mitad. Dentro, doblado con precisión, hay un pequeño papel. Erin lo extrae con disimulo.

«He estado pensando. Está claro que nos vigilan. Así que vamos a bajar el perfil. No hablaremos de sospechas aquí. Ni por teléfono. Solo cosas procedimentales. Fuera, veremos qué podemos hacer».

Erin asiente con la vista. Moisés la observa con aparente normalidad, dando un sorbo a su café. Se acerca un poco hacia ella.

—No estás sola en esto —le susurra.

El alivio le afloja el pecho por primera vez desde anoche. Justo la frase directa y sincera que necesitaba.

Erin guarda la nota en el bolsillo interior de la chaqueta. Y por primera vez en horas, siente que el suelo deja de inclinarse.

* * *

Han pasado tres días desde que enviaron la muestra de ADN. Tres días sin respuestas. Tres días en los que las pruebas han empezado a evaporarse. El adhesivo, las imágenes, el número de bastidor, el registro digital. Y ahora el silencio del laboratorio.

Erin resopla con resignación. Intenta ser racional. Puede haber retrasos, errores, procedimientos saturados… pero la lógica empieza a tomar un cariz ingenuo.

«¡Qué demonios! Me han amenazado. ¡Me quieren apartar del caso!», piensa.

La idea ya no es una exageración, es muy real.

Coge el teléfono y marca el número directo del instituto forense. Cada tono se alarga.

—Ángela…

—Erin. Justo te iba a llamar.

—¿Qué ha pasado?

—Me han dicho los del laboratorio que ha habido una contaminación cruzada y que han tenido que repetir el análisis.

El estómago se le contrae. Otra pieza más que se retrasa. No puede ser una coincidencia.

—¿Cuánto tardará?

—Una semana o quizá más.

—Una semana es una eternidad.

—Lo siento.

Erin toma aire.

—Oye… por cierto —suelta la forense disipando la tensión—, he pensado que podríamos cenar esta noche. Hace mucho que no quedamos…

—Claro —responde ella, aunque no le apetece mucho—. Me parece bien.

—Perfecto.

Para ella no va a ser solo una cena, sino una prueba de si su amiga es fiable o no.

—¿Qué pasa? —pregunta el subinspector sin apartar la vista de unos informes.

—Nada —contesta enfadada—, que las muestras de ADN tardarán al menos una semana más. Dice Ángela que hay contaminación cruzada.

—Bueno, son cosas que pasan. Ten paciencia —le responde, siguiéndole la corriente, aunque la mueca de asco que le pone lo dice todo.

* * *

El restaurante es discreto y pequeño, con luces cálidas y mesas demasiado juntas. Ángela llega puntual. Se abrazan como siempre cuando están fuera del trabajo. La forense percibe enseguida que algo en su amiga no está bien.

—¿Qué te pasa? —pregunta mientras se sientan—. Por teléfono querías sonar normal, pero no lo estabas.

—Están desapareciendo pruebas —responde, irritada.

—Lo imaginaba… —admite sin sorprenderse.

—¿Cómo que lo imaginabas?

—He visto algunas consultas sobre el cuerpo, antes de que el informe preliminar estuviera terminado —contesta Ángela bajando la voz.

—¿Consultas de quién?

—Del sistema interno. Nivel de permisos alto. No tengo la identidad completa del usuario.

—¿Y eso es normal? —pregunta Erin, sintiendo que el pulso le golpea en la garganta.

—No.

El camarero se acerca, las dos piden algo casi sin mirar la carta. Cuando se quedan solas de nuevo, Ángela le coge el brazo con suavidad. El gesto es afectuoso.

—Debes tener cuidado.

—¿Cuidado con quién?

—Con todos —contesta sin desviar la vista de ella.

No suena dramático, pero sí honesto.

Erin está a punto de decirle que su usuario apareció en el sistema como responsable de una limpieza masiva, que la están incriminando. Pero algo la detiene. Todavía no sabe en quién confiar completamente y esa duda le pesa más que el miedo.

Al regresar, Erin tarda más de lo habitual en subir las escaleras de casa. No sabe exactamente por qué. Tal vez es el vacío sonoro del rellano. Tal vez es la sensación de que alguien ha pasado por allí hace poco.

Cuando abre la puerta, Logan no acude rápidamente. Eso ya es extraño.

—¿Logan?

El gato camina despacio, con la cola baja y no corre hacia ella como otras veces. El maullido es corto y turbador.

Deja el bolso sobre la consola de la entrada y entonces advierte que hay algo extraño. La taza está en el extremo izquierdo de la mesa. Ella siempre la deja en el centro. Siempre.

Se queda quieta, escuchando. Pero solo se oye el frigorífico, el ligero ruido del tráfico lejano y su propia respiración.

—No empieces —bisbisea para sí.

Avanza por el salón con pasos lentos. Observa los cojines, la lámpara, la estantería. No ve nada evidente.

Logan vuelve a maullar, esta vez más agudo e insistente, como queriendo decirle algo. Ella siente un cosquilleo incómodo en la nuca.

Se dirige al pasillo, abre el baño de golpe. Vacío. Luego el dormitorio. Vacío. Los armarios. Nada.

Respira hondo y se obliga a pensar con lógica. «Puede que haya movido la taza sin darme cuenta».

Pero al acercarse al balcón se da cuenta que la hoja derecha de la ventana no encaja del todo en el marco. Solo faltan unos milímetros. Muy sutil, pero suficiente.

Pasa los dedos por el cierre. Está mal ajustado. Ella no lo dejó así, está segura.

El corazón empieza a latirle con fuerza. Alguien ha estado allí. «¿Y si es la misma persona que hizo las fotos?».

Da un paso atrás. La casa, de pronto, ya no es su refugio, es un escenario.

Por instinto, revisa de inmediato debajo de la mesa, en busca de micrófonos ocultos. Luego, detrás del televisor, los enchufes, los detectores de humo… Busca con una concentración casi obsesiva. No encuentra nada, aunque eso no la tranquiliza.

Va al dormitorio. Se sube a una silla y abre el altillo del armario. Abre una caja de zapatos y saca una pistola. La sostiene un instante.

Regresa a la cocina y se sienta frente a la mesa, con el arma apoyada delante de ella.

Logan salta a la silla contigua, nervioso.

Erin mira la puerta, esperando a que en algún momento alguien gire la manilla.

La ausencia de ruido se hace insoportable.

Se levanta de golpe, abre un cajón, aparta con brusquedad las camisetas dobladas y saca un teléfono pequeño, gris y sin funda, de prepago.

Las manos le tiemblan de forma imperceptible. Marca el número, de memoria. Neil responde al tercer tono.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Erin? ¿Por qué me llamas desde este número?

—Porque no sé si me han pinchado el mío —contesta tragando saliva.

—¿Qué estás diciendo?

—Han estado en mi casa y no es la primera vez.

—¿Cómo lo sabes?

—Por pequeños detalles. El gato estaba alterado cuando llegué… Y en comisaría… están borrando cosas. Usaron mi usuario para limpiar registros. Están intentando incriminarme.

—Erin, despacio. Respira…

Pero ella no puede evitarlo. La tensión acumulada en los últimos días se ha transformado en ansiedad.

—Quieren que me aparte del caso. Y no sé quién. No sé en quién confiar. Puede ser cualquiera. Desde dentro. Desde arriba… Incluso he llegado a pensar que es Jameson Harris, que ha venido a Genar, a buscarme. No sé si todo esto tiene que ver con él. No sé nada.

La voz se le quiebra, hacía meses que no lloraba. Las lágrimas caen cautelosas.

Neil tarda un segundo en reaccionar.

—Eh, eh. Estoy aquí. Respira conmigo.

Erin intenta inhalar y exhalar poco a poco.

—Cuéntame todo desde el principio —le pide él con calma—. Sin saltarte nada.

Acaban hablando durante casi una hora. Ella desgrana los hechos: el coche, las pruebas, la limpieza digital, la nota anónima…

Neil escucha sin interrumpir. Cuando termina, se siente como si hubiera vaciado una fuente de lava que llevaba dentro.

—Vale —anuncia él finalmente—. Primero: no estás loca. Si alguien ha usado tu usuario, eso es grave. Segundo: no te precipites. No acuses a nadie. No te aísles. Tercero: documenta todo. Absolutamente todo.

Erin asiente, aunque él no pueda verla.

—Voy a intentar ir antes de Navidad.

—No —responde ella en el acto—. No quiero que vengas.

—Erin.

—Si vienen a por mí, no quiero que estés aquí.

—No son ellos contra ti. No te cierres en banda. Ten cuidado —la aconseja finalmente Neil.

La frase le recuerda a la de Ángela. «Ten cuidado con todos».

—Lo tendré.

Al colgar, la casa vuelve a quedarse en silencio. Erin apaga el teléfono. Deja la pistola sobre la mesa, luego, se levanta y va hasta el balcón. Cierra la ventana con firmeza. Baja la persiana sólo hasta la mitad, no quiere sentirse encerrada.

Regresa a la cocina y apaga las luces. Se queda a oscuras, observando la puerta desde la sombra.

Si alguien vuelve esta noche… no la encontrará desprevenida. Pero en el fondo sabe algo peor. Si han entrado una vez, pueden volver a hacerlo. Y la próxima vez, quizá no moverán sólo una taza.

7

El viernes se presenta casi como un enemigo. Se ha pasado la noche en blanco. Tiene la sensación de llevar semanas despierta.

Cuando abre la puerta, Cecilia ya está en el rellano, con un táper envuelto en un paño de cocina.

—Ay, hija… qué mala cara tienes hoy. ¿Te encuentras bien?

—Sí… —miente Erin—. Es solo que he dormido poco.

Cecilia la observa con esa ternura que no necesita insistencia.

—Te he hecho uno de mis guisos con ternera. Esto resucita hasta un muerto.

La frase cae con una ironía involuntaria. Erin la abraza, no solo para agradecerle el alimento, sino porque siempre está cuando la necesita. Cecilia lo nota y le acaricia la espalda sin preguntar.

—Pásate esta noche por casa y hablamos un rato. Es viernes, hoy toca pizza.

—Te llamo y te digo… ¡Gracias, Cecilia!

—¿Gracias por qué? Si solo es un guiso.

—Ya sabes por qué —responde ella sonriendo con cansancio.

—Que vaya bien tu día. Y dile a Vázquez que se pase un día a comer.

—Se lo diré.

Respira hondo antes de entrar en comisaría, como quien se prepara para ser evaluado.

El pasillo se le antoja más largo que nunca, más estrecho y vigilado. Cuando el compañero la ve, aparece con un café bien cargado.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

—Cansada… pero bien.

Le señala discretamente el informe sobre su mesa. Él lo entiende enseguida.

—Perfecto. Yo continuo con esto mientras te acabas el café.

Erin le ha dejado una nota dentro del expediente. Moisés la abre con naturalidad.

«Ayer alguien estuvo en mi casa. No he encontrado nada, pero han entrado. Vamos a alejarnos del caso desde dentro. Lo trabajaremos fuera. Como tú dijiste, aquí no es seguro».

Él asiente muy despacio sin cambiar el gesto. Eso la tranquiliza más que cualquier palabra.

A media mañana, la llaman. El despacho de Lizarraga está en la penumbra. No la invita a sentarse.

—Tenemos que dar una rueda de prensa.

—¿Para qué?

—Para explicar que lo del coche fue un accidente.

—¡No es verdad! —protesta Erin.

—Es lo que podemos demostrar.

—¡Falta el ADN, faltan entrevistas, han desaparecido pruebas…!

Lizarraga la observa con una mezcla de cansancio y algo más difícil de identificar.

—No puedes probar nada de eso.

—Eso no significa que no esté ocurriendo.

La tensión entre los dos se puede palpar.

—Se archiva provisionalmente —resopla finalmente el comisario.

—Entiendo —responde ella, impotente.

No discute ni se altera. Esa calma parece incomodarlo.

—Necesito que te encargues de otro asunto —añade Lizarraga—. Una denuncia por estafa menor. Un anciano al que han vaciado la cuenta con una llamada falsa del banco.

—De acuerdo.

Cuando sale del cuarto, sabe que la han desplazado definitivamente del caso. La envían para hacer algo sencillo, es como un castigo suave. Se está acercando demasiado a la verdad y necesitan apartarla, neutralizarla.

* * *

La mañana avanza con una tranquilidad artificial. Erin revisa el caso de la estafa telefónica; transferencias pequeñas, un número extranjero. Nada que no haya visto antes.

El murmullo de la comisaría se convierte en ruido blanco, hasta que cambia. No es el volumen lo que lo hace distinto sino su intensidad. Cuando alguien muere, el aire se vuelve diferente…

Vázquez se levanta y va a por agua. Oye como dos agentes hablan junto a la máquina de café.

—¿Quién?

—Un jubilado.

—Ah. Vaya mierda acabar así…

Moisés se asoma en la puerta del despacho de la inspectora.

—¿Has oído?

Erin niega con la cabeza.

—Diego Durán.

Sabe de quién se trata. Es un policía jubilado de setenta y tres años.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha quitado la vida.

—¿Cuándo? —pregunta, extrañada.

—Anoche.

—¿Cómo?

—Cuentan que fue en su casa. Se tomó unas pastillas y luego se pegó un tiro. Dejó una nota…

A Erin le viene un recuerdo del hombre, sonriendo, haciendo bromas… Tiene mujer, hijos y nietos. No le cuadra esa imagen de él.

—¿Han leído la carta?

—Dice que estaba enfermo. Que no quería ser una carga.

—¿Estaba enfermo?

—No lo conocía bien, pero al parecer nadie por aquí estaba al caso.

En la sala común alguien ríe por algo trivial. Esa normalidad le resulta obscena.

—Quiero ver el informe.

—Erin…

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer? Quiero verlo…

Al poco tiempo Vázquez aparece con el informe. Este es breve. La escena parece muy ordenada, sin signos de violencia.

Erin lee la carta manuscrita:

«Perdonadme. No puedo seguir así. No quiero que me recordéis enfermo».

—¿Me acompañas fuera a fumar? —le pregunta a Moisés.

—¿Desde cuándo fumas?

Erin le hace un gesto brusco con la cabeza, indicando que es la consigna para hablar fuera de comisaría.

—Ah, claro, yo también voy a fumar.

—¿Qué te parece la nota? —le pregunta ella, una vez afuera.

—Es muy correcta…

—Es una nota muy breve, no hay ninguna mención a su familia, ni una despedida personalizada…

—¿Insinuas que es falsa?

—Casi lo estoy afirmando… Observa la firma.

Los dos miran un rato largo el autógrafo.

—Parece perfecto —responde Moisés.

—Y demasiado estable para alguien que decide quitarse la vida.

Una hora después, ella sigue revisando el historial profesional de Diego Durán.

—Tenía acceso a archivos históricos… —habla para sí—. Interesante… ¿Qué tipo de archivos? ¿Algo sensible que alguien querría ocultar?

El sonido del teléfono rompe su ensimismamiento. El número es desconocido.

—Butler.

Al otro lado se oye una respiración. Nada más. Luego la línea se corta.

—¿Todo bien? —le pregunta Moisés desde el otro lado.

—Publicidad.

Pero un temblor sutil le recorre la mano.

Esa noche, en casa, la noticia aparece en un periódico digital local.

Fallece un antiguo funcionario policial en aparente suicidio.

«Aparente», piensa ella.

Logan salta al sofá. Ella mira al techo mientras piensa.

«Diego Durán. Tenía dos hijas y tres nietos. Un hombre que *no quería ser una carga.* ¿Y si se sentía amenazado por algo?».

El móvil vibra. Es un mensaje de Cecilia:

¿Caliento ya las pizzas?

Erin tarda unos segundos en responder.

Perdona, tengo que salir un momento. Guárdame un trozo y luego vemos una peli.

Coge las llaves, decidida a buscar respuestas.

8

Las calles del barrio viejo están casi vacías. La humedad del río se mezcla con el frío y deja una película fina sobre las aceras. Erin camina sin hablar. Vázquez la sigue medio paso por detrás. Ninguno de los dos quiere reconocer que están cruzando una línea roja.

El edificio de Diego Durán se levanta discreto, gris y anodino. Son tres plantas. Los balcones son estrechos y las persianas están bajadas.

—Todavía podemos darnos la vuelta —rezonga Vázquez mientras se detienen frente al portal.

Erin no responde de inmediato. Escudriña los buzones. El nombre *Família Durán* sigue allí, con la etiqueta algo torcida.

—Nos vamos a meter en un lío, Erin.

Ella introduce la llave de servicio en la cerradura del portal. La consiguió a través del administrador de la finca para intervenciones urgentes.

—Si quieres, vete o no entres. Lo entiendo.

—¿Cómo voy a dejarte sola? —le inquiere dejando escapar un suspiro.

El clic del portal suena muy fuerte. Suben las escaleras sin encender la luz del rellano. Erin lleva una mochila pequeña. Dentro, guantes de nitrilo, bolsas de plástico gruesas y una linterna.

Frente a la puerta del tercero A, se miran un segundo. Moisés, con algo de temor. Ella, con la adrenalina hasta las cejas.

Erin se coloca los guantes, luego saca dos bolsas y se las ajusta alrededor de los zapatos, fijándolas con cinta aislante que desenrolla con los dientes.

—Qué romántico —murmura Vázquez mientras hace lo mismo.

La inspectora intenta sonreír, pero no le sale.

La puerta no tiene ni siquiera precinto. La intervención fue rutinaria y rápida. Sin sospechas.

Introduce la llave que ha conseguido del registro de evidencias policiales. La puerta cede sin esfuerzo. El aire del interior está helado. Entran sin encender la luz principal. Erin usa la linterna, recorriendo el salón lentamente.

El apartamento está impecable. El sofá está alineado con la mesa baja y los cojines simétricos. Las revistas están apiladas con precisión. La televisión apagada y sin polvo.

—¿No crees…? —empieza Vázquez.

—Sí… Perfectamente ordenado.

No parece la casa de alguien que ha decidido morir. Ni de alguien que ha sido encontrado muerto. No hay el menor rastro del paso de una patrulla. Ni una silla movida. Ni una huella visible de guantes en el polvo inexistente.

Del mismo modo que si alguien hubiera limpiado después.

Ella avanza hasta el lugar exacto donde, según el informe, apareció el cuerpo. Junto al escritorio, tumbado en el suelo.

La científica ha marcado la posición con pequeñas señales adhesivas en el suelo. Todavía están allí. Rectángulos discretos, casi invisibles.

Erin se detiene frente a ellas, pensando. Ve el informe en su cabeza. El arma estaba en la mano derecha. La posición del cuerpo ligeramente ladeado. Las pastillas de sedantes sobre la mesa del comedor y la nota sobre el escritorio.

Algo no le acaba de cuadrar. Aunque aún no sabe decir el qué.

Se agacha, inspecciona el suelo. La madera está notablemente limpia. Luego, se fija en las píldoras.

—Si alguien se toma un bote entero de pastillas con la intención de morir —comenta—, no cierra la tapa después.

—Cierto.

Erin coge con cuidado su móvil y busca la foto que hizo del informe del cadáver.

—Y si se va a disparar un tiro después, tampoco se coloca así.

—¿Cómo? —pregunta Vázquez, mirando la imagen.

—Está posicionado, no es natural.

Vázquez observa la foto, sin entender del todo.

—Mira las marcas, el hombro, la inclinación. Parece… acomodado. Alguien debió colocarlo después.

Vázquez le da la razón. Luego, recorre la habitación con la linterna. Se detiene frente a la mesa del comedor. Analiza los envases de medicación alineados.

—Está claro que esto no lo hizo un hombre desorientado —señala en voz baja.

—No.

Se mueven por la casa con lentitud quirúrgica. No tocan nada sin antes mirarlo dos veces. Con guantes, abren puertas y evitan superficies innecesarias.

La cocina está ordenada, el fregadero vacío, el frigorífico casi lleno. No es la casa de alguien que tiene hijos y mujer. Ni la casa de alguien que se preparaba para morir.

En el dormitorio, la cama está hecha con precisión militar. Las camisas en el armario están incluso ordenadas por color.

Erin siente una incomodidad creciente. No es la muerte lo que la perturba, es la ausencia del caos.

Vázquez abre el primer cajón de la mesilla. Hay un reloj, unas gafas y una libreta vacía.

Abre el segundo cajón y lo que descubre lo deja paralizado.

—Erin.

Ella se acerca. Dentro hay una carpeta amarillenta, gruesa y vacía. Demasiado gruesa para no haber contenido nada. Erin la saca con cuidado. La sostiene por los extremos. La carpeta tiene marcas de presión. Seguramente, durante años hubiera guardado muchas hojas. Pero ahora no hay nada.

—Alguien se ha llevado lo que había aquí —señala Vázquez.

Erin pasa los dedos por la portada y nota algo, un relieve muy leve. Se notaba que había habido escritura en la hoja superior durante mucho tiempo, presionando contra la tapa.

—Dame un lápiz.

Vázquez le tiende uno del escritorio. Erin coloca un folio suelto sobre la carpeta. Empieza a sombrear suavemente. El grafito recorre el papel con movimientos horizontales. Al principio no surge nada. Ella aumenta la presión y entonces unas letras emergen lentamente.

—A.H… —murmura ella al fin.

La inquietud le araña los pensamientos.

—¿Y eso qué significa?

—Ni idea. Pero lo que está claro es que no es un suicidio —afirma Erin.

—No —responde él.

—¿Crees que podría tener relación con el cadáver del río? —añade.

—Yo no lo descartaría… —manifiesta pensando la respuesta—. Tenemos que averiguar quién era el verdadero Diego Durán… y por qué lo han quitado del medio.

La palabra «quitado» queda flotando. No hablan más.

Registran el resto de la habitación con sumo cuidado. Pero no encuentran nada más; ni discos duros ocultos, ni documentos, ni notas adicionales… Nada.

Cuando salen del apartamento, Erin apaga la linterna antes de cerrar la puerta. En el rellano, Vázquez le comenta preocupado:

—Si esto sale mal…

—Saldrá mal —afirma Erin—. La pregunta es cuánto.

—No sabes hasta dónde puede llegar esto.

Erin mira el edificio una última vez.

—Eso es lo que me preocupa. ¿Por qué lo han quitado del medio? ¿Quién era en realidad Diego Durán?

* * *

Una hora después, Erin llama al timbre de Cecilia. La mujer abre, con el delantal puesto y envuelta en un olor a queso fundido.

—Pensé que no venías.

—He terminado antes —responde con una mentira fácil.

Al entrar, la televisión ya está preparada y en el sofá hay dos mantas dobladas. La normalidad la golpea con una suavidad dolorosa.

Durante la película, Erin intenta concentrarse en la trama, pero le es imposible. A su memoria le viene la carpeta y las iniciales A.H. Pero en algún momento, sin darse cuenta, se queda dormida.

Cuando abre los ojos, la luz de la mañana entra por la ventana. Hay una manta sobre ella. En la cocina huele a café. Cecilia está preparando tostadas.

—Buenos días, inspectora —saluda con una sonrisa.

Erin tarda un segundo en ubicarse. El sofá. La casa de Cecilia. La noche anterior.

—Te quedaste frita —añade ella—. No quise despertarte.

Erin se incorpora. Se siente extrañamente protegida. Durante unas horas el mundo se muestra menos hostil.

Se sienta a la mesa. Cecilia le sirve café.

—Ayer te vi preocupada.

—Trabajo, ya sabes…

Cecilia asiente y no insiste.

—Come algo. No puedes enfrentarte al mundo con el estómago vacío.

Ella sonríe, aunque mientras muerde la tostada, su mente ya está en otro lugar. Las iniciales, el coche en el río, la amenaza… Muchas cosas para procesar.

Alguien está borrando huellas en el caso del coche y en el de Diego Durán. «¿Estarán los casos conectados? ¿Tendrán algún tipo de relación?», piensa.

Erin deja la taza sobre la mesa.

—Gracias por el desayuno.

—Para eso están las vecinas —responde Cecilia.

Erin coge su abrigo.

—Eres más que una vecina. Eres una buena amiga…

Al salir a la calle siente una punzada dentro del estómago. Su cuerpo la avisa de que van a venir días intensos e incluso peligrosos. Sabe que ha cruzado más de un límite, pero no va a darse la vuelta. Ahora ya no hay marcha atrás.

9

Si hubiera aprendido algo durante los últimos meses, es que las amenazas raramente llegan anunciándose. A veces se esconden en un informe aparentemente inofensivo, otras veces, en una firma o en un ordenador olvidado al final de un pasillo.

Cuando Erin entra aquella mañana en la comisaría, todavía no sabe que está a punto de ser el centro de atención.

—Buenos días —saluda Marta, una de las agentes, al cruzarse con ella junto a la máquina de café.

—Buenos días.

—Menuda rasca está haciendo, ¿eh?

—Sí —responde Erin, quitándose el abrigo—. Ha bajado mucho la temperatura.

—Sí, la verdad es que está haciendo un frío que no es normal —levanta la voz otro agente desde la otra punta de la sala.

Erin tarda un instante en darse cuenta de que nadie le ha hablado a esa persona, pero aun así, ha respondido. Estaba pendiente de la conversación. Y no es el único que hace eso.

Mientras enciende el ordenador, nota varias miradas desviarse rápidamente hacia sus pantallas, hacia sus papeles, hacia cualquier cosa que no sea ella. El tipo de mirada que se aparta un segundo demasiado tarde. Un cosquilleo nervioso le recorre la espalda. Aquí hay orejas en todas partes. El peligro no está solo en si hay cámaras ocultas o teléfonos intervenidos. Son las personas. Personas que escuchan, personas que observan, personas que informan.

Son las conversaciones, las frases casuales… En cada palabra que alguien pueda recoger y llevar después a otro despacho.

Se sienta frente al ordenador. En la mesa aún tiene el informe banal de la estafa que Lizarraga le asignó el día anterior. Lo abre y lo deja visible.

La pantalla ilumina su rostro. A partir de ahora, decide que absolutamente todo lo que diga aquí dentro tendrá que ser inofensivo y superficial. Casi vacío. Porque en esa comisaría ya no sabe quién escucha. Y lo que es peor, tampoco sabe quién está esperando a que cometa un error.

Mientras el archivo carga en pantalla, introduce discretamente un pequeño dispositivo USB en el lateral del equipo. Neil le enseñó eso: *Si alguna vez necesitas entrar sin dejar huella directa, no lo hagas desde tu usuario. Y nunca lo hagas dos veces seguidas.*

No es ilegal exactamente. Es más bien… una zona gris.

Erin abre una consola secundaria oculta tras un anodino archivo administrativo. A simple vista parece un documento más, perdido entre centenares de formularios y registros internos. Sus dedos se deslizan con soltura por el teclado, guiados por la costumbre.

Activa un acceso temporal que replica las credenciales de otro usuario, sin dejar rastros evidentes en la interfaz principal. El sistema tiene una caducidad automática. Se cerrará en veinte minutos.

Introduce el nombre y apellido de Diego Durán. El cursor titila unos segundos que se le antojan demasiado largos. Finalmente, el sistema responde y la ficha aparece en pantalla: Diego Durán, funcionario administrativo, jubilado siete años atrás. Especialidad: gestión documental y archivo histórico.

«No era policía exactamente, inspector o analista», piensa Erin, entrecerrando los ojos. «Era precisamente el tipo de persona al que nadie presta atención».

Y, sin embargo, los hombres que manejan información suelen resultar mucho más peligrosos que los que llevan una pistola.

Erin profundiza un poco más en la búsqueda. Se muestra un historial laboral detallado. Entonces, se percata de un vacío. Hace diez años, durante veinticuatro meses, Diego Durán había existido en una nube administrativa. Sin tareas asignadas, sin movimientos, ni incidencias.

«Esto me huele mucho más que a chamusquina».

Sigue ampliando la búsqueda. Intenta acceder a subcarpetas internas pero el acceso está restringido. Introduce el segundo comando que Neil le enseñó.

El bypass es limitado. La pantalla empieza a parpadear y se muestra algo más: registros que han sido eliminados. La fecha de modificación es posterior a su jubilación.

«¡Alguien entró después para borrar cosas!», piensa Erin, sintiendo una presión en la sien.

Amplía el historial financiero. No aparece nada llamativo; pensión normal, cuenta corriente sin movimientos extraños recientes, pero…

—¡Bingo! —susurra Erin.

Hace diez años hubo un ingreso extraordinario. El concepto dice *compensación administrativa extraordinaria.*

«¡Cincuenta mil euros! La cantidad es demasiado elevada para un simple funcionario».

Erin anota mentalmente la fecha. El sistema empieza a mostrar advertencia de sesión inactiva. Le quedan pocos minutos. Abre una última pestaña sobre relaciones profesionales, donde debería aparecer con quién trabajó en esa actualización estructural.

Si Diego Durán participó en aquella supuesta actualización, allí deberían figurar los nombres de las personas con las que trabajó. La consulta se carga al poco tiempo. Entonces, aparece una lista extrañamente corta con tres registros. O lo que queda de ellos. Los tres han sido manipulados. El primero aparece completamente eliminado. Del segundo solo sobrevive una inicial: A. El tercero figura parcialmente corrupto. El sistema no puede reconstruir el nombre completo, pero aún conserva las iniciales: A. H.

Erin reacciona enderezándose. Alguien ha intentado borrar aquellas referencias. Y ha estado a punto de conseguirlo.

El corazón le da un golpe seco. La pantalla centellea y la sesión se cierra de golpe. Ella retira el USB y vuelve al informe de la estafa.

Vázquez, desde su mesa, nota que su compañera ha conseguido nueva información valiosa y peligrosa.

* * *

Esa tarde, los agentes conducen hasta la casa de los padres de la viuda. La familia de Diego Durán no ha querido volver al apartamento.

—Demasiado dolor —les dijeron por teléfono—. Muchos recuerdos.

La casa, que había pertenecido a los padres de la mujer, está en la periferia del pueblo. Una construcción antigua de piedra, con el jardín sorprendentemente bien cuidado, para alguien que acaba de perder a su marido. Los rosales están podados y el césped recién cortado.

Las persianas, sin embargo, están a medio bajar, como si la casa no quisiera mirar hacia fuera.

Beatriz Ordóñez, la mujer de Diego, abre la puerta. Debe rondar los sesenta y algo. Lleva un jersey oscuro sobre un cuerpo grande y robusto. El cabello, que seguramente había sido castaño, ahora está atravesado por mechones grises recogidos con prisa en una coleta baja.

Tiene el rostro pálido y los ojos hinchados. Pero hay algo más que tristeza en ella, hay crispación.

—Inspectores —susurra en voz baja—. Pasen.

El salón está lleno de fotografías familiares. Los abuelos en blanco y negro, dos hijas adultas en graduaciones. Nietos en la playa…

Erin se sienta frente a ella. Vázquez permanece a un lado, observando la habitación con discreción.

—Queríamos hacerle algunas preguntas más sobre su marido.

La mujer asiente con un gesto nervioso.

—Yo estaba en Barcens con unas amigas ese día —empieza antes de que le pregunten—. Habíamos quedado para comer. Él no quiso venir.

—¿Lo notó extraño? —interviene el subinspector.

—No… Bueno… estaba… pensativo —expone rompiendo el contacto visual—. Lo estuve llamando toda la tarde. No respondía. Pensé que había

salido o que se había quedado dormido.

Se le quiebra la voz.

—Subí al apartamento por la noche, dije hola… y nadie respondió.

Hace una pausa y aprieta las manos sobre el regazo.

—Y allí estaba su cuerpo… tendido en el suelo… en un charco de sangre —masculla reprimiendo un sollozo.

—En la nota decía que estaba enfermo —comenta Erin después de un breve silencio.

La mujer asiente con rapidez.

—Sí, sí, estaba enfermo.

—¿Qué enfermedad tenía?

—Bueno… estaba… delicado —responde algo descolocada.

Los agentes esperan a que le digan un diagnóstico claro.

—Problemas… de… de próstata —aclara al fin.

—Eso no suele ser terminal —replica Erin sin pestañear.

—Los médicos dijeron que podía complicarse —contesta la viuda tragando saliva.

Su voz se vuelve más baja y frágil. Parece asustada.

—¿Su marido estaba preocupado por algo últimamente, además de la enfermedad?

La mujer mira hacia la puerta del pasillo temiendo a que alguien pudiera estar escuchando.

—No —anuncia finalmente—. Solo… le preocupaba hacerse mayor.

La inspectora abre un archivo con unas fotos que le muestra.

—En el apartamento, la policía encontró una carpeta.

Beatriz levanta un poco la cabeza para ver las imágenes.

—¿Una carpeta?

—Sí. Estaba vacía.

La mujer se queda inmóvil.

—Pero en la portada había unas iniciales.

Erin escribe algo en su libreta y la gira lentamente hacia ella. A.H.

—¿Le suenan estas iniciales? —inquiere Erin.

—No —responde sin vacilar, aunque se remueve en su asiento, nerviosa.

—También había otras letras —continúa.

—Los nombres estaban casi borrados —interviene Vázquez.

La mujer no dice nada.

—Pero uno parecía terminar en A —añade Erin—. Y no sabemos a qué nombre se refiere.

La mujer aprieta los dedos hasta que los nudillos se vuelven blancos.

—No sé de qué me hablan.

La inspectora decide presionar un poco más.

—Su marido estuvo revisando documentos antiguos.

La mujer desvía la vista.

—Archivos de hace diez años.

Eso la rompe un poco. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Yo… yo le dije que lo dejara.

Erin se endereza hacia delante.

—¿Que dejara qué?

Beatriz niega con la cabeza.

—Nada bueno sale de remover el pasado.

—¿Qué pasado?

—El de este pueblo —responde con algo más que miedo en sus ojos. Culpa.

—Beatriz… ¿Qué pasó hace diez años?

—Nada —responde negando con la cabeza.

—Su marido estaba revisando archivos de esa época.

—No lo sé.

—Encontramos una carpeta con las iniciales que le hemos nombrado.

—No me suenan —contesta bajando la vista al suelo.

El silencio se vuelve pesado. Vázquez interviene con calma.

—Su marido llevaba semanas buscando información.

—No lo sé —repite ella.

—Señora Ordoñez, usted le dijo que lo dejara.

La mujer levanta la vista de nuevo. Sus ojos están llenos de angustia.

—Porque sabía que era peligroso.

La mujer respira hondo y parece que va a hablar, pero no lo hace. Niega con la cabeza una vez más.

—Yo no sé nada.

Su voz ahora es más firme. Más defensiva.

—Es mejor que se vayan.

La inspectora mantiene la mirada un instante más. Sabe que no conseguirá nada más, de momento. Se levanta despacio.

—Gracias por su tiempo, señora.

Antes de irse, Erin observa una fotografía en una estantería. Se trata del difunto marido. En otra época, más delgado, más serio. La fecha en la esquina del marco coincide con el período vacío en su historial. Dos mil dieciséis. Solo le quedaban tres años para jubilarse.

Erin mira de reojo a su compañero. Ambos han visto lo mismo.

Cuando salen de la casa, la tarde empieza a oscurecer. Las luces del jardín se encienden automáticamente detrás de ellos.

Vázquez abre el coche y los dos se sientan pensativos. Erin mira hacia la casa. Las persianas siguen a medio bajar.

—Tiene miedo —afirma finalmente.

—Sí.

Vázquez arranca el motor y sale despacio del camino de grava, antes de incorporarse a la carretera.

—Lo de la enfermedad era mentira —espeta Erin.

—O al menos no era el motivo.

—No sabía ni qué enfermedad tenía.

—Estaba repitiendo algo que alguien le ha dicho que diga.

Erin mira por la ventanilla. Los campos oscuros pasan lentamente, como una película, al otro lado del cristal.

—Las iniciales… —afirma al cabo de un momento ella—. Las conocía.

—Está claro que sí.

Vázquez cambia de marcha y ella apoya la cabeza contra el respaldo.

—No creo que estuviera borrado por casualidad.

—¿Crees que Diego intentaba ocultarlo?

—Creo que alguien quiso que desapareciera.

El coche atraviesa una curva cerrada. Las luces del pueblo empiezan a verse a lo lejos.

—Diez años —dice Vázquez.

—Diez años con un historial difuso.

—Diego Durán estaba metido en algo, en aquella época.

—¿Algo con A.H.?

—¿Y si ese A.H. es la víctima del coche? —repite Erin.

—¿De verdad crees que esto tiene relación con el caso del coche?

—No es tan descabellado… Justo cuando lo sacan del agua, muere nuestro amigo Diego…

—Quizás tengas razón. Tus corazonadas son un cincuenta por ciento fiables.

—¿Solo un cincuenta? —responde Erin con una mueca divertida.

—Hay otra cosa… —sigue el compañero—. Beatriz confiesa que le pidió que lo dejara.

—Sí.

—Eso significa que sabía lo que estaba buscando.

—O al menos sabía que era peligroso —dice pensativa.

—¿Qué pudo pasar aquí hace diez años? —pregunta Vázquez.

Erin tarda en responder.

—Algo lo bastante grave como para que alguien borre documentos oficiales.

—Eso no lo hace cualquiera.

—No —niega con la cabeza.

Mira por la ventanilla. Las primeras casas del pueblo pasan junto al coche.

—Eso lo hace alguien con poder.

—¿Dentro del Cuerpo? —pregunta él reduciendo la velocidad.

Erin no responde, pero un prolongado suspiro es suficiente para entender que sí.

Cuando aparcan frente a comisaría, el edificio se ve más oscuro de lo habitual. Erin se quita el cinturón y se queda mirando la fachada, ensimismada.

—Moisés.

—¿Sí?

—A partir de ahora debemos tener cuidado con lo que decimos aquí, dentro.

—Lo sé.

—Porque si alguien borró esos archivos, probablemente… sigue trabajando aquí —concluye Erin.

—Probablemente no, seguro.

10

Hay mañanas en las que el cuerpo despierta antes que la memoria, pero esta no es una de ellas.

El domingo llega gris, sin prisa, como si también dudara de si merece empezar. Erin abre los ojos tarde, con esa sensación de haber estado lejos de sí misma a lo largo de horas.

Sin duda, necesitaba descansar. Durante un momento no recuerda dónde está. Luego, vuelve todo de golpe: el coche, Diego Durán, la viuda, las iniciales en la carpeta.

Se levanta, prepara café y se asoma a la ventana de su pequeño apartamento. El puente de piedra, hermoso y majestuoso, parece ajeno a los declives del tiempo creyéndose que nada puede desgastarlo. A media mañana recibe un mensaje de Ángela:

¿Sigues viva o el trabajo te ha absorbido otra vez?

Ella sonríe.

Quedan en una cafetería cerca del río.

La cafetería está casi vacía. Un par de parejas desayunan en silencio y un hombre mayor lee el periódico junto a la ventana.

Ángela ya está allí cuando Erin llega. Lleva un abrigo claro y el cabello recogido. Tiene ese aire tranquilo que siempre ha tenido, nada parece alterarla en exceso.

—Milagro —dice Ángela al verla—. Pensaba que ibas a cancelar nuestra cita.

—No, hoy no trabajo…

—¿Eso existe en tu mundo?

—Solo algunos días —contesta mientras se sienta frente a su amiga.

Ángela empuja una taza hacia ella.

—Te he pedido café.

—¡Gracias!

Erin se queda mirando el vapor que sube de la taza. Ángela la examina.

—Vale —anuncia finalmente—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué tiene que pasar algo?

—Porque tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de que algo no me cuadra.

—El caso de Diego Durán —deja ir, soltando el aire.

—¿El suicidio?

—Sí.

—Dices «sí», pero tu tono dice «no».

Erin da un sorbo al café.

—¿Has visto muchos suicidios?

—Los suficientes.

—¿Y este? ¿Qué te parece?

Ángela piensa un momento antes de responder.

—La escena estaba… demasiado cuidada y limpia.

—Eso pensé yo.

—Y luego están las pastillas… —añade la amiga—. Si se hubiera tomado esa cantidad, en mi opinión, no hubiera tenido ni fuerza para apretar el gatillo.

—Y además, el apartamento estaba muy limpio, como si se hubieran esmerado en dejarlo como una patena.

—¿Cómo sabes eso?

—Me colé en su apartamento…

—¡¿Que hiciste qué?!

—Vale, suena peor de lo que es…

—Está bien, no voy a juzgarte, pero ten cuidado.

—¿Entonces crees que el escenario estaba preparado con antelación? —insiste Erin.

—No he dicho eso —asegura mostrándose algo indiferente.

—Pero lo has pensado.

—Puede —contesta con una sonrisa ladeada.

Erin mira a su alrededor, en el local. Luego, baja un poco la voz.

—Estoy revisando cosas de su pasado.

—¿Qué tipo de cosas?

—Archivos antiguos.

—¿De qué época?

—Hace unos diez años.

La forense se queda pensativa.

—Eso es mucho tiempo.

—Lo sé.

—Los sistemas cambian, los registros desaparecen…

—¿Desaparecen solos?

—No siempre.

Erin tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—¿Alguna vez te ha pasado que un archivo… simplemente no esté?

Ángela suelta una pequeña risa.

—Trabajo en un laboratorio público. ¡Claro que me ha pasado!

—Pero esto es distinto.

—¿Por qué?

Erin duda un instante si responder, porque no quiere contar muchas cosas. Sin embargo, sabe que a Ángela se lo puede contar todo.

—Porque alguien se tomó la molestia de borrarlo.

Ángela guarda un silencio breve antes de contestar.

—Erin… Si estás tocando algo que ocurrió hace diez años en este pueblo, es mejor que andes con pies de plomo.

—Eso suena a un toque de atención…

—Suena a experiencia.

—¿Experiencia tuya? —pregunta arqueando una ceja.

—Experiencia de ver cómo funcionan las cosas.

—¿Cómo funcionan?

Ángela bebe un poco de su café.

—Los pueblos pequeños tienen memoria larga.

—Eso no suena peligroso.

—No —responde la forense, fijando su mirada en la de ella—. Lo peligroso es cuando alguien intenta despertarla.

—¿Crees que estoy exagerando? —pregunta después de un rato.

—Creo que no te gusta dejar cabos sueltos.

—No.

—Y eso a veces molesta a la gente.

—A mucha gente —sonríe ella con sutileza.

—Exacto.

Ángela deja la taza sobre la mesa.

—Solo digo que vayas con cuidado.

—¿Con quién?

—Con todo el mundo.

La inspectora esboza una sonrisa cansada.

—Hay otra cosa que no te he contado.

Ángela espera con la cara tensa.

—¿Qué pasa ahora?

—Creo que alguien dentro de comisaría me está vigilando.

—¿Cómo que te está vigilando?

—Recibí una carta anónima. Una amenaza bastante clara para que abandone la investigación del coche.

—¡¿Qué?! —exclama Ángela—. ¿Y sabes quién la envió?

—Todavía no. Precisamente eso es lo que intento averiguar.

—Madre mía, Erin… —resopla ella mientras se masajea las sienes.

—Y eso no es lo peor.

—No me digas que hay más.

—Alguien accedió al sistema utilizando mis credenciales. O al menos hizo creer que era yo. Manipularon mi perfil, utilizaron una imagen falsa y dejaron el rastro justo donde sabían que lo encontraría.

—Eso ya no parece una simple amenaza —responde la amiga, con la expresión ensombrecida.

—No. Es una advertencia.

—Una advertencia muy seria.

Erin asiente.

—Quieren que deje de hacer preguntas.

—¿Y piensas hacerlo?

Una breve carcajada escapa de los labios de Erin.

—Me conoces demasiado bien.

—Lo digo en serio.

—Yo también. Si pretendían asustarme, han conseguido exactamente lo contrario. Ángela la mira fijamente.

—Ese es precisamente el problema contigo.

—¿Perdón?

—Que cuanto más intentan frenarte, más te empeñas en seguir adelante.

Erin no discute, porque sabe que tiene razón.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Trabajar con más discreción, moverme por debajo del radar todo lo posible, hasta averiguar quién está detrás de esto.

—No lo sé, Erin. Sé que eres obstinada hasta límites enfermizos y que tu sentido de la justicia puede mover montañas, pero empiezo a pensar que estás acercándote a algo mucho más grande de lo que imaginas.

—Puede ser.

—Y si descubres qué hay al otro lado, quizá no puedas manejarlo.

—Sabes que no puedo dar media vuelta y fingir que no pasa nada —responde, resignada.

—Lo sé. —Ángela alarga una mano y le aprieta suavemente un brazo—. Por eso mismo me preocupo.

Erin le dedica una sonrisa agradecida.

—No pienso hacer ninguna locura.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que está a punto de hacer una locura.

Las dos se ríen, aunque ninguna de las dos encuentra realmente graciosa la situación.

—Prométeme al menos una cosa.

—¿Cuál?

—Que no bajarás la guardia.

Erin sostiene su mirada durante unos segundos.

—Te lo prometo.

Cuando salen de la cafetería, el cielo sigue gris. El río baja lento junto al paseo.

Erin camina unos metros antes de detenerse. Saca una pequeña libreta del bolsillo, donde ha escrito dos cosas: A.H y algún nombre o apellido terminado en A. Las inspecciona con detenimiento. Luego guarda de nuevo la libreta.

Por alguna razón, las palabras de Ángela siguen resonando en su cabeza.

Ten cuidado. No bajes la guardia.

Después del café con Ángela, decide tomarse un respiro de Genar y pone rumbo hacia el sur. La carretera se retuerce entre colinas bajas y campos abiertos. El cielo y el paisaje se tornan casi detenidos en una quietud que le resulta familiar. Rabadás está a poco más de una hora. A lo lejos ya se percibe el mar.

Cuando las cosas se complican, Erin siempre termina volviendo allí. No porque sea un lugar más amable, sino porque es el único lugar que conoce de verdad y donde empezó todo.

La casa de sus padres sigue igual que siempre. La pintura algo desconchada en las ventanas y el pequeño jardín delantero lleno de macetas que ya nadie riega con demasiada atención.

Erin toca el timbre. Su madre tarda un poco en abrir, pero al fin aparece en la puerta, con un gesto cansado. Lleva el cabello blanco recogido con horquillas y una bata que le va grande.

La observa un momento.

—¡Vaya!… —exclama, sorprendida—. Si es mi hija.

No suena exactamente a alegría.

—¡Hola, mamá!

—Pensaba que te habías olvidado de que existía esta casa.

La inspectora entra sin responder. El interior huele a muebles antiguos, eso no ha cambiado.

Se sientan en la cocina. La conversación empieza de la misma manera que siempre.

—Aquí todo sigue igual —explica su madre—. La gente del pueblo cada vez está más tonta. Ayer la vecina de enfrente se pasó una hora hablando de sus gatos.

Erin se esfuerza en escuchar, aunque no sea de su interés.

—Y tu hermano… —continúa la mujer—. Ese sí que desapareció del mapa. Ni llama, ni viene, ni nada. Pero claro, él tiene una vida muy ocupada en Portland.

Al poco, cambia de tema sin transición.

—¿Y tú qué? ¿Sigues metida en esos juegos de policía?

—No son juegos, es trabajo —responde Erin.

—Sí, trabajo… pero tampoco vienes mucho por aquí.

La frase llega como una acusación.

—He estado ocupada —contesta respirando hondo.

—Siempre estás ocupada.

Acto seguido, la mujer sigue hablando. De la vecina, del ayuntamiento, de lo caro que está todo, de que la gente del pueblo ya no es como antes.

Las frases se mezclan unas con otras, saltando de un tema a otro.

Erin escucha con paciencia, sin discutir. Sabe que entrar en una discusión solo empeoraría las cosas.

Después de un rato se levanta.

—Tengo que irme.

Su madre se encoge de hombros.

—Claro. Siempre tienes prisa.

Erin se detiene en la puerta y luego le confiesa en voz baja:

—Solo quería decirte que te echo de menos. Y que… espero que algún día podamos pasar más tiempo juntas.

La mujer la mira sorprendida y algo cambia en su rostro. Durante un momento parece que baja una defensa invisible.

—Eres muy inteligente, Erin —le responde, mirándola con algo parecido a la ternura—. Y aunque no te lo creas, te quiero y… yo también te echo de menos.

Erin no dice nada, sigue atónita ante las palabras de su madre.

—Sé que a veces parezco una vieja amargada —añade la mujer con una pequeña mueca—, pero es que… no sé hacerlo mejor. No sé ni cómo hablarte a

veces.

Erin, que sigue sin pestañear, se acerca a ella y la abraza. La mujer se queda rígida al principio, pero después responde al abrazo.

Cuando se separan, ninguna de las dos dice nada más.

Antes de volver a Genar, Erin hace una última parada. Ray siempre está en el mismo sitio los domingos: un pequeño bar en la plaza de Rabadás. Desde entonces, nunca han vuelto a quedar en el antiguo Blue Krek.

El forense está sentado en la terraza cuando ella llega. Es rabiosamente atractivo. La sigue con la mirada y sonríe al verla.

—Mira quién se hace visible —anuncia, sorprendido.

Erin se sienta frente a él.

—Sabía que estarías aquí, como cada domingo.

—Las tradiciones son importantes.

Al rato, el camarero les sirve unos refrescos.

—Tienes cara de estar metida en algo.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque siempre acierto.

Erin sonríe. La chispa entre ellos surge al instante, con la naturalidad de quienes nunca han dejado de verse.

—¿Caso nuevo? —pregunta él.

—Algo así.

—¿Complicado?

—El caso no es complicado… sino la gente que me lo está intentando complicar.

—Déjame adivinar… Hay gente que prefiere que no hagas preguntas y te está poniendo trabas.

—¿Lees la mente ahora? —pregunta ella levantando una ceja.

Ray sonríe.

—No, pero te conozco… y esa cara es de problemas.

Finalmente, Erin le explica todo el infierno por el que está pasando. Ray es su mejor amigo y una persona en la que confía cien por cien.

—Siempre que lo necesites aquí estoy. Siempre… —añade comprensivo, acariciándole una mano.

—Lo sé —responde ella y un cosquilleo en la barriga la sorprende.

—No te fíes de nadie.

—Eso empieza a ser un consejo recurrente —suelta, aflojando los hombros.

—Entonces por algo será.

Ray da un sorbo a su bebida.

—Si vas a seguir investigando… hazlo con discreción.

—Lo estoy haciendo.

—No —advierte mirándola con más atención—. Tú siempre vas de frente. Pero esta vez tienes que estar más alerta. Recoger información, escuchar, observar… Desde el anonimato.

Se acerca a su oído y le susurra:

—Y no enseñes tus cartas tan pronto.

Erin sostiene su mirada y lo observa de soslayo. Sigue oliendo a mandarina y a lugar seguro.

Antes de irse del pueblo, pasa por el cementerio. El sauce llorón sigue allí, estático y solemne, velando las tumbas…

El tiempo sigue avanzando fuera de ese lugar, pero allí todo permanece detenido: una eterna adolescente, una hermana que nunca llegó a crecer y un padre al que el corazón se le detuvo.

«Me pregunto si en el cielo también existe la culpa».

11

Cuando llega a casa ya es de noche. El edificio no es tan bonito a estas horas, la oscuridad resalta las grietas de las paredes y se perciben los defectos que la pintura no ha podido tapar.

Mientras sube las escaleras, sigue dándole vueltas a la conversación con su madre. A esa voz áspera y cansada. A la frase final, dicha casi sin aire, como una confesión tardía: «No sé hacerlo mejor».

Erin empuja la puerta de su apartamento. Lo primero que nota es la ausencia de lo habitual. No hay el trote suave de Logan acercándose a recibirla, ni el roce conocido de sus movimientos entre las habitaciones. Está tan dormido, enroscado en el sofá, que teme hacer ruido y despertarlo.

Pero al dejar las llaves en la mesa, oye un tenue maullido que reclama su atención.

—¡Hola, precioso!

El gato, sin moverse del sitio, le ronronea con cada caricia.

—Sigue durmiendo.

Se para un momento a escuchar a la puerta. No se oye el sonido de la televisión del apartamento de Cecilia. Ese ruido constante que atraviesa las paredes a cualquier hora, como una compañía involuntaria. Un concurso antiguo, noticias repetidas, voces que nunca se apagan del todo… Esta noche no hay nada de eso.

Erin abre la puerta, con el abrigo aún puesto y mira a la puerta de Cecilia. La franja de luz que normalmente se cuela por debajo ha desaparecido.

—Estará dormida —murmura Erin, aunque la frase le suena más a intento de explicación que a certeza.

Había pensado pasar a verla un momento, para contarle que había ido a Rabadás, que había visto a su madre después de tantas semanas. Pero no quiere

despertarla.

Cierra la puerta de su apartamento con cuidado. El cansancio del día empieza a caer sobre sus hombros.

Se sirve un vaso de agua y se deja caer en el sofá. Recibe un mensaje en el móvil, de Neil. Sonríe sin darse cuenta.

¿Cómo ha ido el día libre de la inspectora?

Erin escribe mientras apoya la cabeza en el respaldo.

He sobrevivido.

Tres puntos se muestran en la pantalla. Desaparecen de la vista y vuelven a aparecer.

Eso ya es un logro.

Erin teclea otra respuesta:

He quedado con Ángela esta mañana.

¿La forense?

Sí.

Entonces no era un día libre muy relajado.

Erin suelta una pequeña risa.

Después he ido a Rabadás, a ver a mi madre.

¿Y?

Erin piensa antes de escribir:

Nos hemos abrazado, después de mucho tiempo... Ha sido raro y al mismo tiempo reconfortante.

Eso está bien.

Erin se queda mirando la pantalla… Luego escribe lo que realmente estaba pensando.

También he visto a Ray.

La respuesta llega más rápido de lo que esperaba.

No sé si debería preocuparme.

Erin sonríe.

No seas dramático.

Durante un rato ninguno escribe nada. El silencio digital entre ambos se siente extrañamente cómodo. Entonces Erin teclea otra frase:

Te echo de menos.

Esta vez Neil tarda un poco más en responder. Los tres puntos surgen y desaparecen. Luego vuelven y finalmente llega el mensaje:

En menos de lo que piensas estaré ahí.

No sabe exactamente qué significa esa frase, pero le gusta leerla. Deja el móvil sobre la mesa e intenta relajarse, pero la paz dura escasos instantes. Su mente vuelve inevitablemente a todo lo que está viviendo.

Se levanta y camina hasta la mesa del comedor. Abre el portátil. La luz azulada de la pantalla ilumina la habitación.

Busca de nuevo en los registros que ya ha revisado durante los últimos días; AH desaparecido en Genar. Y nada. Ni una sola referencia ni en blogs, ni en periódicos locales, ni en bases de datos públicos… Esa persona es igual que un fantasma.

Se pasa una mano por el cabello.

«Necesito otra perspectiva, otro par de ojos».

Coge el móvil de nuevo y abre la conversación con su hermano Leo.

Hace meses que no se hablan, desde la última discusión sobre el trabajo de ella, sobre los riesgos. Sobre el hecho de que, según él, siempre acaba metiéndose donde no debe. Y lo que pasó en Escocia ya fue el colofón.

Erin duda un momento antes de pulsar el botón de grabar. Al final se atreve:

Hola, Leo. (pausa) Sé que hace mucho que no hablamos. (pausa) Estoy investigando un caso... y creo que necesito tu ayuda. (pausa) Bueno, no lo creo, la necesito.

Camina lentamente por el salón mientras habla:

Hace unas semanas encontramos un coche hundido en el río Aniel de Genar.

Se detiene junto a la ventana.

Dentro había un cadáver. (pausa) Creemos que podría tratarse de un extranjero. Alguien que estuvo aquí hace unos diez años o quizás más. (pausa) Tenemos unas iniciales. A.H. o A. (pausa) Aquí no hay nada. Ninguna noticia, registro, ni rastro de que haya pasado.

Baja un poco más la voz:

Y estoy convencida de que alguien se ha encargado de borrar cualquier rastro. (pausa) Tú eres periodista... Tienes acceso a más archivos que yo. Quizás en los

Estados Unidos hubo alguna publicación en algún periódico local. O quizás conozcas a alguien de Europa.

Se lo piensa un momento antes de terminar:

¿Podrías mirar si encuentras algo? (pausa) ¿Por favor?

Detiene la grabación y envía el audio. Al poco tiempo vuelve a vibrar el móvil, con un mensaje de texto de Leo.

Eso es como buscar una aguja en un pajar.

Erin dibuja una sonrisa ladeada y escribe:

Busca a un hombre desaparecido hace unos diez años... Iniciales A.H... En España... Pueblo de Genar.

Leo responde:

Me lo pensaré...

Ella responde con emoticonos suplicantes.

Vale, lista... Miraré en archivos internacionales. Pero no prometo nada.

Erin escribe la última respuesta:

Eso ya es mucho.

La conversación termina ahí. Erin cierra el portátil. El cansancio empieza a pesarle en los ojos. Se mete en la cama sin cambiarse de ropa. El teléfono queda sobre la mesilla y la pantalla se apaga poco a poco.

A las cinco de la mañana el sonido de una notificación rompe el silencio del piso. Se despierta sobresaltada. Al rato, oye de nuevo el móvil vibrar sobre la mesilla. Lo coge despacio. La pantalla ilumina la habitación. Hay un correo electrónico de Leo Butler. Ella abre el mensaje, todavía medio dormida. Dentro del correo solo hay una línea de texto y un enlace. Debajo del enlace aparece un nombre. Un nombre que a Erin le resulta vagamente familiar, como una palabra escuchada hace mucho tiempo y olvidada en algún rincón de la memoria.

Entonces las iniciales concuerdan. A.H. Y de pronto también el nombre: Angus Harris.

Erin se incorpora lentamente de la cama. El sueño se esfuma de golpe.

«¡Ja! Sabía que Diego, las iniciales y el coche sumergido estaban conectados».

Mira de nuevo la pantalla del móvil, vigilando las letras igual que si pudieran cambiar si aparta la vista durante una eternidad. Pero siguen ahí.

Por primera vez desde que empezó la investigación, las iniciales tienen identidad. Un nombre real y un hombre. Y ese nombre acaba de cruzar medio mundo para aterrizar en su bandeja de entrada.

El móvil vibra de nuevo. Otro mensaje de Leo:

El hombre no es de Estados Unidos. Tuve que ampliar la búsqueda por Europa. Una amiga periodista de Londres me ayudó a encontrar esto. Era de Suffolk.

Erin lee el mensaje dos veces. Suffolk. La palabra se queda suspendida en su cabeza. De repente, su mente empieza a enlazar ideas a toda velocidad: Escocia, Harris, Suffolk.

Y un nombre aterrador que le viene a la cabeza como una pesadilla. «El descuartizador de Suffolk».

Erin niega con la cabeza, intentando sacudirse el pensamiento.

—No… —refunfuña, mirando al gato que dormita al pie de la cama—. No puede ser. Sería demasiada casualidad.

Logan abre un ojo, con pereza, indiferente.

Pero un estremecimiento le atraviesa la columna a la inspectora. Porque ahora las iniciales tienen nombre. Angus Harris. Y si ese nombre está relacionado con el cadáver que encontraron hundido en Genar, entonces, alguien ha estado intentando borrar a un hombre del mapa durante años. Y ella acaba de encontrar el primer rastro.

12

El problema no es lo que se descubre, sino lo que ya no se puede dejar de saber. Angus Harris. El nombre lleva minutos repitiéndose en su cabeza, como una advertencia. Ese nombre no debería estar ahí.

El lunes amanece otra vez gris, con un cielo tan bajo que parece querer aplastar al pueblo y a ella.

Ha leído el correo de Leo tres veces, antes de aceptar que no es un error. Ahora, sentada frente a la mesa de la cocina, con una taza de café que ya está fría, vuelve a abrir la noticia en el portátil. El artículo es breve, del año 2015, de un periódico local de Suffolk. Pero cada línea se vuelve cada vez más pesada.

Angus Harris, de 55 años, muy querido en Suffolk por su labor y contribución en la iglesia y en la comunidad local, desapareció el ocho de julio del año pasado en Genar, un pequeño pueblo de España.

Erin traga saliva y continúa leyendo:

Harris, que trabajaba en el extranjero como criminólogo consultor internacional, viajó a España para dar diversas conferencias especializadas, pero no se ha vuelto a saber nada más de él desde su desaparición.

«No era un turista ni un viajero cualquiera…Era criminólogo consultor. Un especialista en crimen».

Erin cierra los ojos un instante.

—No puede ser —habla para sí.

Pero sí puede ser. La última parte del artículo termina de confirmarlo.

Tras un año sin pistas firmes sobre su paradero, las autoridades lo han declarado oficialmente muerto, después de una exhaustiva búsqueda.

Su viuda, Adelina Gil, celebrará una pequeña ceremonia íntima en la iglesia de St. Edmund, en Suffolk.

Erin apoya la frente contra las manos. La coincidencia es exageradamente grande. Angus Harris es el padre de Jameson Harris.

Se levanta de golpe y camina por la cocina intentando ordenar las ideas. No sabe qué hacer con esa información. Siente que sostiene una granada sin anilla.

Mira el móvil. Son las cinco y cuarenta de la mañana. En Escocia hay una hora menos. Parece sopesar si debería llamar o no, pero al final marca el número. Neil contesta al cuarto tono.

—Erin… —contesta con voz rasposa—. Dime que el mundo se está acabando.

—Ojalá se tratara de eso.

—Vale… ¿Entonces es peor?

—Tengo un nombre para el cadáver —responde exhalando hondo.

—¿Qué?

—Angus Harris.

Al otro lado de la línea no se oye nada durante un rato. Neil se despierta al instante.

—¿De qué me suena el nombre?

—De Suffolk…

—¡¿Qué?! —dice estupefacto—. Angus… ¿Es el padre de Jameson Harris? ¿Estás segura?

—Mi hermano encontró una noticia. Desapareció aquí, en Genar, hace diez años.

—Joder…

Erin empieza a caminar de un lado a otro.

—Neil… Contéstame a una cosa.

—¿A qué?

—Cuando murió Angus Harris… ¿Jameson estaba en prisión?

Neil tarda un momento en responder. Se oye moverse, seguramente buscando algo en el ordenador.

—Dame un segundo.

Se hace un silencio lleno de respiraciones y clics de teclado.

—Sí —anuncia finalmente—. Estaba dentro.

—¿Seguro?

—Completamente. Estoy leyendo su expediente: Condena en Glasgow. Hacía tres meses que estaba cumpliendo la sentencia. Se escapó tres años después.

—Entonces no tuvo nada que ver —contesta ella soltando el aire que llevaba reteniendo.

—Parece que no.

Erin se apoya contra la encimera.

—Neil… esto es una locura.

—¿Lo sabe alguien más?

—No.

—¿Ni Lizarraga?

—Ni Lizarraga.

—Pues mantenlo así.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con el gesto algo crispado.

—Quiero decir que no sabes en quién puedes confiar.

—Lo sé. Pero debería hacer algo con todo esto. Quizás sí que debería confiar en él.

—Por lo que me has contado, no creo que de momento sea muy seguro.

—Entonces ¿qué hago?

—De momento, nada.

—¿Nada?

—Piensa. Si ese hombre era criminólogo internacional… pudo descubrir algo que no debía.

Erin siente un temblor involuntario sacudiéndole el cuerpo.

—Tal vez sí… Y alguien lo mató por eso.

—Es una posibilidad.

—Pero tengo que hacer algo con todo lo que estoy descubriendo…

—Lo sé… Pero de momento es más sensato que solo recojas información, hasta dar con la persona adecuada que te ayude.

—¿Y si hablo con Ángela? Ella conoce a mucha gente…

—Ella te aconsejó que vayas con cuidado… y que no te expongas.

—Es verdad… Pero esta bola se va a ir haciendo más grande y alguien tiene que pararlo.

—Está bien… ¿Confías en Ángela?

—Claro, es una buena amiga.

—Entonces hazlo, aunque siempre con cautela.

Al colgar, unos minutos después, le envía la información a su compañero. Luego, abre la puerta y mira hacia el rellano. Al otro lado de la puerta de Cecilia no se oye ruido. «Seguramente seguirá dormida». Se sirve otro café.

«¿En qué demonios estaba metido Angus Harris? ¿O fue algo que descubrió lo que lo llevó hacia su muerte? ¿Y qué relación tenía Diego Durán con Harris?».

* * *

Las dependencias forenses están más ruidosas de lo habitual. Erin pasa de largo sin saludar a la mayoría mientras entra. Busca a Ángela con la mirada. La encuentra en su mesa revisando unos informes.

—¿Tienes un minuto? —le pregunta en voz baja.

Ángela levanta la vista, sorprendida.

—¡Erin! ¿Qué haces aquí?

—Mejor en otro sitio —le responde señalando hacia el pasillo.

—Claro.

Salen al patio trasero del edificio.

—Vale. Me estás asustando —advierte Ángela cruzándose de brazos.

Erin saca el móvil y le enseña la noticia.

—Lee.

Ángela tarda menos de un minuto. Cuando termina, levanta los ojos lentamente.

—¿Angus Harris?

—Sí.

—¿El cadáver?

—Creo que sí.

—Joder… —refunfuña con una exhalación larga.

—Mi hermano encontró la noticia…

Ángela vuelve a mirar la pantalla.

—Un criminólogo consultor… desaparecido en este mismo pueblo, donde encontramos un cadáver sin identificar.

—No puede ser coincidencia…

—No… ¿Se lo has dicho a Lizarraga?

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Neil dice que espere.

—¿Neil el escocés?

—Sí.

—¿Y desde cuándo le haces caso a un hombre?

—Desde que suele tener razón —sonríe levemente.

—Te entiendo. Es normal que no te fíes de nadie. Entonces investiguemos primero.

—¿Eso quiere decir que me vas a ayudar?

Ángela le devuelve el móvil.

—Pues claro.

En los ojos de Erin se asoma un destello de emoción.

—Pero tendremos que ser muy precavidas y andar con cuatro ojos.

Erin afirma con la cabeza.

—¿Tienes el análisis forense terminado del cadáver?

—Sí, hace días que lo tengo. Pero el comisario suspendió el caso, recuerda.

—Pero ahora es diferente, estás conmigo, ¿no?

Ángela la mira algo inquieta.

—Por supuesto que estoy contigo, pero esto es peligroso y nos podemos meter en un gran lío. —Duda un momento—. Pásate por aquí mañana a las diez, tú sola.

* * *

Por la tarde, el subinspector llega a casa de Erin cargado con una carpeta enorme de documentos.

—Traigo entretenimiento —anuncia.

Cecilia saluda desde el salón.

—Bueno, yo ya me iba. Os he dejado por aquí unas magdalenas de chocolate que os irán muy bien.

—Te adoro —le dice Vázquez a Cecilia, desde la mesa del comedor.

La mujer le sonríe desde la puerta de la entrada.

—¿Qué es todo eso? —pregunta al momento Erin, refiriéndose a los documentos.

—Informes, llamadas y registros.

—¿Qué registros?

El compañero abre la carpeta y pasa varias hojas.

—El coche…

—¿Qué pasa con él?

—Nada útil. La matrícula está demasiado deteriorada y el número de bastidor quedó destruido con la humedad. Pero pensé que como ahora tenemos el nombre, podría averiguar algo más… y nada…

—Entonces, seguimos igual —afirma, dejando escapar el aire por la nariz.

—No exactamente… He revisado también los hoteles.

—¿Y?

—Ningún Angus Harris está registrado.

Erin asiente con resignación.

—Se habrán encargado de borrarlo también.

—Eso pensé, pero… —añade y levanta un dedo— hay algo curioso.

Erin lo mira intrigada.

—Un registro de hace diez años en una pensión pequeña, a las afueras del pueblo…

—¿Qué tiene de curioso?

—Un británico.

La atención de Erin se agudiza al instante.

—¿Y el nombre?

Vázquez gira el papel hacia ella.

—Aldous Huxley.

Erin lo lee.

—No me dice nada.

—A mí tampoco me lo decía, pero fíjate un poco más en las iniciales…

—Ah, ya veo… A.H.

—¡Angus Harris!

—¿Entonces, se puso un pseudónimo?

—Creo que sí.

—Se escondía… No quería que supieran que estaba aquí —farfulla ella.

—He encontrado también algo llamativo —explica Vázquez.

—¿Qué?

Vázquez saca una fotocopia del registro de la pensión.

—Mira el margen.

Erin se echa hacia delante. En la esquina de la página hay algo escrito con bolígrafo. Un número de teléfono.

—¿Y has probado a llamar?

—Esperaba que hicieras tú los honores.

—Qué amable…

La inspectora marca al número que aparece en la hoja. El tono suena tres veces. En el cuarto, alguien descuelga. Una voz masculina, mayor.

—¿Diga?

Erin intercambia una mirada rápida y desconcertante con su compañero.

—Buenas tardes. Llamo por un número que aparece en un antiguo registro de una pensión. ¿Podría decirme quién habla?

Al otro lado se hace un breve silencio.

—Este número… —contesta finalmente el hombre— ya no es de nadie.

—¿Cómo dice?

—Bueno… que ahora el teléfono es mío —intenta rectificar—, pero pertenecía a un vecino de Genar.

—¿Y qué le pasó?

—Murió hace años.

Erin siente que algo se le encoge en el estómago.

—¿Cómo se llamaba?

El hombre tarda en reaccionar.

—Eso ya no importa.

La línea se corta. Ella baja lentamente el teléfono. Vázquez la mira desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué ha dicho?

—Que ese número pertenecía a alguien del pueblo… Dice que murió hace años.

—¿Y no te ha preguntado quién eras?

—No. Ni eso, ni de dónde había sacado el número.

—Hay algo que me resulta inquietante.

—¿Qué?

—Que Angus Harris escribiera ese número justo antes de desaparecer.

Erin vuelve a mirar la fotocopia del registro. El número sigue allí, torcido en el margen, escrito deprisa con tinta azul. Daba la impresión de que ese número de teléfono había sido importante en ese momento.

—Si lo apuntó —insinúa Vázquez—, es porque pensaba hablar con él.

—O lo apuntó por si le pasaba algo. A lo mejor era alguien de confianza.

Erin vuelve a sentir un hormigueo helado serpenteando por su espalda. Porque si Angus Harris había escrito el número de ese hombre, entonces ambos nombres estaban conectados de alguna manera. Y ahora, según la voz del teléfono, los dos estaban muertos.

Pero algo en aquella conversación no termina de concordar. Y cuando una historia empieza a no encajar… es porque alguien está mintiendo.

13

Las respuestas rara vez llegan solas. Suelen venir acompañadas de nuevas preguntas.

Cuando Erin llega a comisaría a la mañana siguiente, tiene la sensación de que el caso ha dado un pequeño paso adelante y, al mismo tiempo, se ha vuelto más confuso.

Allí dentro tiene que disimular, aparentar que se ocupa de otros asuntos, para no levantar sospechas.

El número de teléfono encontrado en el registro de la pensión ya tiene dueño: Aitor Abia. Vive en los alrededores de Genar. Tiene ochenta y seis años. Es un antiguo trabajador de la construcción, viudo y con una biografía aparentemente simple.

—¿Vamos? —pregunta Vázquez, apareciendo junto a su mesa, con el abrigo ya puesto.

—¡Vamos!

La casa de Aitor Abia está en una pequeña carretera secundaria, rodeada de huertos abandonados y muros de piedra vieja.

La vivienda es baja, encalada, con el tejado ennegrecido por el paso de los años. El jardín delantero está algo descuidado, aunque se nota que en algún momento alguien lo cuidó con cariño. Hay rosales secos junto a la verja.

El subinspector llama a la puerta. Tardan casi un minuto en oír pasos. La puerta se abre lentamente. El hombre que se presenta es muy mayor. Camina encorvado y se apoya en el marco de la puerta. Sus manos están deformadas por la artritis y tose con frecuencia. Sus ojos, sin embargo, están sorprendentemente vivos.

—¿Sí?

Erin muestra su placa.

—Señor Abia, hablamos con usted ayer, por teléfono. ¿Se acuerda?

—Pues no. ¿Quienes son? —contesta el hombre algo crispado.

—Inspectores de policía. De homicidios.

El viejo levanta las cejas.

—Caray… ¿ha muerto alguien?

—Eso querríamos saber.

El hombre abre un poco más la puerta.

—Pasen, pasen.

La casa huele a café recién hecho. Dentro todo es bastante antiguo, gastado por el uso del tiempo, pero limpio. Las paredes están llenas de fotografías: una mujer joven en blanco y negro, una familia en una playa, niños que con los años se convierten en adultos, nietos… Una vida entera colgada de las paredes. En el centro del salón hay un sillón grande, mullido, colocado frente a una chimenea apagada. El lugar donde probablemente el dueño pasa la mayor parte del día.

—¿Un poco de café? —pregunta el viejo.

—No, gracias —responde Erin.

—Ayer, por teléfono, nos dijo que este número pertenecía a alguien que estaba muerto.

El hombre hace un gesto con la mano, de igual manera que si espantara una mosca.

—Siéntense, por favor.

—Señor Abia —insiste Erin—, ¿me ha oído?

El viejo la mira con calma.

—La he oído perfectamente.

Levanta las manos torcidas por la artritis.

—Los oídos los conservo bastante bien. La espalda y las manos ya son otra cosa. Pero si son tan amables de sentarse —añade, con la tos agarrada al cuello —, se lo agradecería.

Los inspectores intercambian una mirada y finalmente, se sientan.

El hombre camina despacio hasta la cocina y vuelve con una cafetera y tres vasos. Sirve café para todos. Aunque nadie lo ha pedido.

—¿Solo o con leche? —pregunta.

—Así está bien —responde Erin.

El viejo se sienta frente a ellos. Da un pequeño sorbo a su café.

—Pues verán… Ahora recuerdo la conversación de ayer… Creo que les dije que el número no era de nadie.

—Sí, concretamente, dijo que pertenecía a un vecino del pueblo, que ya estaba muerto.

—¿Saben qué pasa?

El hombre sonríe levemente. Luego, le da otro sorbo al café, con mucha parsimonia.

—Me llaman mucho por teléfono. Publicidad, seguros, alarmas… Cosas de esas —explica encogiéndose de hombros—. A veces les digo cualquier cosa para que me dejen en paz. Que el número no es mío, que el dueño murió… Lo que se me ocurra.

—¿Entonces, nos está diciendo que este teléfono siempre ha sido suyo?

—Pues sí… —aclara levantando las manos en gesto conciliador—. Perdonen si les he hecho perder el tiempo.

Erin deja la taza sobre la mesa.

—Hace diez años alguien escribió este número como contacto de referencia, en una pensión del pueblo.

—Ah ¿sí?

—¿Quién cree que podría necesitar su ayuda?

Aitor Abia piensa…

—Pues no lo sé.

Mira sus manos deformadas.

—Me jubilé hace veinte años. Yo era paleta, albañil, vamos.

Sonríe con cierta nostalgia.

—Hacía buenos trabajos. Quizás era eso…

—No lo creo —asegura Vázquez.

—¿El qué? —pregunta el viejo, con curiosidad.

—Que alguien escribiera su número por una reforma.

—Piense un poco más, por favor —insiste Erin con desespero—. ¿Quién podría pedirle ayuda? ¿Alguien que estuviera con problemas?

—¿A mí? ¿Problemas? —suelta el hombre con una pequeña carcajada—. Por Dios —sigue, negando con la cabeza—. Si alguien estuviera en peligro, habría ido a la policía, no a un viejo albañil.

Erin decide cambiar de ángulo.

—¿Le suena el nombre de Aldous Huxley?

El hombre no se inmuta. No se mueve ni un músculo en su rostro.

—No.

—¿Y Angus Harris? —interviene el subinspector.

—No me dice nada.

El silencio se instala en el salón. Erin observa las fotografías de la pared. La mujer del retrato más antiguo probablemente sea su esposa. Luego vuelve a mirar al hombre.

—Bueno —anuncia finalmente él—. Si no necesitan nada más, voy a ver las noticias.

Se levanta lentamente.

—Gracias por la visita.

—Gracias por su tiempo, señor Abia —responde ella incorporándose del sofá.

Cuando la puerta se cierra detrás de ellos, Erin se queda contemplando la casa. El viejo ha corrido la cortina.

—No te lo crees, ¿verdad? —indica Vázquez.

—Ni tú…

—¿Por qué nos miente?

—Por miedo… o porque protege a alguien… No lo sé.

—¿Y qué hacemos?

Erin se gira hacia el coche.

—De momento… dejarlo tranquilo.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

* * *

A las diez y cuarto de la mañana, tal y como había quedado con Ángela, Erin llega sola al Instituto Forense. Su amiga ya la espera junto a la mesa de autopsias.

—Pensaba que no vendrías.

—Perdona. Es que tenemos una pista nueva. Creemos que Angus Harris utilizaba el pseudónimo de Aldous Huxley.

—¿Por qué?

—Aún no lo sabemos, pero sospechamos que se ocultaba de algo o de alguien… Y junto a su nombre había un teléfono. Llamamos y salió un señor mayor. Pero dice que no tiene ni idea de por qué Angus Harris tenía su teléfono apuntado.

—¿Y os lo habéis creído?

—No. Pensamos que está protegiendo a alguien, pero no sabemos a quién.

Ángela se queda pensativa.

—Luego me das ese número por si puedo ayudar.

—Claro.

—La autopsia que viste era preliminar —informa la forense levantando la sábana que cubre el cuerpo.

Erin examina el cadáver. Ahora ya sabe su nombre.

—¿Qué has encontrado?

Ángela señala varias marcas en los huesos.

—No murió en el coche ahogado, tal y como tú dijiste.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Traumatismo previo —indica señalando el cráneo.

Luego señala las costillas.

—Y fracturas defensivas.

Erin siente un estremecimiento que le eriza la piel.

—Entonces, lo mataron en otro sitio.

—Exacto… Y luego movieron el cadáver —responde la mujer volviendo a cubrir el cuerpo.

—Eso significa que alguien se tomó muchas molestias para hacerlo desaparecer.

—Sí.

—Hay algo más —añade ella levantando otra hoja del informe.

—¿Qué?

—El análisis toxicológico.

—Pensaba que después de diez años no se podía detectar nada.

—Normalmente no —reconoce Ángela señalando la pantalla del ordenador —, pero en el tejido óseo aún quedan rastros.

—¿De qué? —pregunta Erin con los ojos afilados.

—Tiopentato de sodio y otros compuestos químicos.

—¿Qué es eso?

—Es lo que comúnmente llamamos suero de la verdad.

—Eso quiere decir que antes de matarlo quisieron sacarle información de algo muy importante. Me pregunto qué es lo que sabía…

Erin contempla el cuerpo una última vez. Durante diez años, Angus Harris había sido un hombre desaparecido. A veces los muertos parecen guardar secretos. Pero en realidad, los secretos siempre pertenecen a los vivos. Y los vivos, cuando tienen algo que ocultar, son capaces de enterrar muchas más cosas que un cadáver.

14

El restaurante está a solo dos calles de la comisaría. Es un sitio pequeño y familiar. Las mesas son de madera y tiene un menú que no cambia desde hace años.

—No has probado bocado —le recrimina Vázquez.

—No tengo mucha hambre.

—¿Qué estás pensando?

—En Angus Harris… —responde al fin—. ¿Qué vino a hacer realmente a Genar?

Él se encoge de hombros con desgana.

—He averiguado —prosigue Erin— que viajó a España para participar en una serie de conferencias organizadas por la universidad. También colaboraba en un programa de formación para investigadores policiales.

—Entonces no vino de turismo precisamente.

—No.

—Pero algo descubriría… —replica Moisés dejando el tenedor sobre el plato—. O se cruzó con quien no debía.

Erin le da la razón con un gesto.

—Tenemos que averiguar exactamente en qué estaba trabajando aquí. Quizá detectó alguna irregularidad… y eso fue lo que lo mató.

—Él sabía que estaba en peligro —sigue, después de una pausa—. Por eso usó el pseudónimo de Aldous Huxley.

—Entonces, hay algo que no termina de encajar… Si el teléfono que dejó no era de Abia… ¿de quién era realmente?

Ambos bajan la vista, pensativos.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —contesta finalmente ella.

—¿Y Diego Durán? —pregunta él retomando la comida.

—Justo eso es lo que yo también me cuestiono. Su cadáver aparece en un supuesto suicidio que tú y yo sabemos que es falso. Luego las iniciales… que ahora sabemos que corresponden a Angus Harris…

—Y no nos olvidemos de la viuda —añade Moisés—. Oculta claramente algo.

—¿Y si Durán cobró una gran cantidad de dinero el día que desapareció Harris?

—¿Qué sugieres? —pregunta Moisés, dejando una de las alitas sobre el plato.

—Que Durán no es nuestro protagonista.

—¿Entonces?

—Era el intermediario.

—Alguien que borra, que gestiona, que limpia…

—Que hace el trabajo que otros no quieren hacer —añade Erin—. Como encargarse de hacer desaparecer el cuerpo de Harris.

Moisés hace un gesto afirmativo.

—Pero al ser encontrado el coche en el río —continúa ella—, entró en pánico.

—¿Crees que quiso confesar?

—Creo que sí… O protegerse.

—¿Cómo?

—Quizá pensó que si hablaba… Si daba nombres, lo perdonarían. Que podría librarse.

—Tiene lógica… —responde Moisés masticando lentamente—. La carpeta vacía que encontramos en su casa… en su día estuvo llena de documentos.

—Y alguien se deshizo de ello.

—Nos estamos acercando a algo…

—Pero tenemos que seguir hablando con la mujer de Diego.

—Y con el señor Abia.

—Sí… ¿Vamos a la casa de la viuda?

—Vamos —concluye él limpiándose las manos con una servilleta.

Después de pagar, salen a la calle. El sol de otoño desciende, proyectando sombras largas sobre el asfalto. El tráfico es escaso a esa hora.

Caminan en silencio hasta llegar al paso de peatones que hay frente a la comisaría. El semáforo está en rojo para los peatones. Esperan. De golpe, Erin siente esa sensación otra vez. Esa presión invisible de que algo está a punto de romperse. El semáforo cambia de color en verde. Empiezan a cruzar. Erin da el primer paso. Entonces lo oye. Un motor acelerando. Demasiado rápido. Gira la cabeza. Un coche oscuro viene hacia ellos. No frena. No reduce la velocidad. Sigue acelerando directo hacia ella. Ella se queda paralizada un instante. El tiempo se fragmenta. Oye el sonido del motor más cerca. Tiene la seguridad absoluta de que ese coche no va a detenerse.

—¡ERIN! —grita Vázquez y la empuja con fuerza.

El impacto llega un segundo después. El sonido es brutal. Metal contra carne. Moisés sale despedido contra el asfalto. El coche no se detiene, sigue calle abajo. Se produce un momento de silencio y luego todo son gritos. Ella está en el suelo, herida por la caída, pero respira. Está viva. Se gira aturdida aún. Vázquez yace a unos metros, inerte. La sangre empieza a extenderse bajo su cuerpo.

—¡Moisés! —grita Erin, casi sin aliento.

Corre hacia él y se arrodilla.

—¡Vázquez! ¡Moisés! —insiste, comprobando sus constantes.

Sus ojos están abiertos, pero respira con dificultad.

—Erin… —susurra.

—Estoy aquí —le responde ella con lágrimas en los ojos, sosteniéndole la mano.

Se oyen sirenas a lo lejos. Alguien grita que ya han llamado a una ambulancia. Hay mucha gente acercándose. Ella difícilmente oye nada. Solo

una cosa ocupa su mente: el coche no perdió el control, no fue un accidente. Fue directo a ella y Vázquez se interpuso. Alguien ha intentado matarla.

* * *

Dos horas después, Erin sigue en el hospital. Está sentada, cubierta con una manta térmica. Tiene un corte en la frente y varios golpes, pero casi no los siente. Su ropa sigue manchada de sangre, la de su compañero. Un médico acaba de revisarla.

—Tiene suerte —le dice—. Solo son contusiones.

«Suerte». La palabra resuena hueca en su cabeza.

Moisés está en cuidados intensivos, en estado crítico. Aún no les dejan verlo.

Al poco, las puertas del ascensor se abren. Una mujer entra corriendo por el pasillo y dos niñas detrás de ella. Erin reconoce enseguida a la mujer y las niñas. Es Martina, la esposa de Moisés, y sus hijas, Elna y Paula.

Erin se levanta. El corazón le late con fuerza.

—Martina…

La mujer se detiene frente a ella.

—¿Dónde está? —pregunta con la voz rota.

—En la UCI —responde ella casi sin poder articular palabra. Siente que el estómago se le cierra.

—Martina… yo… —Las palabras se le atascan. No sabe cómo decirlo—. Lo siento.

La mujer la mira. A Erin le cuesta mantener la mirada.

—El coche venía hacia mí…

Las palabras le salen como piedras.

—Moisés me empujó —explica con la voz rota—. Si yo no hubiera estado allí…

Martina niega suavemente con la cabeza.

—No… No digas eso.

Las dos niñas observan la escena en silencio.

—Moisés hizo lo que siempre hace —continua Martina con temblor en la voz mientras la abraza—. Proteger a la gente que quiere.

—Lo siento mucho —vuelve a decir. Siente que las lágrimas le queman los ojos.

Martina no la culpa. Y eso, de alguna manera, resulta dolerle todavía más.

Un rato después, se presenta el comisario Frank Lizarraga, caminando rápido por el pasillo. Cuando ve a Erin se acerca inmediatamente.

—¿Cómo estás?

—Bien…

—Eso no es lo que parece.

Ella mira hacia el suelo.

—¿Y Moisés?

—Sigue en cirugía.

—El médico dice que tienes que irte a casa, a descansar —le informa, exhalando con fuerza.

—No.

—Erin.

—Quiero quedarme.

—No vas a ayudar a nadie en este estado. Tranquila, no va a estar solo.

Ella ni siquiera contesta. Contiene las lágrimas que están a punto de caer y la rabia que está a punto de explotar.

—Escucha —sigue él, bajando la voz—. ¿Pudiste ver algo del coche?

—Era negro… —responde ella, pensativa.

—¿Y el modelo?

—Parecía… un SUV.

—¿Matrícula?

—No pude verla, todo fue muy rápido.

—¿Y al conductor?

Erin intenta recordarlo.

—Corpulento.

—¿Algo más?

—Llevaba gafas de sol y capucha.

—Difícil de identificar, entonces —contesta el comisario, más serio de lo normal.

Erin asiente con frustración. Lizarraga la mira un momento.

—Vete a casa.

—Quiero ver a Moisés.

—Cuando salga del quirófano te llamaremos.

Erin duda, pero finalmente acepta, con un leve gesto. Necesita quitarse la ropa llena de la sangre de su amigo y compañero.

Llega a casa sin recordar apenas el trayecto. El cuerpo ha conducido; la mente ha permanecido atrapada en otra parte. Abre la puerta. Su gato, nada más oírla, acude a la entrada y se frota contra sus piernas una y otra vez, con la intención de arrancarle de encima todo lo malo que trae consigo. Erin camina hasta el baño y se mira en el espejo. Observa la sangre seca en su ropa, en sus manos y en su cara. La sangre de Moisés. Se apoya en el lavabo, y no es hasta ese momento, desde el atropello, cuando las piernas le tiemblan. Porque ahora lo entiende. La búsqueda de la verdad acaba de volverse mortal. Alguien ha intentado matarla. Y cuando alguien intenta matarte, es porque estás peligrosamente cerca de la verdad.

15

El agua de la ducha cae sobre su espalda desde hace varios minutos. Erin no se mueve. Tiene la frente apoyada contra los azulejos fríos mientras el agua arrastra lentamente los restos de sangre que aún quedan en su piel. La sangre de su amigo. Al cerrar los ojos vuelve a verlo: el coche, el impacto, el cuerpo de su compañero saliendo despedido.

Abre los ojos bruscamente y gira el grifo hasta que el agua sale casi fría. Necesita sentir algo.

Lizarraga le ha ordenado descansar unos días. «Descansar». La palabra le parece absurda.

Alguien ha intentado matarla y Moisés está en cuidados intensivos por su culpa. No piensa quedarse en casa esperando.

Cierra el grifo. El silencio del baño le golpea de repente. Se envuelve en la toalla y sale al pasillo. La casa está poco iluminada, pero hay luz en el salón.

Se detiene. Su expresión se endurece. No recuerda haber dejado ninguna luz encendida. Da unos pasos más, de puntillas, hasta que ve a Cecilia de pie junto al sofá. Al oírla, esta se gira de inmediato.

—Erin…

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella, aún con el corazón en la boca.

—He usado la llave… la de emergencia —explica nerviosa—. He oído ruido cuando pasaba por aquí y como sabía que estabas trabajando me ha parecido raro.

—Me has asustado —admite Erin dejando salir el aire poco a poco.

—Tú me has asustado a mí … Pensaba que era un ladrón.

—Anda… ¿Y estos moretones? —prosigue Cecilia.

Erin apenas puede articular palabra. Volver a explicar lo mismo le resulta traumático.

—Un coche ha intentado atropellarme, pero Moisés se interpuso y lo atropelló a él.

—Dios… —dice llevándose una mano a la boca—. ¡¿Y tú estás bien?!

—Sí —responde sin que su voz lo confirme del todo.

Cecilia la observa un instante, con cuidado.

—No tienes que fingir conmigo.

Se acerca un poco más y la abraza. Ella tarda un instante en reaccionar. Luego se deja. El móvil empieza a vibrar sobre la mesa. Erin se separa despacio. Es Neil quien la llama. Enseguida responde.

—¿Sí?

—¡Erin…! He oído tu mensaje —explica tenso— ¿Estás bien?

—Sí… Yo sí —responde apoyando la espalda contra la pared.

—¿Y Moisés? ¿Cómo está? Cuéntame…

Erin mira a Cecilia, que permanece en silencio.

—No está bien, está en la UCI…Un coche se ha saltado un semáforo a cosa hecha. Iba directo hacia mí.

—Joder… ¿Has visto algo?

—Algunos detalles, pero nada…

—Esto ya no es solo un caso, Erin.

—Nunca lo fue.

—Si han intentado matarte, es porque estás cerca y eso es lo peligroso…

—Lo sé —reafirma ella apretando el teléfono.

—Ahora, más que nunca, no confíes en nadie.

Erin no responde. Porque, en el fondo, ya lo sabe.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Neil.

—Seguir…

—Erin…

—No voy a parar ahora.

—Entonces hazlo con cabeza —indica soltando un suspiro—. ¡Y ten cuidado por favor!

—Es lo que intento.

Al colgar, Cecilia sigue ahí reconfortándola.

—¿Te quedas conmigo en casa? —le pregunta la mujer.

Ella asiente despacio. Esta vez, no quiere estar sola.

—Aunque antes tengo que hacer algo.

Al rato, Erin se adentra hacia la periferia del pueblo. La casa de la señora Durán surge al final del camino.

Las persianas siguen medio bajadas. Erin nota la misma sensación de opresión en el aire. Al llamar a la puerta esta tarda un poco en abrir.

Cuando Beatriz aparece, su expresión cambia al verla. Sus ojos se detienen un segundo de más en su rostro: el pómulo amoratado, la piel apagada, el cansancio mal disimulado.

—Inspectora…

—Necesitamos volver a hablar.

La mujer mira a un lado como si buscase una salida.

—No sé si…

Pero Erin no le da opción de acabar la frase. Da un paso al frente y entra sin pedir permiso.

—Es importante.

Dentro, la casa está igual que la última vez, ordenada y silenciosa. Se sientan en el mismo salón. La inspectora va directa al grano.

—Alguien intentó matarme hace unas horas.

—¿Qué? —pregunta estupefacta.

—Un coche.

La mujer palidece.

—Mi compañero está en cuidados intensivos…

Erin la observa fijamente.

—Esto ya no es solo una investigación…

—Yo no sé nada —aclara Beatriz apretando las manos.

—Su marido sí sabía…

—No.

—Cobró una suma de dinero importante, el día que desapareció Angus Harris.

—No —insiste, aunque apartando los ojos de los suyos.

—Y tenía documentos que alguien borró después de su muerte.

—No sé de qué me habla —contesta, con la respiración más rápida.

—Señora Ordoñez —dice aproximándose a ella—, alguien mató a un hombre hace diez años.

La tensión entre ellas se puede palpar en el ambiente.

—Y ahora alguien está intentando matar a los que investigamos.

La mujer levanta los ojos y por primera vez hay algo más que miedo. Hay agotamiento.

—Yo… —empieza.

Pero se detiene mirando hacia el pasillo, con el temor de que alguien pudiera estar escuchando.

—Yo no sé nada —repite con un hilo de voz—. Es mejor que se vaya.

Erin la escudriña con los ojos, sabe que está mintiendo. Pero también sabe otra cosa, que Beatriz está aterrorizada. Y las personas aterrorizadas, en algún momento u otro, acaban hablando.

Al subir al coche, el móvil vibra en su bolsillo, ella lo saca sin desviar la vista de la casa de la mujer.

—¿Sí?

—Erin, menos mal que lo coges —dice Ángela, visiblemente alterada—. Me acabo de enterar… ¿Cómo estás?

—Estoy bien, pero Moisés… —la voz se le quiebra y no termina la frase.

—Ahora mismo voy a verte, ¿vale?

—No… —niega ella con la cabeza, aunque Ángela no puede verla—. He salido.

—¿Cómo que has salido? ¿Dónde estás?

Erin aparta la mirada hacia la calle.

—No puedo quedarme en casa, después de lo que le han hecho a mi amigo —espeta, con rabia contenida.

—Lo entiendo —responde Ángela bajando el tono—. De verdad. Pero primero deberías descansar… Si quieres, me quedo contigo esta noche —le propone, después de una pausa.

—No… tranquila.

—Está bien —cede Ángela—. Pero mañana voy a verte. Y te voy a ayudar, ¿de acuerdo?

—Gracias, Ángela.

Mientras cuelga, se fija en que Beatriz la mira desde la ventana. Tiene aspecto de asustada. De alguna manera, parece estar pidiendo auxilio.

Cuando Erin vuelve a casa ya es de noche. Aparca frente al edificio y permanece un instante dentro del coche, observando las ventanas iluminadas del pueblo.

Moisés, su mujer, sus hijas. Catorce y ocho años… Las cifras se repiten en su cabeza con una crueldad insoportable. Aprieta las manos sobre el volante. Por un momento cree que va a gritar, pero lo único que consigue es quedarse allí, inmóvil, tragándose la rabia.

—Voy a encontrarte, cueste lo que cueste… —murmura.

Sale del coche y camina hacia el portal. Siente de nuevo esa sensación, la misma del día anterior. La certeza de que alguien la observa. Se detiene y mira a su alrededor, pero la calle está vacía. Las farolas iluminan los coches aparcados. Nada más. Sigue caminando. Pasa junto a un coche oscuro y entonces lo ve. Primero, como una sombra, luego, como un reflejo en el cristal del coche. Hay un hombre detrás de ella. Erin se gira de golpe, pero ya es tarde. El hombre es rápido. Le agarra el brazo y le clava algo en el cuello. Un pinchazo breve. Erin intenta reaccionar, pero el cuerpo deja de responder.

—Tranquila —le dice la voz y el mundo empieza a dar vueltas en su cabeza —. Solo es un sedante.

Erin intenta golpearlo, pero sus manos ya no obedecen y la oscuridad la envuelve.

Cuando despierta está en su casa. Tarda un momento en entender dónde se encuentra. El salón. Su salón. La cabeza le pesa. El cuerpo no le responde del todo. Intenta incorporarse. Logan la observa desde el suelo, con los ojos muy abiertos, desconfiado. La lámpara está encendida y un hombre sentado frente a ella la observa mientras toma café en una taza. Su taza.

Erin hace un esfuerzo por levantarse, pero el cuerpo sigue sin responder. El hombre la observa.

—No te muevas, es peor…

Su voz es serena, casi amable. Ella lo mira fijamente. Sabe quién es, aunque algo en su rostro parece distinto. Su pelo es más corto y oscuro y se ha dejado barba. Pero los ojos… Los ojos no engañan.

—Jameson Harris —susurra.

Él esboza una leve sonrisa.

—Sabía que acabarías reconociéndome —le responde con una sonrisilla.

—¿Has venido a matarme? Qué oportuno… Hoy es mi día.

Jameson la examina, sin prisa. Ella, mientras tanto, calcula la distancia a la que se halla la pistola o algún objeto con el que poder defenderse. Pero está todo muy lejos.

—Quería hacerlo —contesta él finalmente—. Te dije que vendría a por ti.

Se rasca la barbilla lentamente.

—Pero luego cambié de idea.

—¿Por qué? —pregunta ella sin romper el contacto visual.

—Porque tú y yo somos iguales —contesta aproximándose un poco más a ella.

—No tienes ni idea de cómo soy —espeta ella con el gesto crispado.

—Sí la tengo —le replica—. Somos justicieros.

Erin siente un latigazo de rabia y estremecimiento.

—¡No soy como tú!

—Claro que lo eres.

Jameson se acomoda en la silla, como si estuviera en su propia casa.

—El sistema no funciona. Tú y yo lo sabemos —continúa él, mirándola con intensidad—. Te he estado estudiando… Sé que estás investigando por tu cuenta, porque no te fías del entramado que hay detrás de todo esto. Rompes las reglas, porque te importa la justicia y no lo que cobras a final de mes…

Ella no responde, pero tampoco lo contradice.

—Mi padre no era un buen padre —añade Jameson pensativo.

Eso la desconcierta.

—Nunca lo fue… Me pegaba, me humillaba… Decía que así nos hacía más fuertes.

De repente, se para y muestra una sonrisa sin humor.

—Y lo consiguió, aunque no cómo él quería…Pero en su trabajo… era impecable, meticuloso y respetado. Todo lo que no sabía hacer en casa… lo

hacía con los demás. Pero lo que le hicieron fue injusto.

Erin lo observa con atención. Su rostro y su voz son ríos.

—¿Sabes quién lo mató?

—Todavía no —su expresión se endurece aún más y la mira directamente a los ojos—. Pero voy a encontrarlo… Y cuando lo haga… me vengaré.

—¿Y qué quieres de mí? —pregunta ella sin vacilación.

Jameson vuelve a sonreír esta vez con claridad.

—Un trato.

El silencio incómodo llena la habitación.

—Tú quieres encontrar al asesino… y yo también —admite inclinándose hacia ella—. Trabajemos juntos.

—¿En serio, me estás proponiendo que trabajemos juntos? —pregunta ella sintiendo como se le cierra la garganta.

—¿Tienes alguna alternativa?

—Siempre la hay.

—Hoy no —advierte desafiante—. Podría haberte herido, atado… Podría haberte drogado más. Podría haberte dejado sin opciones… Pero estoy aquí, charlando contigo.

De pronto baja la voz:

—Porque te necesito.

Ella exhala, agobiada. Sabe que no está en posición de negociar.

—¿Qué tipo de trato?

—Yo te ayudo a resolver esto, a encontrar a los responsables. Tú haces justicia para mi padre… y yo me aseguro de que nadie vuelva a tocarte… Y cuando todo termine, me dejas desaparecer.

Erin lo mira a los ojos, pensativa. ¿Será alguna trampa? ¿Tiene alguna alternativa en la situación en la que se encuentra? Quizá el trato no sea tan malo y se quita una amenaza de encima. Pero… ¿puede confiar en él? «Lo tendré que hacer».

—¿Y cómo nos comunicamos?

—Yo te encontraré.

Jameson se levanta despacio del asiento.

—Y mientras tanto… no confíes en nadie —sugiere él—. Ni siquiera en tu simpática vecina.

—¡Como le hagas algo a Cecilia…! —le amenaza, ella apretando los puños.

Jameson le corta la frase, sin alzar la voz.

—No has entendido nada —le responde mirándola con una frialdad absoluta—. Yo no mato por matar… Mato a quien lo merece.

En ese instante, el ruido de un camión atraviesa la calle. Erin gira la cabeza un segundo. Cuando vuelve a su sitio, Jameson ya no está. Se ha desvanecido igual que un fantasma. Se pregunta si no habrá sido un mal sueño. Pero no. La taza está ahí, en la mesita.

El salón vuelve a quedarse en la penumbra, como si nunca hubiera estado allí.

Esa noche, Erin había dicho que se quedaría con Cecilia, pero decide no ir. Se queda en casa, sola, con la pistola sobre la mesa. Y en ese momento, se da cuenta de que no sabe realmente quién es el enemigo.

16

Lo peor de algunas verdades es que siguen ahí por la mañana. Erin abre los ojos y contempla el techo. No siente miedo, ni dolor. Es algo más difícil de nombrar.

Durante un instante permanece inerte, tratando de ordenar los recuerdos, hasta que todo vuelve de golpe: el coche, el impacto, Moisés, el salón, la taza, la voz tranquila de Jameson Harris. El nombre se le clava en la cabeza.

Se incorpora despacio. El cuerpo le pesa como si arrastrara algo invisible. La pistola sigue sobre la mesa, exactamente donde la dejó.

Todo está en su sitio. La casa yace en la calma, hasta que un maullido suave la rompe. Logan aparece desde la cocina y, de un salto ágil, se acomoda con ella en el sofá. Se acerca sin dudarlo, rozando su brazo con la cabeza, insistente, como si quisiera traerla de vuelta. Pero ella no está ahí, sigue en la noche anterior, con él.

—No —habla para sí misma, pasándose una mano por la cara—. No somos iguales.

Pero la frase no suena tan firme como le gustaría.

Se levanta. Un dolor sordo le recorre el cuerpo. No sabe si es por la caída del día anterior… o por todo lo demás.

Se arrastra hasta la cocina, abre el grifo y después se queda pensativa mirando el agua correr.

—He hecho un trato… —masculla, apretando la mandíbula— con un asesino.

Debería detenerlo. Sabe que debería hacerlo. Y lo hará. Pero no ahora. Ahora mismo, Jameson Harris es su única ventaja para encontrar respuestas.

De golpe, el timbre suena. Por un instante se tensa. Observa la cámara del telefonillo. Ya no se acordaba que Ángela venía a verla.

—¡Buenos días! —saluda la forense, entrando por la puerta—. Te he traído café y cruasanes.

El aroma invade todo el salón.

—No hacía falta…

—Claro que hacía falta… Después de lo de ayer…

Deja la bolsa de dulces sobre la mesa y saca las bebidas.

—¿Cómo estás?

Erin se limita a encogerse de hombros.

Ángela la observa con atención y casi sin disimular desvía sus ojos hacia la pistola.

—¿Y eso?

Erin sigue su mirada. Durante un segundo, está a punto de responder sin pensar. A punto de decirle la verdad. Que anoche Jameson estuvo en su casa. Pero entonces, como un eco incómodo, le vienen sus palabras: *No te fíes de nadie.*

Contrae levemente el ceño. No sabe por qué está haciendo caso a un asesino. Y aún así… decide callar.

—Después del atropello, me sentía insegura —responde, sin darle mucha importancia.

—Me imagino… ¿Y cómo está Vázquez? ¿Sigue en la UCI?

—Sí…

Ángela le tiende un café.

—Toma.

—Gracias.

Se sientan a la mesa de la cocina. Ángela es la primera en romper el silencio.

—¿Habéis avanzado algo en el caso?

—No mucho.

—Ya… —responde Ángela, como si eso no le bastara—. Pero… habíais encontrado algo, ¿no?

Erin da un sorbo al café.

—Estamos tirando de varios hilos.

—Me comentaste algo de un teléfono, ¿no?

Erin se queda quieta un instante.

—Sí.

—¿Habéis averiguado de quién es?

—De un hombre del pueblo. Aitor Abia.

—Ah, ¿Y qué tiene que ver con todo esto?

—Eso estamos intentando averiguar.

—¿Y el número…? —pregunta—. ¿Dónde lo encontrasteis exactamente?

—En el registro de una pensión.

—¿Escrito a mano?

—Sí.

—¿Con bolígrafo?

—Sí.

—Curioso…

—¿Qué es curioso?

—Nada… que… ese tipo de cosas suelen desaparecer con el tiempo —aclara sonriendo.

A Erin le parece extraño lo que acaba de decir.

—¿Y la otra inicial "A"? —continua Ángela—. ¿Habéis averiguado algo?

—Todavía no.

—¿Y de Angus Harris? ¿Sabéis algo?

—Era extranjero, criminólogo…

—Ah… —señala Ángela, cogiendo su vaso de café—. Entonces, tendría sentido que estuviera aquí por trabajo…

Después de un rato la forense se da cuenta de que Erin no está muy habladora.

—Bueno… Te dejo descansar.

Ella agradece que la deje sola, al fin.

—En serio, Erin. No puedes con todo tú sola.

Erin asiente, sin convicción.

—Lo sé.

—Te llamo luego, ¿vale?

—Vale.

Se dirige hacia la puerta, pero antes de salir, se gira:

—Y… si te viene a la mente la matrícula del SUV, denúncialo enseguida.

—Claro.

La puerta se cierra y la calma regresa. De pronto, siente algo dentro que le molesta. Algo pequeño, pero insistente. Aún no sabe exactamente qué, pero está ahí, lo presiente.

Se levanta despacio. Todavía lleva puesta la ropa del día anterior. Coge las llaves y sale de casa.

* * *

Dentro del hospital, el mundo exterior deja de importar. Erin recorre el pasillo, con el estómago encogido, consciente de cada paso, de cada puerta cerrada, de cada figura que espera sin saber cuánto. Cuando llega a la UCI, se detiene. Lo ve a través del cristal. Moisés está rodeado de cables y monitores. El cuerpo está tan estático que no parece el suyo.

Se queda allí, incapaz de acercarse más. Cruzar esa distancia significaría aceptar algo para lo que aún no está preparada.

—¿Erin?

La voz la arranca de ese punto fijo. La mujer de Moisés la observa desde unos metros. Tiene el rostro cansado, la piel apagada, las ojeras marcadas como si llevara horas sin descansar.

—Hola Martina.

—Hola.

Se acerca despacio.

—Lo siento … —balbucea Erin.

—Ya te dije que no ha sido culpa tuya —responde ella negando con ternura.

—Si yo no hubiera…

—¡No! —le corta la frase, con firmeza—. No vuelvas a decir eso. La culpa no es tuya.

Las dos vuelven la mirada hacia el cristal. Moisés sigue allí, lejos, como un dibujo en pausa.

—Siempre habla de ti —comenta Martina, al cabo de un momento—. Dice que eres la mejor.

—Es un exagerado… —responde ella, incapaz de ocultar la tensión en la voz.

—Dice que no te rindes nunca…

Esa frase pesa más que cualquier reproche. Erin clava la vista en el suelo, sin saber qué hacer con ella.

—Va a salir de esta —añade la mujer, como si necesitara decirlo en voz alta para hacerlo real.

—Claro que sí…

Pero tampoco suena convincente.

—¡Tienes que encontrar al hijo de puta que le ha hecho esto! —suelta Martina, en un arrebato.

—Lo haré.

Se ha hecho de noche. Al salir del hospital, nota como el aire le despeja un poco la cabeza. Camina sin rumbo durante unos minutos, antes de coger el coche. Su cabeza no deja de dar vueltas a ese presentimiento de antes, ese malestar… «¿Qué será?»

Entonces se detiene, se queda completamente inmóvil en mitad de la acera. Algo vuelve a su cabeza. Una frase. Una imagen.

«¿El coche? ¿El SUV?»

Se le ensombrece el gesto. El pulso le va más rápido. «¿Cómo sabe Ángela lo del SUV?» Está segura de que no le dijo el tipo de vehículo que era. Por teléfono, solo le habló de un coche negro.

La gente pasa a su lado, pero ella no se mueve, no respira. No piensa en otra cosa.

Todo va a cámara lenta. Y entonces lo entiende. Y lo que entiende… es peor que el intento de asesinato. Mucho peor. Porque por primera vez desde que empezó todo, Erin no tiene claro quién está a su lado. O si alguien lo está.

17

La mañana sigue a medio construir cuando Erin sale de casa. El viento recorre la calle con insistencia y le despeja la mente a la fuerza. Cierra la puerta detrás de sí y permanece quieta un instante. Las llaves tintinean entre sus dedos. El cansancio no le da tregua. No ha dado ni dos pasos, que ya vuelve a instalarse sobre sus hombros.

Camina hasta el coche, repasando mentalmente todo lo ocurrido, como si ordenar los hechos pudiera devolverle algo de control. El motor arranca con un sonido grave. Se queda con las manos apoyadas en el volante, mirando al frente. Tiene tantas incógnitas, que no sabe por dónde empezar.

Se incorpora al tráfico. La ciudad empieza a llenarse de movimiento: gente cruzando sin mirar, semáforos que cambian con rapidez de color, coches que avanzan y se detienen en una coreografía caótica que, de algún modo, siempre funciona.

El teléfono suena. Ella tarda un segundo en reaccionar. Pulsa el manos libres, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Sí?

—¿Qué tal?

La voz de Ángela suena clara al otro lado. Erin siente un leve sudor frío en la nuca.

—Bien… —responde, con un hilo de voz—. De vuelta al trabajo.

—¿En serio? ¿Ya? ¡Pero Erin! Deberías descansar…

—No sé descansar.

—Lo sé… —contesta resoplando, pero sin enfado—. Bueno, en cualquier caso, te llamaba porque ha pasado algo muy fuerte…

—¿Qué? —pregunta inquieta.

—Tengo una autopsia dentro de unas horas. Un nuevo cuerpo.

Erin guarda silencio a la espera.

—Adivina quién.

—No estoy para juegos, Ángela.

—Aitor Abia.

El nombre cae como una piedra.

—¡¿Qué…?!

—Como lo oyes. Lo han encontrado esta mañana.

—Pero… ¿cómo?

—Suicidio —responde Ángela, aunque su tono deja claro que no lo cree—. Eso dicen. Pero ya te contaré cuando tenga las primeras muestras.

Erin siente cómo algo se le cierra en el pecho.

—Ve con cuidado, ¿vale?

La llamada se corta. Erin sigue conduciendo de modo automático. Un pensamiento le invade la cabeza. Se arrepiente de haber dudado de Ángela.

«¡Pues claro que sabía lo del SUV! Es forense. Trabaja con Lizarraga. Es normal que tenga información…»

—Por favor… —musita—. Es Ángela. Mi amiga.

«Me estoy volviendo muy suspicaz. Ya dudé de Moisés. No puedo empezar a desconfiar de todo el mundo…»

Aparca frente a la comisaría. En cuanto cruza la puerta tiene la sensación de estar en una burbuja sin oxígeno.

Lizarraga está en su despacho. Cuando levanta la vista y la ve, su expresión cambia de inmediato.

—Te ordené que descansaras —le reprocha, sin levantar la voz—, y no han pasado ni tres días.

—Sabes que eso no va mucho conmigo… —contesta, algo indiferente.

El comisario la examina un largo rato, como calibrando algo. Se muestra agotado. Parece que algo le estuviera pesando más de lo habitual.

—Pasa.

Dentro del despacho hay otra persona. Un hombre alto, de complexión atlética, ojos marrones, pelo castaño, algo despeinado y perilla. Tiene un aire tranquilo, pero hay algo en su postura que indica lo contrario. Al hablar, su acento lo delata. Inglés, aunque su apellido es rumano.

—Inspectora —saluda, tendiéndole la mano—. Soy Alex Stan.

Ella vacila un instante antes de estrechársela. Algo en su rostro le resulta familiar. No sabe qué.

—Erin —le responde mientras le estrecha la mano.

—El subinspector —añade Lizarraga—. Se incorporó ayer.

—Será tu compañero… hasta que Vázquez se reincorpore —dice pronunciando el nombre con cuidado.

La inspectora afirma con la cabeza, aunque la idea no le gusta en absoluto.

—Quiero trabajar en el caso del coche —manifiesta sin rodeos—. El atropello.

—No. Se está encargando otra unidad —niega Lizarraga.

—Pero…

—Erin —la corta—. No es buena idea mezclar lo personal con…

—Es injusto.

La palabra sale antes de poder contenerla. Ella se gira, tratando de controlar la frustración. Stan, al darse cuenta de la incómoda situación, sale del despacho, formulando una excusa.

La mirada de ella se pierde en una estantería llena de libros antiguos y polvo acumulado. Uno de ellos llama su atención. *Un mundo feliz. Aldous Huxley.* El nombre se queda flotando en su mente, como si todo acabara de cobrar sentido.

—Erin —le retrae Lizarraga—. ¿Me estás escuchando?

Ella parpadea. Vuelve al presente. Pero el nombre sigue en su cabeza. Aldous Huxley. El pseudónimo. Angus Harris. ¿Demasiada casualidad? «¿Lizarraga le dio el pseudónimo a Harris?»

Se gira lentamente.

—¿Te encuentras bien? —pregunta el comisario.

—Sí… es sólo que…

El comisario se acerca y le coloca las manos en los hombros.

—Mírame.

Erin levanta la vista.

—Eres casi una hija para mí —afirma con una firmeza que no admite réplica—. Y si te digo que dejes este caso en manos de otros… es porque debes hacerlo.

Sus ojos brillan. No de tristeza. De algo más intenso. Protección y rabia.

—¿Me entiendes?

Erin sigue sin apartar los ojos.

—De acuerdo.

Cuando baja al coche, ya es mediodía. Se ajusta el cinturón, cuando de repente nota que hay alguien dentro, en el asiento trasero.

—En serio… —refunfuña ella, cerrando los ojos un segundo—. ¿Vas a presentarte así cada vez?

—¿No te parece divertido? —le pregunta Jameson, chistoso.

—No.

—¡Conduce! —le ordena él, acomodándose—. Y hablamos.

Un espasmo de rabia le sacude el rostro, pero finalmente arranca.

—Supongo que ya sabes lo de Aitor Abia —continúa él.

—Sí. Suicidio…

—Claro… —responde—. Pero tú y yo sabemos…

—Que no es un suicidio —dicen ambos a la vez.

Ella mira a Jameson con estupor.

—He averiguado de quién era el teléfono en realidad —continúa Jameson.

Erin lo observa por el retrovisor, expectante.

—Adivina.

—Lizarraga —suelta ella.

—Vaya… ¿Lo sabías? —contesta él arqueando una ceja.

—Digamos que aún estoy atando cabos.

—Entonces esto te gustará más. Aitor Abia era su tío.

Erin se queda helada. Eso explicaría el aspecto y el peso en su mirada de hace un momento.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Por eso estaba así…

—La pregunta es otra —responde Jameson—. ¿Qué relación tenía con mi padre?

El coche se detiene en un semáforo.

—Creo que Lizarraga intentaba protegerlo.

Jameson no responde.

—Seguramente le dijo que usara un pseudónimo —continúa Erin—. Que se escondiera.

—Y aún así murió —se queja.

—Porque hay algo más grande —replica ella, girándose por primera vez—. Algo por encima de todos nosotros.

El semáforo se pone en verde y el coche sigue en marcha.

—Pues yo no tengo miedo de nadie —espeta él, tensando un puño.

Erin aparca junto a un parque. Después, se gira completamente.

—Pues deberías… Y ahora… ¡sal de mi coche! —le suelta, desafiante, luego, saca un móvil del bolso—. Ten. Es de prepago. Si vamos a hacer esto… lo haremos bien.

Jameson lo coge esbozando una sutil sonrisa y ella, sin saber por qué, también sonríe. Y eso la incomoda más que todo lo demás.

* * *

Esa noche, en casa, el móvil vuelve a sonar. Se debate entre sus pensamientos, si debería contarle a Neil que su archienemigo ahora es su fiel compañero de caza. Pero de momento, decide no contárselo.

—Hola…

—¿Estás bien? —pregunta él, sin rodeos.

—Sí —responde ella dejándose caer en el sofá.

Primera mentira.

—Leí el mensaje sobre lo del suicidio de Abia y lo de Ángela…

—Sí… Y además también sé otra cosa: Aitor Abia era el tío de Lizarraga.

—¿En serio?

—Sí… Creo que es el número que el comisario utilizaba para comunicarse con Angus Harris. Cuando empezó a sospechar que podrían estar vigilándolo desde dentro del Cuerpo, no destruyó el teléfono. En vez de eso, hizo un cambio de titular y lo puso a nombre de su tío, Aitor Abia Lizarraga. El número siguió activo, pero dejó de estar vinculado oficialmente a él. Aitor no solía usar ese teléfono, solo lo custodiaba. Y ahora… está muerto.

—Menuda mierda… ¿Crees que lo presionaron para que hablara?

—Sí… Y protegió a su sobrino hasta el final.

—¿Y Ángela?

—Estaba equivocada… Me siento fatal por haber desconfiado de ella. Hace muchos años que nos conocemos. Es mi amiga. Me estoy volviendo paranoica…

—No… Te están pasando muchas cosas graves… Y es normal que desconfíes. Pero recuerda que no estás sola y puedes contármelo todo.

Entonces nota un pequeño nudo en el estómago. Odia tener que mentir, pero cree que no llevaría muy bien que Jameson fuera su nuevo colaborador.

—Ojalá estuviera allí… —dice Neil después de una pausa—. Contigo.

—Ahora mismo no hace falta, es peligroso.

—Por eso mismo sí hace falta.

—Vale, lo admito. Me encantaría verte, sí, pero después de lo de Moisés… No creo que sea lo más conveniente. No quiero ponerte a ti en peligro también. Por mi culpa. No lo soportaría.

—Voy a venir antes de Navidad —le responde haciendo caso omiso a sus advertencias—. No puedo dejarte sola en esto.

—Neil, por favor… Uff —resopla ella—. ¿Por qué eres tan cabezón?

—Mira quién fue a hablar…

Deja el teléfono sobre la mesa. El gato duerme en el sofá, ajeno a todo. Hay algo que sigue girando en su cabeza desde hace horas.

Se levanta y se dirige hacia la mesa donde ha dejado la carpeta de Diego Durán y otras cosas. Registra todo de nuevo, buscando algo que se le haya podido escapar. Algún dato o detalle. Entonces recuerda algo: el sobre con las fotos. Se gira bruscamente. Lo busca entre los documentos. Al fin lo encuentra. Las examina una por una, con detenimiento. En la última imagen, en la que ella sale mirando por la ventana, empieza a calcular el ángulo, la altura, la distancia, la perspectiva….

—No puede ser tomada desde la calle… —musita—. Debió hacer la foto desde uno de los edificios de enfrente.

Se gira hacia la puerta y coge la pistola. La carga, con un gesto automático. Sale a la calle, decidida a encontrar el ángulo desde donde se hizo la fotografía

de su casa. El aire de la noche hace que se le tense la nuca.

Camina unos pasos hacia el otro lado, justo enfrente de su apartamento. Intenta calcular el ángulo. Vuelve otra vez delante de su edificio y recorre con la mirada las ventanas de enfrente. Una, dos y tres, hasta que se detiene. La última es la que mejor encaja. Un piso frente al suyo. Segunda planta. Erin entrecierra los ojos. Nota una presencia oculta entre las cortinas, que acaba de apartarse corriendo. Enseguida, Erin levanta el arma y corre hacia allí.

—¡Policía! —grita desde la calle.

Nadie responde desde arriba, pero ella sabe que dentro hay alguien. Encuentra el portón de la entrada abierto y sube.

Cuando llega a la segunda planta se detiene frente a la puerta. Analiza primero la cerradura. No parece muy complicada. Saca una ganzúa del bolsillo y se agacha ligeramente. Con un leve chasquido el mecanismo cede. Se queda quieta un instante, escuchando. Luego, empuja la puerta con cautela. No hay ruido, pero presiente que no está vacío. Lo siente antes de comprobarlo. Se aproxima despacio, fijándose en cada detalle. La ventana está entreabierta. Una cortina se mueve levemente, aún con la inercia de algo reciente. Alguien ha estado allí, aún se puede oler su esencia.

Se acerca al dormitorio y abre el armario. Hay un poco de ropa de hombre; camisas, una chaqueta, un par de pantalones. Nada que llame la atención. Nada que diga quién es. Sin etiquetas, ni papeles, ni descuidos. Todo está muy ordenado, como si cada detalle fuera pensado.

Recorre todo el piso: la cocina, el baño… y nada. Hasta que llega al salón. Entonces lo ve. La mesa está llena de fotografías. Muchas. Su pulso cambia de golpe. Es ella; en la calle, en la comisaría, con Vázquez, entrando en casa de Beatriz. Tomando café, hablando por teléfono… Viviendo. Erin traga saliva.

—¿Eres tú quién le hizo esto a Moisés…? —masculla.

La imagen del coche vuelve a su cabeza. El impacto, el ruido… Estruja las fotos entre los dedos.

—¿Eres tú…?

18

Hay mañanas en las que uno despierta siendo exactamente la misma persona que la noche anterior. Y hay otras en las que algo ha cambiado, aunque resulte imposible señalar qué.

Erin permanece boca arriba, sin moverse. La luz de la mañana se filtra por la persiana. La pistola descansa a su lado.

Parpadea. Intenta asimilar lo que pasó anoche; todas esas fotos. Se incorpora de golpe. Su mirada va directa a la mesa donde las dejó ayer. Siguen ahí, desordenadas.

Las observa una a una, como si esperara que hubieran cambiado durante la noche. Pero no. Ahí está ella en cada una de esas imágenes, viviendo su día a día mientras alguien la espía. Alguien ha estado ahí, muy cerca. El tiempo suficiente para aprender sus rutinas, sus puntos ciegos. Siente un nudo en la garganta.

Se gira instintivamente hacia la ventana. Aparta la cortina solo unos centímetros y observa la calle: un hombre paseando a su perro, una mujer hablando por el móvil… Todo se ve normal. Deja caer la cortina de nuevo. Al menos, ahora sabe que no eran imaginaciones suyas.

* * *

El parque de Genar está lleno de vida. El agua del estanque brilla en pequeños destellos por la suave caída del sol. Los niños corren de un lado a otro con

trozos de pan en las manos, riendo mientras los patos se arremolinan junto a la orilla. Algunos padres observan desde los bancos, otros conversan sin prisa.

Erin recorre con la mirada ese escenario cotidiano en busca del comisario. Esta mañana le envió la ubicación del sitio donde debían verse y aún no ha contestado al mensaje.

Al cabo de un rato, lo ve, sentado en uno de los bancos, encorvado un poco hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Ella se acerca. Él no levanta la cabeza de inmediato.

—Sabía que vendrías —le dice Erin.

Él sigue ensimismado en sus pensamientos.

—Sé lo de Angus Harris —continúa ella frente a él.

Al principio Lizarraga no reacciona, solo hay un leve parpadeo de ojos.

—Y sé lo de Aitor Abia.

Al decir eso él alza la vista. En sus ojos hay una tristeza y un desgaste difícil de describir.

—No deberías haber llegado tan lejos —suelta al final.

—¿Me culpas de lo de Abia?

—No, ni mucho menos… Pero no deberías haber indagado más. Te dije que pararas.

—Y tú no deberías haberme ocultado la verdad.

—No te he mentido —contesta negando con la cabeza.

—No… Solo me dejaste fuera.

El hombre sostiene su mirada un instante… y luego la aparta. Ella se sienta a su lado.

—Alguien me está siguiendo y amenazando.

—¿Qué has dicho? —pregunta, nervioso.

—Tengo fotos mías de mi día a día. Saben dónde estoy, qué hago, con quién hablo…

Lizarraga se incorpora un poco, tenso. Sus ojos recorren el parque de forma automática, evaluando toda la zona.

—Tienes que salir de esto, Erin.

—No.

—Escúchame…

—¡No puedes pedirme eso!… Me metí en el Cuerpo para hacer justicia. No para mirar hacia otro lado, cuando algo no se ajusta o cuando hay gente haciendo lo que le da la gana.

—¡¿Crees que no lo sé?!

Él respira hondo antes de continuar hablando.

—Aitor Abia… —empieza, pero se detiene un instante, como si le costara encontrar la forma—. Era como un padre para mí.

—Lo siento mucho, Frank, de verdad.

—Le pedí que guardara ese teléfono… Pensé que así estaría a salvo, que nadie lo relacionaría conmigo… Y mira ahora.

Las palabras no suenan a rabia, suenan a culpa.

—Ha dado su vida por protegerme…

—Entonces, ayúdame a entenderlo —suelta al fin ella—. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué protegías a Angus Harris?

—No puedo contártelo.

—Frank…

—No es una cuestión de confianza —le dice firme—. Es más peligroso de lo que crees.

—Puede… —se cruza de brazos—. Pero mirar hacia otro lado tampoco va a hacer que desaparezca.

El bullicio del parque continúa a su alrededor: risas, pájaros, gente paseando… Como si todo eso no tuviera nada que ver con ellos.

—Hay guerras que no se pueden ganar —afirma él.

—Quizás… Pero rendirme tampoco es una opción.

Él no insiste más. La mira con preocupación, sin añadir nada más. Y eso, más que cualquier palabra, lo dice todo.

* * *

El lunes amanece gris. La lluvia, aunque cae fina, es constante y va dibujando hilos sobre los cristales de la comisaría. La gente entra y sale con prisa,

encogiéndose bajo paraguas oscuros, arrastrando el inicio de semana como una carga inevitable.

Erin se sienta frente a Alex Stan, su nuevo compañero impuesto. Hay un expediente aburrido abierto entre los dos.

—Pelea entre equipos de fútbol —comenta él—, una discusión absurda que acaba peor de lo que empieza.

Erin asiente sin mucho interés.

—Rutina…

—Eso parece.

Stan intenta que se fije en él, con una sonrisa.

—Prometo no ser un compañero terrible.

Erin sigue sin reaccionar, leyendo en silencio. Él sigue esperando algún gesto por parte de ella.

—Perdona —responde ella finalmente aflojando los hombros—. No es contigo.

Stan se relaja un poco.

—Lo imaginaba…

Él señala una fotografía en la mesa de Erin.

—¿Es tu hermana?

Le irrita la pregunta. No le gusta que le invadan su espacio.

—Mi mejor amiga, Caterina… Murió hace años.

—Lo siento.

—Yo también.

La presencia de Simón Molina, el comisario principal, no pasa desapercibida. Cruza la comisaría con seguridad, saludando lo justo. A su paso, algunas conversaciones se apagan o bajan de tono. Cuando ve a Erin, se para en seco.

—Inspectora.

Ella levanta la cabeza del informe.

—Comisario.

Molina esboza una sonrisa contenida.

—Me alegro de verla de vuelta. Siento lo de su compañero…

Erin asiente sin añadir nada más.

—La necesitamos.

—¿Para qué? —pregunta ella, con la mosca en la oreja.
—Para un caso nuevo. Y quiero a la mejor.
—¿De qué se trata?
—Un desaparecido. En Rabadás.
Erin intercambia una mirada breve con Stan.
—Eso puede llevarlo cualquier inspector o subinspector de allí.
—No —insiste él—. Tú tienes más experiencia que nadie en desapariciones.
—¿Y quiere que me traslade?
—Temporalmente.
—¿Pero realmente cree que es necesario? Allí hay gente capacitada…
La expresión de Molina cambia, ahora más firme.
—Necesito a alguien en quien pueda confiar.
La frase cae entre ambos como un lastre.
—¿Cuándo?
—Ahora.

Lizarraga contempla la escena desde su despacho acristalado. Las miradas de Erin y él se cruzan. No hay ningún gesto, ni señal, pero un pensamiento inevitable se abre paso: «¿Me están apartando de Genar? ¿De Angus Harris?».

Mantiene el contacto visual con el comisario un segundo más… y luego se gira.

En su apartamento, se prepara una pequeña maleta con algunas cosas. No piensa estar mucho tiempo fuera. Está enfadada. No le gustan las prisas ni las decisiones que no pasan por ella. Todo esto le huele a chamusquina.

Cecilia llama a su puerta en ese momento.
—He recibido tu mensaje. ¿Te vas?
Erin asiente con el gesto resignado.
—Espero que solo sean unos días.
—Yo también lo espero.
—Te he preparado unos tapers de comida para el camino.
A Erin se le dibuja una sonrisa en el rostro.
—Tú siempre tan amable y atenta…
—Y me encargaré de Logan, no te preocupes…

—Gracias Cecilia.

De camino hacia el pueblo donde viven sus padres, se para un momento en hospital. Cuando llega a la planta de la UCI se detiene frente al cristal. Moisés sigue igual de quieto que el día anterior.

—Vuelve —musita ella mientras cierra los ojos. Lo dice con la misma esperanza con la que se pide un deseo antes de soplar las velas.

Tampoco sabe si lo dice por él… o por ella misma.

La carretera hacia Rabadás se abre ante ella. El cielo empieza a oscurecer. Conduce sin la radio puesta, escuchando solo el sonido del motor. Odia que la hayan trasladado a Rabadás con una excusa trivial e injustificable.

«No es un traslado. Es una salida sutil para que deje de hacerme preguntas… ¡¿Pero qué se han creído?!»

Las luces del coche iluminan la carretera. Durante un instante cree ver algo en el retrovisor. Un coche en la lejanía. El mismo coche que iba detrás de ella cuando paró en el hospital.

«No puede ser casualidad…»

Erin no aparta la mirada. Su pulso se acelera. El coche sigue ahí, a la misma distancia. Sin adelantar, ni cambiar de dirección.

—Perfecto… —musita para sí misma con una sonrisa algo malvada—. Ven conmigo.

19

Erin acelera y el motor responde. El paisaje empieza a desdibujarse a ambos lados de la carretera. Al rato, el coche también acelera.

—Vale… ¡Juguemos! —espeta ella entrecerrando los ojos.

Su pulso va cada vez más rápido y su expresión se endurece. Reduce de golpe la velocidad. El coche de atrás también lo hace.

—¡Perfecto! —refunfuña.

Se fija en su alrededor. Hay una curva cerrada más adelante, un pequeño ensanchamiento de emergencia junto al arcén.

Sin pensarlo, gira el volante y frena con decisión. El coche se detiene. Erin abre la guantera y coge la pistola. Sale del coche. La brisa del mar le golpea la cara, pero no lo siente, solo escucha su propia respiración. El otro coche frena unos metros detrás. La puerta se abre. Erin levanta el arma, firme y sin temblar.

—¡No te acerques! —vocifera con una voz capaz de cortar el aire.

La figura sale del coche lentamente con las manos en alto.

—Hey, hey… tranquila…

Erin no baja el arma. Entorna los ojos y entonces lo reconoce. Alex Stan.

—¡¿Qué haces?!

—Perdona… No quería asustarte… —se excusa dando un paso despacio todavía con las manos arriba.

Erin no responde. Sigue apuntando.

—Te he llamado —añade él—. Varias veces.

Erin, sin bajar el arma, saca el móvil con la otra mano. En la pantalla hay varias llamadas perdidas de él.

—No tengo ni idea de dónde está la comisaría de Rabadás —se excusa, intentando una media sonrisa torpe—. Y cuando te vi por el pueblo, te llamé

para decirte que te seguiría…

Erin lo observa analizando cada gesto suyo y cada palabra. Lo que dice le resulta bastante convincente o quizás muy bien fingido. Finalmente… baja el arma, aunque no la guarda.

—Podrías haberlo dicho antes o usar el GPS.

—Es verdad, pero también podrías haber contestado —responde él con calma.

Ella no replica. Se apoya un segundo en el coche. Cierra los ojos un instante, algo sobrepasada. Cuando los abre, lo mira.

—Creí que eras otro.

—¿Otro?

—Nada —responde negando con la cabeza.

El viento mueve las hojas de los árboles cercanos haciendo un remolino. Stan baja poco a poco las manos.

—Oye… —dice con cuidado—. Si estás metida en algo… puedes decírmelo.

—No —espeta ella cortante.

—Vale.

Erin guarda por fin el arma.

—Vamos, sígueme… Esta vez tendré el teléfono encendido.

Él asiente con una sonrisa.

La carretera vuelve a abrirse ante ellos, sin sobresaltos. Erin conduce sin mirar el retrovisor durante unos minutos, aunque consciente de él. El paisaje empieza a cambiar poco a poco. Reconoce el pueblo de Rabadás antes de ver el cartel.

Las primeras casas emergen dispersas, blancas, con fachadas castigadas por la humedad del mar. Algunas persianas ya están bajadas.

Erin reduce la velocidad. El coche se dirige por calles que podría recorrer con los ojos cerrados. Gira una esquina y a la derecha se impone la inmensa playa de *Las Sirenas.* El mar está en calma, iluminado por la luna llena. Las olas rompen con suavidad.

Por un momento, le vienen infinitos recuerdos: Caterina, veranos que ya no existen, cosas que no volverán. Pestañea recogiendo con fuerza una lágrima que estaba a punto de salir.

Sigue avanzando unos metros más, hasta dar con su destino. La comisaría de Rabadás asoma al final de la calle principal. Es una comisaría pequeña, pero funcional. Aparcan frente a la entrada. Stan baja del coche primero.

—No está mal —opina, mirando alrededor—. Es tranquilo.

—No —responde Erin cerrando la puerta—. De tranquilo no tiene nada.

La noche se cierra. La oscuridad parece borrar los contornos de los edificios y los árboles.

Hay una taberna que está a pocos minutos de la comisaría. Es un establecimiento pequeño, de los de siempre, con las mesas de madera gastada y un televisor encendido sin volumen. Erin entra primero. Dentro, hay dos hombres mayores en la barra, hablando en voz alta.

—¿Aquí te va bien? —le pregunta a Stan indicando una de las mesas.

—Sí.

Se sientan a una mesa junto a la ventana. Una camarera se acerca. Ella pide algo rápido y él la imita. Ninguno empieza la conversación. No parece que sea incomodidad, más bien no saben qué decirse. Al final, Erin saca una libreta del bolso y rompe el silencio.

—Gabriel Montes. Cincuenta y siete años. Seguridad privada en un centro comercial.

Stan asiente.

—Lleva dos días desaparecido —la interrumpe él—. Leí el informe.

—La mujer dice que no es propio de él.

—Siempre dicen lo mismo.

—No siempre mienten —replica ella aguantando el contacto visual.

—No, pero tampoco siempre dicen la verdad.

—En este pueblo ha desaparecido mucha gente…

—¿Sí? —pregunta, desconcertado.

Erin no responde de inmediato. Su mirada se pierde un instante más allá del cristal. Hacia la calle, hacia algo que ya no está ahí.

—Sí. Más de la que debería.

Stan se fija con más atención en el rostro abatido de Erin.

—¿Tienes a alguien cercano que desapareciera?

Ella vuelve al lugar.

—En realidad la hicieron desaparecer… Pero no quiero hablar de ello.

La camarera deja las bebidas. El ruido del vaso al tocar la mesa rompe algo invisible entre ellos. Stan da un pequeño sorbo.

—Aun así —insiste él—, la mayoría de las desapariciones tienen explicación.

—No estoy de acuerdo —responde ella negando con suavidad.

Él apoya los codos sobre la mesa, algo encorvado hacia ella.

—La gente no desaparece sin motivo.

—A veces alguien hace que se vaya.

—¿Y tú qué crees? —pregunta Stan.

—Que nadie desaparece del todo.

—¿No?

—Siempre dejan algo atrás.

—O lo dejan a propósito…

Hay algo en su tono que no le acaba de gustar.

—¿Y por qué harían eso?

—A veces la gente mata para proteger lo que ama… o lo que teme.

El sonido del bar da la impresión de que se apaga un instante. Erin no sabe cómo responder a eso.

—Si alguien mata a quien ama, necesita estar encerrado —anuncia al final.

—Quizás —responde él con calma—. Pero seguro que hay tribus o naciones que preferirían matar a su propio pueblo, antes que sublevarse ante otro líder. Y eso es una forma de amar…

—¿Y ahora me hablas de genocidio?

Él sonríe con un gesto irónico. Ella desvía la vista. No le gusta esa respuesta. No le gusta lo fácil que suena. Stan da otro sorbo. Luego, ella intenta cambiar de registro:

—Bueno… Alex, cuéntame algo de ti… Y que no sea de tribus, ni naciones.

—¿Qué quieres que te cuente?

—No sé… lo que quieras, pero que sea breve, que mañana tenemos que madrugar —sonríe ella.

—Mi padre es rumano, mi madre inglesa y mi bisabuela española, así que ya ves… soy una mezcla de mundos.

—Como yo, entonces… Padre escocés, madre española, abuela portuguesa…

—Crecí entre dos sitios, sin pertenecer del todo a ninguno —explica con desgana—. Me vine joven a Barcens. Conocí a alguien… Pensé que me quedaría.

—¿Y?

—Me quedé —aclara esbozando una sonrisa ladeada—. Pero ella no. Luego entré en la academia, me hice policía. Supongo que… era más fácil entender a los demás, que entenderme a mí mismo.

Ella lo mira comprensiva. Parece que está intentando ser honesto y eso le gusta.

—¿Y ahora? —pregunta.

—Ahora intento no cometer los mismos errores.

—Suerte con eso —responde ella bajando la vista al vaso.

La calma llega más suave esta vez. Erin se levanta unos minutos después.

—Mañana empezamos con la mujer, ¿vale?

—¿A primera hora? —pregunta Stan.

—Sí.

Salen del local. En la calle ya no queda mucha gente. El sonido del mar llega, lejano. Se separan en la esquina.

—Descansa —se despide él.

—Tú también.

Erin se echa a caminar sin mirar atrás. De pronto, vuelve a sentir la misma sensación. Una mirada clavada entre los omóplatos. Se gira rápido, con la respiración agitada. La calle está vacía. No hay nadie, nada anormal, ni extraño.

Y, sin embargo… Cuando llega a su coche, algo le llama la atención. En el cristal delantero, casi invisible bajo la luz de una farola, hay un nombre escrito. El suyo. Alguien ha escrito *Erin,* trazando un dedo sobre el polvo. Ella observa el trazo sin tocarlo. Vuelve a levantar la vista. La calle sigue vacía. Aun así, se da cuenta de que no ha dejado de estar vigilada ni un solo momento.

20

La casa de Valentina Delgado está en una calle tranquila, discreta, de fachadas encaladas y macetas en las ventanas. Una de tantas.

La mujer abre la puerta casi al instante. Da la impresión de que esperaba su llegada. Tiene el rostro cansado, ojeras marcadas y el pelo recogido con una pinza.

—Gracias por venir… —dice con una voz a punto de romperse.

Erin es la primera en entrar. Se fija en la distribución de la casa. El salón es sencillo; un sofá con una manta doblada, fotos familiares en una estantería… Una vida aparentemente normal, o eso resulta a primera vista.

—Sus hijos… —pregunta Erin.

—Están en el colegio. Bueno, el mayor en el instituto —responde ella antes de que acabe la frase—. No quería que estuvieran aquí.

Las dos se sientan en el sofá. Stan permanece algo más atrás, observando en un rincón la conversación y los detalles del lugar.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su marido?

—Hace dos días… por la mañana —responde la mujer inquieta—. Yo trabajo en una tienda. Él siempre lleva a los niños al colegio…

Se para un momento como si necesitara coger aire.

—Nos dimos un beso antes de salir. A los niños también… Todo normal.

Erin la escudriña mientras habla, en busca de algún gesto o movimiento extraño.

—¿Había algo que le preocupara últimamente?

—No… Yo lo vi como siempre.

Pero sus ojos vacilan apenas un segundo y Erin lo detecta.

—En la denuncia indica que trabaja en seguridad privada.

—Sí. En el centro comercial de la zona.

—¿Sabe si habló con alguien ese día? ¿Si quedó con alguien, o si alguien lo recogió en el trabajo?

—No… —niega, cada vez más tensa—. Es que no llegó a presentarse al trabajo.

Con un gesto, Erin da a entender que comprende.

—No se llevó ninguna maleta, ni el pasaporte, ni ropa… Nada —añade ella.

—¿Se llevó el móvil?

—Sí… pero no responde. Ni siquiera da señal.

—Vamos a intentar localizarlo —finaliza Erin observando por el rabillo del ojo a Stan.

Se levanta del sofá.

—Cualquier detalle, por pequeño que sea, llámenos, puede ser importante.

Valentina afirma con la cabeza, pero hay algo extraño en su expresión, como si no lo hubiera contado todo.

Fuera, el aire resulta más suave que antes. En Rabadás, el clima cambia sin avisar, como si el pueblo respirara a su propio ritmo. Erin se detiene junto al coche, dejando que esa calma engañosa le recorra un instante el cuerpo.

—Localiza el móvil —ordena a Alex, sin mirarlo—. A ver si da alguna señal.

—De acuerdo… La mujer ocultaba algo —contesta.

—Lo sé. Lo averiguaremos…

—¿Dónde vas tú?

—Al trabajo de Gabriel Montes.

El centro comercial se levanta a las afueras; una mole de cristal y hormigón, demasiado grande para un lugar como ese. A esa hora, un martes, está medio vacío.

Las puertas automáticas se abren con un suave zumbido. Dentro, todo es luz blanca y superficies pulidas. Los pasillos se extienden largos, casi simétricos. Su trazado parece concebido para ejercer control y complicar cualquier escapatoria.

Los pasos de Erin resuenan más de lo normal. Casi todas las tiendas están abiertas, menos alguna que está de reformas. Hay dependientas apoyadas en el

mostrador, mirando el móvil. Un guardia de seguridad apoyado contra una columna, muy tranquilo… Pura rutina.

Erin se presenta a los diferentes puestos y hace preguntas. Repite el nombre de Gabriel Montes. Algunos niegan, sin siquiera pensar. Otros dudan un segundo, antes de hacerlo.

—No… no lo he visto.

—Ese día yo no vine.

—No me suena.

Erin está a punto de marcharse, cuando uno de los guardias de seguridad se acerca a ella.

—Oiga, perdone… —advierte el hombre aclarándose la garganta—. Su coche sigue aquí.

—¿Cómo? —pregunta sorprendida.

—El coche está en el parking subterráneo. Lleva ahí desde hace días… Pero él no fichó —añade el hombre—. No entró a su turno.

—Enséñeme las cámaras, por favor.

La sala de control es pequeña y oscura. Iluminada solo por el parpadeo de varias pantallas. El guardia rebobina las imágenes.

—Aquí está Gabriel aparcando… —comenta el hombre congelando la imagen.

En la pantalla surge el coche de Gabriel Montes aparcando en una plaza del parking. La hora registrada marca las nueve y media de la mañana.

Erin se acerca un poco más a la pantalla. La puerta del coche se abre. Gabriel sale, tranquilo. Cierra, ajusta las llaves en la mano y se dirige hacia la entrada. Nada inusual.

—Rebobine un poco —dice Erin.

La imagen cambia. Gabriel sigue hacia el acceso interior. Hay unas escaleras mecánicas a la izquierda y ascensores a la derecha.

—¡Pare! —le ordena ella alzando suavemente una mano.

El guardia detiene el vídeo. Aparece alguien más, aunque casi no se aprecia. Un hombre apoyado cerca de los ascensores, con la visera de la gorra baja y ropa oscura.

—¿Puede acercarlo un poco más?

La imagen se amplía, aunque no lo suficiente. El rostro sigue oculto.

—Póngalo otra vez.

Lo reproduce de nuevo. El hombre se incorpora cuando Gabriel pasa a su lado. Le dice algo. No se oye. Gabriel se detiene y responde. No muestra síntomas de estar nervioso. No hay discusión o sorpresa. Solo… una conversación. Erin entorna los ojos, intentando enfocar al máximo su visión.

—Rebobine otra vez.

El gesto es natural. El momento en que ambos se miran.

—Diría que no se conocían —apunta el guardia.

—O sí…

El vídeo continúa. Los dos entran juntos en el ascensor. Las puertas se cierran.

—¿Hay cámaras abajo? —pregunta Erin sin apartar la vista.

—Sí, es la planta cero. El parking se utiliza poco.

El guardia cambia de cámara. Otra planta. El ascensor se abre. Gabriel sale primero y el otro hombre detrás. Hablan un rato. Incluso hay un gesto, casi una media sonrisa. Y entonces… se esfuman del encuadre.

El guardia continúa buscando un poco más, pero ninguna otra cámara los recoge, ni saliendo, ni volviendo. Tampoco separados.

—¿Eso es todo? ¿Cómo puede ser? —pregunta ella sobresaltada.

—Sí.

—¿Seguro?

—He revisado todo.

—¿Hay alguna salida de emergencia abajo?

El guardia duda un momento.

—Sí, claro —contesta golpeándose la frente —seguro que salieron por allí. ¿Pero por qué lo obligó a irse? ¿Quién era ese hombre?

Erin se aproxima un poco más a la pantalla. Reproduce el momento una y otra vez. El instante exacto en que el desconocido le habla. No percibe ninguna fuerza, ni amenaza.

—Gabriel fue con él —responde ella, al fin, levantándose despacio—. No lo obligó.

—¿Entonces? —pregunta, asombrado.

—Lo convenció… Y lo sacó justo por donde nadie mira —añade ella en voz baja.

Apaga la pantalla. Ya no necesita ver más.

Por la noche, el bar aún está medio vacío. Había ido mucho a este local. La última vez que estuvo fue con Neil. La decoración era tropical y estaban haciendo una temática especial de Cuba. Hoy todo está normal, aunque las luces son cálidas y el hilo de fondo musical es agradable.

Erin se sienta a una mesa apartada, con el teléfono apoyado en la oreja y la mirada perdida en el reflejo tenue de las luces sobre la barra.

—Estoy casi segura de que esto ha sido cosa de Lizarraga —alcanza a decir en voz baja—. El caso, el traslado… todo. Para mantenerme lejos de Genar y de Angus Harris.

—Creo que Lizarraga empieza a caerme bien —contesta Neil al otro lado, dejando escapar una pequeña risa.

Ella esboza una media sonrisa.

—Quiere protegerte —añade él—. Eso me gusta.

—Lo sé… —admite al fin—. Pero no va a servir de nada. Voy a seguir investigando. La distancia no cambia eso.

Neil resopla con suavidad.

—¿Decepcionado? —pregunta ella.

—No… Preocupado… Pero te conozco. Y sé que no vas a parar.

—Exacto.

—¿Y el nuevo? —pregunta Neil al cabo de un rato.

—Tiene experiencia… Es serio y callado —explica, titubeando un segundo —. Observa más de lo que habla.

—Eso suena peor de lo que crees.

—Lo sé —admite—. Pero el problema no es él. Soy yo.

—Eso sí suena más real —se ríe al otro lado.

—Necesito tiempo para confiar, ya lo sabes.

—Claro. Tómate el tiempo que creas.

Cuando cuelga, Erin deja el teléfono sobre la mesa. Justo entonces, la puerta del bar se abre. Ray ya está dentro. Hay algo distinto en él. No es solo la

ropa: una camisa azul, los vaqueros claros, lejos del negro habitual; es la forma en que camina. Más seguro.

—Vaya… —suelta Erin, alzando una ceja—. No pareces tú.

Ray sonríe, algo incómodo, pero sin perder esa nueva calma.

—Supongo que eso es bueno.

—Sí —contesta ella, riendo—. Quería decir que te sienta bien la camisa.

Ray trata de disimular lo ruborizado que está.

Empiezan a hablar del caso y de todo lo vivido estos días. Las palabras van fluyendo mientras Erin lo observa entre frase y frase. «¿Por qué me resulta hoy más atractivo que nunca?», piensa.

—¿Me estás escuchando? —pregunta él.

—Sí, claro —responde con disimulo—. Creo que Lizarraga me ha enviado aquí para apartarme, para mantenerme a salvo.

—A lo mejor va bien mantener cierta distancia… No digo que dejes de investigar, pero sí que seas prudente y quizás esperar un poco a que las cosas se calmen. Es peligroso que haya alguien acechándote, Erin…

—Tal vez tengas razón… —confiesa ella girando lentamente el vaso entre los dedos.

—No soportaría que te hicieran daño —suelta el forense cogiéndole una mano.

A ella le sorprende tal seguridad y confianza en sus palabras sin que le tiemble el labio. Tanto que no puede esconder el calor en sus mejillas. Los dos se miran muy fijamente, como si se hubiera detenido el tiempo.

—Hay algo distinto en ti —constata Erin.

Ray duda si contestar. Luego, le suelta la mano con sutileza.

—Estoy viendo a alguien —dice, sin mucho énfasis.

La frase cae con delicadeza. Una pequeña sonrisa cruza el rostro de Erin, aunque se desvanece rápido. Hay algo amargo latiendo en ella. No sabe si son celos o cansancio. O esa sensación persistente de llegar siempre tarde… a todo.

—Me alegro —anuncia al fin.

Su voz suena bastante sincera, aunque un poco vacilante.

Más tarde, Erin conduce rumbo al motel, con la canción de fondo *Maybe tomorrow* de Stereophonics. *So maybe tomorrow, I'll find my way home. Quizás*

mañana encontraré el camino a casa.

Tiene un nudo en el estómago, que le hace encogerse un poco. No está así por Ray. Es esa sensación que tantas veces ha tenido y que siempre que va a Rabadás le sucede. Se parece a un vacío. Todos sus sentimientos quedan expuestos, dispersos en pequeñas partículas que no sabe cómo ordenar.

Un mensaje de Neil se cuela por todo el coche. Tiene el manos libres activado. Su voz es cálida y sensual. Es un mensaje de audio simple, pero tan necesario esta noche…

¿Adivinas que me ha traído mi hermana para comer? ¡Haggis! ¡Correcto! Como me gustaría ver tu cara de... ¿angustia? (risas) al verme comer... De verdad, te echo de menos y no sabes cuánto.

Erin reduce la velocidad unos metros antes, hasta detenerse frente a una casa. La de sus padres. O lo que queda de ella.

Permanece dentro del coche, con el motor apagado y las manos apoyadas en el volante.

La contempla de lejos. La luz de una de las ventanas sigue encendida. Es la habitación de su madre. Nunca entendió por qué no baja las persianas. Siempre lo hace. Quizá no siente la necesidad de ocultar nada. Quizá ya ha dejado de importarle. O tal vez las ventanas abiertas la ayudan a combatir la soledad.

Los segundos dejan de avanzar. Hasta que, de pronto… la luz se apaga. Erin sigue mirando, hasta que la oscuridad envuelve la casa.

Enciende el móvil y escribe: *Yo también te echo de menos y me comería un haggi si fuera necesario con tal de verte.*

21

Una comisaría nunca está realmente en calma. Lo único que cambia es el ruido. Erin entra en la de Rabadás mientras los teléfonos, los pasos y las conversaciones se superponen en ese desorden que sólo parece comprensible para quienes trabajan allí.

Al adentrarse por los pasillos, tiene la extraña sensación de estar ocupando un lugar prestado. Algunos la saludan con un gesto rancio y cansado, incómodos ante una intrusa. Las miradas, inquisidoras, no se cortan ni un pelo.

Antes pensaba que las comisarías eran un lugar que debería ser seguro, pero ya no lo piensa. Tiene que andar con pies de plomo y moverse con sutileza.

Se quita la chaqueta sin prisa y la deja sobre la silla. Observa el espacio, buscando algo que justifique su presencia allí. Pero no lo encuentra. Debería estar investigando el caso Harris. No aquí, perdiendo el tiempo con una desaparición corriente.

—Buenos días —saluda Alex.

Él ya está allí, apoyado en una mesa, con un café en la mano, apartándose el flequillo de la cara.

—Depende de para quién —responde ella.

—¿Un mal día?

Erin hace un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Fui al centro comercial —responde tajante.

—¿Y?

—Nadie lo vio entrar ni tampoco salir. Nadie recuerda nada extraño.

—Eso es raro —dice Alex.

—Pero tiene una explicación… Estuve revisando las cámaras.

Alex espera con curiosidad a que desarrolle la respuesta.

—Hay un momento en que aparece un tipo con gorra. Incluso hablan. No hay ninguna pelea. Y se dirigen juntos hacia la salida de emergencia del subterráneo.

—¿Se le ve la cara?

—No.

—¿Y de altura o complexión?

—Media. Podría ser cualquiera…

—Perfecto —murmura Alex—. Es un fantasma.

—Es lo único que tenemos de momento —contesta ella cruzándose de brazos.

—Vale. Entonces empezamos por ahí.

—Sí…

Pero su mente ya no está ahí. No del todo.

Después de unos minutos de papeles y teclados, Erin finge trabajar en el caso del guardia de seguridad. Revisa informes que ya ha leído, ordena datos que no le dicen nada… Pero está inquieta. No puede estar tranquila, esperando… No es así como funciona. Mira a Alex, concentrado en su ordenador. Ella aprovecha para levantarse sin hacer ruido. Coge el teléfono y se dirige hacia el pasillo, alejándose lo suficiente. Marca el número de Ángela, que tarda dos tonos en responder.

—Erin… Por fin me llamas.

—Perdona que no contestase a tus mensajes. Es que he estado ocupada. Me han trasladado a Rabadás.

—¿Qué? ¿Cómo que a Rabadás?

—Es solo temporal… Me han dicho que tenía que resolver una desaparición… En fin.

—Te quieren lejos.

—Eso creo.

—Bueno, tómatelo como una pausa. Te irá bien para ordenar las ideas… ¿Puedo hacer algo por ti?

—En realidad, sí.

—Dime.

—Necesito que revises algo.

—¿Qué pasa?

—Lo de Angus Harris —dice bajando la voz.

—Erin… Desconecta un día al menos.

—Escúchame… No puedo acceder a nada desde aquí.

—Está bien —resopla Ángela—. ¿Qué quieres que haga?

—Que busques una cosa en el archivo de efectos personales de Harris.

—Ya revisamos sus pertenencias.

—¡Hazlo otra vez!

Se produce un silencio al otro lado.

—Perdona, Ángela. No quería gritarte… Es que…

—Tranquila —responde ella rebajando la tensión—, pero de verdad que no había nada, solo había un cuaderno con las hojas arrancadas. Casi vacío.

—Lo sé —contesta ella apoyando la espalda contra la pared—, pero quiero saber si había algo más.

—No lo había.

—¿Algún número? ¿Anotación? ¿Algo fuera de lugar?

—No… —responde, pero dudando.

—¿Qué? —pregunta Erin.

—Solo… unos tachones sin importancia.

Erin abre los ojos un poco más.

—¿Qué tachones?

—Un garabato… Nada importante.

—Escanéalo y me lo envías.

—Erin…

—¡Envíamelo! No es una petición, es una orden.

Un rato después, el teléfono de Erin vibra con la imagen recibida. Al abrirlo, su rostro se tensa un poco, aunque al principio no ve nada. Sólo líneas, trazos, formas mal definidas… Como si alguien hubiera dibujado sin pensar o sin tiempo. Ladea ligeramente el teléfono. Lo examina más de cerca. Hay algo en la repetición. En la forma en que ciertas líneas se agrupan. No es aleatorio. No puede serlo.

—¿Lo ves? Solo son garabatos —asegura Ángela.

Pero Erin no deja de observar.

—No es nada —insiste Ángela—. Probablemente lo hizo mientras hablaba con alguien o…

—No… —contesta con voz queda—. Esto no es un garabato.

Ángela aguarda una respuesta.

Erin amplía más la imagen. Algunas figuras son más cerradas, otras no. Algunas se repiten y otras cambian sutilmente. «Hay un patrón. Tiene que haberlo…»

—¿Qué estás viendo? —pregunta la forense.

Erin no responde de inmediato. Tiene aquella sensación. La que aflora justo antes de comprender algo importante. Pero aún no acaba de salir a la superficie.

—No lo sé —contesta al final—. Pero lo averiguaré.

—Está bien… Erin, si te puedo ayudar con algo más dímelo, pero vigila con quien hablas y lo que haces.

—¡Gracias, Ángela! Luego hablamos.

Se queda contemplando la pantalla un poco más. El dibujo sigue ahí, estático. Guarda el móvil y vuelve a la sala.

—¿Todo bien? —pregunta Alex sin apartar la vista del ordenador.

—Sí —responde casi con una mentira ensayada.

Vuelve a su sitio e intenta centrarse, pero no puede. El dibujo sigue en su cabeza; las líneas, las formas… Hay algo en la manera de acoplarse que le recuerda a un jeroglífico. Aún no tiene sentido, pero intuye que lo tendrá.

Hay investigaciones que terminan al cerrar un expediente y otras que empiezan a crecer en la cabeza.

Horas después, Erin abandona la Jefatura de policía sabiendo que este caso pertenece a la segunda clase.

Camina hacia el coche. Antes de abrir la puerta, alza la vista y examina la calle por puro reflejo profesional.

Al subirse al coche vuelve a observar, casi de manera obsesiva, la foto. Esta vez más despacio. Sigue las líneas con los ojos… Hay repeticiones, pero aún no consigue ver el patrón completo.

—¿Qué querías decir Angus? —se pregunta a sí misma.

«¿Y si este dibujo contiene una última conversación? Una advertencia o una pista…»

Erin, por fin apaga la pantalla, aunque la imagen se queda grabada en su mente.

Arranca el coche, con los pensamientos corriendo uno tras otro sin parar:

«Si Angus dejó eso ahí… no era para cualquiera. Era para alguien que supiera mirar. Lo descubriré…»

Después de todo, quizás volver a Rabadás no ha sido tanta pérdida de tiempo, sino justo lo contrario.

22

La tranquilidad es una de las mejores mentiras que existen. Rabadás ha perfeccionado esa mentira durante años: calles ordenadas, vecinos que se saludan por su nombre, comercios que abren a la misma hora desde hace décadas. Desde fuera, todo parece conservar el lugar exacto que le corresponde.

Pero Erin ya ha aprendido que las cosas rara vez son lo que aparentan.

Conduce sin prisa, una mano apoyada en el volante y la otra junto a la palanca de cambios. Las calles están medio vacías. Un anciano pasea al perro, dos niños cruzan el paso de cebra con unas mochilas muy pesadas y alguien levanta la persiana de un bar.

La vida continúa con esa obstinación tranquila de los pueblos pequeños.

Han pasado un par de horas en la comisaría cuando Alex entra en su despacho. Ella ni siquiera levanta la vista del expediente. Está absorta, pero no en lo que tiene delante, sino en el caso que verdaderamente le ocupa en su cabeza.

—Tengo algo —anuncia.

Erin eleva la mirada despacio, como si regresara de muy lejos. Lo observa con una mezcla de cautela y escepticismo.

—Te escucho.

—Gabriel Montes no era solo un guardia de seguridad —anuncia dejando una carpeta sobre la mesa con un golpe seco.

Erin tose, agitada. Su gesto permanece imperturbable, pero por dentro algo se contrae. Ha estado tan volcada en Angus Harris… que ha descuidado esto.

—Era evidente —replica, tratando de restarle importancia.

Y, aun así, una incómoda presión le atenaza el estómago.

Alex curva algo los labios, como si intuyera la verdad detrás de esa respuesta. Abre la carpeta donde emergen fotografías, extractos bancarios, informes…

Ella entrecierra los ojos, repasando la información con rapidez.

—¿De dónde has sacado todo esto? —inquiere, ahora sí, con interés real.

—He tirado del hilo financiero. Tiene varias cuentas secundarias. Movimientos en efectivo, cantidades repetidas… Siempre después de desapariciones, agresiones, ajustes de cuentas…

—Continúa —dice ella completamente presente.

—He cruzado fechas con casos sin resolver en la zona: personas que se esfuman y otras que aparecen… destrozadas.

Erin cierra la carpeta con cuidado, como si pesara más de lo que aparenta.

—Entonces, era un sicario —concluye ella.

—Exacto.

—¿Y nadie había visto esto antes? —masculla ella—. ¿Nadie se molestó en investigar?

—Al parecer alguien sí lo hizo —responde Alex—. Y se encargó de borrar las huellas.

Erin lo observa un rato más de lo habitual. Por primera vez, no ve a un novato.

—Buen trabajo —le felicita de manera seca, pero honesta.

Alex asiente sin recrearse.

—Deberíamos hablar con su mujer.

—Vamos —contesta ella ya en pie.

La casa de Valentina Delgado da la impresión de haberse encogido desde la última vez. Una maceta seca descansa olvidada junto a la puerta y el correo está sin recoger.

Cuando Valentina abre, su expresión se tensa al momento.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunta, con la voz quebrada—. ¿Saben algo de mi marido?

—Tenemos que hablar —responde Erin manteniendo el contacto visual.

Dentro, el ambiente huele a cerrado y no está tan ordenado como el último día. Los agentes se sientan en las sillas del comedor junto a la mujer.

—Su marido no era solo guardia de seguridad —le explica sin rodeos.

—No sé de qué me está hablando… —responde, nerviosa.

—Lo sabemos, Valentina… Lo que hacía su marido —interviene Alex en un tono conciliador.

—No… no… —niega con vehemencia.

—Tenemos pruebas —añade Erin.

Valentina empieza a jadear. Sus ojos buscan una salida que no existe.

—Yo no he hecho nada…

—Y nadie le acusa de eso —aclara Erin—. Pero ocultar información sí tiene consecuencias.

La mujer se derrumba.

—Le pedí que lo dejara —aclara cubriéndose el rostro con las manos—, mil veces… Cuando nos casamos no teníamos nada… —sigue, con la voz rota—. Deudas, problemas… Todo iba mal… Y entonces empezó…

Erin le tiende un pañuelo.

—Primero eran trabajos pequeños: vigilar, seguir a gente… Pero luego… ya no. Le pagaban mucho dinero.

—¿Quién? —pregunta Erin.

—No lo sé.

—¿Nunca los vio?

—Jamás —responde sacudiendo la cabeza con desespero—. Nunca hablaba de ellos. Solo decía que no podía salir.

—¿Por qué?

—Porque no te dejan.

La frase queda enquistada en el salón.

—¿Cree que alguien le ha podido hacer daño? —plantea Alex.

—Sí… —contesta con sollozos.

—¿Quién?

—No lo sé… Pero Gabriel… hirió a mucha gente. Alguien podría haberse vengado…

—O sus propios jefes… —añade Erin.

Valentina no responde… Solo asiente con la cabeza.

De vuelta al coche, Erin mira por la ventana, pensativa, mientras Alex conduce.

—Has hecho un buen trabajo —reconoce al fin—. No te lo había puesto fácil.

—¿Eso es una disculpa? —pregunta él observándola de reojo.

—No te acostumbres —replica ella, con una sonrisa—, pero sí.

—La acepto —contesta devolviéndole la sonrisa.

De repente, el silencio entre ambos se vuelve más cómodo.

—¿Cenamos esta noche? —propone Erin.

—¿Será un interrogatorio encubierto? —pregunta él alzando una ceja.

—No.

—Entonces me apunto.

El bar, cerca del muelle, está bañado por una luz cálida que contrasta con el gris del exterior. El murmullo es bajo, casi íntimo. Huele a madera, a salitre y a vino. Erin hace girar el vaso entre sus dedos.

—He estado distante.

—Sí —responde él sin suavizar la respuesta.

—No es por ti.

—Ya lo imaginaba…

—Es todo lo demás… Hay casos y situaciones que te atrapan por dentro y no te sueltan.

—Y Vázquez —añade él.

—Sí… Ese coche iba a por mí… y él… me salvó la vida.

—Lo siento.

Le coge la mano y se la acaricia con suavidad. La frialdad de su piel contrasta con la calidez del gesto. Erin se pone rígida, algo en su mirada no le gusta.

—Alex…

—Deberías desconectar —continúa él hablándole muy cerca de sus labios —, bajar la guardia un poco…

—Un momento —ella lo aparta y le retira la mano, algo brusca—. Creo que no estás entendiendo nada.

Él parpadea.

—Solo estamos hablando —continúa ella con tono firme—. Ya está. Deja de acariciarme e intentar seducirme.

Alex asiente, algo incómodo.

—Tienes razón. Me he pasado —se levanta—. Mejor me voy.

—Espera.

Él se detiene.

—Siéntate.

—¿Es una orden? —pregunta, extrañado.

—Sí.

—Entendido —responde intentando sonreír.

—Te he llamado la atención y creo que has pillado la indirecta. No tenemos que hacer de esto una montaña. ¿Te parece?

—Me parece bien. Perdona si te he molestado.

—Mañana será otro día. Mejor dejamos la cena para otro momento. Buenas noches, Alex.

—Buenas noches.

El motel se alza frente al mar como una construcción resignada a su lenta erosión. El neón de la fachada titubea a intervalos irregulares, y bajo la pintura desconchada asoman capas de otros tiempos, de colores ya olvidados.

Dentro, el pasillo conserva ese olor indefinible a humedad, lejía y polvo acumulado. La habitación es pequeña e impersonal, pero funcional. Las paredes son tan finas que se puede oír al vecino de al lado respirar.

Erin deja las llaves sobre la mesilla, se quita la chaqueta y se apoya un instante contra la pared, como si el cansancio se hiciera cada vez más agotador.

Una vez en la ducha, el agua cae caliente sobre su piel, pero no le acaba de calmar.

Sale con la toalla enrollada al cuerpo. Se sienta en la cama y abre la imagen otra vez. Ahí siguen las formas. Ya no le parecen simples garabatos. Son figuras imperfectas… pero intencionadas.

De repente, algo que ve despierta un recuerdo. Un juego de pequeños con su hermano Leo. Números, letras, códigos secretos…

—Vamos a probar…

La primera figura tiene doce líneas.

—Número doce… corresponde a la letra L del abecedario.

La siguiente solo una línea.

—A.

Otra figura tiene veintiuna caras.

—U…

Ya no hay duda. Las letras se alinean, una tras otra, hasta que cobran forma. Mira la palabra.

—LAURA. No es casualidad… —bisbisea con la respiración agitada.

Angus lo dejó ahí. Para alguien. Para que alguien como ella lo descubriese.

—¿Qué querías decirme…? ¿Quién es Laura?

Sujeta el móvil con fuerza, con la vana esperanza de que surjan más códigos o letras. Entonces, nota una presencia. Un movimiento detrás, muy cerca. Una mano. La hoja de un cuchillo frío en su cuello.

—No estás siendo sincera… —le susurra Jameson al oído, con voz peligrosa—. Estás investigando por tu cuenta… Chica mala.

—Pensé que no querías matarme —responde ella conteniendo el aliento.

—Y no quiero… —bisbisea, apartándole el pelo húmedo—. Pero me intrigas.

El acero presiona su piel.

—¿Qué me ocultas?

—Nada…

—¿Segura?

—¿Por qué iba a mentirte?

—Porque no quieres ayudarme.

—Queremos lo mismo —replica con dificultad—. Atrapar al que hizo esto a tu padre y a mi amigo…

Una gota de sangre resbala por el cuello. Jameson se detiene y la suelta. Luego, le lanza una toalla del baño.

—Tapónate la herida. Es solo un rasguño —dice como si nada hubiera pasado—. Cuéntamelo todo.

—No sé mucho…
—¿Y esto? —pregunta refiriéndose al dibujo.
—Lo encontré en un cuaderno de tu padre… Creo que es un jeroglífico.
—Laura… —lee en voz alta—. ¿Quién es?
—Eso es lo que tenemos que averiguar.

23

El motel parece haber absorbido la noche y no haberla devuelto del todo.

Durante unos minutos, o quizá más, Erin no se mueve. Sigue sentada sobre la cama, con las piernas recogidas contra el pecho y el cuerpo encogido en una postura casi defensiva, todavía con la sensación de que Jameson continúa en la habitación. El peligro no se ha ido del todo.

Se lleva una mano al cuello. La piel está caliente y sensible. La herida es superficial, un simple corte fino, pero el recuerdo de la hoja afilada presionando su garganta sigue ahí, latente e incómodo.

Exhala despacio. Aquello ya no es solo un suceso. Es una invasión. Jameson se cuela en su casa, en su cabeza, en su vida.

—¡Se acabó! —se dice con el pulso acelerado.

Se levanta despacio. El suelo frío la devuelve un poco a la realidad. Camina hasta el pequeño baño, enciende la luz y se observa en el espejo. Tiene las ojeras marcadas, la piel pálida y el gesto endurecido. No le gusta lo que ve. No porque esté cansada, sino porque empieza a parecerse a alguien que vive al límite… constantemente.

Abre el grifo, se lava la cara con agua fría y permanece un momento con las manos apoyadas en el lavabo, respirando hondo.

Luego toma una decisión. Sale del baño, se viste con ropa cómoda y coge el teléfono.

No sabe si marcar el número o no, pero al final marca el número de Neil.

—Erin…

Solo su voz basta para que algo dentro de ella ceda levemente.

—Hola…

—¿Qué pasa? —pregunta él al instante, percibiendo el tono.

—No sé muy bien cómo explicarte esto… —comenta ella sentándose en el borde de la cama.

—Inténtalo.

—Ha estado aquí.

—¿Quién?

—Jameson.

El cambio en la respiración de Neil es inmediato.

—¡¿Qué?!

—Ha entrado en mi habitación. En el motel.

—¡¿Estás bien?! —la voz de él se tensa—. Erin, dime que estás bien.

—Sí… —responde ella, aunque no suena del todo convincente—. No ha pasado nada… grave.

No quiere mencionar el cuchillo ni la sangre.

—Eso no es suficiente —replica Neil—. No puede acercarse así a ti.

—Lo sé.

—Voy para allá.

—No —corta ella, más rápido de lo que pretendía.

—Erin…

—No vengas —insiste, más suave ahora—. Por favor.

—¿Cómo que no venga? Te está acosando. Ha entrado en tu habitación.

—No me ha hecho nada…

—Esta vez, tenemos que detenerlo.

—Tengo que explicarte algo más…

—¿Qué? —pregunta, intrigado.

—Verás… Hace unos días, Jameson se puso en contacto conmigo, porque quiere encontrar a quien mató a su padre…

—Pero…

—Lo sé… —le corta ella—. Debería habértelo explicado, pero no sabía cómo. Y digamos que me pidió ayuda.

—¿Estás colaborando con un asesino?

—Lo estoy usando, que es diferente.

Neil durante unos segundos no responde nada.

—Necesito que confíes en mí —dice ella.

—Confío en ti. Lo que no me gusta es la situación.

—A mí tampoco —responde, con un deje de cansancio—. Pero si vienes ahora… lo vas a complicar todo.

—¿Complicarlo más que esto?

—¡Neil… escúchame! —sigue ella pasándose una mano por el pelo mojado —. Estoy cerca de algo…

—Pero no me pidas que me quede de brazos cruzados, mientras tienes a más de un asesino acechándote.

—Sé cuidar de mi misma. No quiero que vengas… todavía —insiste—. Hasta que esto sea seguro.

—¿Seguro? —repite él—. Erin, esto no va a ser seguro.

—Te echo de menos —contesta sin pensarlo.

—Yo también —responde Neil, más suave—. Más de lo que te imaginas.

—Entonces quédate ahí… por ahora.

—No te prometo nada —advierte él—. Pero… de momento, esperaré.

—Gracias.

—Pero si pasa algo más…

—Te llamaré.

—Eso espero.

La llamada termina, pero el eco de su voz permanece… en la habitación. Deja el teléfono sobre la cama mientras contempla el techo.

* * *

Hay mañanas que no empiezan del todo, solo continúan lo que quedó pendiente la noche anterior.

Erin se levanta con el cuerpo rígido, atrapada en algo que no acaba de soltarse.

El trayecto hasta la comisaría de Rabadás se le hace más largo de lo habitual. Las calles están húmedas, salpicadas de charcos irregulares que reflejan edificios desgastados por el salitre. Algunos comercios levantan sus persianas con desgana; otros permanecen cerrados, ajenos al ritmo de la mañana.

Al entrar a comisaría Alex ya está allí. Es puntual y trabajador, eso le gusta. Se siente mal por no poder responder de la misma manera, dado que tiene la cabeza puesta en otra cosa.

—Buenos días.

Erin asiente, dejando la chaqueta sobre la silla.

—¿Qué tenemos?

—He estado revisando lo del centro comercial —informa él sin rodeos.

—¿Y?

—El tipo de la gorra. No se le ve la cara, pero hay algo.

—¿El qué?

—La forma de moverse, el ritmo al que camina, su postura…

—¿Qué pasa?

—Podría ser alguien entrenado —añade él—. O alguien que está acostumbrado a no llamar la atención.

—Sí… O alguien que sabe exactamente lo que hace —apunta Erin.

—Eso también.

El resto de la mañana siguen cruzando datos, revisando informes, intentando reconstruir los últimos movimientos de Gabriel Montes.

Erin está presente a medias. Parte de su mente sigue en otro sitio. «Laura…»

A media mañana, durante una breve pausa, Alex se fija en que está concentrada en otra cosa.

—¿Qué haces? —pregunta inclinándose hacia su móvil—. ¿Y ese dibujo?

A Erin le molesta la poca discreción.

—Es…de mi sobrino —responde, airosa.

—Ya —contesta él, sin mostrarse muy convencido.

Al rato, reciben una llamada urgente de Valentina Delgado. La mujer está fuera de sí. Es incapaz de expresar con palabras el horror que siente. Solo grita «es él…».

Cuando los inspectores llegan a la casa, hay un despliegue de policía montado a su alrededor. La puerta está abierta, custodiada por un policía. Valentina,

destrozada, se derrumba en una silla, incapaz de sostenerse. Habla con una de las agentes que la intenta tranquilizar.

—¡No… no… no…! —repite entre sollozos.

Los de la científica sostienen una caja abierta sobre la mesa, haciéndole fotos y todas las pruebas necesarias.

Erin y Alex se acercan con curiosidad profesional hacia la caja. Al momento comprenden la gravedad de la situación. Se trata de una mano humana cortada limpiamente.

Los inspectores se acercan a la mujer, con prudencia.

—¿Cómo está Valentina? —pregunta Erin.

La mujer es incapaz de articular palabra.

—Siento mucho tener que preguntarle esto, pero debo hacerlo. La científica va a hacer pruebas de… la extremidad. Aun así, ¿usted afirma que es de su marido?

—Sí, … es de él —gimotea—. Es de Gabriel… Es su anillo.

Erin entiende que aquello no es una desaparición cualquiera, es un mensaje.

De vuelta en la comisaría, se sienta frente al ordenador y reproduce de nuevo la copia del vídeo del parking. Examina al hombre de la gorra caminando, una y otra vez. Hay algo en la manera de caminar, la cadencia, la forma de apoyar el pie, esa ligera inclinación de los hombros… Entonces se da cuenta. Un destello de reconocimiento.

—No puede ser… —dice para sí misma con el pulso acelerado—. ¡Cómo no lo había visto antes…!

Cuanto más mira… más sentido tiene. Coge el teléfono de prepago y marca un número.

—¿Sí?

La voz de Jameson suena al otro lado.

—Tenemos que hablar.

—Vaya… qué directa.

—No es una petición.

—Lo sé…

—Ahora.

—Prefiero vernos en persona.

—Está bien —contesta ella apretando los dientes—. Quedamos en el parque San Mateo, en media hora.

—No.

—Entonces dime dónde.

—El muelle. Esta noche.

El corazón le da un vuelco.

—¿Tienes algún problema?

Ella no abre la boca. No piensa darle el gusto de verla sufrir, ni de admitir que es el último lugar donde querría volver, desde la muerte de Caterina.

La llamada se corta. Erin permanece inerte aun con el teléfono en la oreja.

«El muelle…»

Hacía años que evitaba pronunciar siquiera esa palabra. Cierra los ojos un instante. Hay lugares que no pertenecen al pasado, sino que esperan pacientes a que regreses.

24

El muelle de Rabadás siempre ha tenido algo inquietante al caer la noche. Las farolas, separadas a mucha distancia, dejan franjas de sombra entre una y otra. El mar golpea suavemente contra los pilotes de madera, con un sonido rítmico, casi hipnótico.

Erin camina despacio por las tablas húmedas, haciendo el mismo recorrido que hizo por última vez Caterina. Jamás dejará de culparse por no haberla podido salvar. Siente un pinchazo en el estómago. El viento le aparta los mechones de pelo de la cara, pero no los recoloca. Se lleva las manos a los bolsillos de la chaqueta. Tiene los hombros tensos y la mirada alerta. Entonces, lo ve apoyado contra la barandilla, de espaldas. Quieto. Integrado en el paisaje hasta confundirse con él. Su silueta recortada contra el mar es inconfundible.

—Sé que secuestraste a Gabriel Montes —lanza Erin sin rodeos, deteniéndose a unos metros.

Él no se gira de inmediato. Permanece así, tranquilo, contemplando el agua, ajeno a la acusación.

—Sabía que lo averiguarías —contesta finalmente Jameson—. No esperaba menos de ti.

Erin da un paso más hacia él.

—¿Y bien? —replica con dureza—. ¿Qué tienes que decir al respecto? Creí que éramos un equipo… ¿No dijiste eso?

Jameson se gira. Sus ojos brillan bajo la luz amarillenta de la farola.

—Lo somos —responde con calma—. Pero hay cosas que no puedo explicarte, porque no te gustarán.

Él se aproxima despacio, acortando la distancia entre ellos. Ella no retrocede.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque está implicado en la muerte de mi padre.

—¿Qué? —pregunta, desconcertada—. ¿De dónde sacas eso?

Jameson entrelaza las manos, pensativo.

—Mi padre habló con mi hermano antes de morir. Le dijo que estaba investigando algo grande… Algo sucio. Una de las pistas lo llevaba hasta Gabriel Montes, al que alguien le encargó un trabajo: matar a una chica.

—¿Qué chica?

—Una tal Laura.

Erin nota como el corazón le martillea en el pecho. Todo empieza a entrelazarse: Gabriel, el dibujo, Laura, el código, Angus Harris…

—No puede ser… —susurra, más para sí que para él.

Luego alza la mirada, clavándola en Jameson.

—¿Y cuándo pensabas decirme esto? Si me ocultas información, no puedo ayudarte, ni progresar.

—Estoy compartiendo lo que sé —replica él con una leve impaciencia—. Pero no lo sé todo.

Erin se pasa una mano por el cabello, visiblemente alterada.

—Estoy hecha un lío… ¿Qué tiene que ver Gabriel con Angus Harris? ¿Y quién es esa Laura? ¿Tiene apellido?

Jameson niega lentamente.

—Mi padre era criminólogo consultor. Revisaba casos, conectaba datos, encontraba lo que otros no veían. Estoy seguro de que descubrió algo sobre alguien importante… Alguien dentro de la policía.

—Un pez gordo… —responde ella.

—Exacto —asiente Jameson—. Y ese alguien ordenó la muerte de esa chica a través de Gabriel.

—¿Laura qué más? —insiste Erin—. ¿No sacaste nada más?

La frustración cruza el rostro de él.

—No. Solo el nombre.

—¿Y tampoco sabes quién está detrás de todo esto?

—Tampoco.

—¿En serio, no has conseguido que hablara? Qué extraño… —le reprocha ella.

—Quien dio la orden era listo —responde Jameson esbozando una sonrisa ladeada, casi peligrosa—. No usaba su nombre real.

—¿Y dónde está Gabriel? —pregunta, tensándose—. Espero que esté vivo.

—Dejó de ser útil.

—¿Qué le has hecho? —pregunta, consternada.

—Lo que hago siempre —contesta él desviando la vista hacia el mar.

El golpe emocional es inmediato.

—Eres un monstruo —escupe Erin, con la voz quebrada por la rabia.

—Él sí que lo era —le responde mirándola con frialdad—. Mató a esa chica. La estranguló. Y lo preparó todo para que pareciera un suicidio.

—Eso no lo sabía… No justifico que esté bien los asesinatos que haya podido cometer —protesta Erin, conteniéndose—. Pero no era el villano principal, era solo un engranaje. Podríamos haberlo juzgado, haber hecho justicia de verdad.

—¿Justicia? —Jameson deja escapar una risa breve, sin humor—. No me hagas reír. A estas alturas, confías más en mí que en tu propio Cuerpo de policía.

Erin abre la boca para contradecirlo, pero no puede. Porque, en el fondo, sabe que hay algo de verdad en esas palabras. El peso de la placa en su bolsillo se vuelve insoportable, casi la siente arder a su costado.

«¿Quién decide ahora qué está bien y qué está mal? ¿El que mata en nombre de la ley, o el que lo hace desde las sombras?»

—No puedes seguir así… —farfulla, agotada—. Y menos… descuartizando a la gente.

—No pongas esa cara —dice restándole importancia—. Solo es anatomía.

—Vale —le corta Erin, levantando una mano—. No quiero detalles. Solo una cosa: mañana llamarás a su mujer o a la comisaría y dirás dónde está el cuerpo.

—De acuerdo, jefa —responde sonriendo.

—No soy tu jefa, ni somos amigos —corrige ella con firmeza—. Y si tenemos que hablar, usamos el teléfono. ¡No vuelvas a colarte en la habitación de mi motel!

—Como quieras.

Ella da un paso atrás, preparándose para marcharse.

—Ah —añade él con ligereza venenosa—. Dale recuerdos a la mujer de Vázquez, si hablas con ella. Es bastante guapa.

Erin se gira de golpe, furiosa.

—Ni se te ocurra…

Pero él ya se aleja, perdiéndose entre las sombras del muelle y dejando, como siempre, ese rastro de amenaza flotando en el aire.

Erin deambula sin rumbo fijo por el paseo marítimo. El sonido del mar ya no le resulta calmante. Todo en su interior está en tensión. Hay muchas piezas moviéndose a la vez.

Decide llamar a la mujer de su amigo, para asegurarse de que todo está bien.

—¿Martina?

La voz al otro lado suena cansada.

—Sigue igual… —responde ella antes de que Erin pregunte—. No ha despertado.

—Voy a encontrar al responsable —afirma con determinación—. Te lo prometo.

Cuelga sin añadir nada más. Sabe que algunas promesas dejan de ser palabras en el mismo instante en que se pronuncian.

Sigue caminando por el paseo sin un objetivo claro. Al final de la calle, la luz cálida de un pub rompe la oscuridad. Al pasar frente al ventanal, una figura conocida capta su atención. Es Ray. Una punzada inesperada le atraviesa el estómago. Le vendría bien desahogarse con su amigo, poder charlar con alguien de confianza. Está a punto de entrar, cuando ve a una chica acercarse a él. Es guapa y parece alegre. Se besan. Erin se queda petrificada. No sabe exactamente qué siente. No son celos. O no del todo. Quizá es otra cosa. La

constatación de que todo sigue adelante… incluso cuando ella se queda atrapada.

Oprime los labios con fuerza y se marcha.

Dentro del coche, el habitáculo se llena con los primeros acordes de *Karma Police* del grupo Radiohead, uno de sus preferidos.

Antes de arrancar, apoya la cabeza un instante contra el respaldo. Las ideas empiezan a ordenarse, despacio.

—Creo que esto ha sido cosa de Lizarraga —bisbisea con un hilo de voz—. Lo de enviarme a Rabadás…

Creía que la querían apartar del caso, para olvidarse de Angus Harris, pero se da cuenta que es todo lo contrario… Lizarraga quería que averiguara qué conexión tenía Gabriel Montes con Angus Harris.

—Querías que llegara hasta aquí…

Arranca el coche y casi sin darse cuenta, acaba frente a la casa de su madre. Las luces aún están encendidas.

Duda un momento antes de bajar del coche, pero al final lo hace. Llama a la puerta. Su madre abre y la observa con sorpresa.

—¿Puedes darme un abrazo? —le pregunta Erin sin más preámbulos.

La mujer tarda un segundo, insegura sobre cómo reaccionar. Luego, abre los brazos y Erin se hunde en ellos. El ruido constante de su cabeza se desvanece.

—¿Quieres quedarte a cenar? —pregunta su madre, con delicadeza.

—No… solo necesito dormir. ¿Puedo quedarme?

—Claro. Esta es tu casa.

«Casa…»

La palabra resuena dentro de ella de una forma extraña.

Sube las escaleras despacio. Entra en su antigua habitación. Todo sigue casi igual. Se deja caer en la cama sin desvestirse siquiera. El cuerpo, al fin, cede. Cierra los ojos. El cansancio la acaba venciendo antes que el miedo.

25

El sábado amanece sin prisas. Erin no despierta de golpe, como suele hacerlo, esta vez lo hace despacio, como si regresara de muy lejos. Siente el cuerpo exhausto, no por el cansancio habitual, sino por un descanso profundo al que ya no está acostumbrada. Ha dormido más de doce horas seguidas.

Permanece inerte, contemplando las viejas pegatinas del techo. Luego, gira la cabeza a un lado. Los pósteres siguen ahí: Radiohead, Nirvana, Alanis Morrissette. Los mismos de siempre. Las esquinas están algo despegadas y los colores han perdido intensidad con los años. Y en un rincón hay dvds de películas que ya casi no recuerda haber visto. Más allá, está la estantería con libros juveniles, novelas que devoraba en tardes interminables. Y los discos… apilados con cierto desorden, como si en cualquier momento estuviese a punto de volver a escucharlos.

Todo está intacto. El tiempo parece no haber pasado por esa habitación.

Sus ojos se detienen en una fotografía. Caterina y ella en un concierto. Las dos sonríen, ajenas a todo lo que vendría después. Aparta la vista, melancólica. Un golpe suave en la puerta la devuelve al presente.

—No quería molestarte… —se escucha la voz de su madre al otro lado—, pero he pensado que quizá ya habías dormido suficiente.

—Entra… —dice incorporándose—. Estoy despierta.

La puerta se abre con cuidado. Su madre asoma primero la cabeza, evitando irrumpir de golpe.

—Son las doce —añade con una media sonrisa.

—Vaya… —responde Erin mirando el reloj de la mesilla.

—Eso es que necesitabas descansar… —continúa ella, acercándose un poco —. Come algo… y si luego quieres volver a dormir, hazlo. Se te nota muy cansada.

Hay algo diferente en su tono, en la forma en que lo dice. Sin reproches, sin tensión. Solo ganas de proteger y cuidar.

A Erin se le empañan los ojos antes de poder evitarlo. Hace una eternidad que no la veía así, tan… serena.

Su madre se da cuenta, pero no hace ningún comentario. Solo le dedica una mirada cálida.

—Te he preparado algo de desayuno.

Erin responde con un gesto afirmativo, incapaz de hacerlo con palabras.

Cuando su madre sale de la habitación, se queda embobada, sentada en la cama, intentando recomponerse. Después se levanta. El suelo es reconfortante bajo sus pies, gracias a una vieja alfombra.

Al salir al pasillo, se detiene sin querer frente a una puerta entreabierta. La habitación de Leire. La hermana que nunca llegó a conocer. Empuja suavemente. El aire dentro es distinto. Más vacío. Los cuadros siguen colgados en las paredes: dibujos infantiles, tonos suaves, recuerdos de una niña que casi no tuvo tiempo de existir. Pero la pequeña cama ya no está. Tampoco los juguetes, ni la colcha de colores. El espacio está desmantelado. Ya no hay nada que mantenga ese espacio congelado. Cierra la puerta con cuidado.

Unos pasos más allá, la habitación de Leo sigue exactamente igual. La cama hecha, los objetos en su sitio, inalterados.

Dos formas distintas de enfrentarse a lo mismo. Continúa hacia la cocina. El aroma la recibe antes de entrar. Café recién hecho y pan tostado.

Sobre la mesa hay un desayuno que no esperaba: zumo de naranja recién exprimido, aún con pulpa, una cafetera humeante, croissants dorados y tostadas crujientes con mermelada.

Se queda de pie, observando. Hay algo casi… extraordinario en esa normalidad.

Se sirve café y se sienta. El primer sorbo le calienta el cuerpo de inmediato. Y, por un instante, todo es tan sencillo.

Más tarde, mientras come, su madre se asoma en el marco de la puerta, con el bolso colgado del brazo.

—Me voy —anuncia con ligereza—. He quedado con Aurelia. Iremos un rato a la iglesia… y luego a comer juntas.

Erin alza la vista, sorprendida.

—¿Aurelia?

—Sí —responde con una sonrisa que no le conocía—. De vez en cuando viene bien salir un poco.

Le gusta verla tan diferente y… alegre. Desde la muerte de su padre, se ha reconstruido de otra manera.

—Te he dejado comida, por si te apetece más tarde —añade antes de marcharse—. ¡Y descansa!

—Vale —responde, todavía con asombro.

Se queda sola en la casa que de pronto se anuncia más grande y sin ruido. Pero eso, esta vez no la incomoda.

Sin saber muy bien por qué, sale al jardín. El cielo está despejado, con ese azul pálido de los días tranquilos.

El jardín necesita atención. Antes se encargaba su padre. Las plantas han crecido sin control. Hay hojas secas en el suelo. La tierra está desigual.

Se arremanga. Empieza por lo sencillo: recoger, apartar, ordenar… Sus manos se ensucian de tierra mientras el sol le calienta la espalda. Y, poco a poco, su mente deja de girar tan rápido. Durante un rato, no hay casos, ni nombres ni amenazas. Solo el sonido de las hojas al romperse, el roce de las ramas, su propia respiración acompasada.

Hasta que el teléfono rompe esa calma. Erin se limpia las manos en el pantalón antes de contestar.

—Sí.

—¡Inspectora! —La voz al otro lado es seria—. Hemos encontrado un cuerpo cerca del muelle.

—¿En qué estado se encuentra? —pregunta, con el estómago contraído.

—Está…mutilado… Creemos que se trata de Gabriel Montes.

Erin deja escapar el aire. Ya sabe que Jameson ha sido quien se ha encargado.

—Voy para allá.

La calma se esfuma sin dejar rastro.

Entra rápido dentro de la casa. Coge las llaves, la chaqueta y sale. Justo cuando está a punto de subirse al coche, el teléfono vuelve a sonar.

—¿Quién será ahora? —gruñe Erin con el gesto tenso.

El número es desconocido.

—¿Sí?

—¿Erin? —La voz es casi ininteligible y nerviosa.

—¿Beatriz? —pregunta sorprendida ella.

—Necesito hablar contigo… Pero no puedo hacerlo aquí en Genar.

—¿Qué ocurre?

—No por teléfono.

—Vale… —responde, expectante—. ¿Dónde?

—Castell —propone—. Mañana por la mañana. Frente a Correos. ¿Va bien?

—De acuerdo.

La línea se corta. Erin se queda pensativa con el teléfono en la mano.

«¿Qué ha cambiado? ¿Qué ha decidido contar ahora?»

Una inquietud sorda se instala en su pecho.

El trayecto hasta el muelle se le hace más corto de lo habitual. Cuando llega, ya hay patrullas, cintas acordonando la zona y un par de curiosos a lo lejos. Erin se acerca sin entretenerse.

No necesita ver el cuerpo para saber que se trata de Montes. Aun así, lo ve. Frunce el ceño, furiosa.

«Un asesino matando a otro asesino. La justicia deformada hasta volverse irreconocible…»

Lo más inquietante no es el cuerpo, sino entender que, en algún punto del camino, esa línea que separa a unos de otros empieza a desdibujarse. Y ya no está tan claro quién persigue a quién.

Horas después, ya de noche, regresa al motel. Tiene la sensación de haber cruzado una línea que no termina de cerrarse detrás de ella.

Deja las llaves sobre la mesilla, se quita la chaqueta y se deja caer en la cama sin encender la luz.

El móvil vibra. Mira la pantalla. Es Cecilia.

—¿Cómo estás? —pregunta nada más descolgar, con ese tono cercano que siempre consigue aflojarle algo por dentro.

—Bien… —miente Erin, sin mucha convicción—. Cansada.

—Logan ha decidido que ahora la casa es suya —comenta Cecilia con una ligera risa—. Se pasea como un rey.

—Eso no es nuevo.

Hablan un rato de cosas pequeñas, de lo cotidiano, de nada importante… Y, precisamente por eso, es necesario.

—¿Y tú? —pregunta Cecilia, al final—. ¿Qué tal por Rabadás?

—Movidito…

—Y aquel extranjero del que preguntabas hace poco, el que dices que desapareció, ¿sabes algo de él?

Erin decide explicarle todo lo que ha ido investigando sobre Angus Harris, lo de Diego Durán, lo del sicario, Laura…

—¡Madre mía, hija! No hace falta que me cuentes nada más. Parece una película de acción. ¡No me extraña que no duermas!

—Estoy reuniendo pruebas… Espero que pronto pueda dormir de un tirón.

—Seguro que sí… Con todo lo valiente que eres. Estoy muy orgullosa de ti.

La emoción que siente al oír eso le deja la mirada al borde del llanto.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Siempre.

Al colgar se detiene frente a la ventana. La noche se extiende más allá del cristal.

«Mañana, nuevo rumbo a Castell. ¿Qué querrás decirme, Beatriz?»

Y, en algún punto entre todo eso… está el nombre Laura. «¿Por qué su nombre estaba oculto?»

26

Castell tiene un aire medieval, pero no hay doncellas ni caballeros. Las calles empedradas, estrechas, discurren entre casas de piedra clara, con balcones de hierro forjado y macetas desbordadas de geranios. Nada más pisar el lugar, la nariz se te atasca con ese olor mezclado de humedad antigua y pan recién hecho.

A lo lejos, la silueta de la iglesia domina el pueblo, sólida y vigilante, observando desde hace siglos los cambios que se van produciendo.

Erin aparca al lado de la plaza principal. Se pone una gorra y unas gafas de sol. El edificio de Correos es pequeño y discreto. Frente a él, apoyada en la pared, está Beatriz. La reconoce al instante, pero no aparenta ser la misma mujer. Está más dejada, menos atractiva. Lleva unas gafas de sol enormes. Su cabeza se mueve constantemente, escaneando el entorno a la espera de que alguien aparezca en cualquier momento.

Cuando Erin se acerca, Beatriz apenas la saluda.

—Mejor hablamos en otro sitio. Haz ver que me preguntas la hora —musita casi sin mover los labios—. Nos vemos dentro de la iglesia.

Se da la vuelta sin esperar respuesta. Erin la sigue a unos metros y cambia de calle para disimular. Luego, cruza la plaza y entra en la iglesia. Las puertas están abiertas. Dentro, la luz mortecina las envuelve de inmediato, fresca, silenciosa y aparentemente protectora.

La mujer de Durán se aproxima a uno de los bancos del fondo y se sienta, dejando un pequeño espacio entre ambas, haciendo ver que no se conocen.

Al principio, ninguna habla. Solo se oye el eco lejano de unos pasos y el crujido de la madera.

—Me están vigilando —farfulla finalmente Beatriz, con la vista al frente. Se quita las gafas.

Erin no se sorprende. Ya lo sabía.

—Lo imaginaba —contesta Erin indiferente.

—A mí… y a mis hijos —añade y le tiembla la voz.

—¿Te han dicho algo?

—No directamente… pero lo sé. Lo noto. Las llamadas, los coches… siempre los mismos.

—Tu marido… —dice Erin, con cuidado— no se suicidó, ¿verdad?

Beatriz gira la cabeza lo justo para mirarla.

—Lo mataron. Estaba reuniendo pruebas —continúa ella con angustia—. Decía que había hecho algo horrible. Que se arrepentía.

Rebusca en el bolso, saca una hoja y se la entrega.

—Esto lo arranqué de uno de sus diarios, antes de que la policía viniera a casa. Se sentía culpable porque… decía que había matado a alguien.

Erin recoge la nota con sumo cuidado.

—También hablaba de un coche… en un río. No sé más. Nunca quiso explicarlo del todo.

—¿Un coche en un río?

Erin comprende enseguida que todo está tan conectado como el mismo universo.

—¿Seguro que no te explicó nada más?

—No…

—¿Y crees que quería denunciar?

—Sí —asiente con fuerza—. Decía que iba a confesar. Que no podía seguir viviendo con eso. Creo que se lo hicieron pagar —concluye, con la voz quebrada.

—¿Sabes qué clase de pruebas tenía?

—No me lo decía. Solo… una vez mencionó a una chica.

—¿Qué chica?

Beatriz se lleva una mano a la sien, esforzándose por recordar.

—Adaya… creo que se apellidaba así.

El pulso de Erin se dispara.

—¿Y el nombre?

—No lo recuerdo… —contesta la mujer cerrando los ojos un segundo.

Erin no duda en probar.

—¿Te suena Laura? ¿Laura Adaya?

—Sí… —afirma abriendo mucho los ojos—. Laura Adaya… ¿Quién era? —pregunta Beatriz después de una pausa.

Erin se queda mirando el altar, y aunque sabe que allí no hay respuestas, no puede apartar la vista.

—Aún no lo sé… Pero lo averiguaré.

Una hora después, en la biblioteca de Castell, Erin se sumerge en otra clase de silencio. El edificio es antiguo, con techos altos y vigas de madera oscura. Las estanterías, repletas de libros desgastados, desprenden ese olor inconfundible a papel viejo y polvo. La luz entra filtrada por grandes ventanales, dibujando franjas doradas sobre las mesas.

Se instala en un rincón apartado con su portátil. Accede a la base de datos interna. El problema no es entrar, sino donde está a punto de hacerlo. El expediente de Adaya no está asignado a ella y cada movimiento que haga quedará registrado. Aun así, vale la pena arriesgarse.

Teclea el nombre completo: Laura Adaya. Los resultados tardan un rato en salir. Y al fin aparecen: diecinueve años. Se suicidó hace quince años.

Erin observa la fotografía. «Era muy guapa… Y muy joven». Revisa si tiene antecedentes, pero no hay nada sospechoso, está limpia.

—Alguna cosa pasaba contigo… —musita para sí.

Apoya los codos sobre la mesa, pensativa.

«Si Angus Harris escribió su nombre y Diego Durán también la mencionó, no es ninguna coincidencia. Y ahora ambos están muertos».

—A ver… —murmura—. Angus no podía conocerla. Llegó a Genar cinco años después.

—Mmm… Entonces la descubrió más tarde…

Vuelve a abrir el expediente. Lee con atención cada línea, cada detalle.

—Tuviste que ver algo… —susurra—. Algo tan importante como para que quisieran silenciarte. Y después… A él.

Por la tarde, de vuelta en comisaría, Erin trabaja en silencio junto a Alex. O eso aparenta. Mientras él teclea concentrado en su ordenador, ella revisa en secreto el informe de la autopsia de Laura.

Las páginas pasan lentamente bajo sus dedos. Hay algo que no le acaba de cuadrar. Lo lee de nuevo. Las conclusiones hablan de suicidio por ahorcamiento, pero… Ni las marcas ni las mediciones corresponden del todo. Hay irregularidades en la presión ejercida. La disposición del cuerpo no coincide completamente con la mecánica descrita y falta precisión en detalles que, en una muerte así, deberían ser incuestionables.

«Jameson dijo que Gabriel Montes confesó que él era un sicario y lo enviaron para estrangular a una chica llamada Laura… Tiene que ser esta Laura… Lo hicieron parecer un suicidio. ¿Pero quién envió matar a la chica y por qué?»

Erin se fija en el nombre del forense que realizó la autopsia. No puede creerlo. De repente todo a su alrededor se tambalea. Ángela Sáez. Su amiga.

—¡Mierda! —masculla tapándose la boca para ahogar un grito.

Cierra el archivo con cuidado y sale de comisaría a toda prisa. El corazón le va tan rápido que le cuesta marcar el número de teléfono.

—¡Ray! —vocea con la voz agitada.

—Dime… ¡¿qué te pasa?!

—Necesito que revises una autopsia, por favor. En secreto.

—¿Eso puede meterme en problemas?

—Quizás.

—¿Es importante?

—Más de lo que creo —responde ella mirando el informe.

—Entonces cuenta conmigo. Te estaba vacilando —dice, simpático—. ¿Pero te pasa algo?

—Si quieres, quedamos mañana y te cuento.

—Perfecto.

Mientras tanto, Alex continúa con el caso de Gabriel Montes. Pero algo en su actitud ha cambiado. Ahora parece más interesado en cerrar el caso que en resolverlo.

—Creo que ya lo tenemos —comenta sin apartar la vista de la pantalla—. Ajuste de cuentas entre sicarios.

—¿Tan claro lo tienes?

—Todo apunta a eso.

—Podríamos seguir tirando del hilo… —responde ella con disimulo, aunque tampoco le fascina que ahora mismo descubran quién ha sido.

—No merece la pena. Es un callejón sin salida.

Erin entorna los ojos con recelo, pero no insiste.

—Entonces… podemos volver a Genar —anuncia finalmente—. Hablaré con Lizarraga.

—De acuerdo.

Antes de marcharse al motel, decide hacer una última parada. Ha conseguido la dirección de los padres de Laura Adaya.

El edificio es un bloque de pisos envejecido, con la fachada agrietada y la pintura desconchada. Hay un ascensor antiguo, de esos con puertas metálicas que chirrían, y que al subir se mueve de un lado a otro suavemente.

Una vez arriba, Erin llama al timbre. Tardan un poco en abrir. Cuando lo hacen, se encuentra con dos rostros marcados por el tiempo… y por algo más profundo: dolor.

—Disculpe que los moleste. Soy inspectora de policía —anuncia enseñándoles la placa—, y me gustaría hacerles algunas preguntas sobre su hija.

—¿De nuestra niña? —responde el padre con dureza—. ¿Otra vez?

—Ya les dijimos hace años que no volvieran —añade la madre.

—Lo sé —responde ella con calma—. Y no quiero remover el pasado, pero sí hacer justicia.

La madre la observa con desconfianza.

—La policía dijo que se suicidó.

—¿Y ustedes qué creen?

La incomodidad se instala entre ellos. El padre aprieta los labios.

—Mi hija era alegre, tenía toda la vida por delante… —explica sin poder terminar la frase.

—A nuestra hija la mataron —continúa la madre, dejando caer las palabras con una fuerza brutal.

—Si me dejan entrar… podremos hablar con más tranquilidad. Estoy de su lado.

Dudan un instante, pero finalmente ceden.

Dentro, la casa está llena de recuerdos. Fotografías, objetos, pequeños restos de una vida interrumpida.

Se sientan en un viejo sofá estampado.

—¿Por qué creen que la mataron? —pregunta Erin con delicadeza.

La madre tarda en responder.

—Porque estaba embarazada.

—¿Embarazada?

Le viene mentalmente la autopsia a su cabeza. No decía nada sobre eso.

—¿Quién era el padre?

El padre niega con la cabeza.

—No lo sabemos —niega el padre—. Solo nos dijo que era policía.

—¿Entonces nunca llegaron a conocerlo?

—No. Sólo lo oí un par de veces por teléfono. Tenía la voz muy grave… y eso es todo lo que recuerdo —comenta el padre frotándose la barbilla.

—Ella estaba enamorada —añade la madre—de ese policía… Y luego… murió —concluye.

—Suicidio dijeron —escupe el padre con rabia contenida.

—Está bien, muchas gracias por su tiempo. No les quiero molestar más.

—Encuentre a su asesino y haga que se pudra en prisión para siempre— suelta el padre.

Erin asiente con la cabeza.

De camino al coche intenta conectar una idea con otra… «¿Por qué matarían a una chica embarazada? ¿Solo porque estaba con un policía? ¡No tiene sentido!»

El teléfono suena. La voz de Martina suena por el manos libres.

—¡Ha despertado, Erin! —anuncia al otro lado, nerviosa y emocionada.

La inspectora, conmovida por la noticia, aparca como puede delante de una panadería.

—¿Moisés? ¿De verdad? —responde, llorando de alegría.

—Sí… está desorientado, pero me ha reconocido. Puede hablar.

—Es una gran noticia —dice aliviada.

No recuerda la última vez que una llamada le trajo algo distinto al miedo.

27

La cabeza le pesa como si aún siguiera sumergida. El agua, oscura y profunda, le llena la boca, la nariz, los oídos. Intenta salir, pero una mano firme le oprime el cuello y la empuja hacia abajo. Se agita, golpea, araña el aire que no alcanza. No puede respirar. No puede ver con claridad. Solo siente miedo y desesperación.

Y entonces la ve. A Caterina. A unos metros, también atrapada, también luchando. Sus ojos buscan los de Erin, suplicantes. Erin corre. Corre con todas sus fuerzas, pero el suelo se alarga bajo sus pies, como si nunca llegase a alcanzarla. Grita su nombre, pero no sale sonido alguno. El agua lo devora todo. Siempre llega tarde. Siempre.

Un trueno irrumpe como una grieta en la escena. Erin abre los ojos de golpe, incorporándose en la cama. Respira agitadamente, como si acabara de salir a la superficie tras una inmersión demasiado larga. Tiene la piel empapada de sudor, el corazón golpeándole con violencia en el pecho. Por un momento ni siquiera sabe dónde está.

Después, poco a poco, la realidad se recompone: el techo bajo, las paredes desnudas, la ventana mal cerrada por donde se cuela el viento. Rabadás.

El eco del sueño sigue latiendo dentro de ella. Hacía muchísimo que no volvía a tener esa pesadilla. Podía sentir tan real el olor y el sabor de la sal…

Se pasa una mano por la cara, quitando el sudor. Le cuesta calmar la respiración.

—Joder… —gruñe.

La tormenta ruge en la calle con una violencia repentina. La lluvia golpea los cristales con insistencia, el viento silba entre las rendijas, sacudiendo todo a su paso.

Erin se levanta despacio. Bajo sus pies desnudos, el suelo desprende una frialdad terrible. Se acerca a la ventana y la deja entornada. El aire húmedo entra de golpe, cargado de salitre. Cierra los ojos un instante. Han pasado quince años. Quince años y sigue siendo incapaz de cambiar ese final.

El móvil desechable vibra sobre la mesilla. Erin lo mira con pereza antes de cogerlo. El número es desconocido, aunque ya sabe que es Jameson.

¿Alguna novedad?

No hay ningún saludo, ni nada parecido.

No tiene remedio. Quizás debería ignorarlo, pero sabe que no lo hará. No mientras ese hombre siga orbitando en su vida como una amenaza constante.

Le escribe:

Solo he averiguado que la chica se llamaba Laura Adaya. Murió hace quince años. Lo cerraron como suicidio. No tiene antecedentes. Creo que vio algo que no debía. Y tu padre... años después, también.

La respuesta no tarda en llegar:

Bien... encontraré al culpable.

Erin aprieta la mandíbula.

No hagas nada sin decírmelo antes.

Esta vez no hay contestación. Claro. ¿Qué esperaba? ¿Disciplina? ¿Respeto? Está tratando con un hombre que ha hecho del caos su forma de vida.

—Psicópata… —murmura, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Se queda unos minutos en la penumbra, escuchando la lluvia.

La cafetería tiene aspecto de resistirse a existir con dignidad. Parece un cuchitril. Un rectángulo de luz mortecina en mitad de la nada, pegado a una gasolinera que nunca duerme. El cartel a su entrada está medio despegado y las paredes por dentro están cubiertas de grasa antigua.

Erin empuja la puerta. Una campanilla suena con un tintineo cansado. Hay dos camioneros a una mesa del fondo, hablando en voz baja. Una televisión encendida sin sonido emite imágenes triviales. La barra está vacía, salvo por una camarera que limpia vasos con movimientos mecánicos.

Ray ya está allí, sentado junto a la ventana, con una taza entre las manos, mirando la lluvia caer.

Cuando la ve entrar, sonríe. Al verlo, ella siente algo parecido a la calma.

—Gracias por venir tan temprano… Era el único sitio abierto a estas horas —le comenta ella, acercándose.

—A mí me gusta esta hora —responde él, con esa serenidad suya tan característica—. Es cuando el mundo todavía no ha decidido ser ruidoso.

Erin deja escapar una sonrisa y se sienta frente a él.

—Dentro de un rato tengo que volver a Genar —explica, quitándose la chaqueta—. Quería hablar contigo antes.

Ray asiente, atento.

—¿Se ha cerrado el caso?

—Una parte sí —responde ella con un leve encogimiento de hombros—. El que me enviaron a resolver. Pero… ya sabes cómo va esto. Cuando tiras de un hilo…

—Aparecen más —completa él.

—Ese sicario, Gabriel Montes… está conectado con Angus Harris y con una chica, Laura Adaya.

—Empieza a sonar importante —dice él arqueando levemente las cejas.

—Necesito que mires esto.

Erin saca su portátil y le enseña el informe de la autopsia. La expresión de Ray cambia. Se vuelve más técnica y concentrada.

Durante varios minutos no habla, solo amplía las imágenes y lee con detenimiento.

—¿Y bien? —pregunta ella, al final.

—Esto… —responde exhalando despacio— no es un suicidio.

Erin no se sorprende. Solo confirma lo que ya intuía.

—¿Por qué?

Ray pasa a una de las imágenes.

—Mira las marcas en el cuello. No son compatibles con una asfixia. Hay presión desigual, puntos de fuerza externa. Y aquí —cambia de imagen—, estos hematomas en los antebrazos… son defensivos. Alguien la sujetó.

—¿Y lo del embarazo?

—¿Embarazo? —pregunta, dudoso—. No dice nada el informe de esto.

—Los padres comentaron que estaba embarazada.

—Sin análisis de tejidos o muestras biológicas no puedo asegurarlo. Pero… es raro que no haya ninguna mención. Eso no se omite por error. ¿Crees que

alguien lo borró? —le pregunta él.

Erin señala la firma del informe. Ray se fija.

—Ángela Sáez… —levanta la vista—. ¿No es…?

—Sí —responde Erin, con un gesto tenso—. Es mi amiga.

Ray apoya la espalda en la silla, extrañado.

—Lo siento.

—Yo también.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —se ofrece él.

—Ya has hecho mucho.

Se despiden en la puerta del bareto rancio.

—Erin.

Ella se gira.

—Llámame otro día —añade él, con una sonrisa—. Me ha gustado verte.

—A mí también —responde con los ojos clavados en los suyos.

—Y… —continúa él, algo más tímido—, cuando Neil venga, podríamos quedar los cuatro.

—Eso sería genial.

Y esta vez, siente que esa idea no le incomoda.

Cuando entra en la comisaría de Rabadás, Simón Molina está allí de pie, junto a la mesa de Alex. Su presencia llena el espacio sin esfuerzo. Alto, impecable, con esa voz grave que mide cada palabra. El compañero está tenso. Erin no está sorprendida por un carácter fuerte, no le intimida.

—Inspectora Butler —saluda Molina, girándose hacia ella.

—Comisario —responde ella, firme.

—Me comentaba Lizarraga y su compañero que el caso está resuelto.

—Así es. Todo apunta a un ajuste entre sicarios. Algo habitual en esa clase de entorno.

Molina la observa un segundo más de la cuenta, luego sonríe.

—Buen trabajo —dice y le estrecha la mano—. Lizarraga tenía razón. Sabía que lo resolvería rápido.

—¿Podemos volver a Genar, entonces? —pregunta manteniendo la compostura.

—Esta misma tarde.

—Perfecto. ¡Gracias!

Molina asiente, satisfecho.

—Por cierto, su compañero… Vázquez, ¿cómo está?

—Ha salido del coma.

—Me alegro… De verdad.

Y sin añadir nada más, se marcha. Erin nota que Alex expulsa el aire contenido. Le da un golpecito en el hombro, para aflojar su tensión.

* * *

Cierra la puerta tras ella, aliviada. Por fin en Genar. Logan aparece de inmediato, maullando con entusiasmo.

—Eh… tranquilo —le susurra ella, agachándose para cogerlo.

El gato se frota contra su cara, ronroneando. Entonces llaman a la puerta.

—¡Erin! —exclama con alegría Cecilia.

Se abrazan con una naturalidad reconfortante.

—¡Qué bien tenerte de vuelta!

—A mí también me alegra. Por cierto —continúa Erin—, ¿qué tal se ha portado Logan?

—Es un amor…Y muy glotón.

—Sí, es verdad… Pide comida a todas horas.

La vecina le hace una caricia al gato y este le responde con un bufido.

—¡Uy! ¿Pero qué te pasa…? —pregunta Cecilia.

—Probablemente sea por la lluvia —responde Erin mirando hacia la ventana—. No le gustan los días así.

—Le entiendo. A mí tampoco.

Continúan hablando unos minutos más.

—Bueno… te dejo descansar un poco.

—Cecilia… —la detiene Erin antes de que se vaya.

—¿Sí?

—Eres una gran persona.

—¿A qué viene eso? —pregunta, sorprendida.

—A que quiero que lo sepas.

—Y tú también lo eres —responde sonriendo.

Cuando se queda sola, Erin se deja caer en el sofá y Logan se acurruca sobre ella. La lluvia sigue cayendo y el sonido la reconforta.

28

Después de descansar un poco, Erin toma la carretera hacia el hospital. El trayecto se le hace más largo de lo habitual, pero no por la distancia, sino por lo que la espera al otro lado. Los hospitales son como guardianes del dolor, del desespero, de las heridas. Tienen algo donde el tiempo transcurre de forma divergente.

El vestíbulo está lleno de pasos rápidos, conversaciones en voz baja, miradas que evitan sostenerse durante mucho rato… Erin se abre camino con esa sensación conocida de estar invadiendo un espacio donde todo es demasiado frágil.

Cuando llega a la habitación, se detiene en el umbral. La luz del techo cae directa, sin concesiones. El monitor marca un ritmo constante, dando la impresión de que es lo único que mantiene el orden en ese pequeño universo.

Martina está sentada junto a la cama. Al verla, se levanta.

—Ha estado más despierto esta mañana —le comenta en voz baja—. Pero se cansa enseguida.

Erin asiente.

Martina le aprieta el brazo con suavidad antes de salir, dejándolos a solas. Ella da un paso dentro.

Moisés ya no está perdido en ese limbo del que ella no podía sacarlo. Está ahí. Frágil, sí. Roto en muchos sitios, pero presente.

Tiene la cabeza vendada y un lado del rostro amoratado, con tonos que van del violeta al amarillo apagado. Un brazo está inmovilizado. El pecho sube y baja con esfuerzo. Respirar sigue siendo una tarea más difícil de lo que debería.

—Moisés… —dice despacio.

Al principio no hay respuesta. Solo ese leve movimiento de los ojos, intentando enfocar, hasta que se da cuenta de su presencia.

—Erin… —contesta con un hilo de voz.

A ella se le encoge algo por dentro.

—Eh… tranquilo. No hace falta que hables.

—Estás… —intenta continuar, pero se queda sin aire.

Erin da un paso más, acercándose a su cama.

—Estoy bien. De verdad. Tú céntrate en respirar, ¿vale?

Vázquez la observa fijamente, comprobando por sí mismo que está de cuerpo entero.

—El coche… —murmura, tragando saliva con dificultad—. No fue… un accidente…

—Lo sé…

Él cierra los ojos un instante, reuniendo fuerzas.

—Te buscaban… a ti —explica, cerrando los ojos, intentando reunir fuerzas para seguir hablando.

Erin siente cómo algo le oprime el pecho.

—No lo recuerdas todo —matiza, con cuidado.

—No… pero… alguien… sabía dónde estabas…

Intenta acomodarse, pero el dolor lo detiene en seco. Su cuerpo no responde como espera. Una mueca le cruza el rostro.

—Eh, eh… —Erin lo ayuda a colocarse bien—. Tranquilo.

Vázquez la coge de un hombro.

—No confíes en…

Pero la frase se queda a medio camino, incompleta.

—¿En quién, Moisés?

No puede, el esfuerzo le pasa factura. El cansancio cae sobre él, fulminante. Sus párpados se cierran, esta vez sin lucha.

Al salir del hospital, el aire le golpea la cara con una frialdad inesperada. El cielo está encapotado, arrastrando una tormenta que no termina de estallar.

Camina hasta el coche sin prisa. Necesita un momento para recuperarse.

«No confíes en…» Las palabras siguen ahí, clavadas.

Arranca el motor y emprende el camino.

La casa de Ángela es acogedora y cálida, pero a la vez da la sensación de un orden demasiado controlado.

Cuando Erin llega, la forense la recibe con una sonrisa cansada.

—Pensé que no vendrías.

—Yo también lo pensé —responde ella.

Cenan hablando de cosas superficiales. El trabajo, la rutina, anécdotas sin importancia. Una conversación que se sostiene en lo que no se dice.

Pero Erin no ha ido hasta allí para eso. Está esperando el momento.

En cuanto los platos quedan a un lado, deja caer el informe sobre la mesa. El sonido seco corta el ambiente.

—Tú hiciste esta autopsia, ¿verdad?

Ángela se queda quieta. Después, se levanta sin prisa y va a buscar sus gafas. Se las coloca y mira el documento.

—A ver… ¿qué pasa con esto? ¿Por qué tienes esa cara?

—No me hagas perder el tiempo —le suelta sin apartar los ojos de los suyos.

Ángela pasa una página.

—¡Laura Adaya! —espeta Erin.

—Esto fue hace quince años… —responde Ángela, con desconcierto.

—Lo sé.

—Entonces… ¿qué pasa?

—No disimules y no me trates como a una idiota. La autopsia de Laura está manipulada —responde Erin enfadada.

La forense se queda callada. Y esa pausa… ya es una confesión.

—¿Por qué Ángela?

La mujer levanta la vista. Lo que hay en sus ojos no es culpa, es desgaste.

—Porque tú no sabes lo que hay detrás de ese nombre.

—Pues explícamelo —responde Erin disgustada.

—No se puede explicar… Solo se puede sobrevivir.

En ese momento entiende algo peor que la traición. Ángela no está en el otro lado, está atrapada dentro.

—Si sigues con esto —añade Ángela—, no voy a poder ayudarte.

—No hay vuelta atrás —replica Erin—. Quiero saberlo todo.

Ángela exhala despacio, rindiéndose.

—Hace quince años, una persona muy importante del Cuerpo mantenía una relación con esa chica.

—Lo sé. Sigue.

—Ella era mucho más joven y él estaba casado.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo.

Erin la observa con dureza.

—Ella se quedó embarazada y le dio un ultimátum. O dejaba a su mujer, o lo contaba todo. No solo su relación, sino también otras cosas turbias a la que se dedicaba el hombre.

—¿La mató él?

—No directamente. Encargó el trabajo.

—¿Y tú por qué accediste a ayudarlo? Siempre hay elec…

Ángela no le deja acabar la frase.

—¡No! —responde tajante—. A veces no hay elección. No todos somos como tú. No podemos permitirnos ser valientes.

—Yo…

—Mira… —vuelve a interrumpir la forense—. Hace dieciséis años, a mi hermanastro lo detuvieron por presunto asesinato. Y a mí me tocó hacer las pruebas al cadáver. Sé que mi hermanastro lo hizo en defensa propia. El muerto era su jefe, un cretino arrogante, déspota y manipulador, pero con mucho poder. ¿Y a quién iban a creer? ¿A un pobre desgraciado sin recursos, o a la familia de un magnate que pueden comprar a abogados y jueces? Así que no lo pensé dos veces. Lo acusaban de haberlo estrangulado, pero yo decidí poner en el informe que fue un suicidio.

Tuve la suerte en ese momento, de que, al tener apellidos diferentes, ni siquiera se percataron que había un parentesco entre el acusado y yo.

—¿Y qué pasó?

—Que cuando creía que me había salido bien la jugada, un año después, alguien se enteró de que el acusado y yo éramos familia. Me vino a pedir explicaciones. Pero en vez de denunciarme, me propuso que lo ayudara… Y así es como acabé en todo esto.

Erin no dice nada. Tampoco la juzga. Es un caso complicado.

—¿Qué harías tú por la familia? —acaba preguntando Ángela.

Erin baja la cabeza con el ceño más relajado.

—Me tenían cogida. Amenazaron a mi familia.

—Entiendo… ¿Y Angus Harris? ¿Borraste las pruebas?

Ángela asiente, avergonzada.

—Hace diez años, Harris revisó el caso de Adaya y descubrió que había cosas incongruentes en la autopsia… y no solo eso. Descubrió a los culpables.

—¿Culpables? —pregunta sorprendida—. ¿Cuántos son?

—No son policías normales…

—Eso ya lo sé…

—Son otra cosa. Criminales. Gente que hace desaparecer personas, que contrata sicarios, manipulan pruebas, amenazan, controlan cosas… Y si te digo nombres, seré la siguiente.

La conversación con Ángela había sido más dura de lo que podía imaginar. Aunque comprendía alguno de sus actos, no podía dejar de pensar si ella hubiera actuado igual…

De vuelta en casa, se deja caer en el sofá, exhausta. Llama a Neil, que contesta al segundo tono.

—Eh…

Su voz cambia al escucharla.

—¿Estás bien?

—No lo sé —responde ella.

Le cuenta todo. El hospital, Vázquez, Ángela, la autopsia… Al otro lado, Neil escucha sin juzgar.

—Te estás metiendo en algo muy grande.

—Estoy ya metida en el barro hasta el cuello.

—¿Y si paras un poco? Toma algo de distancia durante unos días…

—No puedo parar ahora.

—Entonces hazlo bien… Y no confíes en nadie.

—Eso me han dicho hoy dos personas.

—Pues por algo será… ¡Ten cuidado!

—Siempre.

Pero esta vez, siempre no suena tan convincente.

29

Erin cierra la puerta de casa con más fuerza de la necesaria. Las ideas no le han dado tregua. No paran de circular nombres, datos e informes por su cabeza. Todo gira, encaja, se rompe y vuelve a recomponerse como un rompecabezas incompleto.

Al bajar los escalones, lo ve apoyado en su coche, esperando, con esa actitud arrogante.

Otra vez Jameson.

Erin se detiene un momento, lo justo para que el cuerpo reaccione antes que la mente. La tensión le recorre la espalda como una descarga. Instintivamente, su mano se desliza hacia la pistola. No la saca, solo la prepara. Porque no sabe hasta qué punto él juega solo, ni a quién más podría arrastrar consigo.

Reanuda la marcha, con paso firme y el rostro hermético.

—Te dije que no me ocultaras información —lanza él al verla acercarse, separándose del coche con una lentitud calculada.

Su voz no suena enfadada, suena peor, contenida.

Erin se detiene hasta quedar a un par de pasos de él.

—No sé de qué me hablas —replica con frialdad.

Jameson mueve la cabeza de un lado a otro.

—A Laura Adaya la mató uno de los tuyos… —afirma—. Y por tanto, a mi padre también.

Erin no reacciona de inmediato. Lo analiza y mide cada gesto.

—¿Y eso cómo lo sabes? —inquiere finalmente.

Él da un paso adelante. Luego otro. Hasta invadir su espacio, angustiosamente cerca.

—Sus padres me lo han contado todo…

Y antes de que Erin pueda anticiparlo, sus manos se cierran alrededor de su cuello.

No aprieta lo suficiente para hacer daño real, pero sí lo suficiente para marcar territorio. Para imponer.

—No te lo repetiré más: ¡que no me ocultes información!

El pulso de Erin se acelera, pero su expresión no cambia ni un segundo, solo actúa.

Gira el cuerpo, engancha su muñeca, desplaza el peso y lo desequilibra con un movimiento limpio y preciso. Jameson impacta contra el suelo con un golpe seco.

Ella vuelve a retroceder un paso, ya en guardia.

—No puedo concretar nada hasta que no lo investigue —espeta, con la respiración firme—. Seguramente es un policía, sí. Pero no sé el nombre. Son suposiciones. Si lo supiera —le aclara desde arriba—, ya estaría detrás de él.

Jameson permanece un rato en el suelo, mirándola con una expresión casi… divertida.

Se levanta despacio, sacudiéndose el polvo del pantalón como si nada hubiera pasado.

—Pues en cuanto lo sepas, me lo dices —sentencia, clavando sus ojos en los de ella.

—Lo mismo digo.

Se quedan mirando un largo instante. La tensión entre ambos recuerda a un duelo del viejo oeste, hasta que Erin es la primera en romperlo. Lo rodea y camina hacia su coche. Pero cuando pasa junto a él, no puede evitar decir en un murmullo:

—Juro que un día pagarás por todo…

Jameson no la ha oído, pero sonríe con esa sonrisa torcida que no parece humana.

Arranca el coche sin mirar atrás. Siente su mirada clavada en la nuca, hasta que gira la esquina.

Erin siempre ha pensado que las comisarías se parecen a los icebergs: lo esencial rara vez está a la vista.

La sensación regresa en cuanto cruza las puertas de la de Genar. A simple vista, todo parece funcionar con normalidad. Agentes que van y vienen, teléfonos que suenan, expedientes que cambian de manos… Pero bajo esa superficie ordenada circula algo más difícil de nombrar: la cautela de quienes saben cuándo hablar y, sobre todo, cuándo callar.

Cruza la entrada sin saludar a nadie. Hoy no tiene cabeza para las cortesías.

El pasillo le resulta más estrecho que de costumbre. O quizá es ella. Quizá es todo lo que lleva encima.

Al fondo, se encuentra el despacho del comisario. La puerta está entreabierta. Desde fuera percibe algo en su postura, que le dice que algo no va bien.

Empuja suavemente la puerta. Lizarraga está de pie, junto a la ventana. No está trabajando, ni leyendo. No está haciendo nada útil. Solo mirando. Y eso, en él, ya es extraño.

Se gira al oírla entrar.

—Erin —pronuncia, con una rigidez poco habitual—. Justo iba a llamarte.

Ella cierra la puerta tras de sí, sin apartar los ojos de él.

—Lo sé.

—Tenemos que hablar de Angus Harris…

—Aquí no —lo corta ella en seco.

—Tienes razón —responde pasándose una mano por la frente, nervioso.

—Me estoy acercando —añade Erin, bajando la voz.

Lizarraga suelta una especie de risa seca. Sin humor.

—¿Por qué crees que estoy tan nervioso?

—Pronto dejarás de estarlo.

—No hagas nada aún —le pide, con una urgencia que no intenta ocultar—. Espera a que hablemos, en otro sitio. Hay que hacer las cosas paso a paso.

—¿Tanto miedo tienes?

—No es miedo —aclara al fin—. Es… saber contra quién estás jugando.

—Eso lo descubriremos.

—Esta noche —concreta él finalmente—. Nos vemos donde siempre.

Erin asiente una sola vez. Sin preguntas, ni concesiones. Se gira para marcharse, pero antes de abrir la puerta, se detiene sin volverse.

—Si me enviaste a Rabadás para controlarme, te has equivocado.

—Creo que no entiendes nada. Por eso tenemos que hablar.

No sigue la conversación.

El sonido de la puerta resonando en el despacho se queda dentro con el comisario y con todo lo que no ha dicho.

El resto de la mañana pasa como una corriente subterránea. Erin se sienta en su mesa, revisa papeles, abre expedientes, pero nada de eso la ocupa de verdad. Está distraída, intentando conectar cada pieza que ya empieza a tomar forma.

Alex levanta la vista un par de veces, como si quisiera preguntarle algo. Pero no lo hace. Percibe la distancia y la respeta. Erin se lo agradece, aunque no se lo diga.

A media mañana, el sonido de un teléfono rompe la monotonía. Erin levanta la cabeza. Algo en el ambiente ha cambiado. Siempre pasa cuando encuentran un cadáver.

Un agente cruza la sala con paso rápido. Otro se levanta. Las conversaciones bajan de volumen. Erin lo nota. Ese tipo de tensión… no falla. Se levanta.

—¿Qué pasa? —pregunta al aire.

Nadie responde de inmediato, hasta que uno de los agentes se gira.

—Han encontrado a alguien en el río Aniel.

Erin siente un mal presentimiento. Mira a Alex.

—Vamos.

Y mientras se dirigen hacia la salida, una idea se abre paso entre todas las demás. Una que ya no puede ignorar: todo está tan enlazado… como un engranaje maquiavélico.

Y cada paso que da la acerca a algo mucho más grande de lo que pensaba. Mucho más oscuro y, probablemente, mucho más peligroso de lo que está dispuesta a admitir.

30

El agua del río baja turbia, arrastrando hojas, ramas y restos de algo que ya no importa. A ambos lados, la vegetación crece desordenada y salvaje, dueña del terreno desde hace años.

Las cintas de policía cortan el acceso con un amarillo violento que contrasta con el gris del entorno. Dos agentes contienen a un pequeño grupo de curiosos que observan desde la distancia, con esa mezcla de morbo y miedo que siempre se produce en estos casos. Cuchichean entre ellos, bajan la voz cuando Erin pasa, pero no dejan de mirar. Ella sigue sin detenerse.

El cadáver está a unos metros de la orilla, medio atrapado entre ramas bajas y raíces retorcidas que emergen del barro. El río hizo su parte y algo, o alguien, se encargó del resto.

Erin se acerca y reconoce el cuerpo. Beatriz Ordóñez está parcialmente sumergida, el cabello oscuro pegado al rostro, enredado con restos de algas. La piel, pálida, casi translúcida, ha empezado a adquirir ese tono ceroso que borra cualquier rastro de vida. Lleva una ropa parecida con la que la vio por última vez, aunque ahora está desgarrada en algunas zonas, empapada, adherida al cuerpo, como una segunda piel.

Hay una marca visible en la sien. De golpe seco y contundente. La sangre, ya ennegrecida, se mezcla con el agua y el barro. Una de sus manos queda al aire libre, atrapada entre dos ramas, los dedos ligeramente curvados, como si hubiera intentado aferrarse a algo en el último instante.

Erin siente un nudo en el estómago. No es que sea nuevo. Ha visto innumerables cuerpos, pero este resulta distinto.

Los ojos se le llenan de lágrimas sin permiso. Parpadea con rapidez, intentando contenerlas, pero no desaparecen.

—¿Conocías a la chica? —pregunta Alex, que ha captado el cambio en su expresión.

Erin tarda un segundo en responder. Mantiene la mirada fija en el cuerpo.

—No mucho… —murmura al fin, con un nudo en la garganta—. Es…

«Pero nos unía algo… descubrir la verdad».

Alex espera.

«Y no puedo dejar de pensar… que la han matado por mi culpa».

—Es Beatriz Ordóñez —anuncia finalmente.

Alex arruga un poco el ceño, intentando encajar la información.

—Era la mujer de Diego Durán… —aclara Erin, con la voz más firme de lo que siente—. Un expolicía que se suicidó hace poco.

—¿Erais amigos?

Erin se gira hacia él, sorprendida por la pregunta.

—No… Es solo que… a veces, la vida me resulta demasiado frágil.

Sus ojos vuelven al cuerpo.

En ese momento, una joven se acerca a ellos. Lleva el mono blanco abierto hasta la cintura, guantes de látex manchados y el pelo recogido en una coleta baja. Tiene ojeras marcadas, pero los ojos despiertos y precisos.

—¡Inspectora! —saluda con un leve gesto—. Soy Marta, técnica forense.

—Erin Butler.

—Stan —añade Alex.

La chica asiente.

—Hemos tenido suerte de encontrarla —explica, señalando el punto donde está el cuerpo—. Este río se lo traga todo. Si no llega a engancharse en esas ramas… Niega levemente.

—Debe de llevar muerta dos días, aproximadamente.

«No ha sido suerte», piensa. «No han intentado esconderla».

Levanta la vista hacia el agua.

«No es casualidad… Han querido que la encuentre a propósito… Es una advertencia».

—¿Cómo murió? —pregunta finalmente.

—A simple vista, tiene pinta de ser un golpe en la cabeza —responde la chica—. Pero la forense hará el informe completo.

Erin asiente, aunque ya no la escucha. Su mente sigue dando vueltas a lo mismo.

El coche circula por la carretera mientras el paisaje se desdibuja tras la ventanilla. Árboles, campos, señales… todo pasa sin que Erin realmente lo vea. Tiene la mirada fija, pero está muy lejos de allí.

Las palabras de Beatriz resuenan una y otra vez: «Mi marido quería denunciar…»; «Algo de un coche en un río…»; «Una chica… Adaya…».

Luego, la voz de los padres: «Era policía… mayor… casado… con voz grave…».

Todo empieza a mezclarse, como piezas que no querían unirse hasta ahora.

«¿Quién sería el amante de Laura?» Su mente repasa nombres, rangos y rostros de la policía…

«¿Quién tenía poder hace quince años?»

Una voz grave, autoridad, control… Y entonces, todo se alinea. El nombre aparece solo.

—Simón Molina… —bisbisea casi sin aire. Casi sin querer.

—¿Decías algo? —pregunta Alex.

—No… —responde, forzando la normalidad—. Pensaba en voz alta.

Él no insiste, aunque no deja de observarla más de lo necesario.

Al llegar a comisaría, Erin ni siquiera se quita la chaqueta.

—Tengo que hacer una cosa —le suelta a Alex.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta.

Sale antes de que pueda añadir nada más y se mete en el coche. Marca un número de teléfono.

—¿Sí? —responde finalmente el padre de Laura Adaya.

—Soy la inspectora Erin Butler. Nos vimos hace poco. Necesito preguntarle algo más.

—¿Ha pasado algo?

—Aún no lo sé. ¿Laura tenía alguna amiga íntima?

—Sí… —responde al fin el padre—. Eva Ferrer.

Erin anota mentalmente el nombre y la dirección que le proporciona el hombre.

—¡Gracias!

—Pero…

—Tranquilo… Si averiguo alguna cosa, serán los primeros en saberlo.

Cuelga sin más preámbulos.

La calle de Eva Ferrer tiene esa quietud particular de los lugares donde todos saben quién vive detrás de cada puerta. Nada llama la atención. Precisamente por eso, cualquier anomalía resulta imposible de ignorar.

Cuando abre la puerta, Erin se encuentra con una mujer de unos treinta y pocos años. Lleva el cabello rizado y rubio, sus ojeras son suaves, pero tiene la mirada en alerta.

—¿Sí?

—Inspectora Butler —se identifica Erin, mostrando la placa—. Necesitaría hablar con usted sobre Laura Adaya.

Al oír el nombre, cambia algo en su expresión. Un gesto mínimo, pero suficiente para removerle por dentro.

—Han pasado muchos años…

—Lo sé.

—Está bien. Pase…

El interior es sencillo y cálido. Fotografías en las paredes, estanterías con libros, algún recuerdo de viajes y un gato durmiendo sobre una silla.

Se sientan.

—Laura era mi mejor amiga —confiesa Eva, sin rodeos—. Y nadie quiso escucharme cuando dije que aquello no fue un suicidio.

—¿Sabía que estaba con alguien?

La chica se muestra por un momento dubitativa, pero al final responde.

—Sí.

—¿Quién era?

—No puedo…

—Alguien más ha muerto —la interrumpe tajante Erin—. Y no va a parar.

Eso rompe a la chica, que se levanta sin decir nada y va hacia una estantería. Saca una fotografía que hay dentro de una caja y se la tiende.

—Solo vino una vez … Un día en la playa.

Erin observa la imagen. Muestra a Laura, riendo, con el mar detrás. Y a unos metros… un hombre. No está posando, ni mira a cámara. Pero es él. Más joven, pero inconfundible. Es Simón Molina. Ya no es solo una sospecha.

El corazón de Erin se detiene un momento.

—Él no sabe que tengo esta foto —añade Eva—. Se lo prometí a Laura.

—Tranquila, no se enterará.

—Hay una cosa más… —advierte Eva—. Unos años después de que Laura muriera, un hombre con acento extranjero vino a preguntarme por mi amiga. También le enseñé la foto, pero nunca supe nada más.

Erin no dice nada. «Angus Harris…», piensa.

Cuando llega a su barrio, la noche ya ha caído. El agotamiento de todo lo vivido le está pasando factura.

Cecilia está en la puerta, cargada con bolsas del supermercado.

—¡Erin!

Se acerca un poco más al ver el mal aspecto que tiene.

—¿Qué te pasa?

—Creo que ya sé quién es.

—¿Quién? —pregunta Cecilia tensando el entrecejo.

Erin la mira. En sus ojos ya no hay duda.

—El culpable —responde tragando saliva.

Cecilia tarda un rato en reaccionar intentando comprender lo que está diciendo.

—Voy a hacer justicia —continúa.

Cecilia la observa, preocupada… pero también orgullosa.

—Entonces, ¡hazlo, hija, hazlo! —responde la mujer dándole un abrazo de esos que sostienen.

Erin entra en casa y se sienta frente al portátil. Empieza a ordenar todas las pruebas: nombres, fechas, archivos, imágenes… Todo parece conectar a la

perfección. Cuando termina, coge el móvil y escribe un mensaje a Frank Lizarraga:

Lo tengo todo preparado. Mañana se sabrá la verdad...

La respuesta no tarda en llegar con urgencia.

Espera, Erin. Aún no hagas nada. Así no es como se hace...

Ella observa la pantalla.

Ya está hecho.

31

Las comisarías son expertas en convivir con el desastre. Lo archivan, lo clasifican y aprenden a seguir adelante. Pero hay días en los que ni siquiera ellas consiguen disimularlo.

Camina con paso firme hasta su mesa, aunque por dentro lleva horas en tensión y sin dormir. Ha repasado mentalmente cada prueba, unas cuarenta veces, cada conversación, cada pieza del puzle. Todo está listo. O eso quiere creer.

Deja el bolso, se sienta y finge normalidad. Pero sus dedos tamborilean nerviosos sobre la mesa. El gesto es mínimo, imperceptible para cualquiera que no la conozca.

Sabe que van a venir. Y cuando lo hagan… ya no habrá marcha atrás.

Desde el despacho acristalado, Frank la observa. No se esfuerza mucho en disimular. Su mirada es insistente, inquieta. Parece querer anticiparse a algo que no controla. Finalmente, sale de la dependencia.

Se aproxima con aparente calma, aunque el leve fruncir de su ceño lo delata.

—Butler… —susurra en voz baja—. No habrás hecho ninguna imprudencia, ¿verdad?

—No es ninguna imprudencia —replica con serenidad—. En unos minutos vendrán los de la unidad de asuntos internos.

Lizarraga se queda petrificado.

—¡¿Qué has hecho, Erin…?! —farfulla, ahora sin disimular el enfado y la preocupación—. Te dije que esperaras.

—¿Esperar a qué? —pregunta desconcertada por la reacción.

Él niega con la cabeza. Se pasa una mano por su barbilla, visiblemente alterado.

—Ahora no podré protegerte…

—No pasa nada —dice apoyando una mano en su hombro, intentando tranquilizarlo—. Todo va a salir a la luz, por fin…

Pero él no está muy convencido, al contrario, su inquietud crece.

A unos metros, Alex observa la escena en silencio. No interviene, pero sus ojos van de un lado a otro, atento.

Entonces ocurre. La puerta de la comisaría se abre. No de golpe. Hay presencias que no necesitan ruido para imponerse. Tres figuras entran con paso firme, trajes oscuros, rostros serios y miradas que no se detienen en lo insustancial. No saludan, ni tampoco sonríen. Evalúan, analizan y juzgan.

El murmullo habitual empieza a apagarse poco a poco, al igual que si alguien estuviera girando lentamente el dial del sonido hasta dejarlo en casi nada.

Uno de ellos, el que encabeza el grupo, se detiene en el centro de la sala. Extrae su placa, con un gesto preciso.

—¡Buenos días!

Su voz no es muy alta, pero atraviesa el espacio con autoridad.

—Inspector Hergueta, Unidad de Asuntos Internos.

Hace una breve pausa, controlada.

—A partir de este momento, les ruego que dejen lo que estén haciendo.

Algunos agentes intercambian miradas. Otros continúan tecleando un segundo más, hasta que comprenden que no es una sugerencia.

—Durante las próximas horas —prosigue—, esta comisaría quedará bajo supervisión interna. Se realizarán verificaciones de sistemas, análisis de equipos informáticos y entrevistas individuales. Queda restringido el uso de teléfonos móviles y accesos a terminales, hasta nueva orden.

Un suspiro nervioso se escapa en algún punto de la sala. Un portátil se cierra con un golpe seco.

La tensión se instala como una descarga invisible.

Erin contempla la escena sin moverse. Por fuera, está impasible, en cambio por dentro, no deja de estar expectante. Es el momento que tanto ha esperado.

Uno de los agentes se dirige directamente al despacho de Lizarraga. La puerta se cierra tras ellos.

Dentro, el ambiente se vuelve aún más áspero.

—Comisario —indica Hergueta, con una compostura milimétrica—. Necesitaremos acceso a los servidores, registros de actividad y expedientes recientes.

Lizarraga permanece de pie, rígido como una figura tallada.

—¿Se puede saber el motivo?

—Se le informará en su debido momento. Por ahora, requerimos su colaboración.

El comisario exhala con fuerza y no es solo por resignación. Intuye que algo malo está por llegar.

—Adelante —concede finalmente—. Tienen vía libre.

—¡Gracias!

El inspector asiente y se vuelve hacia su equipo.

—Comiencen.

La puerta se abre de nuevo. Y cuando lo hace, la comisaría ya no es la misma. No hay conversaciones, ni ruido. Solo movimientos medidos y miradas que evitan cruzarse.

Por primera vez, nadie sabe en quién confiar allí, dentro.

Hergueta recorre la sala con la vista y se detiene en medio de esta.

—¿Quién es la inspectora Butler?

—Soy yo —responde sin temblarle la voz.

Está deseando explicar todo lo que ha encontrado.

Hergueta la observa con detenimiento, de arriba abajo, dando la impresión de que ya tenía una opinión formada de ella.

—Erin Butler Roble —articula con precisión—, ¡queda usted detenida!

El impacto es brusco.

—¡¿Perdón?! —Su expresión se endurece—. Debe de haber un error.

—Queda detenida por presuntos delitos de sustracción de pruebas, encubrimiento, acceso ilegal a sistemas policiales, allanamiento de morada y posible homicidio.

—¡¿Pero qué demonios dicen?!

Cada acusación cae con el peso de una sentencia anticipada. El mundo se vuelve más lento de repente. Dos agentes se aproximan.

—Tiene derecho a guardar silencio, a no declarar contra sí misma y a designar un abogado.

—Esto es absurdo —interrumpe Erin, retrocediendo un paso—. Yo soy quien ha solicitado…

El sonido de las esposas interrumpe cualquier explicación. Clic.

—¿Es necesario? —interviene Lizarraga, incómodo.

—Es el procedimiento estándar —responde Hergueta, sin mirarlo siquiera.

—Están cometiendo un error —insiste ella, ahora con una rabia contenida que no logra disimular—. Van detrás de la persona equivocada.

Pero nadie responde. Algunos compañeros la observan. Alex no sabe dónde mirar. Otros apartan la vista. Nadie interviene. La traición no siempre es un grito. A veces… es un silencio amargo.

Mientras la guían por el pasillo, intenta recomponer el caos en su cabeza. «Yo no debería estar aquí… He picado como una mosca en una telaraña…» «Lo tenían todo preparado… para que yo cayera…»

Al final del pasillo, lo ve apoyado contra la pared. Impecable, tranquilo e intocable. Simón Molina.

Sus miradas se cruzan. Ella siente un latigazo de ira recorriéndole el cuerpo. Él sonríe. No es una sonrisa abierta y jocosa. Tampoco evidente. Es cínica. La sonrisa de alguien que ya ha ganado antes de empezar la partida.

Niega con la cabeza, incapaz de ocultar su decepción y a la vez su victoria.

Erin se detiene una fracción de segundo ante él.

—Esto no va a quedar así —escupe, con la voz cargada de furia.

Molina no responde. Se aparta de la pared y, con las manos en los bolsillos, se marcha con absoluta calma. Nada en su actitud delata al hombre implicado. Al cabo de poco, su presencia ya parece haberse borrado del lugar.

Erin reanuda la marcha. Y ahora lo tiene claro. Esto no es una equivocación. Están todos compinchados. Es una jugada. Y acaba de empezar la partida más peligrosa de todas.

32

Ser humilde, justo y compasivo deberían ser virtudes que destruyeran muros en cada paso del camino. Sin embargo, tener esas cualidades en un mundo de corrupción puede ser una maldición.

La sala de interrogatorios aparenta ser más pequeña de lo que Erin recuerda. Quizás porque ahora es ella la que está al otro lado y tiene la sensación de que las paredes cada vez se estrechan un poco más.

No tiene ventanas ni hay relojes. Solo hay una mesa metálica anclada al suelo, tres sillas y una cámara en la esquina superior que registra cada actividad. La luz cae desde arriba, directa, sin dejar espacio a las sombras.

Erin permanece sentada, con las manos esposadas, apoyadas sobre la mesa. Ha dejado de intentar recolocarse. Cada movimiento hace ruido. Y aquí, el ruido juega en su contra.

Cree que ha pasado una hora, pero tan solo han sido minutos. La espera se le hace larga. La puerta se abre con un clic seco.

Entran dos personas. El inspector Hergueta y una agente más joven, con una carpeta bajo el brazo. Ninguno de los dos sonríe.

—¿Más cómoda? —inicia Hergueta mientras toma asiento frente a ella.

Erin aparta la vista del suelo y mira al frente sin responder.

—Vamos a intentar que esto sea sencillo —continúa él, juntando las manos sobre la mesa—. Cuanto antes aclaremos ciertas cosas, antes podrás irte a casa.

—¿Sin abogado? —pregunta, con una calma que roza lo afilado.

—Está en camino —replica él sin inmutarse—. Pero mientras tanto, podemos continuar. No es un interrogatorio formal aún. Solo queremos… entender.

—Curioso. Me detienen, me esposan… pero no es un interrogatorio.

Hergueta sigue sin perder el gesto neutro.

—Tú decides cómo de fácil o difícil quieres que sea esto.

—Yo lo único que sé es que ayer les envié suficientes pruebas, para detener al menos una de las personas implicadas en el asesinato de Laura Adaya y otros delitos. Y ahora soy yo la que está aquí esposada.

Los dos policías hacen caso omiso a lo que acaba de decir, ninguneando vilmente cada una de sus palabras. Ella se da cuenta enseguida que la corrupción que perseguía es más grande de lo que creía. «Frank me advirtió y yo… no le hice caso», piensa lamentándose.

La joven agente abre la carpeta y coloca varias hojas sobre la mesa. Fotografías, informes, capturas de pantalla…

—Empecemos por algo simple —expone ella—. ¿Reconoce este acceso?

Erin baja la vista hacia el informe. Es un registro informático con su usuario, BUTLER.E. Hay accesos a archivos confidenciales y al expediente de Diego Durán.

Siente un leve tirón en el estómago. Hace unas semanas ya se dio cuenta de que alguien estaba manipulando su perfil y ahora entendía el porqué. Para utilizarlo en su contra.

—Sí —responde sin rodeos—. Es mi usuario, pero alguien entró con mis credenciales. No yo.

Los dos agentes se miran. Erin sabe perfectamente qué significa ese movimiento de cabeza. No creen ni una sola palabra.

—¿Entonces, no accedió usted a ese expediente fuera de su turno?

—No.

La agente anota algo.

—¿Está segura?

—Muy segura.

Hergueta ladea la cabeza despacio, algo no le acaba de cuadrar. Ella sabe que aún no la pueden incriminar… No del todo. Pero es el primer paso. ¿Cómo va a demostrar que dice la verdad?

—El usuario que usted —el agente tose—, o supuestamente alguien haciéndose pasar por usted estuvo buscando dentro de un expediente. ¿Qué sabe sobre eso?

—No tengo nada que decir.

Él suspira fuerte, como si se le estuviera acabando la paciencia.

—¿Así que no buscaba información relevante para un caso que usted no llevaba?

—¿Qué caso?

—Angus Harris —contesta el agente escrutándola con los ojos.

—Conozco el caso —anuncia conteniéndose—, pero lo cerraron.

—Interesante. Entonces usted no estaba asignada oficialmente a ese caso, en ese momento, ¿verdad?

Erin no responde. La agente desliza otra hoja.

—También encontramos esto.

Le enseñan una imagen borrosa, en blanco y negro, grabada desde una de las cámaras de seguridad de comisaría. A Erin se le endurece la expresión al instante. Es ella, o alguien que parece ella, entrando de noche en comisaría.

—No —farfulla ella casi sin darse cuenta.

—¿Perdón? —inquiere Hergueta.

—Esa o eso no soy yo —afirma.

—La identificación facial coincide —replica la agente.

—Pues está mal.

Se echa un poco hacia delante, ignorando el tintinear de las esposas.

—Yo no estuve ahí esa noche y a esa hora.

—Erin… —pronuncia él con una cercanía calculada—. Esto no es una persecución. Son hechos. Hay registros, imágenes…

—Manipulados —corta ella.

La palabra queda suspendida en el aire. Hergueta la observa con algo más que neutralidad.

—¿Está insinuando que alguien ha falsificado pruebas para incriminarla?

—No lo insinúo.

La agente pasa a la siguiente fotografía.

—También tenemos constancia de que accedió al domicilio de Diego Durán sin orden judicial.

Eso sí que no puede negarlo.

—Sí —contesta con la mandíbula tensa.

—¿Puede explicar por qué?

—Porque estaba investigando su muerte.

—¿Por su cuenta?

—Sí. Porque no creo que se tratase de un suicidio.

—¿Saltándose el procedimiento?

—Sí.

La agente levanta la vista.

—¿Entiende que eso constituye allanamiento de morada y posible sustracción de pruebas?

—Entiendo que a veces alguien tiene que hacer el trabajo que nadie está haciendo.

—O que alguien está intentando ocultar algo muy grave —responde Hergueta.

Erin siente como el hombre le devuelve el golpe.

—Si quisiera ocultar algo —responde, midiendo cada palabra—, no lo haría dejando rastro en los sistemas de la policía.

En esta ocasión, la agente duda al escribir, pero Hergueta no desiste.

—Entonces, explíqueme esto.

Desliza un último documento: un informe con transacciones, movimientos, vinculaciones…

Su nombre aparece asociado a pruebas desaparecidas. Eso sí es un golpe de verdad.

—Esto… —empieza a decir y su voz se quiebra—, no es real.

—Todo lo que tenemos apunta a lo contrario.

—No. No —responde ella negando con velocidad—. Esto está montado.

Siente cómo el pulso se le acelera.

—¿Quién? —pregunta Hergueta, sin perder la calma—. ¿Quién tendría interés en incriminarla?

Erin está a punto de abrir la boca. El nombre gira en su cabeza, pero no quiere decirlo aún.

—No lo sé —miente.

—Eso es un problema —afirma recostándose en la silla.

La agente cierra la carpeta con un golpe seco.

—Porque ahora mismo, inspectora, todo apunta a usted.

Erin siente un peso dentro. Empieza a preguntarse si podrá salir de ahí.

—Esto es un error… —articula, más para sí misma que para ellos.

—Entonces, ayúdenos a entenderlo —insiste Hergueta—. Porque ahora mismo, lo que vemos es a una inspectora accediendo ilegalmente a archivos, entrando en domicilios sin autorización y vinculada a la desaparición de pruebas, entre otras cosas.

—Ahora yo estaba investigando un asesinato y… —intenta aclarar.

—¿El de Beatriz Ordóñez? —interrumpe la agente.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque usted fue una de las últimas personas en verla con vida —continúa la agente.

—¡¿Qué quiere decir con eso?! —pregunta Erin rabiosa.

—Que usted aparece relacionada con la muerte de Ordóñez.

—Eso no… —niega, pero su voz ya no es igual—. Eso no tiene sentido.

—Lo tiene —responde Hergueta—. Si empezamos a mirar en la dirección correcta.

Erin siente el vértigo, como el agujero de la trampa se va haciendo más grande hasta caer dentro.

—Estáis yendo en la dirección que alguien quiere —espeta, más alto ahora —. Esto está preparado.

—¿Por quién?

Entonces… La puerta se abre, sin aviso.

—Mi clienta no va a responder a ninguna pregunta más.

La voz corta la sala como un cuchillo limpio. Los tres se giran hacia el hombre con traje oscuro y gesto serio. Hay algo familiar en él. Entra con paso firme. Erin pestañea un poco y se fija bien en su rostro. Y entonces se da cuenta: esa forma de la mandíbula, los ojos…

Cuando le dejaron hacer una llamada, llamó a Ray para que le buscara un abogado. Lo que desconocía era que tuviera un hermano que ejerciera de ello.

Sin poder evitarlo, se le escapa, incrédula, una media sonrisa.

—Soy Izan López, el abogado de la inspectora Butler… Y por lo que veo, llego justo a tiempo.

Hergueta se pone en pie.

—Aún no habíamos comenzado el interrogatorio formal.

—Entonces mejor —responde el abogado sin perder el tono—. Así evitamos cualquier irregularidad.

Se acerca a Erin en voz más baja, añade:

—Soy hermano de Ray. Él me ha avisado.

—No hace falta que me lo jures —responde ella sonriendo.

Él esboza también una sonrisa. Después, se gira de nuevo hacia los agentes.

—A partir de ahora, cualquier pregunta pasará por mí. Y les recomiendo que revisen muy bien esas pruebas, antes de seguir adelante.

—Esto no ha terminado —advierte Hergueta, con tensión.

—Ni ha empezado bien —replica el abogado.

Erin relaja los hombros, algo aliviada. Esta vez parece que el oxígeno vuelve a existir.

Y la partida acaba de empezar.

33

El pasillo de los calabozos es frío. No tanto por la temperatura, pero sí por lo que representa. Las luces son más pobres, despojadas de cualquier calidez. Todo suena distinto ahí abajo: los pasos, las llaves, incluso la respiración.

Erin está sentada en el banco de cemento, recostada contra la pared. Las manos aferradas sobre el regazo y la vista clavada en el suelo. No ha perdido la calma, pero la rabia… sigue ahí, hirviendo.

Se oyen pasos. No son los de antes. Son más suaves y conocidos.

Erin levanta el rostro. Ray asoma al otro lado de los barrotes. Lleva la chaqueta mal puesta, probablemente se la puso a toda prisa, al salir corriendo. El pelo lo lleva algo desordenado. La preocupación no la disimula.

—¡Hola, Ray! ¿Cómo has conseguido que te dejen entrar?

—Uno tiene sus contactos… Vaya lío has montado… —responde, intentando suavizarlo con una media sonrisa.

Erin no sonríe, aunque algo en su mirada se afloja. Él se aproxima un poco más.

—¿Estás bien?

—He estado mejor…

Ray asiente, serio ahora.

—Mi hermano me ha dicho que estarás detenida hasta mañana… ¿Qué ha pasado? No entiendo por qué te detienen a ti…

—Alguien ha decidido que soy el problema —contesta abatida—. La corrupción es más grande de lo que creía…

—Para ellos eres un peligro. Les das miedo.

—Más bien soy un estorbo… Y se han esforzado en manipular pruebas, registros, cámaras… para que todo apunte hacia mí.

—¿Tan bien hecho está? —pregunta con seriedad.

—Demasiado bien.

—Entonces, hace tiempo que lo estaban planeando…

—Sí… Gente con poder, con acceso y tiempo.

—¿Los culpables están aquí dentro?

—Muy dentro… Simón Molina es uno de ellos —responde con un hilo de voz.

Ray abre los ojos de par en par. Aún no habían hablado de eso. Después, se frota la frente, preocupado.

—Dime qué necesitas… Tenemos que sacarte de aquí.

Ella se acerca un poco más a los barrotes, acortando la distancia entre ellos.

—Necesito que revises la autopsia de Laura Adaya otra vez. Pide una autorización a la familia. Lo que sea… No te dejes nada.

Ray se queda pensativo, procesando la información.

—Pero… ¿cómo? Necesito una autorización judicial para una exhumación.

—Los padres estarán de acuerdo y por lo demás pediremos ayuda a Lizarraga y a Ángela… Quedará entre nosotros…

—¿Ángela? ¿Estás segura?

—Sí —afirma sin titubear—. Ella nos ayudará… Sé que esto no debería hacerse así, pero si esperamos a un juez, no llegaremos a tiempo.

—Lo entiendo —responde él, acariciandole parte de la cabeza a través del barrote—. ¿Qué esperas encontrar en la autopsia?

—Busco algo concreto. Algo que demuestre que no fue un suicidio y que incrimine a Molina directamente. Además, estaba embarazada… Tendríamos que analizar el ADN… Puede que encontremos algo que nadie pudo borrar del todo.

—Vale. Lo haré —contesta sin dudar.

Erin suspira, aliviada.

—Y hay otra cosa… —explica ella—. El vídeo que tienen de mí… de la comisaría…

—¿El de las cámaras de seguridad?

—Es falso.

—¿Y cómo es posible?

—No soy yo. Es un montaje con inteligencia artificial.

—Entonces lo desmontaremos.

—Gracias, Ray, por tu ayuda.

—Para eso estoy.

—Por cierto —añade ella con un matiz más alegre—, no sabía que tenías un hermano abogado. Os parecéis bastante.

—Pero yo soy más guapo, ¿no? —responde divertido.

—Es discutible.

—Me lo tomaré como un sí.

—Otra cosa… —retoma ella—. ¿Podrías llamar a Neil? Solo me dejaron hacer una llamada y te elegí a ti, por lo del abogado.

—Ya lo he hecho —le dice él con suavidad.

Erin lo mira sorprendida. Al momento, le hace un gesto de agradecimiento.

—Oye… —añade Ray con un tono más suave—. No estás sola en esto.

—Lo sé.

Un agente se acerca por el pasillo.

—Tiempo.

—Vale… vale… —responde él con lamento.

Da un paso hacia atrás, pero sigue hablando.

—Aguanta, ¿sí?

Erin hace un gesto afirmativo.

Ray se aleja. Sus pasos se pierden poco a poco en la distancia. El silencio se vuelve insoportable. Se queda sola otra vez. O eso cree. Porque unos segundos después, vuelve a oír pasos, aunque estos son diferentes. Son pasos pesados, lentos y seguros.

Se detienen frente a la celda. Ella levanta la mirada lo justo. Simón Molina la contempla, impecable, con las manos en la espalda. La observa como quien mira un experimento.

—Inspectora Butler… —su voz grave llena el espacio sin esfuerzo—. Qué situación tan… desafortunada.

Ella se incorpora despacio. No retrocede, ni desvía la vista.

—No esperaba menos de ti —continua.

Molina esboza una leve sonrisa.

—¿De mí? —pregunta ella confundida.

—Sí.

Él se acerca un paso más, haciéndola notar que él está fuera y ella dentro de una celda.

—Es curioso —sigue—. A veces, cuando uno investiga demasiado, acaba encontrándose a sí mismo en el lugar equivocado.

—O en el lugar correcto —le responde tensando los labios.

—Eres valiente… Pero imprudente. ¿De verdad pensabas que podías llegar tan lejos… sin consecuencias?

—Esto aún no se ha acabado —responde ella desafiante.

Molina la estudia con los ojos afilados y tensos, midiendo hasta dónde puede apretar.

—Te daré un consejo —anuncia finalmente, en un tono casi amable—. Deja de luchar contra cosas que no puedes cambiar.

—Tú sí puedes cambiar —responde en voz baja—. Puedes entregarte de una vez.

—No sabes en qué terreno estás pisando —sostiene él con la sonrisa helada.

—Y tú no sabes hasta dónde estoy dispuesta a llegar.

—Te propongo algo… —responde él enderezándose un poco—. Trabaja para mí. Me podrías servir de mucha ayuda. Y si aceptas, en menos de una hora estarás fuera de aquí y sin cargos.

Ella lo escruta con una mirada vidriosa.

—Escucha bien lo que te voy a decir. Tal vez me pase en la cárcel los próximos años, por culpa de gente como tú, pero conmigo no podréis… Porque hay una cosa que me hace libre… y que se llama dignidad. Eso no me lo podrá quitar nadie jamás. Ningún acuerdo, por muy tentador que sea, hará que deje de respetarme a mí misma.

—Muy bien. Pues enhorabuena por esa super dignidad —contesta riéndose —. Espero que cuando lleves diez años en prisión te acuerdes de esta conversación. No te voy a explicar lo que les hacen a los maderos… Eso tú ya lo sabes. Descansa, inspectora —añade al final—. Te va a hacer falta.

Empieza a alejarse, pero se detiene un instante sin girarse.

—Ah… y una cosa más… No todos los que crees que parecen ayudarte… están de tu lado.

Y se marcha.

Erin se queda quieta. «¿Qué narices ha querido decir con eso?», piensa.

Ahora no solo tiene claro quién está detrás. Sabe algo más peligroso. Esto no va solo de justicia, va de quién sobrevive.

34

La puerta metálica se abre con un sonido estridente, poco ceremonioso. No hay música de fondo, ni un alivio inmediato. Más bien frustración y un vacío interior.

Erin sale acelerando el paso por el pasillo largo y angosto, iluminado con esa luz que no distingue entre culpables e inocentes.

El sonido de sus pasos suena más de lo que debería, casi molesta. Lleva la misma ropa del día anterior, arrugada, marcada por las horas sin descanso. El pelo alborotado, el rostro cansado y… distinto.

Un agente joven le devuelve sus pertenencias en una bandeja de plástico: el móvil, las llaves, la cartera, la placa y el arma descargada.

—Puede irse —anuncia sin mirarla. Es una situación incómoda para ambos.

Ella hace un gesto afirmativo sin responder. Recoge sus cosas con movimientos mecánicos, intentando asimilar que es la primera noche que pasa en un calabozo. Quizás debería escribir un par de sugerencias a los que montan esta clase de cubículos.

Pero aún no está libre. Al menos, no del todo. Cuando atraviesa la última puerta y pisa el exterior de las dependencias de la policía, el aire le golpea la cara con una frescura casi violenta. Inspira hondo para no desmayarse allí mismo. Siente cómo el ritmo de su respiración vuelve a la normalidad. Allí dentro respiraba a medias. Lizarraga la espera, apoyado junto a la pared, con los brazos cruzados. Aunque no fuma, da la impresión de que tuviera que encenderse un cigarrillo en cualquier momento. Tiene esa expresión de quien tiene que dar malas noticias y no sabe por dónde empezar.

Cuando Erin se acerca, él se estira lentamente. Sabe lo que tiene que decirle, pero no cómo hacerlo.

—¿Cómo has pasado la noche?

—¿Tú qué crees? —responde con ira contenida.

—Te dije que esperaras…

—Tendrías que haberme dicho desde el principio que Molina te tiene cogido por el cuello…

—No es tan fácil… No es solo Molina. Ya has visto cómo actúan los de asuntos internos…

Erin se encoge.

Un coche pasa por la calle a la vez que alguien habla a lo lejos. La vida sigue con una normalidad que resulta casi ofensiva.

—Sigues siendo investigada. Estás en libertad, pero con cargos.

—Ya lo sé —suelta, con una pequeña risa sin humor.

—Erin… —lamenta él apartando sus ojos de ella—, siento lo que te voy a decir…

Ella se tensa.

—Hasta que se aclare todo esto… tengo que suspenderte del cuerpo.

Las palabras le arden en el cerebro. No responde de inmediato, solo pestañea incrédula, como si necesitara reajustar la realidad.

—¿Suspendida? —repite, sin alzar la voz—. ¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé —responde él con una incomodidad moral—, son órdenes de Molina.

La expresión de Erin es angustiante.

—Es cautelar —aclara él—. Es el procedimiento estándar en casos así.

—¿Casos así? —le reprocha clavándole la mirada.

Lizarraga no se defiende. Sabe que no puede.

—No puedo hacer nada —admite, afligido—. Si no firmo esto, levantaría sospechas. Y ahora mismo… no estamos en posición de…

—¿De qué? —le corta ella, con más rabia—. ¿De parecer corruptos?

Lizarraga no está enfadada con ella, la entiende. Está defraudado consigo mismo.

—Esto es más grande de lo que aparenta —defiende él.

—Ya lo sé.

—Entonces entiende que tenemos que jugar bien las cartas.

—Claro. Siempre hay que jugar bien las cartas —responde ella con acritud.

Siente una decepción tan profunda, que cree que podría morirse de pena en ese mismo instante.

—No estás sola en esto —afirma él intentando apaciguar las cosas.

Erin sonríe, pero la sonrisa no le llega ni a los ojos.

—Eso me lo han dicho mucho últimamente… Pero curiosamente, cada vez estoy más sola.

El inspector se queda sin palabras. No hay respuesta buena para eso.

—Tienes que acompañarme a dejar la placa y el arma. El agente que te ha atendido es novato y era su primer día. Te ha entregado la placa y el arma por error. Lo siento.

Primero la acompaña a la zona de armería. Allí, un agente mayor, a punto de jubilarse, le entrega una bandeja donde debe dejar el arma. Ella observa la bandeja vacía. Saca lentamente la pistola de la funda. La sostiene un segundo más de lo necesario y luego la entrega, con el corazón hecho añicos.

Más tarde, en el despacho de Lizarraga, entrega su placa. La coge y la examina brevemente. El metal frío en la mano le resulta familiar… y lejano al mismo tiempo.

Un silencio plúmbeo se interpone entre los dos. Ella mira la placa una última vez. Todo lo que representa. Todo lo que ha sido. Y sin dramatismo, sin gestos grandes, la deja en la mano de Lizarraga.

Ahora sí. Es real. Ya no es inspectora. El inspector recoge la placa con cuidado y respeto.

—Es temporal… te lo prometo —añade él, aunque suena más a deseo que a firmeza.

Erin no dice nada. Se gira dando un paso y luego otro sin mirar atrás.

—Recuerda que tienes que comparecer ante la fiscalía en una hora… Y dúchate… —se oye decir a lo lejos el hombre.

El sol ha subido lo suficiente como para iluminar las calles con una claridad que ahora le parece cegadora. Todo se muestra excesivamente visible. Siente que la luz le molesta.

Camina sin rumbo fijo durante unos minutos. Necesita moverse y sentir que todavía puede decidir hacia dónde ir, pero en su cabeza todo sigue girando

como una noria: las pruebas, el vídeo, el informe… y Molina. El repugnante señor Simón Molina.

Se detiene en una esquina y saca el móvil casi de manera automática. Al encenderlo ve que tiene una pila de mensajes: de Ray, de Neil, de Cecilia… Duda un momento si responder a alguno de ellos. Pero el cansancio del fracaso la tiene hundida, completamente abatida.

Finalmente llama a Neil, aunque es él quien lleva casi toda la conversación. Ella apenas escucha algunas frases sueltas, entre el ruido de la ciudad y el cansancio acumulado que le aplasta las sienes.

—No te rindas, Erin… Ya casi lo tienes… Y lo del vídeo puede desmontarse, ya me he puesto con ello.

Mientras lo escucha se deja sostener por la pared de un edificio y cierra los ojos un instante. Hay gente caminando a su alrededor, coches pasando, conversaciones lejanas… Nadie parece percatarse de que su vida acaba de romperse por dentro.

—He hablado con el hermano de Ray —continúa él—. Quiere analizar los metadatos del archivo original. Si el vídeo está manipulado, dejará rastro. Siempre lo hace…

—Me encanta cómo habláis los informáticos… —responde Erin, dejando escapar una risa breve, agotada—. Metadatos… Suena muy esperanzador.

Neil también se ríe, aunque ella percibe la tensión escondida detrás.

—Porque lo es. La inteligencia artificial puede imitar una cara, una voz o unos movimientos… pero todavía comete pequeños errores. Y cuando los encontremos, podremos desmontar toda esta mierda.

«Eso es exactamente en lo que se ha convertido mi vida ahora, en una mierda», piensa Erin.

Baja la mirada hacia la funda vacía del arma que suele llevar en la cintura. El peso resulta mínimo, pero emocionalmente le resulta insoportable. Nunca había imaginado que le dolería tanto separarse de algo tan simple como un trozo de metal y su arma.

—Ya no soy inspectora… —suelta al final.

—Eso no cambia quién eres.

Esa frase, esa maldita frase, le golpea más fuerte de lo esperado. Porque ahora mismo ya no sabe quién es. Una policía suspendida, una sospechosa, una

mujer agotada persiguiendo una verdad que parece devorar a cualquiera que se acerque demasiado…

Aprieta los labios para contener el temblor que amenaza con romperle la voz.

—Tengo miedo, Neil.

Es la primera vez que lo admite en voz alta. No miedo a morir. A eso hace años que se acostumbró. Miedo a perderse a sí misma por el camino.

Neil tarda un poco en responder.

—Entonces… deja que te ayudemos.

Es verdad que hay personas que intentan ayudarla: Ray, el abogado, Ángela… Incluso Lizarraga, atrapado en su propia cobardía. Hay personas intentando sostenerla mientras todo alrededor se desmorona.

Erin abre los ojos y observa perpleja el movimiento de la calle.

—¿Dónde estás ahora? —pregunta Neil.

—No lo sé… —responde, desorientada.

Y es verdad. No sabe exactamente dónde está, ni hacia dónde va.

—Voy para casa —anuncia finalmente—. Tengo una maravillosa cita con la fiscalía.

—Está bien… Cuéntame luego como te ha ido.

—Oye, Neil…

—¿Sí?

Le gustaría decirle muchas cosas: que lo echa de menos, que necesita abrazarlo, que últimamente, cuando todo se hunde, él es una de las pocas cosas que todavía le son seguras. Pero al final solo susurra:

—¡Gracias!

—No tienes que darme las gracias —contesta con suavidad—, ya lo sabes.

La llamada termina. Erin se queda parada, sujetando el teléfono entre las manos. Después, lo guarda y echa a andar otra vez.

35

Cuando entra en casa, le parece inaguantable la ausencia de ruido. Ni siquiera abre las persianas. Se mueve con gesto torpe y ridículo. Beber unas cervezas de camino no le han sentado bien. Se queda quieta un instante en medio del salón. No recuerda qué tenía que hacer.

Logan surge desde el pasillo y corre hacia ella moviendo la cola. Maúlla varias veces, reclamando atención, pero al verla se detiene de golpe. Ladea la cabeza, desconfiado. Los animales siempre perciben, antes que nadie, cuando su compañero humano no está bien.

Deja una bolsa llena de botellas de vino y otros licores sobre la encimera de la cocina.

Siente un hueco en el pecho. Le han arrancado una parte de sí misma, y ahora su cuerpo no sabe cómo acostumbrarse a la ausencia.

Abre un armario y coge una copa. Se llena el vaso hasta arriba de vodka. Ni siquiera le gusta demasiado el alcohol, pero ahora mismo necesita apagar algo dentro de su cabeza. O intentarlo.

Bebe un trago largo. Le sabe horrible. Parece ácido ardiendo por su garganta. Pero sigue bebiendo.

Acaba sentándose en el suelo de la cocina, con la espalda pegada a los muebles bajos y las piernas dobladas. Logan se acerca despacio y se acomoda a su lado, observándola con esos ojos enormes que seguro que comprenden más de la cuenta.

Erin deja escapar una risa amarga.

—Mírame… —balbucea acariciándole distraídamente la cabeza—. Tú por lo menos sigues teniendo claro lo que eres.

El gato ronronea suavemente.

Ella bebe otro trago, hasta que el calor desagradable del alcohol empieza a subirle por el cuerpo y a nublarle un poco las ideas.

Y allí es cuando llega el golpe de verdad. No se trata ya de Asuntos Internos, de Molina o la humillación. Lo que realmente termina de hundirla es una pregunta absurda y sencilla que brota de pronto en su cabeza: «¿Y ahora qué se supone que soy, si ya no soy policía?».

Cierra los puños con rabia.

Durante años toda su vida ha girado alrededor de aquello: su placa; resolver casos; la necesidad enfermiza de encontrar respuestas; de impedir que alguien más acabara como Caterina.

El nombre le atraviesa el pecho como una cuchilla vieja. La recuerda un instante. Vuelve a verla riendo junto al mar, con el pelo mojado pegado a la cara y esa manera de mirarla, cuando el mundo parecía un lugar seguro.

«Todo esto lo hice por ti», piensa Erin mientras siente cómo el alcohol empieza a revolverle el estómago.

«Y mírame ahora: suspendida, acusada, destrozada…»

—Soy una fracasada… —musita con la voz rota.

Logan se incorpora de golpe cuando alguien llama al timbre. Ella tarda un poco más en reaccionar. El timbre vuelve a sonar.

—Ya voy… —gruñe. Se levanta torpemente apoyándose en la encimera.

Cuando abre la puerta se presenta Cecilia con una bolsa reutilizable llena de tuppers y comida.

La mujer, nada más verla, contrae el entrecejo.

—Madre mía, Erin… ¿Qué haces bebiendo a estas horas de la mañana?

—¡Hombre…! —barbotea ella apartándose para dejarla pasar—. Llegas en el mejor momento.

Cecilia entra despacio, observándola con preocupación.

—Ay, hija… no me gusta verte así.

—Pues acostúmbrate. —Erin se ríe sola mientras vuelve hacia la cocina—. Ven, ven… Vamos a celebrarlo.

Coge otra copa del armario y le sirve el licor sin preguntarle siquiera.

—¿Celebrar qué exactamente?

Erin levanta su vaso como si estuviera brindando en una fiesta elegante.

—Que oficialmente soy una fracasada.

—No digas tonterías —le suelta con ternura cansada.

—No, no… es verdad. Ya no soy policía —hace un gesto absurdo buscando la placa en el bolsillo de la chaqueta—. Mira… ah, no. Espera. Que ya no la tengo.

Cecilia deja la bolsa sobre la encimera y se acerca a ella.

—¿Qué ha pasado?

Erin bebe otro trago, grande.

—Pasa que los malos ganan. Siempre. Y encima tienen otros malos que los protegen. Como muñecas rusas llenas de mierda.

—Todo se arreglará al final…

—No. —Niega con la cabeza—. Nada se arregla nunca. Solo se tapa.

—Siéntate un momento —sugiere la mujer apartándole suavemente la copa de la mano.

—¿Me estás echando la bronca?

—Te estoy cuidando.

La frase desarma a Erin más de lo esperado. Se deja caer en una silla mientras Cecilia empieza a moverse por la cocina con naturalidad, como si hubiera vivido allí toda la vida. Encuentra un sobre de manzanilla, pone agua a hervir y abre el armario, sin preguntar.

—Mira el lado bueno —comenta intentando aligerar el ambiente—. Puedes tomártelo como unas vacaciones o para hacer otras cosas.

Erin se ríe con amargura.

—Buena idea. Igual mañana voy a echar currículum al supermercado que hay al final de la calle.

—No te pegaría nada.

—Ah, ¿no? Se me daría genial colocar yogures, mientras pienso en conspiraciones policiales.

La mujer se echa a reír.

—Necesitas descansar.

—Necesito justicia.

—Y también dejar de beber y dormir ocho horas seguidas.

Erin la contempla. Hay algo reconfortante en su presencia. Algo cálido. Maternal incluso. Eso la hace sentir todavía peor. Porque últimamente todo el mundo intenta sostenerla y, aun así, ella sigue cayendo.

El agua empieza a hervir. Cecilia le prepara una taza hasta arriba y luego le hace unas tostadas, aunque Erin difícilmente puede probar dos bocados antes de notar una arcada subirle por la garganta.

—Oh, no… —farfulla llevándose la mano a la boca.

A duras penas llega al baño. Vomita el alcohol y toda la ansiedad acumulada de los últimos días.

Cuando termina, se queda sentada en el suelo, apoyando la frente contra la bañera, mientras el mundo le da vueltas.

«Qué patético todo».

—¿Estás mejor? —pregunta Cecilia desde la puerta.

—Creo que me voy a morir.

—No dramatices.

Erin suelta una pequeña risa agotada.

Más tarde, se da una ducha caliente que se diría que le arranca parte del mareo y el olor agrio del alcohol. Se pone ropa limpia y, todavía con el pelo húmedo, recoge todas las botellas que había comprado impulsivamente al salir de comisaría. Las mete en una bolsa de basura, una detrás de otra, con la misma intención que si estuviera expulsando algo radioactivo de casa.

Cuando vuelve al salón, Cecilia ha subido las persianas. Se está preparando para irse.

—¿Seguro que estarás bien?

Ella tarda un instante en responder. Mira alrededor. La casa sigue siendo pequeña y caótica. La misma de siempre. Pero algo dentro de ella ha cambiado. Ya no tiene protección. No tiene placa, ni autoridad, ni respaldo legal, pero aun así, sigue enfadada. Sigue obsesionada con descubrir la verdad.

—Voy a seguir adelante —afirma de pronto.

—Erin…

—No pienso parar. Aunque ya no sea policía. Aunque intenten destruirme. Esto ya no va de trabajo… Es personal —dice pegándose en el pecho con suavidad.

Cecilia suspira, casi resignada.

—Solo intenta no destruirte tú también por el camino. De verdad, creo que deberías parar… Hacer otras cosas. Pero tú sabrás lo que haces…

Cuando la puerta se cierra tras la vecina, Erin se deja caer en el sofá junto a Logan. Busca el número de Ray y lo llama por teléfono. Él responde enseguida.

—¡Erin! ¿Cuándo has salido?

—Hace unas horas…

—Uy… Tienes una voz rarísima.

—He bebido.

—¿Tú? Entonces la cosa es grave. Si quieres voy a verte, en una hora llego…

—No, tranquilo. Solo quería saber si tenéis alguna novedad.

Al otro lado escucha papeles moverse.

—Esta misma mañana hemos empezado a tramitar el permiso para exhumar el cuerpo de Laura Adaya. He hablado con mi hermano y con Ángela.

—¿Y?

—Tardaremos unos días, pero creo que podremos hacerlo.

Por fin, desde que salió del calabozo, siente algo parecido a la esperanza.

—Ray…

—¿Sí?

—Gracias por no dejarme sola.

—No pienso hacerlo. Ninguno de nosotros va a hacerlo.

Después de aquello, los párpados acaban cediendo y cae rendida sobre el sofá. Al despertar, se da cuenta que tiene más de diez llamadas de Lizarraga. El reloj marca las once y cincuenta de la mañana. Entonces lo recuerda. Su cita con los fiscales.

—¡Mierda!

36

Una semana más tarde. Instituto forense de Rabadás

La morgue habita en un limbo inmóvil. Allí abajo no existen las estaciones, el ruido de las calles, ni tampoco el sol golpeando las fachadas de Rabadás. Solo cuerpos convertidos en expedientes e historias reducidas a números escritos con rotulador negro.

Erin continúa por el pasillo con las manos ocultas en los bolsillos de la chaqueta. Desde que la han suspendido del Cuerpo camina de otra manera; con una postura defensiva y con esa sensación incómoda de estar invadiendo lugares donde antes pertenecía.

Cuantos cadáveres habrá visto en esa misma sala y en otras, con ese mismo aspecto grisáceo y demacrado. Cuerpos que se van deteriorando y que ya no sienten nada.

El sonido de una bandeja metálica chocando a lo lejos retumba por todo el lugar. Ray la espera, ataviado con la bata blanca y los demás complementos de un forense. Lleva el pelo algo desgreñado, señal inequívoca de que lleva demasiadas horas allí metido.

Laura Adaya, o lo que queda de ella, está tirada en una camilla fría de metal cubierta de una sábana blanca.

—Pensé que tardarías más.

—He venido conduciendo como una delincuente —replica ella con cansancio—. Supongo que ya me voy acostumbrando al papel.

Él esboza media sonrisa, pero enseguida se evapora. Lo lúgubre del lugar termina tragándose cualquier intento de humor.

Se coloca unos guantes nuevos y coge la tela.

—Prepárate.

Cuando levanta la sábana, le golpea un hedor que se extiende rápidamente por la sala. Por un momento, Erin aparta la cara llevándose el antebrazo en la nariz, por puro instinto, dado a que el olor a podrido es exageradamente fuerte. Ray, que se da cuenta, le ofrece una mascarilla.

—Joder… —murmura ella aceptando la mascarilla de su amigo.

Siente como el estómago se le revuelve. El olor es mucho más agresivo de lo habitual, no es el olor típico a muerte reciente. Es una mezcla de humedad antigua, carne degradada y productos químicos que no consiguen tapar del todo lo que queda debajo.

Erin ha visto cadáveres suficientes como para no impresionarse fácilmente. Pero aquello hace pensar que es distinto. Más penetrante, más podrido… Da la impresión de que el cuerpo lleva quince años intentando expulsar una verdad que alguien enterró rápido y corriendo.

Ray se apresura en abrir una ventana lateral del edificio forense, mientras ella se coloca la mascarilla con rapidez.

—Esto es muchísimo peor que otras veces… —protesta Erin.

—Porque el cuerpo estuvo enterrado en malas condiciones, hay humedad acumulada en los tejidos y llevamos desde ayer manipulando restos internos. Eso libera gases retenidos desde hace años.

Ella cierra los ojos un instante, asimilando la crudeza del dato. Luego, vuelve a mirar al cadáver que ha estado enterrado durante quince años bajo tierra. La piel ennegrecida conserva pocos rasgos reconocibles. El cabello tiene aspecto de estar pegado al cráneo en mechones irregulares. Las manos, deformadas por el deterioro, se asemejan a ramas secas.

Ray consulta unas anotaciones.

—La buena noticia es que hemos encontrado restos biológicos conservados.

—¿Qué clase de restos?

—Tejido fetal.

—¿En serio? —pregunta, sorprendida.

—Es algo bastante excepcional, pero no imposible. Hemos tenido suerte.

—¡Eso es genial! —celebra ella— ¿Ya lo habéis enviado al laboratorio genético?

—Sí, esta mañana. Si todavía queda material utilizable, podremos compararlo con el ADN de Molina. Pero…

—¿Pero? —pregunta intrigada.

—¿Cómo conseguimos el ADN de Molina?

—¿Pidiéndoselo amablemente? —propone Erin con sorna.

—Algo se nos ocurrirá… —responde Ray, bajándose la mascarilla.

—Tenemos que ir un paso por delante.

—De momento, los análisis del laboratorio nos demostrarán que estaba embarazada… Y que era improbable que se suicidara. El siguiente paso será inventarnos algo para conseguir una muestra del ADN del comisario general. Por otro lado, mi hermano también está trabajando duro para desmontar toda esta trama…

—No lo dudo…

—Y Ángela está analizando el cuerpo de Beatriz Ordóñez, que demostrará que tú no tienes nada que ver con su muerte…

—Y también está la foto donde sale Molina junto a Laura —suelta Erin.

—En cuanto a eso, siento decirte que mi hermano me contó que la imagen no tiene ninguna validez, puesto que solo se muestra a un joven Molina que ni siquiera mira a la cámara. Podría estar allí por casualidad. La playa es un sitio muy grande.

—De verdad que odio cada vez más a la ley —suelta ella encogiéndose de hombros, frustrada— y sus pequeñas excepciones y fisuras. Siempre hay que demostrarlo todo, aunque la verdad esté delante de nuestras narices.

De golpe, se escuchan voces al otro lado del pasillo.

—¡Mierda! Pensaba que hoy no vendrían los auxiliares —dice Ray, inquieto.

—¿Tengo que irme?

—Sí. Ahora mismo —advierte señalando la ventana lateral entreabierta—. Por allí.

Ella lo mira incrédula.

—Muévete, Butler.

Erin obedece entre refunfuños. Sale rápidamente por la zona exterior del Instituto Forense, rodeando el edificio hasta alcanzar el aparcamiento trasero.

—¡Lo siento! —le grita él antes de cerrar la ventana.

Durante el recorrido hacia el coche, siente que el hedor todavía no se ha despegado del todo de su nariz.

* * *

Más tarde, va a casa de Ángela. La vivienda es pequeña y ordenada hasta el extremo. Hay cuadros de Dalí, libros médicos apilados junto a una lámpara encendida y varias plantas sobreviviendo junto al balcón. El lugar transmite esa calma artificial de quienes necesitan controlarlo todo para no desmoronarse por dentro. Ángela le abre, con expresión agotada.

—Pasa.

Tiene el rostro apagado y unas discretas canas afloran entre el cabello rojizo. Sobre la mesa del comedor descansan carpetas forenses abiertas y fotografías tapadas parcialmente con una toalla.

—¿Has dormido algo? —pregunta la mujer.

—Unas dos horas. Todo un lujo…

—He terminado gran parte del análisis de Beatriz Ordóñez —expone Ángela, directa al grano.

—¿Y?

—No fuiste tú.

—Eso ya lo sé.

—Y yo también —corrige Ángela—, pero ahora puedo demostrarlo.

Le muestra varias imágenes.

—Presenta un fuerte traumatismo en la sien izquierda. El golpe fue previo a la muerte. Además, hay marcas de arrastre cerca de la espalda y restos vegetales distintos a los del punto donde apareció el cadáver.

—Porque la llevaron hasta el río…

—Sí. Y lo interesante de todo esto es que, por muy fuerte que tú seas, no es posible que pudieses arrastrar el cuerpo pesado de la señora Ordóñez hasta el agua, sin ayuda.

—Exacto.

—Sí. Y hay otra cosa. Hemos encontrado restos de piel bajo sus uñas. Debió de arrancárselos al agresor mientras intentaba defenderse. Si tenemos suerte, podremos identificar al causante.

Cierra los ojos un instante. Ese detalle le hace sentirse aún peor. La culpa vuelve a atravesarla. «Beatriz aún estaría viva si no hubiera hablado conmigo…»

—Eso espero.

Finalmente, Ángela apoya la frente en el hombro de Erin, con el ánimo un poco más caído.

—Han intentado sobornarme otra vez —confiesa—. Primero con la amenaza de mi hermanastro, luego con dinero…

—¿Y qué has hecho?

—Mandarlos a la mierda.

—Eso es… ser muy valiente, Ángela.

—No. Valiente debería haber sido hace quince años.

—Eres una buena amiga y eres atrevida. Las decisiones que tomamos a veces no son fáciles —responde Erin y la abraza.

Ya es de noche cuando vuelve a casa. Abre la puerta, fatigada. De repente, nota un aroma inusual, masculino, mezclado con tabaco suave. Jameson.

Camina de puntillas hasta el dormitorio, abre el cajón de la mesita y agarra con rapidez la pistola de reserva.

—Sal de donde estés… Veo que lo del móvil sigue sin ser tu fuerte…

La puerta del baño se abre de golpe. Jameson se manifiesta y se abalanza hacia ella, pero Erin le apunta directamente al pecho. Él frena en seco.

—Esta vez has sido rápida.

—Gracias a ti, estoy desarrollando todos mis sentidos. ¡Siéntate!

Jameson obedece, dejándose caer en el sofá. Incluso sentado impone, hay algo animal en él, algo peligroso.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta sin bajar el arma.

—Sé que te quieren acusar de matar a mi padre y haber matado a esa mujer… —declara con rabia—. Y ya no eres policía. ¿De qué va todo esto? Porque como me estés engañando…

—De verdad que te creía más inteligente —responde ella visiblemente agobiada.

—Ten cuidado cómo me hablas…

—Haz cálculos. Hace quince años yo tenía veintidós años y solo era una agente novata de Rabadás. Dime, ¿qué motivo podría tener yo para matar a tu padre?

Él no responde.

—Veo que tu radar policial no lo tienes muy afilado… —añade ella.

—Mi contacto dice que tú estás detrás de todo —responde él pasándose una mano por la nuca, claramente alterado.

—Pues tu contacto miente… Me han tendido una trampa. Me estoy acercando tanto a la verdad, que me quieren fuera del Cuerpo de policía.

—No sé qué creer —contesta apretándose las sienes.

—Entonces… ayúdame a demostrarlo.

—¿Cómo?

—Simón Molina.

—¿El comisario principal? ¿Qué pasa con él?

—Él es uno de los implicados y creo que uno de los responsables de la muerte de tu padre.

—Me estás vacilando…

—No. Y te lo demostraré…

Se lo explica todo con delicadeza, como a un niño pequeño. La autopsia de Adaya, el embarazo, la confesión que quería hacer Diego Durán, las amenazas… Jameson escucha sin interrumpir, esta vez intentando conectar cada palabra que escucha.

—Necesitamos el ADN de Molina —concluye Erin—. Y he pensado que alguien con tus habilidades podría entrar en su casa, sin muchos problemas.

—¿Quieres que robe un cepillo de dientes?

—O pelo de un peine. Lo que encuentres.

Jameson permanece callado unos segundos que se le hacen eternos.

—De acuerdo.

Antes de marcharse, se detiene junto a la puerta.

—Voy a darte otra oportunidad, Butler.

Hace un gesto rápido cruzándose el dedo por el cuello.

—Y como me estés mintiendo…

Erin le sostiene la mirada sin pestañear.

—Me matarás, ya… —le interrumpe ella—. Pero primero averigua quién destruyó realmente a tu familia.

37

Erin aparca frente al hospital, con el limpiaparabrisas marcando un ritmo cansino. Dentro del coche, suena *Black* de Pearl Jam mientras observa el edificio iluminado. Las luces de los faros alumbran el goteo de la lluvia.

Desde fuera, las ventanas del hospital se asemejan a unos ojos abiertos en mitad de la noche.

Se pasa una mano por la cara antes de salir, procurando así quitarse el agotamiento que lleva encima. Ojalá pudiera dormir seis horas seguidas. Entre la exhumación de Laura, la visita de Jameson y el miedo constante a que todo termine explotándole en las manos, el cansancio ya no es solo físico, se ha instalado dentro.

El ascensor sube lentamente hasta la planta de rehabilitación. Cuando las puertas se abren, el lugar está tan tranquilo que resulta hasta irritante. Solo se oyen ruedas de camillas desplazándose muy a lo lejos, el pitido flojo e intermitente de algún monitor y conversaciones amortiguadas tras las puertas.

Martina está sentada en el pasillo que hay al lado de la habitación de Vázquez, con un café entre las manos. Al verla, se levanta enseguida.

Tiene mejor cara que días atrás, pero sigue arrastrando ese abatimiento intenso que le apaga la cara.

—Erin…

Se abrazan.

—¿Cómo está hoy?

—Mejor… Creo. Ya habla más. Los médicos dicen que eso es una buena señal.

—¿Y él qué dice?

—Que odia la comida del hospital. —Sonríe con ternura.

—Entonces sí que está mejorando —responde Erin, riendo.

—Está despierto desde hace rato. Preguntó por ti…

Erin mira hacia la puerta. De pronto, siente nervios, porque mientras su amigo está atrapado en aquella cama, ella sigue deambulando libre de moverse mientras él apenas puede hacerlo.

Entra sin hacer mucho ruido. Moisés está sentado en una silla de ruedas junto a la ventana. Tiene el torso encorvado hacia delante y una manta cubriéndole las piernas. El vendaje de la cabeza ha disminuido, aunque todavía conserva hematomas amarillentos alrededor de un ojo y parte de la mandíbula.

Está más delgado, incluso más viejo, pero está vivo… y eso, ahora mismo, ya es un milagro.

Él gira con lentitud la cabeza, al darse cuenta de su presencia.

—Mira quién ha venido… —articula con voz ronca.

—Te veo bien —bromea.

Vázquez suelta una especie de risa cansada que termina transformándose en tos.

—Eh, tranquilo.

—No sabes… lo difícil que es… reírse, con las costillas rotas.

—Pues no hagas esfuerzos innecesarios.

—Tú dando consejos —dice y alza una ceja—, tiene gracia.

Ella arrastra una silla y se sienta frente a él. Moisés observa la lluvia tras el cristal, con una expresión extraña, más seria de lo habitual.

—Martina me ha contado lo de la suspensión.

—Qué rápido llegan las noticias…

—Lo siento de verdad.

—Me estoy acostumbrando a ser una civil normal —responde ella encogiéndose de hombros.

—No digas eso.

La firmeza de su tono la sorprende. A pesar del cansancio y del dolor, sigue teniendo esa autoridad tranquila que siempre lo caracteriza.

—Te han quitado una placa —continua él—. No quién eres.

Erin intenta aclararse la garganta al oír eso. Es justo lo que le dijo Neil también. Sólo que, esta vez, es justo lo que necesitaba escuchar, aunque no quiera reconocerlo.

Al rato, Vázquez respira hondo y hace una mueca de dolor.

—Joder…

—¿Llamo a la enfermera?

—Ni se te ocurra, bastante me torturan ya. Estoy esperando al fisioterapeuta… Si tarda un poco más, no pasa nada. Escucha… —sigue después de unos segundos callado—. Hay algo que no deja de rondarme la cabeza.

—¿El accidente?

—Así es… Recuerdo fragmentos… No todo, pero sí algo importante.

—¿El qué? —pregunta tensa.

—Luces… ruido… —balbucea, con los ojos entornados— el coche negro detrás de nosotros… Luego… un hombre alto.

—¿Viste quién era?

—No exactamente… Llevaba capucha y gafas. Pero… creo que tenía perilla. Y tenía ese gesto de seguridad…

—¿Qué quieres decir?

—No parecía alguien improvisando, ni siquiera un delincuente. Creo que fue uno de los nuestros, Erin.

Ella no responde porque sabe que tiene razón.

—Y van a intentar terminar el trabajo… Por lo que deberías esconderte.

—Ya lo están intentando hacer, pero no dejaré que pase.

—Siempre tan cabezota…

—Moisés, lo que yo quiero es que te recuperes pronto, porque necesito a mi compañero… y que me ayudes a ponerlos contra las cuerdas.

—Entonces escucha bien lo que voy a decirte.

Ella se queda quieta esperando sus palabras.

—Confía solo en quienes han demostrado que están dispuestos a perder algo por ti. No te fíes si son simpáticos o amables. Pregúntate si serían capaces de dejarlo todo si tú les pidieras ayuda. Yo lo dejaría todo.

Aquella frase la sacude más fuerte de lo esperado. Ray, Neil, Ángela… Incluso Lizarraga, a su manera cobarde y desesperada.

Y después, sin querer aparece Alex en su cabeza. «Ni siquiera me ha llamado… No me ha preguntado qué ha pasado o si estoy bien…»

Pero antes de que pueda profundizar en ello, Moisés vuelve a hablar.

—Por favor, deja de intentar salvar sola al mundo entero.

—Esta vez tengo ayudantes.

Él sonríe satisfecho. Después, le da un beso en la mejilla antes de marcharse.

Esa misma tarde, en la comisaría de Genar, el comisario finge revisar informes que no está leyendo. Un sudor gélido le recorre la sien. No puede quitarse de la cabeza la conversación que ha escuchado accidentalmente media hora antes. Simón Molina está nervioso y eso es peligroso. Lizarraga ha pasado demasiados años viendo cómo funcionan hombres como él. Sabe reconocer cuándo alguien empieza a sentirse acorralado… y Molina lo está.

Recuerda a la perfección sus palabras al teléfono: *Si esas pruebas salen a la luz, estamos muertos.*

Lo que le ha preocupado no es tanto el contenido, como el tono en que lo ha dicho.

Haz desaparecer lo necesario... y a Butler también.

Compungido, baja los párpados. Es un cobarde y lo sabe. Tiene tanto miedo de enfrentarse a todo ese grupo de delincuentes, que no es capaz de saltarse las reglas y luchar. Y ahora, tiene a una buena agente que no pertenece ya al cuerpo y a otro en un hospital. Erin tenía razón desde el principio.

Se levanta de golpe del escritorio y coge las llaves. Necesita advertirla y ayudarla.

Cuando Erin abre la puerta del coche ve al comisario junto al portal de casa. Este respira agitado. Se da cuenta de que algo va mal.

—¿Qué ha pasado?

Él entra sin esperar invitación. Una vez arriba, Lizarraga le explica la conversación que ha oído de Molina.

—¿Qué conversación?

—Saben que estáis reuniendo pruebas. Tú, Ray, el abogado, todos.

El corazón de Erin empieza a latir más rápido.

—¿Y cómo se ha enterado?

—No lo sé, pero van a intentar destruirlas.

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella con la expresión más endurecida.

—Que van a enviar a alguien a eliminarlo todo y… también van a por ti.

Entre ellos se instala una mudez sepulcral y desagradable.

—¡Tenemos que llamarlos y avisarlos! —espeta ella—. A Ray, Izan, Ángela…

—Ya lo he hecho…

Los dos se miran. Ella con una expresión agradecida y él con la que provoca el peso de la culpa.

—Lo siento, Erin —consigue decir el comisario.

Ella lo mira sin comprender.

—¿Por qué me pides perdón ahora?

—Porque he sido un cobarde… —lamenta con la voz quebrada—. Durante años vi cosas que no me gustaban y miré hacia otro lado, porque pensé que era la única manera de sobrevivir aquí dentro. Y por miedo a que le hicieran daño a mi familia…

—Pues vaya momento para desarrollar conciencia moral —le reprocha ella, con los brazos cruzados.

—Tienes razón —contesta aceptando el golpe sin más.

Aquello desarma parcialmente la rabia de Erin.

—Escúchame bien —sigue él—. Proteged esas pruebas en un lugar fiable.

Erin afirma con la cabeza.

Una hora después, Lizarraga regresa a la comisaría. El edificio está casi vacío, ya es de noche. Solo algunas luces continúan encendidas entre los despachos y algunos agentes que les toca guardia sacan algunos cafés de la máquina.

Pero el corazón se le acelera cuando abre la puerta de su despacho. Los cajones están abiertos, los papeles desparramados por el suelo y varios archivadores vacíos. Alguien registra el armario metálico de espaldas a él.

—¡Eh! —le avisa.

El hombre se gira de inmediato. Todo ocurre con excesiva rapidez.

—¡¿Alex?!

Lizarraga casi no tiene tiempo de reaccionar cuando recibe un fuerte golpe en el costado. Cae contra la mesa. La lámpara termina estrellándose contra el suelo. El agente es más fuerte y joven. Forcejean entre respiraciones agitadas y golpes secos.

—¡No hagas esto, chico! —le ordena mirándolo a los ojos.

Pero Alex, nervioso, le clava una navaja en el abdomen. El dolor es insoportable, brutal. El comisario retrocede tambaleándose, mientras la sangre empieza a extenderse por su camisa.

El subinspector lo observa con una mezcla extraña de culpa y frialdad.

—Lo siento, jefe.

A lo lejos se oye a los agentes venir a toda prisa. Mientras tanto, Alex huye por las escaleras de emergencia, con varias carpetas bajo el brazo.

A varios kilómetros de allí, en Rabadás, Ray está en casa de su hermano Izan, el abogado, con los informes del caso Adaya y otros documentos.

—Deberíamos poner todos estos documentos en un lugar seguro. Incluso tu ordenador, con toda la información que puedas tener —le propone Ray a su hermano.

—Un momento… No nos volvamos locos. Estoy acostumbrado a trabajar con delincuentes de todo tipo. Ninguno se ha atrevido a atacar al abogado, es absurdo…

—Estos no son delincuentes normales. Guárdalo en un lugar fiable.

—Está bien… —responde Izan resignado—. Si estás más tranquilo lo pondré en la caja fuerte.

—Gracias —contesta el forense, aliviado.

—¿Te vas a quedar a cenar?

—Vale… ¿Dónde están Isa y los niños?

—Están en el cine y luego se van a comer por ahí con los primos. Qué me dices, ¿pizza y peli?

—Está bien… —responde Ray, contento de aprovechar el poco tiempo que tiene de verse con su hermano.

Una hora después, están viendo una película, cuando Ray oye ruidos en el exterior.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta él.

—Va… —responde quitándole importancia—. Será el camión de basura, suelen pasar por esta hora.

Aun así, el forense, desconfiado, va a la entrada principal. La puerta se abre violentamente. Alex irrumpe en el salón.

—¡¿Qué coño…?!

Ray no llega a terminar la frase. Un puñetazo le impacta de lleno en la mandíbula. Sale despedido contra un armario y queda aturdido.

El atacante empieza a registrar los cajones. Izan emerge desde el pasillo, con un cuchillo de cocina.

—¡Eh! ¡Vete! ¡He llamado a la policía!

Alex se gira y, con una lámpara de mesa, le asesta un golpe brutal en la cabeza. El abogado cae al suelo, con un gemido ahogado. Ray intenta levantarse, pero recibe una patada en las costillas que lo deja sin aire.

El agente se acuclilla hacia Izan y le susurra al oído:

—Dime dónde narices tienes los documentos y pruebas…

—No lo sé… —responde casi sin poder hablar.

—Creo que sí lo sabes —dice tirándole del cabello.

—No… —suelta con una mueca de dolor.

Alex cambia de dirección y se sitúa al lado de Ray. Recoge el cuchillo del suelo y lo apunta en el cuello.

—O me lo dices, o ya sabes lo que le va a pasar.

—No se lo digas… —indica Ray, con un hilo de voz.

El abogado mira a su hermano y luego al atacante.

—En la caja fuerte —asevera Izan.

—Los números, ¡ya! —le ordena Alex.

—Dos, cinco, siete, ocho, nueve, cero.

Abre apresuradamente la caja. Allí encuentra una carpeta roja con los resultados preliminares del embarazo de Laura Adaya, documentos relacionados con el análisis digital del vídeo manipulado y otros archivos igual de relevantes.

Antes de marcharse, observa a ambos hombres heridos en el suelo. Coge el arma que lleva en la cintura y los apunta. Pero por la razón que sea, la vuelve a guardar y se pierde en la oscuridad mientras se oyen los zumbidos de sirenas a lo lejos.

38

La llamada llega alrededor de la medianoche. Erin está sentada en el sofá, todavía con la ropa puesta, mirando un viejo episodio de *Friends*. La casa está casi a oscuras, salvo por una lámpara pequeña junto al sofá. Logan dormita a su lado, aunque levanta la cabeza en cuanto el móvil empieza a vibrar sobre la mesa.

El nombre de Ray aparece en pantalla. A ella le extraña las horas, pero contesta al momento.

—Dime.

Al otro lado solo escucha una respiración agitada y ruido de fondo, lo que parece el eco de un hospital. Entonces comprende que algo ha salido terriblemente mal.

—Ray…

—Erin… —la voz del forense suena rota—. Tienes que escucharme con atención.

—¿Qué ha pasado? —pregunta levantándose de un salto.

—Lizarraga está grave, lo han apuñalado.

—¡¿Qué?! —pregunta alarmada, con el corazón volcándose.

—Y mi hermano y yo… —jadea un instante—. También vinieron a por nosotros…

—¡¿Quién?!

—Alex… —declara después de una corta pausa.

El nombre cae como un disparo. Erin no sabe cómo reaccionar. Su mente intenta rechazarlo de inmediato, buscar otra explicación, otro Alex, otro culpable. Pero no hay otro. Alex Stan. Su compañero. El hombre que lleva semanas conduciendo junto a ella, tomando café y mirándola a los ojos mientras finge investigar lo mismo que ella.

—No… —murmura.

Ray suelta una risa amarga.

—Ojalá estuviera equivocado.

—¿Cómo estás? —le pregunta notando las piernas algo débiles.

—Estoy bien… Y mi hermano también, pero tienes que largarte de ahí ahora mismo.

Ella aprieta el teléfono contra la oreja.

—Alex no me da miedo…

—Quizás no viene solo. Va a ir a por ti… —la interrumpe él—. Está descontrolado. Y si Molina ya ha dado la orden… no sé hasta dónde llegará.

Toda la rabia acumulada durante días se mezcla con una decepción feroz. Alex… Siempre ha estado ahí, cerca, atento, vigilando…

De pronto, recuerda las miradas extrañas, algunas preguntas fuera de lugar, su facilidad para aparecer siempre en el momento exacto.

—¡Escóndete! —insiste Ray—. ¡Por una vez en tu vida, deja de ir de frente contra todos!

Ella resopla por la nariz, porque él tiene razón y odia que la tenga.

Después de colgar, intenta llamar a Neil, pero siempre que lo hace le sale el buzón de voz. Y es raro en él. La frustración empieza a devorarla poco a poco.

—¡Vamos! ¡Contesta!

Pero sigue sin responder. Le escribe un mensaje rápido:

Tengo problemas. Llámame en cuanto puedas.

Tampoco obtiene respuesta.

El silencio del móvil empieza a resultarle inquietante. Logan salta del sofá y comienza a restregarse contra sus piernas, nervioso por la tensión que llena la casa. Ella lo coge en brazos un momento y apoya la frente contra su cabeza.

—Menudo desastre, ¿eh?

Logan responde con un maullido bajo. Ella lo deja nuevamente en el suelo y va directa al dormitorio. Abre un cajón y empieza a meter ropa a toda velocidad dentro de una mochila. Dinero y un cuchillo plegable.

Pero hay algo profundamente humillante en todo aquello. Erin Butler lleva media vida persiguiendo criminales. Y ahora, tiene que esconderse de ellos. La

idea le revuelve el orgullo. Sin embargo, el orgullo no sirve de nada contra hombres capaces de infiltrar policías, manipular pruebas y ordenar asesinatos.

Esta vez, está sola frente a una manada entera de lobos. Y los lobos huelen la sangre.

Cuando sale al rellano con la mochila al hombro, Cecilia está frente a su puerta. Lleva una bata gruesa de color crema y unas zapatillas ridículamente suaves. Tiene el cabello despeinado y una expresión de preocupación.

—¿Cecilia?

—Ay, hija, te he oído hacer ruido. ¿Qué pasa?

—Necesito irme unos días. ¿Podrás cuidar de Logan? —pregunta intentando mantener la calma.

—¿Irte? —la interroga Cecilia abriendo mucho los ojos—. ¿Pero por qué?

—Las cosas se han complicado…

—¿Complicado cómo?

—Hay gente peligrosa buscándome y están infiltrados en la policía… —explica casi en un susurro.

—¡Madre de Dios! —contesta llevándose una mano al pecho.

—Escúchame bien. No abras la puerta a nadie, y si preguntan por mí, diles que casi ni me conoces.

—Me estás asustando muchísimo.

—Yo también estoy asustada.

Aquello es tan raro en Erin, que hasta ella misma se sorprende al admitirlo. Cecilia se acerca despacio.

—¿Y no puedes ir a la policía? —pregunta de manera automática. Y durante una fracción de segundo, Cecilia se da cuenta de que ha metido la pata. Erin arquea una ceja, confusa.

—La policía no es segura —corrige enseguida, la mujer, con nerviosismo—. Claro… ya me lo has dicho.

Erin asiente con un gesto quitándole importancia.

—¿Dónde irás?

—No lo sé… Cogeré un avión o un tren. Lo importante es esfumarme unos días.

Cecilia permanece callada, pensativa.

—¡Espera! Tengo una idea mejor…

—¿Qué idea?

—La casa de Barcens.

—¿La de tus padres?

—Sí. No voy casi nunca. Está medio escondida, cerca de la playa. Nadie pensará en buscarte allí.

La mujer vuelve un momento dentro de su piso y regresa con unas llaves antiguas.

—Toma.

—No quiero meterte en esto —señala Erin dudando mientras observa las llaves.

—Ya estoy metida, cariño.

Aquella frase le provoca un extraño pellizco interno. Cecilia le acaricia el brazo con ternura.

—Ve allí, descansa y piensa tranquila.

Erin acaba aceptando las llaves.

—¿Por qué no te vienes conmigo?

—Uy, no… Tengo que hacer mucho por aquí, cuidar de mis magnolias…

Se abrazan antes de irse.

—¡Gracias, Cecilia!

Barcens queda a una hora de distancia de Genar. La carretera costera atraviesa zonas oscuras donde solo se escucha el mar golpeando a lo lejos y el motor del coche rompiendo la noche.

Conduce tensa, mirando constantemente por el retrovisor. Cada coche que aparece detrás hace que se le acelere el pulso. Cada sombra sugiere una amenaza.

Cuando por fin llega, entiende por qué Cecilia dice que nadie la encontrará allí. La casa es pequeña y está apartada, sin vecinos, escondida entre pinos bajos y un terreno húmedo. Tiene un pequeño jardín descuidado y un garaje lateral cubierto por una enredadera salvaje. Desde allí, no se ve el mar, pero el aire huele con intensidad a salitre y humedad marina.

Por dentro, la vivienda transmite una calma extraña. Erin entra revisando cada habitación por pura costumbre policial. Primero la cocina, luego el baño,

el dormitorio… No ve nada sospechoso.

Deja la mochila junto al sofá y se apoya un momento contra la pared. Por primera vez en días puede respirar algo mejor.

Saca el móvil y vuelve a intentar llamar a Neil, pero el buzón de voz salta de nuevo. La ansiedad empieza a morderle otra vez el pecho. Finalmente, le deja otro mensaje.

Neil... Estoy en Barcens. Tienes mi ubicación por si no sabes nada de mí estos días. No estoy segura de si voy a tener cobertura. Es una casa cerca de la playa. Llámame cuando escuches esto, por favor.

Guarda el teléfono y empieza a deambular nerviosa por el salón. Necesita un plan, pensar, mover piezas… Pero el cansancio mental es tan grande que difícilmente logra ordenar las ideas.

De repente, oye un ruido, muy suave, procedente del exterior. Reacciona al instante. Coge el cuchillo plegable y camina lentamente hacia la parte de atrás de la casa. «Debería haberme llevado la pistola», piensa.

Se oye otro ruido, esta vez más cerca de la puerta trasera que está abierta. Ella levanta el cuchillo.

—¡Sal ahora mismo!

Una figura alta aparece entre las sombras. Y cuando da un paso hacia la luz, Erin siente cómo se le hiela la sangre. Es Alex. El cansancio le cuelga de los hombros. Tiene los ojos hundidos y el semblante derrotado. Cualquiera diría que está a un paso de abandonar la partida y dejarse caer en el sofá. Sin embargo, la pistola sigue firme en su mano, apuntando a Erin.

—¡¿Cómo me has encontrado?! —pregunta ella con la respiración acelerada.

Alex no responde de inmediato. Cierra la puerta despacio detrás de él.

—Tendrías que haberte escondido mejor.

—Ray me contó lo que hiciste… ¿Tanto te pagan? Traidor…

—No quería hacerles tanto daño… —revela, con los ojos entornados.

—Entonces, ¿por qué? ¿De qué coño vas? ¿A esto te dedicas?

Alex levanta los ojos hacia ella y al verlos comprende que no hay odio, sino desesperación.

—Solo cumplo órdenes.

Entonces Erin recuerda el SUV negro, la descripción de Vázquez: tenía perilla… alto… «¡Dios! Ha sido él todo el tiempo…»

—Tú intentaste matarme, ¿verdad? Eras tú el del coche… ¡Y casi matas a Vázquez! —espeta con rabia.

El rostro de Alex se tensa.

—No tenía elección, y ahora tampoco…

—Siempre hay elección.

Él suelta una risa nerviosa.

—No. No cuando debes una vida.

—Entraste en mi casa, me amenazaste, las fotos… —escupe Erin rabiosa—. ¡Has estado vigilándome!

—Lo siento —responde él bajando un poco el arma.

—No creo que lo sientas.

Antes de que pueda responder, una voz surge desde el exterior.

—¡¿Pero qué coño haces?!

Jameson aparece en la puerta principal respirando agitadamente. Lleva una chaqueta de cuero y su expresión es furiosa.

Alex gira la cabeza de golpe.

—¿Tú qué haces aquí? —le pregunta como si ya lo conociera.

—La seguí —responde Jameson, señalando el exterior—. Le puse un localizador al coche.

—¡¿Me pusiste un qué?! —pregunta perpleja—. Luego hablamos de eso.

Jameson se adelanta un poco más hasta colocarse entre ambos.

—Baja el arma, Alex.

—No puedo.

—Ella no es el enemigo.

—Sí lo es —suelta Alex con una carcajada rota—. Si quiero ser libre… tengo que matarla.

—¿Libre? —replica Jameson, confundido— ¡¿De qué demonios hablas?!

—Yo maté a nuestro padre —espeta Alex de golpe. Y cada palabra parece arrancarle algo por dentro.

Erin, que lleva rato intentando comprender el vínculo entre estos dos, ahora lo entiende todo. Son hermanos. Por eso le resultaba familiar el rostro de Alex.

—Discutimos… —sigue Alex con los ojos húmedos—. Yo me enfadé… Hubo una pelea y cayó.

—¡No! —replica Jameson negando con contundencia.

—¡Que sí! ¡Fue mi culpa! —insiste el policía, con la pistola temblando entre sus dedos—. Molina me ayudó a encubrirlo. No me delató. Y desde entonces, tengo una deuda con él. Y una de las cosas que me ha pedido es matar a Butler.

Jameson no es capaz de procesarlo.

—¿Vas a matar a una mujer inocente por culpa de ese hijo de puta?

Erin nunca hubiera imaginado alegrarse tanto de escuchar a Jameson defenderla.

—Tengo que hacerlo —suelta con un nudo en la garganta.

—¡No! —grita Jameson. Su voz retumba por toda la casa—. Tú no mataste a papá. ¿Me oyes? ¡Tú no!

39

Genar, diez años atrás

Angus Harris lleva más de una hora contemplando la misma hoja de cálculo sin leerla realmente. En la pantalla del portátil se repiten cifras, columnas, porcentajes… Números que, por separado, no significaban nada. Pero juntos forman algo que no le gusta en absoluto.

Se quita las gafas y se frota el puente de la nariz. El despacho provisional que le han dado en Genar es pequeño, mal ventilado y no hay ninguna tetera. Solo una máquina de café en el pasillo. Después de tantos aeropuertos, conferencias y noches interminables revisando expedientes judiciales, él, que no soportaba el café, ha terminado acostumbrándose a ese sabor amargo. Incluso le reconforta un poco. Quizá porque ya asocia el café al trabajo. Y el trabajo es lo único que consigue mantenerlo lejos de sí mismo.

Fuera, el verano español aprieta con una humedad pegajosa que se pega a la piel. Aun así, España siempre le ha parecido un país hermoso. La gente es muy sociable y tiene sentido del humor. Pero los sistemas, piensa, se pudren igual en todas partes. Da igual el idioma o la bandera, la corrupción siempre acaba oliendo igual.

Vuelve a colocarse las gafas y desliza el cursor por varios documentos abiertos. Lleva trabajando como criminólogo consultor internacional desde hace más de quince años. Ha impartido conferencias en Italia, Francia, Portugal… Ha trabajado con jueces, fiscales y policías de medio mundo, pero sin duda su país preferido es España.

Normalmente, se dedica a dar conferencias sobre perfiles psicológicos de criminales integrados en el sistema, redes institucionales corruptas y

organizaciones infiltradas dentro de cuerpos policiales. Y otras veces, analiza casos complejos.

Hace escasos días, tras una conferencia sobre *Crimen organizado infiltrado en instituciones públicas*, Frank Lizarraga se le acercó al terminar la ponencia. Angus lo recuerda perfectamente apoyado en la última fila del auditorio, con aquella expresión tensa y más serio de lo normal.

Habían coincidido años atrás en varios congresos policiales y con los años habían terminado forjando una amistad discreta.

Aquel día, sin embargo, Lizarraga parecía genuinamente preocupado.

—Creo que hay gente dentro del Cuerpo manipulando investigaciones —confesó en voz baja.

—¿Crees… o lo sabes?

—No tengo pruebas suficientes —admitió Frank—, pero llevo tiempo viendo expedientes alterados, informes incoherentes, pruebas desaparecidas… Y cada vez que intento profundizar, alguien me aparta del caso.

—¿Y qué quieres exactamente de mí?

—Que les eches un vistazo por favor. Solo eso…

Angus aceptó, y ahora empezaba a arrepentirse.

Cuanto más observa aquellos archivos, menos le gusta lo que encuentra. Personas acogidas a programas de protección que emergen muertas pocos meses después, cámaras de seguridad que fallan justo en momentos clave. Informes duplicados, horas de muerte modificadas, los mismos policías presentes una y otra vez alrededor de casos extraños. Suicidios demasiado oportunos… Y entre todos esos expedientes hay uno que no consigue apartar de su cabeza. Laura Adaya. Una chica de diecinueve años, que hace cinco años se suicidó. Pero no dejó carta de suicidio, no tenía antecedentes depresivos, ni había una explicación convincente.

Angus abre de nuevo el informe de autopsia. Lo ha leído tantas veces que casi podría recitarlo de memoria. Y, aun así, hay algo que le chirría mucho.

—No puede ser… —murmura.

No porque una chica joven no pueda suicidarse. Claro que puede. Pero aquel informe está limpio de una manera artificial. Hay párrafos cortados,

referencias ambiguas y datos médicos incompletos. Y eso no ocurre por accidente.

El móvil vibra sobre la mesa. Angus lo mira sin ganas antes de responder, pero al ver el nombre contesta enseguida.

—¡Alex!

—¡Hola, papá!

La voz de su hijo menor suena estable y segura, para alguien de veintiún años. Alex siempre ha sido así: correcto, prudente, casi previsible. El hijo al que no hay que vigilar… o quizá al que vigila sin darse cuenta. El que nunca ha dado problemas.

Alex había llegado a España tres años antes, con apenas dieciocho años, intentando dejar atrás Escocia y ciertos episodios familiares que prefería no recordar. Adoptó el segundo apellido de su madre, Stan, consiguió la nacionalidad española tras casarse con una joven catalana unos años mayor y, poco después, empezó a prepararse para ingresar en los Mossos d'Esquadra. El matrimonio duró poco, pero la nacionalidad se quedó. Y también esa obsesión enfermiza por pertenecer a algo. Por tener orden, por no asemejarse jamás a su hermano Jameson. Aunque, a veces, lo añoraba.

—¿Todo bien? —pregunta Angus.

—Sí. Todo bien. Estaba mirando lo de la academia. La oposición de mossos d'esquadra.

Angus asiente, aunque Alex no puede verlo.

—Es una buena idea. ¿Pero por qué tanto sacrificio? Tienes que estudiar otra lengua y estar en otro país, pudiendo estar en tu tierra natal…

—Ya lo hemos hablado. Estoy cómodo aquí. Además, mamá tiene raíces españolas. Me gusta este sitio.

—Está bien… ¿Podremos vernos algún día antes de que me vaya?

—No lo sé… Tengo bastante lío, pero lo intentaré.

La conversación decae. Entonces Angus formula la pregunta que siempre evita.

—¿Has sabido algo de tu hermano? —pregunta con cautela.

—No —responde rápido y sin añadir nada más.

No menciona las peleas, los gritos o el miedo, ni la forma en que Jameson siempre se interponía entre ellos y la ira de su padre. No dice que Jameson era

un desastre, que cada decisión suya parecía una provocación al mundo, que llevaba años temiendo esa llamada que aún no había llegado. No dice que, en el fondo, parte de su obsesión por el orden nació del caos que su hermano mayor representa.

—Me alegro —reconoce el padre, sin sonar realmente aliviado.

Cuelgan poco después. Angus deja el móvil boca abajo y vuelve a la pantalla.

Durante los días siguientes el caso termina obsesionándolo. El doctor descubre que la autopsia de Adaya está claramente manipulada, por lo que decide alargar un poco más su estancia en España, llegando incluso a posponer algunas de las conferencias ya pactadas en otros lugares.

Cuando revisa el caso de la chica halla algo raro: en la autopsia oficial no sale por ningún lado la palabra embarazo, pero sí hay referencia al aumento uterino y hay restos biológicos eliminados del informe final. Entonces piensa: «Alguien borró esto deliberadamente».

En los días sucesivos, Harris averigua que Laura, antes de morir, fue al médico por mareos y vómitos, que la ginecóloga que la atendió le confirmó que estaba embarazada de ocho semanas. Harris aún no sabe quién es el padre, pero sí que es alguien importante para borrar ese dato.

Sigue indagando un poco más en el caso: encuentra llamadas entre Laura y un número policial, la mejor amiga de la chica le enseña una foto robada, de Molina con Laura.

Entonces, por fin, todo empieza a cobrar sentido. Angus entiende que Molina y Laura tenían una relación secreta, puesto que se llevaban bastante diferencia de edad y él estaba casado y con hijos. Además, él era un policía poderoso y respetado… Por eso manipularon la autopsia.

Horas más tarde, en un café discreto cerca del edificio judicial, Angus habla con el hombre al que no debería haber mencionado nunca.

—No acuso a nadie —advierte Angus, bajando la voz—. Solo necesito saber si me equivoco.

El hombre no responde de inmediato. Remueve el café con una cucharilla que tintinea muy fuerte.

—Hay cosas que no conviene mirar de cerca, doctor Harris.

Angus sostiene su mirada.

—Cuando ciertos patrones se repiten, dejan de ser coincidencias.

El hombre sonríe, pero no es una sonrisa amable.

—A veces, lo que crees que es un patrón es solo eso, una coincidencia.

Angus sale del café con una sensación incómoda en el estómago, por la tensión y a su vez por la ausencia de duda. «Está claro que él es el padre».

Ese mismo día, el doctor decide verse con su amigo Lizarraga en la biblioteca municipal.

—Frank, ya sé por qué borraron el embarazo del informe…

—¿Por qué?

—Porque la chica tenía una relación secreta con el comisario principal…

—¡¿Qué?! ¡¿Molina?! —espeta visiblemente alterado—. ¿Estás seguro?

—Casi al cien por cien. Solo me faltaría una prueba genética para confirmarlo. Además, hoy hablé con él y se le veía en la cara que estaba mintiendo.

—¡¿Qué has hecho qué?! Angus, joder… Precisamente tú deberías saber lo peligroso que es eso.

—Tienes razón.

—No sabes con quién te estás metiendo…

—Creo que empiezo a imaginarlo.

—Harás las maletas y te irás de España hoy mismo.

—No pienso irme.

—¡Estás en peligro!

—¡Y tú también! Porque esto no va solo de un policía corrupto… Es una estructura entera, Frank —afirma Harris angustiado—. Policías, jueces, forenses, funcionarios… Gente trabajando junta. Laura Adaya solo nos ha abierto la puerta.

Lizarraga permanece callado. Por primera vez en años, tiene miedo de verdad. Finalmente, consigue esconder a Angus en un pequeño motel bajo un nombre falso: Aldous Huxley.

El doctor permanece allí varios días recopilando documentos y cruzando información y lo que encuentra termina de destruir cualquier duda que le quedaba.

Uno de esos días, por la noche, lo llama su hijo Alex. Le cuenta que ha ido a verlo, pero no estaba en su antiguo alojamiento. Angus no le da explicaciones por teléfono. Duda un momento en si debería salir del motel. «A Frank no le hará nada de gracia». Finalmente, quedan en los viejos aparcamientos de un polígono industrial. Antes de irse del hotel escribe al lado de su seudónimo un número de teléfono, quizás con la esperanza de que si tarda en volver esa noche llamen a Lizarraga.

Cuando Angus ve aparecer a su hijo, comprende enseguida que algo va mal. Alex apenas puede mantenerse en pie. Lleva una botella de whisky medio vacía en la mano y los ojos completamente hinchados.

—¿Qué te pasa, hijo?

—¡¿Qué me pasa?! —pregunta soltando una carcajada amarga—¡Tú eres lo que me pasa!

—Estás borracho… No sabes lo que dices…

—Sé muy bien lo que digo.

—Siéntate y cuéntame qué te ha pasado.

Alex no obedece.

—He estado hablando con Jameson… Me llamó desde la cárcel.

A Angus le cambia la cara, se vuelve más pálido.

—¿Qué te ha dicho?

—Me recordó lo mal padre que eras… Ya casi no me acordaba, porque siempre se interponía entre tú y yo… y al final era él quien recibía los golpes.

Alex se acerca hacia él tambaleándose.

—Abusaron de él… ¡Y no hiciste nada!

Angus aparta la vista, avergonzado.

—Le pegabas… Lo humillabas… Y él siempre se ponía delante para protegerme.

—Yo… solo quería enderezarlo… —reconoce el padre, abatido—. Hacerlo un hombre fuerte… Sabía que él no era un chico normal… Y tenía que enseñarle…

—Enseñarle a qué… ¿Eh? ¡Lo convertiste en un monstruo!

—¡No digas eso! Yo no quería que fuese eso en que se ha convertido.

La discusión empieza a escalar con rapidez. Se gritan. Incluso hay empujones. El whisky acaba derramándose sobre el asfalto y la botella se hace

añicos.

De pronto, Alex lo empuja con demasiada fuerza y Angus pierde el equilibrio, con tan mala suerte, que se golpea la nuca contra el bordillo.

Alex no reacciona, se queda petrificado.

—¡Dios! Pero qué he hecho… ¡Papá!… —susurra acercándose al cuerpo, pero este no responde.

La sangre empieza a extenderse lentamente bajo su cabeza. Alex entra en pánico y huye de la escena.

Lo que ninguno de los dos sabía es que alguien los estaba observando desde la distancia. Diego Durán. Un policía veterano enviado por Molina para vigilar a Angus Harris.

Cuando Durán se acerca al cuerpo, descubre algo inesperado: Angus sigue vivo, aunque respira débilmente.

Diego llama inmediatamente a Molina.

—Está vivo… Lo llevaré a un hospital.

—No harás eso —responde tajante el comisario.

Molina le ordena inyectarle un sedante y averiguar cuánto sabe realmente. Horas después, cuando obtiene toda la información necesaria y destruyen los documentos comprometidos, Simón Molina toma la decisión definitiva. Angus Harris debe morir.

Y la culpa recaerá sobre su hijo, al que chantajeará más tarde, en cuanto entre en el Cuerpo policial. Porque un hombre que se siente culpable es mucho más fácil de controlar.

40

Fuera, se oye el viento arrastrar la arena desde la playa cercana y hace crujir las ramas secas del pequeño jardín. Dentro, Alex mantiene la pistola temblando entre las manos.

Tiene los párpados enrojecidos y el rostro desencajado de alguien que lleva demasiados años cargando con una culpa que quizás no le pertenecía.

—Molina te está manipulando… —declara Erin—. ¡Tú no mataste a vuestro padre!

- Tú no estabas allí aquella noche… —niega él con brusquedad—. La caída… la sangre…

El arma vuelve a apuntarla directamente. Jameson observa a su hermano con incredulidad. Ya no hay rabia en su expresión, solo una mezcla devastadora de pena y desconcierto.

—Alex… ¡Mírame! —le ordena el hermano— Tú jamás habrías querido hacerle daño.

—¡Cállate! —ruge él—. ¡No entiendes nada!

De repente, Erin se acuerda de la nota, la que le dio Beatriz. El último pedazo de verdad que nadie había entendido del todo hasta ahora.

—Escúchame… —murmura con cuidado ella—. La mujer de Diego Durán encontró un escrito en uno de sus cuadernos…

—No sé de qué hablas… —responde él, nervioso.

—Tú creíste que tu padre estaba muerto cuando huiste… Pero no lo estaba. Y esta nota lo aclara todo.

—¿Qué coño significa eso?

—¡Escúchala! —ordena de pronto Jameson, agarrando a su hermano del brazo.

—La nota está ahí dentro —señala Erin su bolso que hay tirado junto al sofá.

Alex se aproxima sin dejar de encañonarla. Tiene el dedo tan tenso sobre el gatillo, que ella está convencida de que cualquier movimiento brusco podría acabar con todo.

Abre el bolso y saca el papel doblado. Las manos le tiemblan tanto que termina entregándoselo a su hermano.

—Léelo tú.

Jameson desdobla la hoja lentamente. La habitación queda en un silencio sofocante, roto únicamente por el viento golpeando los cristales.

Entonces empieza a leer:

«El plan sólo era seguirlo, presionarlo un poco… Pero no matarlo. Y tú… miserable hijo de puta… me obligaste. Amenazaste con matar a mi familia si no obedecía…»

La voz de Jameson empieza a quebrarse, antes de terminar de leer:

«Pero aquel hombre seguía vivo. Aún recuerdo sus ojos suplicantes. Y ahora este crimen me perseguirá para siempre».

Alex se queda completamente quieto. Absorto. Jameson sigue leyendo:

«Ojalá algún día tengas tu castigo. Los tipos como tú no merecen perdón».

El papel cae lentamente de sus manos. Erin, aprovecha ese instante.

—Tu padre seguía vivo cuando te marchaste, Alex… —insiste—. Molina ordenó rematarlo.

La respiración de Alex se rompe y él da un paso hacia atrás.

—No… —niega con la cabeza.

Baja la pistola unos pocos centímetros.

—No… no… no…

Toda la seguridad que llevaba años construyendo alrededor de aquella culpa empieza a desmoronarse delante de ellos.

—Él me dijo… —balbucea con un hilo de voz—. Me dijo que yo lo había matado…

—Porque necesitaba tenerte controlado —le responde Jameson.

—Dios mío… —suelta Alex llevándose una mano a la boca. Siente náuseas.

Ella lo observa con una mezcla incómoda de compasión y miedo. Porque incluso roto, incluso hundido, sigue sosteniendo una pistola. Y eso lo vuelve

peligroso.

Él levanta de nuevo la mirada. Esta vez hay algo distinto en ella, algo desesperado.

—Ya es tarde… —farfulla—. Me han visto la cara.

Mira primero a Erin y después a Jameson.

—Tengo que matarla… Y tú, me ayudarás.

—¡¿Pero qué coño estás diciendo?! —responde Jameson, abriendo los ojos de par en par—. ¡¿Has escuchado lo que te hemos explicado?!

—No me jodas, Jameson… —ríe Alex con una amargura casi delirante—. Tú estás acostumbrado a meter cuchillos y balas. Para ti esto tendría que ser fácil.

—No así.

—Ah, ¿no?

Jameson se acerca un poco más a él.

—Yo mato por algo.

Alex sonríe con tristeza.

—¿Y es justo que yo vaya a prisión por el resto de mi vida?

—Podremos llegar a un acuerdo… Ya verás —propone Erin, desesperada.

La pistola vuelve a apuntar directamente hacia ella. Nota como el corazón le aletea a una rapidez desbordante.

Su cabeza empieza a disparar pensamientos absurdos a una velocidad ridícula. Y en medio de todo aquello, piensa en Neil. Por supuesto que piensa en Neil. Porque el cerebro humano es imbécil y caprichoso. Todo lo que desea ahora mismo es uno de esos finales estúpidos de película. Uno donde surge el héroe justo a tiempo y salva a la chica. Neil entrando por la puerta, arrebatándole el arma a Alex, abrazándola y diciéndole que todo irá bien. Una fantasía completamente ridícula, pero lleva dos meses sin verlo. Dos meses pensando en él más de lo que quiere admitir. En sus ojos claros, en esa voz tranquila, en aquella promesa absurda de besarlo la próxima vez que se vieran. Dios. Le encantaría que apareciera ahora mismo.

Alex aprieta el gatillo. El estruendo revienta la habitación y Erin cae al suelo de inmediato, cubriéndose instintivamente el pecho. Pero no siente dolor, no siente sangre. No siente nada. Parpadea confundida. Entonces, ve a

Alex desplomarse. La bala le ha atravesado el torso. Detrás de él aparece Simón Molina, sujetando una pistola humeante.

—Joder… —masculla Erin.

Alex cae de rodillas mientras mira la sangre extendiéndose sobre su camiseta. Luego, levanta los ojos hacia Molina, doloridos y traicionados.

—¿Por qué? —consigue decir con la última brizna de aire que le queda antes de morir.

Molina ni siquiera responde. Jameson ruge de rabia y se abalanza sobre él. Forcejean violentamente contra la pared. La pistola vuelve a dispararse. El segundo tiro retumba en toda la casa, hasta que Harris se desploma sobre el suelo.

Erin intenta correr hacia la salida, pero Molina logra incorporarse antes y le apunta directamente a la cabeza.

—Ni se te ocurra —advierte, esposándola a uno de los radiadores anclados en la pared.

El comisario respira con dificultad. Está sudado y tiene sangre en la camisa.

Se oye ruido en la puerta principal y alguien entra. Molina se acerca, expectante.

—¿Y este quién coño es?

Neil aparece de repente con la expresión inconfundible de quien sabe que acaba de meter la pata hasta el fondo. Molina lo empuja violentamente hacia el interior. Lo tiene inmovilizado con un brazo detrás de la espalda. Erin siente un vuelco brutal en el pecho.

—Neil…

Los dos se miran.

El comisario registra rápidamente sus bolsillos y saca la cartera. Lee el nombre en voz alta.

—Neil Anderson… —arquea una ceja—. Policía escocés. Muy bonito.

Lo empuja hasta sentarlo junto a Erin.

—¿Falta alguien más en esta fiesta? —pregunta fulminándolos con la mirada.

Enseguida, le pone unas esposas, en el otro radiador.

Cuando Molina se aparta unos metros para hablar por teléfono, Neil aprovecha para acercarse todo lo que puede hacia ella.

—¿Estás bien?

—¿Por qué demonios no cogías el teléfono? —le reprocha Erin.

—Quería darte una sorpresa… —aclara él con una mueca incómoda.

—Pues sorpresa conseguida, sí —responde con los brazos cruzados. Aun así, Erin solo siente ganas de llorar, de abrazarlo, de golpearlo y de todo a la vez.

—No deberías haber venido… Idiota.

—Claro que tenía que venir —la mira de una manera que la desarma por completo.

Molina se gira hacia ellos.

—Eh, ¡vosotros dos! Parad de miraros así, me recordáis a una pareja en terapia.

Neil resopla. Ella aprovecha el momento para sacar toda la rabia contenida:

—¿Por qué, Molina? ¿Por qué mataste a Laura?

—Yo la quería… —contesta, bajando la cabeza.

Algo cambia de forma tenue en el rostro del comisario. Una grieta mínima. Ella siente náuseas al escucharlo.

—Se quedó embarazada —continúa él—. Y empezó a exigirme cosas imposibles. Quería que dejara a mi mujer, que reconociera al niño. Amenazó con denunciarme. Dijo que contaría las otras cosas a las que me dedico. Tenía nombres y direcciones. Era muy arriesgado.

—¿Y por eso la mataste?

—No lo decidí yo… —responde apretando la mandíbula—. No entiendes cómo funciona el mundo…

—No, por suerte, no.

—Esto es mucho más grande que yo. Jueces, policías, forenses, empresarios… Todos protegiéndose entre ellos. Una sociedad entera.

—Entonces todos deberíais pudriros en prisión.

—Idealista hasta el final… —gruñe él.

—¿Qué pasa aquí? —interrumpe una voz femenina desde la entrada.

Erin se queda helada. Ha reconocido la voz.

—¡Cecilia! ¡No entres! —le advierte.

Pero ya es tarde, ella aparece en el salón. Hay algo en su rostro que le resulta extraño. Está muy tranquila y fría. Va vestida de forma distinta a la habitual. Más elegante, más joven incluso.

Molina baja la pistola al verla.

—Esto es un desastre… —se queja Cecilia, observando los cadáveres.

Molina abre los ojos, avergonzado.

—¿Cuántas cagadas tuyas tengo que arreglar? —pregunta con fastidio.

Erin siente un cosquilleo nervioso invadiendo sus extremidades. No entiende nada. Se toca la cara, por si acaso ha muerto y está en el purgatorio. Pero es más real de lo que le gustaría admitir.

—Lo siento —agacha la cabeza el comisario.

—Dame la pistola —le ordena.

Erin no da crédito a lo que está presenciando, aunque poco a poco va entendiendo que el verdadero monstruo nunca fue Molina.

Él obedece sin rechistar. Cecilia primero se asegura que el arma está cargada y sigue hablando:

—Te he dado muchas oportunidades —le advierte al hombre—. Te he protegido, tapado cosas… Pero desde lo de aquella chica, Laura, solo nos has traído problemas…

Después, apunta directamente al comisario.

—Te juro que no volverá a pasar —suplica él.

—Ya no me sirves.

El disparo le atraviesa la cabeza. Erin se queda paralizada, con la duda de si lo que está viendo no es solo una pesadilla.

Cecilia observa las salpicaduras de sangre sobre su blusa y hace una mueca de fastidio. Luego, los obliga a moverse hacia el garaje. Erin camina con dificultad, tiene las piernas temblando.

—No puedo creer que todo este tiempo fueras tú… —comenta Erin al fin, con los ojos vidriosos, dando paso a la furia—. ¡¿Pero por qué?!

Cecilia, una mujer a la que ahora ya no reconoce, enciende un cigarro.

—Ay, cariño, las facturas no se pagan solas, ¿sabes? Y este trabajo me da mucho dinero.

—Pero tú… siempre has cuidado de mí. Yo te quería… Y creía que tú también… Creí que éramos amigas…

Neil observa la escena con prudencia y con poco margen para la acción.

—Erin, qué ingenua… —contesta Cecilia riéndose—. Mira, yo soy como esos espías que hacen un papel. He fingido un papel durante muchos años y nos iba bien así. Yo te mantenía a raya. Sabía en qué estabas trabajando en todo momento, mientras jugaba al parchís contigo.

—Aun no puedo creerlo —confiesa Erin dejando escapar una lágrima.

—No se vale llorar ahora. Cuántas veces te aconsejé que te tomaras unas vacaciones, que cogieras distancia del trabajo, que era peligroso… pero no, tú siempre tan obcecada con la verdad, la justicia… Y mira donde te ha llevado eso…

—¡Bruja de mierda! —le grita Erin.

—¡Cuidado con el tono, niña! Sigo siendo mayor que tú y me debes respeto. La verdad es que ya me estaba cansando de hacer el papel de vieja tonta que se pasa el día limpiándote los mocos.

—¡¿Para quién trabajas?! —pregunta la inspectora, llena de ira.

—Para quién, no. Para quiénes. He oído a Molina cómo te lo explicaba… Hay toda una sociedad… Aunque atrapes a unos cuantos, seguirá habiendo muchos más.

—¿Pero qué necesidad tenías? —insiste Erin con frustración.

—Y dale… Este mundo ya está podrido y algunos aprendimos a sacar beneficio de ello. Esa es la necesidad. Extorsionamos, falsificamos, manipulamos, para que haya un sistema más equilibrado.

—¿Equilibrio llamas a eso?

El garaje está completamente sellado, sin ningún tipo de ventilación, se nota que lo han preparado todo anteriormente. Dentro, hay un coche antiguo con el capot abierto. Erin comprende el plan al instante.

—No…

—Tranquila, querida, será una muerte dulce —explica Cecilia con una serenidad aterradora—. Dentro de nada, os quedaréis fritos. El resto, vendrá solo.

No podría pegarte un tiro. Al fin y al cabo, pasar tantos años contigo me ha enternecido.

—Ya veo…

Seguidamente, los esposa a dos columnas y enciende el motor del coche viejo. El gas empieza a extenderse lentamente.

—Te echaré de menos, reina. Y no te preocupes por Logan, se quedará conmigo.

Y sin ningún remordimiento se va silbando del lugar. Neil gira la cabeza hacia Erin. Los dos intentan, sin mucho éxito, quitarse las esposas, pero es inútil.

—Bueno… —comenta él—. Al menos tocamos cabeza con cabeza.

—Sí… —ríe ella con las lágrimas contenidas.

Se acercan todo lo que pueden. El beso es lento, intenso, cargado de una urgencia que no nace del deseo, sino del miedo a que no exista un después.

—Al menos moriremos juntos… —contesta Neil.

—Si sobrevivimos, siempre podremos decir que nuestro primer beso fue de muerte —responde Erin entre bromas delirantes.

Se acarician con la frente el uno al otro e intentan hablar para no quedarse dormidos.

—No te duermas, Neil… Nos encontrarán…

Poco a poco, los dos van cerrando los ojos en lo que aparenta ser un sueño eterno.

Pero justo antes de perder la conciencia, oyen una tos. Es Jameson. ¡Está vivo! Pero ninguno de los dos es capaz ya de pedir ayuda, ni hablar.

Harris se acerca primero al cuerpo de su hermano. Se inclina junto a él y le acaricia el pelo ensangrentado, con una mezcla de tristeza e incredulidad. Cuando finalmente se aparta, lo ven avanzar hacia ellos tambaleándose, como un hombre que acaba de perder algo imposible de recuperar.

Para sorpresa de ambos, no huye. Les rompe las cadenas con una herramienta oxidada del garaje.

A Erin le cuesta mantenerse en pie cuando salen del garaje. El aire helado les golpea los pulmones. Neil mira a Jameson alejándose.

—No podemos dejarlo escapar…

Ella observa la silueta del hombre perdiéndose en la oscuridad. Luego piensa en todo lo que ha pasado: Alex, Molina, Cecilia… y murmura con agotamiento:

—Creo que ahora mismo hay monstruos peores.

41

Una vez fuera, ambos contemplan la casa desde el coche. La vivienda les recuerda a la casa de los horrores, con un jardín mal iluminado por una farola lejana. Cuesta creer que, unos minutos antes, aquel lugar hubiera sido escenario de disparos, traiciones y cadáveres.

Neil arranca el motor y se incorpora a la carretera. Aún está débil por la intoxicación. Tiene el rostro algo pálido y los movimientos son más lentos de lo habitual, pero conserva la serenidad suficiente para conducir. De vez en cuando carraspea para aliviar la irritación que todavía le quema la garganta.

Erin, sentada a su lado, intenta controlar el temblor de los dedos, al pulsar el número de la centralita. Apoya una mano contra el salpicadero del coche, intentando calmarse. El gas aún le oprime el pecho y la cabeza le martillea detrás de las sienes. A su lado, las luces de la carretera atraviesan la oscuridad de la madrugada.

Finalmente, marca el número de la centralita.

—Central, aquí la… —se interrumpe a sí misma, con voz ronca, antes de pronunciar la palabra inspectora— Erin Butler. Necesito hablar urgentemente con la inspectora jefa Serrat.

Mariana Serrat ocupa temporalmente el puesto de Frank Lizarraga mientras este continúa ingresado en el hospital, recuperándose de las graves heridas provocadas por Alex. Es una mujer que ronda los cincuenta años, impecable en el vestir, de carácter firme y una testarudez legendaria dentro del Cuerpo. Sin embargo, también posee una virtud poco frecuente entre los altos mandos: escucha antes de juzgar.

La operadora tarda poco en responder.

—Ahora te la paso, Butler.

Erin apoya la cabeza contra el reposacabezas y exhala lentamente. Lo que viene a continuación, resulta mucho más difícil de lo que esperaba, porque no se trata sólo de explicar lo ocurrido. Tiene que describir a Cecilia. Convertir en sospechosa a una mujer que durante años ha sido una constante en su vida. La mujer que aparecía con sopa caliente cuando estaba enferma. La que nunca se olvidaba de su cumpleaños. La que la abrazaba siempre que lo necesitaba. La que siempre parecía estar ahí cuando todo se derrumbaba… Un nudo doloroso le oprime el pecho.

La voz de Serrat surge al otro lado de la línea.

—Butler.

Erin tarda un instante en responder. Después de explicarle todo lo que ha sucedido en la casa, describe a Cecilia.

—La sospechosa responde al nombre de Cecilia Rivas —articula finalmente—. Mujer de unos sesenta años, cabello gris corto y complexión delgada. Lleva pantalones vaqueros oscuros, americana gris y camisa blanca. Ahora os pasaré una foto.

Escucha su propia voz y le resulta extraña, automática, distante. Como si estuviera describiendo a una desconocida.

—Conduce un Toyota Yaris rojo. La matrícula termina en noventa y seis.

Al otro lado del teléfono, solo se oye el sonido de unas teclas.

—Bien, Butler —responde Serrat, visiblemente consciente del desastre que acaba de caerle encima—. ¿Estáis heridos? ¿Necesitáis asistencia médica?

—No. Estamos bien.

La respuesta sale de manera automática, porque en realidad no están bien en lo psicológico. Pero siguen vivos.

—Deberíais venir inmediatamente a comisaría para prestar declaración.

—No hay tiempo. Si conozco mínimamente a Cecilia, ya estará preparando una vía de escape. Intentará abandonar el país cuanto antes. Hay que vigilar estaciones, puertos y aeropuertos. Nosotros vamos hacia el aeropuerto de Barcens.

Serrat guarda un momento de reflexión.

—De acuerdo. Movilizaré todas las unidades disponibles.

Luego, añade con un tono mucho más serio:

—¡Y escucha bien, Erin! Legalmente sigues suspendida. No eres agente operativa en este momento. No hagas ninguna imprudencia.

Erin deja escapar una sonrisa amarga. Después de todo lo ocurrido, aquella advertencia resulta casi absurda.

—Recibido.

La comunicación se corta y ella continúa sujetando el teléfono sin moverse. A través de la ventanilla desfilan árboles, señales de tráfico y largas extensiones de oscuridad. Neil la observa de reojo. No necesita preguntarle qué ocurre, lo sabe perfectamente. Sabe que acaba de perder a alguien importante y que todavía le duele haber entregado la placa. Sabe que ahora mismo está intentando mantenerse entera, únicamente porque no puede permitirse derrumbarse.

Sin apartar la vista de la carretera, alarga una mano y la apoya suavemente sobre la de ella. Sus dedos se entrelazan. No hace falta ninguna palabra. El temblor de las manos disminuye poco a poco.

El aeropuerto de Barcens no es muy grande, pero sí lleno de gente, a pesar de las horas.

Erin observa las pantallas de salidas y se detiene en un vuelo con embarque inmediato hacia Casablanca.

—Es ese.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Neil.

—Porque desde Casablanca puede esfumarse fácilmente. Puede ir hacia Mali, Mauritania, Senegal… Tiene demasiadas opciones.

Los dos se dirigen en direcciones opuestas, para dar con ella. Por fin, Erin la ve en la cola de embarque. Sus ojos se cruzan por un momento. Cecilia abandona la maleta y echa a correr. Erin la sigue, y si en algo no la ganan es en correr.

La mujer se mete dentro de una de las cafeterías de esas que tienen entrada y salida mientras tira sillas y mesas por detrás.

—¡Cecilia! ¡Detente! —grita Erin.

La mujer gira un segundo la cabeza. Durante un momento sus miradas vuelven a encontrarse. Ni siquiera parece sorprendida de que Erin siga viva. Después, echa a correr de nuevo.

—¡Mierda!

Erin sale tras ella. Los viajeros se apartan sobresaltados mientras algunas maletas vuelcan. Se oyen sirenas en la lejanía.

Un vigilante intenta interponerse y atrapa a Erin. Esta, de forma automática, le intenta enseñar la placa, pero no la tiene, así que se deshace de él con un empujón que lo tira al suelo.

—Lo siento.

Cecilia atraviesa una puerta de emergencia y huye por un corredor de mantenimiento. Neil la sigue por el otro extremo. La persecución termina junto a una verja metálica que separa la terminal de la zona de servicio. Cecilia comprende mientras mira a Erin que ya no tiene salida. Respira agitadamente y, por primera vez, parece vieja. Muy vieja.

—Supongo que esto era inevitable —afirma Cecilia, sin apenas aliento.

Erin siente ganas de gritarle, de preguntarle por qué, de exigirle una explicación por años enteros de mentiras. Pero no puede. Siente un dolor agudo por dentro.

Dos agentes la sujetan. Uno de ellos le coloca las esposas y le lee sus derechos mientras Erin la observa.

—Cecilia Rivas, queda detenida por homicidio, asociación criminal, encubrimiento, obstrucción a la justicia y otros delitos que se le comunicarán formalmente.

—Lo siento, Erin —responde ella bajando la mirada.

Aquellas tres palabras terminan de romper algo dentro de ella.

* * *

Tras la muerte de Molina, la aparición de nuevas pruebas y las declaraciones de varios testigos, el caso contra Erin comienza a derrumbarse pieza por pieza.

Lo que durante semanas parecía una acusación sólida resulta ser una construcción levantada sobre pruebas manipuladas, testimonios interesados y una sofisticada falsificación digital.

Izan no pierde el tiempo. En las siguientes horas presenta ante el juzgado todo el material recopilado. Ángela entrega los nuevos informes forenses que desmontan la versión oficial de las muertes investigadas. Ray aporta la documentación relacionada con la exhumación de Laura Adaya y las evidencias que acreditan su embarazo. Neil certifica técnicamente que el vídeo utilizado contra Erin fue generado mediante inteligencia artificial y manipulado para incriminarla. La inspectora jefa Serrat valida la cadena de custodia y la autenticidad de las pruebas recuperadas.

El volumen de información es tan contundente que el juez instructor convoca una comparecencia urgente esa misma mañana. La sala está casi vacía. Erin permanece sentada junto a Izan. Está agotada. Tiene la sensación de llevar semanas sin dormir.

Mientras escucha los trámites judiciales, le cuesta concentrarse. Su mente continúa atrapada en la casa de Barcens, en el olor a gas, en la traición de Cecilia y en los disparos que aún resuenan en su memoria.

Finalmente, el juez deja la documentación sobre la mesa y se ajusta las gafas.

—Examinadas las nuevas pruebas aportadas y valoradas las declaraciones practicadas, este juzgado concluye que no existen indicios racionales que vinculen a la inspectora Erin Butler con ninguno de los hechos investigados.

Erin contiene la respiración y mira a Izan que esboza una pequeña sonrisa.

—En consecuencia —sigue el magistrado—, se acuerda el sobreseimiento libre de las actuaciones respecto a la inspectora Erin Butler.

Las palabras caen con una contundencia casi física, sin cargos, sin medidas cautelares y sin investigación pendiente. Totalmente libre.

Ella deja escapar el aire suavemente. Hacía tiempo que no podía respirar de verdad.

La tensión acumulada durante aquellas semanas abandona su cuerpo poco a poco.

Cuando salen del juzgado, Izan le da una palmada amistosa en el hombro.

—Te lo dije.

Ella lo mira.

—Has estado a punto de perder una apuesta.

—Jamás dudo de mis clientes favoritos.

—Soy tu única clienta favorita.

—Precisamente por eso.

Después de tantos días, Erin consigue esbozar una sonrisa sincera.

Horas después regresa a comisaría. La sensación resulta extraña.

Muchos agentes la observan al pasar. Algunos le dedican una leve inclinación de cabeza, otros simplemente apartan la mirada, incómodos por todo lo ocurrido.

La inspectora jefa Serrat la espera en el despacho de Lizarraga, el mismo despacho donde días atrás tuvo que entregar su placa. El mismo lugar donde sintió que una parte de sí misma desaparecía.

Serrat termina de revisar unos documentos y cierra la carpeta. El sonido seco resuena en toda la estancia.

—A efectos judiciales y administrativos, quedas libre de todos los cargos.

Erin asiente, aunque todavía le cuesta asimilarlo.

—¿Y ahora qué?

Serrat intercambia una mirada cómplice con Izan, que permanece apoyado contra una de las paredes.

—Ahora me toca hablar a mí.

Abre lentamente uno de los cajones del escritorio. Durante un instante, Erin no entiende qué está haciendo. Después lo ve. La placa, o mejor dicho, su placa. Al verla, ella se queda clavada en el suelo.

Serrat la toma entre los dedos y la deposita sobre la mesa. El metal refleja la luz de la ventana.

—La suspensión cautelar queda anulada con efecto inmediato.

Erin siente un nudo en la garganta. Aquella pequeña pieza de metal pesa mucho más de lo que recordaba. Pesa todas las noches sin dormir, todas las acusaciones, todos los errores, todas las pérdidas…

—Inspectora Erin Butler… —anuncia Serrat poniéndose en pie.

La mujer le extiende la placa. Erin, se levanta de la silla y la recoge con cuidado. Después, escucha las palabras que llevaba semanas necesitando oír.

—Bienvenida de nuevo al Cuerpo.

Siente como el alivio le recoloca algo por dentro. Desde que comenzó aquella pesadilla, vuelve a sentirse ella misma.

—¡Gracias! —le dice a la inspectora jefa, y luego al abogado.

—Para eso me pagan —sonríe él.

—Mentira. Lo has hecho gratis.

—No destruyas mi reputación profesional —le susurra al oído.

Ray suelta una carcajada desde la puerta. Erin lo mira entonces. A él también. Al amigo que nunca dejó de creer en ella.

—Gracias, Ray.

El forense se encoge de hombros.

—La próxima vez, intenta no acabar acusada de asesinato. Me ahorras papeleo…

—Lo intentaré.

—No lo harás.

—Probablemente no.

Las risas llenan la habitación. Y aunque todavía quedan heridas por cerrar, Erin comprende algo importante. Ha sobrevivido. Y esta vez, nadie podrá arrebatarle la verdad.

42

Al abrir la puerta del apartamento, oye como Logan se acerca correteando desde el comedor con la cola erguida. Se detiene frente a Erin y suelta un maullido exigente, que solo puede interpretarse de una manera: reclama su dosis de atención inmediata.

—¡Hola! —saluda Neil desde el sofá—. ¿Cómo ha ido?

Le encanta la voz cálida y tranquila de Neil. Suena tan normal, que por un instante se olvida de lo vivido las últimas semanas.

Erin le enseña la placa.

—Veo que muy bien —responde incorporándose.

La abraza con fuerza, rodeándola con los brazos. Aquello no es solo una felicitación. Es un alivio. La constatación de que sigue viva y de que ha recuperado aquello que casi le arrebataron para siempre.

Erin apoya la frente contra su hombro. Después, llega un beso y luego otro. Uno lento, sin prisas y sin miedo.

A sus pies, Logan protesta por la falta de atención y comienza a restregarse contra la pierna de Neil.

—Veo que os habéis hecho amigos.

—Sí —admite él mientras le rasca detrás de las orejas—. Creo que por fin me ha aceptado.

—No cantes victoria.

—Ah, ¿no?

—Es un manipulador profesional.

Logan responde con un ronroneo satisfecho.

—Entonces se parece bastante a su dueña.

—Largo de mi casa.

Neil suelta una carcajada.

La mañana transcurre apaciblemente. Erin había olvidado lo que era vivir un día normal, sin cadáveres, sin persecuciones, sin informes y sin mentiras.

Han hecho el amor, después han pedido sushi para comer y luego han estado viendo una película a la que ninguno de los dos ha prestado demasiada atención. Por unas horas, Erin consigue convencerse de que el mundo puede seguir girando sin ella. Pero la ilusión le dura sólo algunas horas.

El teléfono comienza a sonar con insistencia sobre la mesa del salón. Erin reconoce el nombre de inmediato. Mariana Serrat. Sabe que la tregua acaba de terminar.

—Tenemos un problema. Ha desaparecido… —anuncia la inspectora jefa.

El estómago de Erin se contrae.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿Quién?

—Cecilia.

—¡¿Pero cómo?! —pregunta incorporándose de golpe—. Si estaba en una prisión provisional…

—Ha escapado…

La noticia le cae como un cubo de agua helada.

—Eso es imposible.

—Todo indica que varios funcionarios colaboraron. Le facilitaron ropa civil, acceso a una salida de servicio y un vehículo.

—Joder… —se lleva una mano a la frente—. ¡Vaya mierda!

—El lenguaje, Butler.

—Lo siento.

No lo siente. Lo que siente es rabia, impotencia y cansancio.

—La encontraremos —le asegura Serrat—. Solo quería mantenerla informada.

Pero ya era tarde. Su día libre acaba de extinguirse. Se va derecha hacia la comisaría. Serrat ya ha dado la orden de que vigilen todas las estaciones de tren, puertos y aeropuertos.

—Va a estar una temporada escondida como una rata —espeta Erin.

—¿Tú crees?

—Sí. Intentará camuflarse entre la gente, cambiando de aspecto. Es muy buena actriz. Sabe disfrazarse y maquillarse genial. A mí me vendió durante años que era la vecina perfecta, una amiga, casi como una madre…

—Incluso las ratas como ella cometen errores… Y allí estaremos nosotros esperando.

—Eso espero.

Al caer la tarde reciben un aviso. Dos pescadores de la zona han encontrado un cadáver junto al río Aniel. El mismo río. El mismo lugar donde empezó aquella pesadilla meses atrás.

Cuando Erin desciende del vehículo policial, reconoce inmediatamente el paisaje con sus aguas oscuras y la vegetación de la orilla.

Los pescadores permanecen allí, traumatizados, con la mirada desencajada y pálidos por lo que han visto. Uno de ellos discute con un agente joven que intenta convencerlos para que regresen a casa, pero estos se niegan a abandonar la escena.

—¿Qué está pasando aquí? —protesta Genís.

—No puedo darles detalles.

—Nadie nos explica nada —insiste Ovidi—. Primero encontramos aquel coche hundido con aquel cadáver y ahora esto…

No puede acabar la frase. La voz se le quiebra, las náuseas vuelven a asomar en su rostro.

—Creíamos que Genar era un pueblo seguro —se queja Genís.

—Y lo es —interviene Erin, salvando al pobre agente, a la que le da las gracias con los ojos—, pero da la casualidad de que, en pocos meses de diferencia, nos hemos encontrado con esto.

Los dos hombres se giran hacia ella.

—¿Y usted quién es?

—La inspectora Erin Butler —responde estrechándoles la mano—. Por cierto, quería agradecerles personalmente vuestra colaboración en estos meses.

Los dos se ruborizan y se miran de reojo, sorprendidos.

—Gracias a vuestra llamada encontramos pistas muy importantes.

Los dos comienzan a discutir inmediatamente sobre quién llamó primero a la policía. Erin termina riéndo. Incluso el joven agente se muestra más relajado.

—Ahora sí. Márchense a casa y descansen.

—Le aseguro que no volveremos a pescar aquí durante una temporada.

—Probablemente, yo tampoco.

Cuando los técnicos terminan de acordonar la zona, Erin se acerca al cuerpo. Entonces lo ve y siente que algo se hunde dentro de ella. Es Cecilia. O lo que queda de ella. El cuerpo presenta mutilaciones brutales.

Neil, que ha querido acompañarla, está junto a ella observando la monstruosa escena.

—¿Ha sido quien yo creo? —le pregunta Neil.

Erin tarda varios segundos en responder intentando ahogar una arcada.

—Sí.

—Jameson…

—Ojo por ojo…

—¿Y ahora qué?

—El monstruo sigue libre, pero ya no es el más peligroso de todos.

Al día siguiente, Erin decide llamar primero a los padres de Laura Adaya, para explicarles quién mató a su hija y por qué. Al final de la llamada, se sienten profundamente apenados y, a la vez, agradecidos con ella por llegar hasta la verdad.

Después, llama a la mujer de Angus Harris, Adelina Gil Stan, para explicarle lo acontecido estos días.

La viuda de Harris responde tras varios tonos. Su voz suena cansada y gastada por años de incertidumbre.

Cuando Erin le explica que finalmente han encontrado a Angus, la mujer rompe a llorar.

—No puedo creerlo… Siempre pensé que volvería algún día.

Aquellas palabras atraviesan a Erin, porque sabe que muchas personas sobreviven gracias a la esperanza y que a veces la verdad es mucho más cruel. Sin embargo, lo peor está por llegar, porque aún tiene que contarle lo de su

hijo Alex. Su muerte, el final trágico de un hombre que había vivido quince años cargando con una culpa que nunca le perteneció.

Al otro lado del teléfono se escucha un grito ahogado. Después, un llanto silencioso, profundo y desgarrador.

Erin cierra los ojos y decide omitir todo lo ocurrido durante los últimos días. No le habla de los disparos, de la persecución, de las decisiones equivocadas. Aquella madre ya había perdido demasiado…

—Los cuerpos serán repatriados en los próximos días —informa con suavidad.

—Gracias… —musita en un susurro.

—Lo siento muchísimo, señora Gil.

Esta vez Erin no habla como policía. Habla simplemente como alguien que comprende el peso de una pérdida.

EPÍLOGO

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!…

La canción resuena entre risas desafinadas, vasos levantados y el tintineo de los cubiertos.

La vida parece que recupera un tiempo normal, la casa de Erin está llena de felicidad, solo de gente que la quiere.

La mesa del comedor difícilmente puede contener toda la comida que han preparado. Hay bandejas de embutidos, tortilla, croquetas, ensaladas, refrescos, cerveza y una tarta enorme, que su madre insiste que la hizo ella misma, aunque todos sospechan que la ha comprado en una pastelería.

Erin observa a los presentes y siente algo extraño. Una sensación de paz. Treinta y tres años. Jamás imaginó que llegaría a esa edad después de todo lo ocurrido. Ni que lo haría rodeada de aquella gente.

Logan se esconde debajo de una banqueta de la entrada. Demasiado ruido para él. Leo, el hermano de Erin, discute con uno de sus hijos sobre quién ha comido la última croqueta. Su cuñada intenta poner orden, sin mucho éxito. Ángela conversa animadamente con Ray.

Frank Lizarraga explica una anécdota absurda que provoca carcajadas generales. Y Moisés… Moisés sigue siendo Moisés:

—¡Eh, tortolitos! —protesta señalando a Erin y Neil—. Hay más personas en esta casa, aparte de vosotros dos.

Su risa grave y contagiosa recorre el salón. Neil rodea la cintura de Erin desde hace varios minutos.

—Estoy aprovechando los momentos que tengo con él —replica ella divertida—. ¡Déjame vivir!

—¡Qué empalagosos sois!

—¡Celoso!

—Muchísimo.

Todos vuelven a reír.

Neil aprovecha para besarla en la mejilla.

—¿Ves? —añade Moisés—. Ni siquiera me escuchan.

—Porque nadie te escucha nunca —contesta Ray.

—Eso es mentira y lo sabes.

—No, no lo sé.

—Pues deberías.

—No pienso hacerlo.

—Eres un borde.

—Y tú hablas por los codos.

La discusión continúa varios minutos más, provocando nuevas carcajadas. Erin contempla la escena, con una sonrisa sincera. Aquello es exactamente lo que necesitaba. Normalidad. Algo tan simple… y a la vez tan difícil de conseguir…

Entonces Neil carraspea.

—Bueno… ya que estamos todos aquí…

—Uy —murmura Ángela—. Esa frase nunca trae nada bueno.

—Redoble de tambores —anuncia Erin.

—¿Estás embarazada? —interrumpe Leo alzando una ceja.

—¡¿Qué?! —se queja ella con los ojos abiertos de par en par.

Toda la habitación estalla en risas.

—¿Eres tonto de remate?

—Es una posibilidad.

—Es una estupidez.

—Prácticamente lo mismo.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Leo…

—Vale, vale.

—¿Podemos volver al tema principal antes de que se maten? —pregunta Ray levantando las manos.

—¡Gracias! —responde Neil sonriendo—. Lo que quería decir es que voy a solicitar el traslado a España.

La noticia provoca una pequeña explosión de alegría.

Ángela es la primera en levantarse para abrazarlo. Después Ray y luego Moisés. Incluso Frank le estrecha la mano con auténtico afecto.

—Ya era hora —afirma el comisario.

—Aún tardará algunos meses.

—Da igual.

—Los trámites son lentos.

—Lo sé.

—Muy lentos.

—Neil.

—¿Sí?

—Cállate.

Todos vuelven a reír. Erin apoya la cabeza sobre su hombro. Algo ha cambiado, siente que un futuro parece posible y real. No una fantasía construida entre llamadas telefónicas y vuelos internacionales.

Su madre se acerca entonces. Han pasado meses desde la última vez que mantuvieron una conversación realmente tranquila. Su relación jamás será perfecta, hay demasiadas heridas antiguas. Sin embargo, aquella noche ambas resultan cansadas de cargar con el pasado y lo dejan a un lado.

—Me alegro por ti —confiesa su madre.

Erin la observa sorprendida. Aquellas palabras no son habituales en ella.

—Gracias.

—Te mereces ser feliz.

Algo se remueve dentro de ella. Pequeño y hermoso. Porque sabe que, por una vez, ambas estaban intentando acercarse.

Las semanas transcurren con una calma desconocida. Erin cumple la promesa que se había hecho y pide una excedencia para desconectar durante una buena temporada del trabajo.

Apaga el teléfono más veces de lo habitual, duerme, lee, sale a caminar, y vuelve a pintar.

Aquella vieja pasión que había abandonado años atrás, cuando decidió convertirse en policía. Descubre que sigue recordando cada movimiento del pincel, cada mezcla de colores, cada sombra. Es como reencontrarse con una versión olvidada de sí misma.

* * *

La luz de la tarde atraviesa los grandes ventanales de la academia de arte. El olor a óleo flota en el ambiente.

Alumnos de distintas edades trabajan concentrados frente a sus caballetes. Erin observa el lienzo. Ha pintado una pequeña casa blanca rodeada de flores silvestres y el mar, de fondo.

Un lugar tranquilo, un lugar donde quizá podría vivir algún día. De repente, oye una voz detrás de ella.

—¡Madre mía!…

Reconocería aquella voz incluso entre una multitud.

—Eres realmente buena.

—¡Gracias! —sonríe sin apartar la vista del cuadro—. Pero no has venido para ver mis dibujos —dice dejando el pincel.

Frank Lizarraga se sienta junto a ella. Está completamente recuperado, aunque todavía conserva cierta rigidez al caminar.

—Tienes razón.

—Lo sabía.

—Siempre lo sabes.

—Es una de mis muchas virtudes.

—Y de tus muchos defectos.

—También.

Él observa el cuadro.

—¿Y qué te trae por aquí? —pregunta ella.

—Me gustaría que volvieras al Cuerpo —responde acomodándose las gafas.

Erin suelta una carcajada incrédula.

—¿En serio me estás pidiendo eso?
—Sí.
—¿Ahora?
—Sí.
—¿Después de todo lo ocurrido?
—Sí.
—No han pasado ni tres meses… —se queja ella.
—Lo sé.
—No tienes remedio —responde ella negando con la cabeza.
—Es verdad.
—Frank…
—Te necesitamos.
—No.
—Te subiré el sueldo.
—No.
—Tendrás más vacaciones.
—No.
—Fines de semana libres.
—Sabes perfectamente que eso no existe.
—Podemos intentarlo.
—Frank.
—¿Media jornada?
—No.
—¿Tres cuartos?
—No.
—¿Dos horas al día?
—No.
—¿Una?
Erin suelta una carcajada.
—¿Vas a seguir así mucho rato?
—Hasta que aceptes.
—Entonces vas a perder la tarde.
Él exhala dramáticamente.
—¿Y si me pongo de rodillas?

—Sería humillante.
—Lo haría igualmente.
—Pues seguiría siendo un no.
—Está bien —dice Lizarraga recogiendo su chaqueta.
—¡Gracias!
—Pero creo que este caso te interesaría…
—He dicho que no.
—Perfecto —dice él y se dirige hacia la puerta.
—¡Adiós entonces!
—¡Adiós!… La víctima era una adolescente.
Erin continúa pintando.
—Muy bien.
—De Rabadás.
Otro trazo.
—Estupendo.
—Apareció en el mar.
El pincel se detiene, solo un segundo.
—Qué pena.
—Ahogada.
—Hay accidentes… —responde apretando con fuerza la mandíbula.
—Eso pensamos al principio.
—Bien.
—Pero no creemos que estuviera nadando, en el mes de marzo.
Ahora sí, gira la cabeza, solo un poco. Lo suficiente.
—¿Qué edad tenía?
La sonrisa victoriosa de Lizarraga aflora de inmediato.
—Dieciséis años.
—No pongas esa cara.
—¿Qué cara?
—Esa.
—No sé de qué hablas.
—La conozco demasiado bien.
—Yo no he dicho nada.
—Precisamente.

—Estaré en mi despacho —indica el comisario abriendo la puerta.

—¡Suerte con el caso!

—¡Gracias!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

La puerta se cierra. Erin vuelve hacia el lienzo, intenta hacerlo. De verdad que lo intenta. Hunde el pincel en la pintura azul, traza una línea, seguida de otra… Pero la concentración ha desaparecido. La casa blanca empieza a deformarse. Las flores dejan de parecer flores. Los colores se mezclan sin sentido. Su mente ya no está allí.

«Adolescente, ahogamiento, Rabadás… ¿Quién era? ¿Por qué estaba en el agua? ¿Accidente? ¿Suicidio? ¿Asesinato?»

Una parte de ella todavía desea ignorarlo. Seguir pintando, viviendo. Seguir siendo simplemente Erin. Pero la otra parte, la que nunca descansa, la que hace preguntas, la que persigue verdades imposibles… ya ha despertado.

Deja lentamente el pincel sobre la mesa. Se queda observando el cuadro arruinado y comprende que Lizarraga ha ganado la partida.

Ya no puede dejar de pensar en aquella chica. En su nombre, en su historia. Y en lo que realmente ha ocurrido aquella noche junto al mar.

¡Tu opinión es el mejor regalo!

Si has disfrutado de la lectura, te agradecería de corazón que dejaras una valoración o un breve comentario en Amazon.

Aunque parezca un detalle insignificante, cada reseña ayuda a que la novela gane visibilidad y permite que otros lectores descubran esta historia.

Un solo minuto de tu tiempo significa un mundo para mí. ¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Buscas tu próxima lectura?

Si te ha gustado esta historia, te invito a descubrir otros de mis libros. Solo tienes que pulsar sobre los enlaces para tener más información.

Esta novela es la tercera parte de la **Serie Erin Butler**. Por si te perdiste los casos anteriores, aquí puedes encontrar toda la saga desde el principio:



La playa de las Sirenas (Serie Erin Butler nº1)

¿Qué haces cuando la verdad pone tu vida en riesgo y el silencio te condena

para siempre? El estremecedor origen de la inspectora Erin Butler.

👉 ***[Descubre cómo empezó todo aquí]***



Muerte en las Highlands (Serie Erin Butler nº 2)

Un autobús turístico, diez sospechosos atrapados en Escocia y un asesino camuflado entre ellos. ¿Te atreves a resolver el misterio antes que la inspectora Erin Butler?

➡️ **[Atrapa al asesino en las Tierras Altas aquí]**



La fragilidad de los locos

¿Qué haces cuando tu vida se desmorona y la línea entre la cordura y la supervivencia se vuelve invisible? ¿Será capaz de encontrar la libertad, o la locura terminará por consumirla?Un **thriller doméstico y psicológico** que te impactará

➡️ **[Descubre el misterio de Mía aquí]**



SUEÑO SIAMÉS

Una novela de suspense, inquietante
y cautivadora

Sueños siamés

*Un **thriller de intriga emocional** sobre dos hermanas abandonadas al nacer y un secreto insondable que amenaza con destruirlas. ¿Lograrán descifrar el pasado antes de que las traiciones las separen para siempre?*

➡️ **[Sigue el hilo del misterio aquí]**



MARLON BRANDO, POCAHONTAS Y YO

Un thriller romántico e inquietante

Marlon Brando, Pocahontas y yo

*Un **thriller romántico y de suspense** sobre segundas oportunidades y secretos del pasado. Diez años después de su misteriosa desaparición, Olivia y Daniel se reencuentran, pero una peligrosa obsesión pondrá sus vidas en juego. ¿Lograrán salvarse a contrarreloj?*

➡️ **[Descubre su historia aquí]**

Sobre la autora

Sonia Flores (Roses, 1979) es escritora de misterio y suspense. Es la creadora de las novelas independientes *Marlon Brando, Pocahontas y yo, Sueño siamés, La fragilidad de los locos* y de la colección de relatos *El vals del cuervo atormentado*.

También es la creadora de la trilogía policiaca protagonizada por la inspectora **Erin Butler**, una serie que ha tenido una gran acogida entre los lectores y que está compuesta por *La playa de las sirenas, Muerte en las Highlands y Vendré a por ti.*

Vive en la provincia de Girona, donde combina la escritura con su profesión de maestra. Escribe todas las tardes, casi siempre acompañada por un hilo musical de fondo; de hecho, compone sus propias bandas sonoras para cada novela. Entre palabra y palabra, saborea una infusión de rooibos con naranja y chocolate mientras su gata descansa en su regazo.

Además de las letras, adora la música. Tiene un pasado como cantautora y formó parte de varias bandas, aunque fue bajo el nombre de Filthy Sally como llevó su música en solitario por numerosos escenarios. Puedes escuchar sus canciones en Bandcamp.

¿Cómo seguirme?

Tienes varias opciones para seguir mi trabajo. Puedes elegir tu favorita (o todas ellas), ya que comparto contenido diferente en cada canal:

Mi lista de correo (Recomendada): Es la forma más directa y cercana que tengo de estar en contacto contigo. Suelo escribir un correo al mes para contarte novedades, curiosidades sobre mi proceso de escritura y promociones exclusivas. Además, **al suscribirte te llevarás un libro de regalo.**

➡️ **[SUSCRIBIRTE A MI LISTA DE CORREO]**

Redes Sociales: Si prefieres el día a día, búscame como **@Soniaflores_autora**. Estoy activa en Instagram compartiendo mi rutina de escritura, aunque también puedes encontrarme en Facebook si es tu red preferida.

➡️ **[SEGUIR EN INSTAGRAM]** | **[SEGUIR EN FACEBOOK]**

Mi página de Amazon: Una forma comodísima de no perderte nada. Si vas a mi perfil de autora en Amazon y pulsas el botón **SEGUIR** (justo debajo de mi

foto o portadas), la propia plataforma te enviará un correo automático cada vez que publique un nuevo libro.

➡️ **[SEGUIR MI PERFIL DE AMAZON]**

